

Mario de Salegi

# MORIR EN IRUÑ



se

Lectulandia

San Sebastián, 28 de julio de 1936. Tras la rendición del Cuartel de Loyola, la ciudad queda bajo el control de los milicianos del Frente Popular. Un grupo de jóvenes idealistas decide unirse a un destacamento de gudaris que se dirige al frente de batalla. «Todos creíamos que la rendición del Cuartel de Loyola nos iba a dar el respiro necesario para defender la ciudad fronteriza de Irún. Por Irún es por donde confiábamos entrasen las armas que todos aguardábamos del Gobierno francés del Frente Popular. Armas que necesitábamos desesperadamente para organizar nuestras defensas y aniquilar a las fuerzas de la tiranía».

**Lectulandia**

Mario de Salegi

# **Morir en Irún**

ePub r1.0

Titivillus 08.09.16

Mario de Salegi, 1980

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedico este libro a Gloria, Carmen y Jean-Marie.

# I

Edum de Azkue me dejó a la puerta de la casa.

—Hasta luego, Carlos.

Eché mecánicamente una ojeada al reloj de pulsera para ver la hora. Me había olvidado de que el reloj se me había roto en el ataque de morteros de ayer, en los alrededores del Cuartel de Loyola.

Era una tarde calurosa de verano. Aquí y allá, en el espacio, unos puntos blancos se mezclaban en el azul añil.

Por la altura del sol pensé que sería alrededor de la una de la tarde.

Aún me quedaba una hora más o menos antes de acudir a la cita con mis camaradas.

Era 28 de julio de 1936. Con la inesperada rendición del Cuartel de Loyola, negociada por los vascos nacionalistas en las primeras horas de la mañana, finalizaba la breve y sangrienta lucha que había comenzado en la ciudad el 20.

Pero ya en el horizonte se perfilaba la batalla de Gipuzkoa.

Había envejecido terriblemente en los últimos días. Habían sido diez días inolvidables de angustia y de fuerte tensión nerviosa.

En la acción diaria, en las barricadas, hasta nos habíamos olvidado de nuestras pasadas querellas.

Pero esta tregua sería de corta duración.

Los intereses vascos y españoles eran irreconciliables. El enemigo del pueblo vasco era el concepto de nación estado español. Bien fuese este concepto democrático, monárquico o fascista. Aquí estaba, completamente desnudo, el nudo gordiano del problema vasco español.

Todos creíamos que la rendición del Cuartel de Loyola nos iba a dar el respiro necesario para defender la ciudad fronteriza de Irún. Por Irún es por donde confiábamos entrasen las armas que todos aguardábamos del Gobierno francés del Frente Popular. Armas que necesitábamos desesperadamente para organizar nuestras defensas y aniquilar a las fuerzas de la tiranía.

Lo que no sabíamos en aquel entonces era que la suerte nuestra no se estaba gestando en las barricadas de Madrid, Barcelona, Oviedo, San Sebastián, entre otras ciudades ibéricas, sino en las cancillerías de Moscú, Londres, París, Washington, Roma y Berlín.

Y a nosotros, para que pudiéramos morir satisfechos y orgullosos, nos iban a lavar el cerebro y a llevarnos, cantando, a morir por el nuevo mito del antifascismo.

Comencé a subir la vieja escalera. La madera carcomida chirriaba bajo mis pies al pisar fuerte con mis botas claveteadas.

—Buenos días —grité entrando en el piso. Fui directamente a la sala, donde esperaba encontrar a la anciana dormida. Al no verla, me quedé por breve instante sorprendido—. Habrá salido a comprar algo. —Salí de la sala y me fui a mi

habitación.

A la puerta, me encontré con una nota. Reconocí la letra de mi madre.

«Carlos: en cuanto llegues, vente por casa.»

Me limpié. Me cambié apresuradamente de ropa y cogiendo un viejo reloj de pulsera, volví a salir en dirección al domicilio de mis padres a tres manzanas de distancia.

Las estrechas calles de la parte vieja de la ciudad habían recobrado su normalidad. Grupos de obreros armados patrullaban las calles.

Uno no podía por menos observar el malestar que causaba entre los residentes el ir y venir de los obreros armados.

La parte vieja de la ciudad era un barrio habitado por la clase obrera y media con fuerte influencia nacionalista.

Los vascos nacionalistas observaban con aprensión y desconfianza los destacamentos de obreros armados con el material tomado a los rebeldes.

La clase obrera, consciente del respeto que las armas producían, marchaba por sus estrechas calles con una nueva dignidad. Por primera vez en la historia andaba con la cabeza erguida. Orgullosos del nuevo poder adquirido en las barricadas. Era una clase obrera sabedora de su destino y dispuesta a dejarse matar antes de dejarse arrebatar la victoria que tan cara había pagado.

Con el nuevo poder adquirido iban a romper la columna vertebral de las fuerzas que en el transcurso de la historia les habían negado el derecho de vivir con dignidad humana.

Hoy eran las fuerzas de la ley y del nuevo orden revolucionario. Y era natural que la burguesía y la clase media estuvieran alarmadas. Ayer, ellas habían sido las que habían mantenido la ley y el orden con fuerzas mercenarias armadas, las fuerzas de Orden Público.

Los únicos responsables de lo que estaba ocurriendo en la Península Ibérica eran la burguesía y la clase media sin ideales, codiciosas, intolerantes y solamente preocupadas por sus intereses.

Ahora esta clase burguesa estaba asustada, pidiendo que la clase obrera fuese generosa con ella y se olvidara del pasado.

La clase obrera sabía perfectamente bien que si la rebelión hubiera triunfado en la ciudad vasca de San Sebastián, las fuerzas de la ley y el orden hubieran fusilado obreros sin compasión alguna.

En el corto trecho de mi domicilio al de mis padres, me paré innumerables veces a conversar con amistades de la familia. Todos ellos se encontraban agitados y preocupados, se lamentaban que las fuerzas vascas nacionalistas, las más numerosas, se hallasen desarmadas. Ellas eran las únicas que podían mantener el orden y defender el derecho privado, tan sagrado para la burguesía vasca.

Yo asentía con leve movimiento de cabeza. En mi fuero interno me alegraba.

Ninguno de ellos se lamentaba de por qué el pueblo vasco estaba desarmado.

Solamente se preocupaban por sus mezquinos intereses personales. Y en estos días empecé a comprenderme a mí mismo. Y a comprender que los vascos habíamos sido incapaces de crear nuestra propia nación. Pensé que el pueblo vasco estaba muy dividido para poder conquistar sus libertades políticas: fueristas por un lado, autonomistas por el otro, españolistas por todos los lados. Y mientras todas estas fuerzas existieran, el sueño de un Estado vasco libre y unificado era imposible. La juventud prácticamente estaba aislada. Pero la juventud nunca podía aceptar esta situación. Nuestro irredentismo era superior a nuestra propia vida y mientras tuviéramos un soplo de esperanza combatiríamos, si era necesario contra nuestros mayores.

Para mí todo este período está lleno de dolorosas contradicciones de conciencia. Amaba a mi patria. La amaba por la mutilación que había sufrido en su personalidad. La amaba con fuerte intensidad. La veía como parte integrante de un Estado Universal donde todos los pueblos del mundo dentro de sus células se fundiesen, conservando su propia identidad. Había que revalorizar su pasado histórico y crear una sociedad en la que todos los esfuerzos se encaminaran a buscar una solución al problema humano. Acabar con el proceso de deshumanización tan avanzado en la sociedad moderna. Crear unos nuevos valores que permitieran al ser humano hacer uso de sus facultades creadoras para acabar de una vez para siempre con las guerras, con el hambre, con la intolerancia, con la avaricia personal, los cuatro jinetes del antiguo y moderno apocalipsis que amenazaba al mundo que había perdido por completo la facultad de razonar.

Me daba perfecta cuenta de todas estas contradicciones, que se habían agudizado en los últimos días y bullían desordenadamente en mi cerebro, y sin poder dar forma concreta a mis ideas.

Tenía plena conciencia de la brutalización que habíamos sufrido a manos de nuestros mentores. Nuestra brutalización había sido tan profunda, que solo se consideraban buenos vascos, los vascos que cantaban, se emborrachaban e iban a misa todos los días o los domingos, los que dejaban a las mujeres en casa o en la iglesia rezando el rosario y se iban de juerga, con su correspondiente visita a las casas de citas en lugares discretos y solitarios.

El amar a Dios con intensidad y hacer dinero a costa de otros vascos y *maketos* era otro punto cardinal de buen vasco. Crear una personalidad propia cultural, espiritual e intelectual que pudiera rehacer su existencia histórica quedaba en manos de los buenos padres de la Iglesia.

Nuestros padres nos decían que nuestro origen se perdía en la noche de los tiempos. Nos hablaban también de los hombres que el pueblo vasco había dado a la Historia de España, de Francia y al Vaticano. Esto nos decían con petulancia y fanfarronería, sin darse cuenta de que todas estas contribuciones habían servido para despojarnos por completo de nuestra personalidad.

Sumido en estas reflexiones llegué al domicilio de mis padres. Cuando entré en el

portal, me tropecé con un señor de unos cuarenta años de edad. Nuestras miradas se cruzaron como si nos hubiéramos visto anteriormente. Era alto, rubio y vestía pantalón gris, camisa blanca abierta en el cuello y unas alpargatas blancas.

Mientras subía la escalera trataba de recordar dónde le había visto antes. Era muy probable que fuera algún agente vendedor que tenía algún negocio con mi padre.

Yo tenía mucha imaginación. Cuando veía algún agente vendedor extranjero, me parecía ver agentes secretos.

Con estas fantasías llegué al piso de mis padres. Toqué el timbre. No tuve que esperar mucho.

—Buenas tardes, Carlos.

—Buenas tardes, señora Engracia.

—Tus padres te están esperando en el despacho.

—¿Ha salido algún señor en los últimos minutos?

—Sí, un señor inglés que ha estado hablando con su padre casi toda la mañana.

Por un instante traté de rebuscar en mi memoria dónde había visto el rostro que me era tan familiar.

Eché a andar por un pequeño corredor bien alumbrado con figuras religiosas en pequeños nichos en las blancas paredes. Siempre que venía a casa de mis padres, tenía la impresión de que entraba en la iglesia.

La chica de servicio que iba delante mío, se paró.

—Ya se habrá enterado del disgusto que nos dieron anoche, cuando detuvieron a su padre.

—Sí, ya estoy enterado.

Interiormente me alegraba. No obstante, me alegraba también de que solamente hubiera sido un susto. Al fin y al cabo, yo era miembro de la tribu. Y la tribu siempre estaba dispuesta a recibir a las ovejas negras que se separaban si aceptaban sus deberes y responsabilidades.

Me detuve a la puerta del despacho que estaba cerrado. Golpeé con los nudillos.

—Adelante —reconocí la voz autoritaria de mi padre.

Abrí la puerta. Entré en el espacioso y sombrío despacho. Los balcones estaban cerrados y unas cortinas pesadas de color oro los cubrían.

Las paredes eran blancas y desnudas. Detrás del largo escritorio colgaba un largo crucifijo de madera.

Sentado en un sillón de cuero negro se hallaba mi padre jugando nerviosamente con un habano negro entre sus dedos.

En un largo sofá también negro se encontraban la abuela y mi madre. Entre la abuela y yo se cruzó rápidamente una mirada de inteligencia.

Frente a ellas se hallaba el tío Joshe Mari con un habano entre los dientes. Este era un fanático carlista.

En la reunión de hoy se notaba la ausencia de la mayoría de las cabezas de familia de la tribu.

El tío Patricio era el cacique de un pueblo navarro de la montaña. Su fortuna la había hecho manipulando documentos en el ayuntamiento, donde era Alcalde y secretario a la vez. Tenía la seguridad, conociendo su ferocidad carlista, de que a pesar de su edad y su grasa se habría puesto su uniforme militar y andaría reclutando a los jóvenes campesinos en los tercios del requeté vasco.

Sus tres hijos que habían hecho el servicio militar como alféreces de complemento en el Regimiento de Sicilia que guarnecía Pamplona andarían por los montes de Gipuzkoa.

El tío Joshe Antonio vivía en Pamplona. Aunque era nacionalista, nadie creía que le pudiera pasar nada aunque las noticias que se filtraban de la zona ocupada por las fuerzas rebeldes, no eran nada tranquilizadoras. No obstante, no creíamos que estuviera en peligro, por la razón de que los nacionalistas vascos eran gente de orden y conservadora.

Todos dábamos por seguro que su hermano Patricio haría todo lo posible para que nada le ocurriese. Las tribus vascas podían despedazarse entre ellas. La sangre propia era cuestión distinta.

Por el lado paterno, la situación era más o menos igual.

El tío Javier en América estaba dedicado a la ganadería y a la distribución de leche. En sus escasas cartas que se recibían solía decir «que jamás pensaba regresar.» Daba como razones «que los vascos eran unos bárbaros incultos que solamente servían para matarse entre ellos al servicio de la Iglesia. Que desde la Edad Media las tribus vascas se mataban constantemente entre ellas por no tener conciencia nacional.»

En esto le daba la razón.

El tío Iñaki era capitán de barco en la Marina Mercante y de cuando en cuando venía de visita. A mí siempre me dio la impresión de que era muy liberal y nunca se sentía muy a gusto en su tierra natal ni en España.

La tía Juana era monja de clausura. Se había casado con Dios y se había enterrado en vida.

Mi padre era miembro del Partido Nacionalista Vasco. Pero él no se mezclaba en política. Tenía amistades entre los grupos conservadores y monárquicos. Sus relaciones eran estrechas con el *Donosti-Buru-Batzar* (Consejo del Partido Nacionalista de San Sebastián) y con el *Gipuzko-Buru-Batzar* (Consejo del Partido Nacionalista de Gipuzkoa).

Me acerqué a donde estaban mi madre y la abuela y las besé.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mi madre fríamente—. Tienes un aspecto lamentable.

—Una caída.

Saludé con frialdad al tío. Odiaba a los carlistas más que a los españoles.

Me acerqué a mi padre.

—Siento el incidente de ayer.

—¿Quién te lo ha dicho? —dijo sin emoción alguna—. Por un momento se me quedó mirando con unos ojos fríos y penetrantes. Sabía que se hallaba disgustado por mi participación en los combates de la ciudad.

—Edum.

—Siéntate —me ordenó.

Me senté en uno de los sillones de cuero y sacando el paquete de cigarrillos encendí uno.

—Edum me ha tenido al corriente de tus andanzas revolucionarias en los últimos días. Creo que has hecho una gran tontería exponiendo tu vida. Sin hablar del disgusto que has dado a tu madre y a la abuela. Si fueras mayor de edad, allá tú con tu conciencia. Creo que tienes cierta responsabilidad hacia tu madre y abuela. Pero lo hecho, hecho está. Así que no voy a darle más vueltas al asunto.

Me callé. No me había llamado para echarme este pequeño sermón. Ni el tío Joshe Mari había venido de Tolosa para visitar a la familia.

Me recosté en el cómodo sillón silenciosamente. Esperé que mi padre volviese a andar.

—Te he llamado, Carlos —comenzó mi padre—, para decirte que dentro de unos días, toda la familia, excepto tú y yo, se trasladará al caserío mientras dure la contienda, que esperamos sea breve.

—Pero el caserío va a quedar en manos de los rebeldes —me atreví a decirle.

—La idea me parece sensata —dijo el tío Joshe Mari—. En el caserío estáis más seguros que en la capital —continuó el tío—, controlada por las turbas revolucionarias y ateas.

—Tiene razón el tío. Las calles están controladas por grupos revolucionarios que creen que liquidando a la oposición van a resolver todos los problemas. Hasta nosotros que nos hemos colocado al lado de la República, tenemos temor de salir a la calle. Ayer —continuó mi padre— nos detuvieron a varios miembros del partido. Si no intervienen con rapidez los líderes socialistas no quiero pensar lo que hubiera pasado.

—¿Y quién tiene la responsabilidad de que las calles de la ciudad estén controladas por esas fuerzas irresponsables? —le pregunté—. ¿Os habéis preocupado vosotros de preparar a la juventud vasca para enfrentarla con una situación como en la que nos encontramos?

—El Partido Nacionalista Vasco es un partido de orden y no un partido revolucionario —respondió mi padre.

—No es necesario que sea un partido revolucionario pero sí es importante que sea consciente de su responsabilidad y de su patriotismo. Eso es lo que nos habéis inculcado. Y ponga la libertad del pueblo vasco por encima de todo.

—Lo que tú estás diciendo, Carlos —interrumpió mi madre—, es una falta de respeto a los mayores. Ellos saben lo que es mejor para el pueblo vasco. Ellos son los que tienen experiencia. Vosotros los jóvenes creéis que por leer media docena de

libros malos sabéis todo.

—No es falta de respeto, *amatxo*, lo que yo quiero saber es: ¿por qué tengo que sacrificar mi vida, si no es por la independencia? Es más —continuó—, los carlistas que son tan vascos como nosotros, tan religiosos, tan gente de orden, no tienen escrúpulo en romper el orden y bañar nuestros valles y nuestras montañas con sangre de sus hermanos.

—Los carlistas —cortó agriamente el tío Joshe Mari— salen a defender los fueros vascos y la religión de nuestro pueblo amenazada por las turbas masónicas, comunistas y anarquistas.

—Yo no quiero fueros ni quiero autonomía. Quiero simplemente la libertad total del pueblo vasco, de los españoles y de la Iglesia.

—¡Jesús! —exclamó mi madre, toda escandalizada—. Tú tienes la culpa —le reprochó a la abuela.

A la abuela le brillaron los ojos al oír las palabras de su hija.

—La Iglesia —dijo— es el símbolo más odioso para el pueblo vasco. La Iglesia extranjera le ha encadenado su espíritu de libertad y destruido su personalidad.

Miré orgulloso a la abuela anciana. Ella era mi única aliada. La anciana era un faro indestructible, fiel a las más puras tradiciones del pueblo vasco. No así los líderes que mandaban a la muerte a sus hijos en defensa de una falsa tradición.

—*Ama* —dijo Joshe Mari—, tú no sabes de qué estás hablando.

—Vosotros, los carlistas, sois los que no sabéis de lo que habláis. Y en esto —dijo mirando a mi padre—, los otros medios carlistas, los vascos nacionalistas no andan muy lejos.

Dándome cuenta de que la conversación familiar tomaba agrios derroteros traté de cambiar de tema.

A pesar de mi lealtad a mi tribu y a la sangre, siempre me encontraba incómodo en las polémicas familiares. La religión había echado raíces de tal forma en sus mentes campesinas que solamente dejaba un resquicio abierto para preocuparse por el bienestar material.

Aquí estaba reunida parte de la familia y todos ellos por distintos caminos, nos llevaban a la juventud vasca a perpetuar nuestro dominio por España y la Iglesia Romana.

—¿Se tiene alguna noticia del tío Joshe Antonio? —pregunté.

—No creo que debamos preocuparnos mucho por la suerte de Joshe Antonio —respondió Joshe Mari—. Él está más seguro en Pamplona que vosotros aquí.

—Debiéramos cerciorarnos.

—Si hubiese alguna noticia desagradable Patricio nos hubiera mandado recado. Y repito, el tío Joshe Antonio está más seguro en Pamplona que vosotros en San Sebastián. Tengo la convicción de que cuanto antes os vayáis al caserío, mejor. Sois unos imbéciles los nacionalistas vascos. Todos los vascos debiéramos unirnos y combatir por la religión y la patria.

Al oír estas barbaridades de boca de mi tío, la sangre se me agolpó en la cabeza. Para evitar que la conversación degenerase en una batalla campal me levanté. A veces me daba vergüenza ser vasco. Salí del despacho, furioso. Cerré la puerta y me fui a la sala, dejándome caer en uno de los sillones.

Mis tíos navarros me sacaban de mis casillas.

La falta de descanso, la fuerte tensión de la noche anterior y la desagradable escena familiar, me habían agotado por completo.

Quise empapar con lágrimas mi rostro, pero mis pupilas estaban secas.

Cerré los ojos y me puse a reflexionar sobre el árido camino que empezábamos a andar. Yo no me hacía ilusiones. Sabía muy bien lo que pensaba la clase media vasca, sus virtudes y sus defectos, más defectos que virtudes.

La irrupción de mi padre en la sala cortó abruptamente mis pensamientos.

Abrí los ojos. Me quedé mirando a mi padre. Estaba cansado, más que cansado, deprimido. Esperé que él rompiera el silencio. Me daba cuenta de que yo no iba a convencer a mi padre, ni él a mí. El idealismo de la juventud y el cinismo de nuestros padres, que se asustaban de cualquier cambio dentro de las estructuras sociales de la sociedad, eran irreconciliables.

Mi padre era de mediana estatura, de cara alargada; la cabeza le caía hacia adelante, tenía ojos castaños y penetrantes. Vestía un traje gris de impecable corte inglés.

—No hagas caso al tío Joshe Mari.

No le respondí.

Todos nosotros sabíamos que los líderes del Partido Nacionalista Vasco habían pedido permiso al Obispo de la ciudad vasca de Vitoria para pedirle consejo. Y cuando la libertad se supedita a la decisión de un líder de la Iglesia, que a su vez, está supeditado al Vaticano, el futuro de este pueblo se presenta incierto.

Mas es importante señalar que los líderes del Partido Nacionalista Vasco de Álava, se habían unido a la rebelión militar sin que el Obispo de Vitoria tratara de hacerles ver la trágica posición que tomaban al enfrentarse con sus hermanos de sangre, los vascos guipuzcoanos y vizcaínos. Mientras tanto, los vascos nacionalistas navarros lanzaban una proclama declarando su neutralidad en la contienda entre blancos y negros, como diría Campión.

Que los vascos carlistas que militasen en el carlismo se lanzaran a la contienda a favor de la rebelión era comprensible. Las fuerzas carlistas vascas habían dejado de pensar como vascos. Y a pesar de todo el vasquismo que decían profesar eran los traidores a las libertades vascas. Y se iban a convertir en uno de los instrumentos de destrucción de las fuerzas patrióticas vascas. Quizá los vascos navarros querían hacer pagar a los guipuzcoanos y vizcaínos por su participación al lado de las hueste castellanas, al mando del Duque de Alba, en la destrucción del Reino Vasco de Navarra. Quién sabe... ni lo sabríamos...

Navarra y Álava podían sentirse orgullosas de tener en su propia conciencia las

innumerables fosas que iban a abrirse en las colinas de las provincias hermanas de Gipuzkoa y Bizkaia.

Mi mirada vagaba por toda la habitación en espera de que mi padre volviese a romper el silencio.

Finalmente habló mi padre.

—Yo creo que deberías irte a Inglaterra a continuar tus estudios. Tengo colocados unos fondos en Londres, que son más que suficientes para que puedas permanecer allí unos cuantos años estudiando.

—¿Usted qué va hacer?

—Tratar de poner orden en la situación creada. Tenemos una ardua labor ante nosotros.

La oferta era tentadora. Quizá mi padre deseaba mandarme a estudiar al extranjero, porque ni él mismo tenía fe en el desenlace de la contienda, pensé. En público nuestros líderes nos decían que la lucha iba a ser breve. Que la ayuda de los países democráticos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos estaba asegurada. Y a mí me querían mandar al extranjero. No le respondí.

Salir ahora abandonando a mis camaradas, peor aún, dejar la lucha en estos momentos, sería una decisión que jamás me perdonaría a mí mismo.

—La oferta es tentadora —le dije—. Gracias, *aitatxo*. Yo me quedo. No puedo dejarle solo en este momento de prueba.

—Entonces —dijo mi padre—, no hay más que hablar —llegándose a mí y abrazándome—. Solamente te voy a pedir un favor, Carlos. Cuando se organice el *Eusko Gudarostea* (Milicias Vascas) ingresa en ellas.

—De ello puede estar seguro.

Estos momentos no eran nada fáciles para mi padre. Yo me daba cuenta del terrible dilema que el levantamiento militar le había planteado.

Simpatizaba en estos momentos más que nunca con mi padre, a pesar de todas nuestras diferencias. Me daba cuenta del terrible conflicto interno por el que atravesaba. Me hubiera gustado ayudarle de todo corazón. Animarlo y decirle que no me importaba la decisión que tomara, por mucho que me desagradase. Yo siempre estaría con él.

Su espíritu conservador y religioso le enfrentaba a la revolución que el levantamiento militar había provocado en la ciudad. Yo estaba completamente seguro de que ellos eran los primeros en lamentar la situación caótica en que la ciudad se encontraba en estas primeras jornadas del pronunciamiento militar. El espíritu religioso del pueblo vasco, el egoísmo económico de su burguesía nacional, y su ceguera política habían colocado al pueblo vasco en una situación angustiosa.

Todos nosotros sabíamos que no importaba qué clase de Gobierno existiese en Madrid jamás aceptarían la secesión del pueblo vasco. Pero la Autonomía era inaceptable para la juventud vasca. No podía aceptar la frontera franco-española en los Pirineos, que separaba a un mismo pueblo.

—¿Tú qué vas a hacer ahora?

—Unirme al grupo que está formando Edum de Azkue y salir al monte.

—¿Tenéis armas? —dijo esto con voz en la que se notaba un gran pesar.

—Unos fusiles que hemos podido coger en el Cuartel de Loyola.

Mi padre se levantó del sillón y me abrazó. —Ten cuidado, Carlos—, me dijo sin poder contener su emoción.

## II

Almorcé y me fui al cuarto que me habían dispuesto a preparar mi mochila. En la mochila solamente metí un jersey de lana. Las noches en las montañas se hacían frías y húmedas.

A continuación me llegué a despedirme de la abuela, de la madre y del tío carlista que había llegado de Tolosa.

Quería a la abuela con toda mi fuerza. Ella había moldeado mi carácter e inculcado en mí el espíritu nacional y la rebeldía contra una sociedad burguesa vasca sin propósitos ni ideales.

Ella me había hecho comprender que yo no era español. Ella era la que había abierto mi curiosidad para que estudiase nuestra mutilada historia, cosa nada fácil, a falta de materiales de estudio. Esta búsqueda me había hecho pasar en el Museo de San Telmo todas las horas en que estaba abierto en los largos inviernos de lluvia y viento.

Ella me hizo entender que antes de que el pueblo vasco abrazara la religión católica, había tenido una tradición pagana, tradición que el nuevo guardián del pueblo vasco, la Iglesia Vaticanista, se guardaba muy bien de mencionar a la juventud.

Ella me había permitido ver las frustraciones del pueblo vasco en busca de su propia identidad, sus aspiraciones, sus debilidades, sus sangrientas guerras civiles desde la Edad Media.

Salí a la calle. Me puse a caminar en dirección a la cita con mis camaradas. Como el domicilio de Tere estaba en el camino, decidí pararme y saludarla. Yo mismo estaba sorprendido del cambio que yo había sufrido en los últimos días con relación a ella.

La ciudad iba transformándose. Se olfateaba en la transparente tarde de verano el olor a muerto. Las armas en manos de los grupos cenetistas esparcían vibraciones de terror por toda la ciudad.

Las milicias obreras se dedicaban a arrestar a diestro y siniestro. Los soldados de los dos regimientos de Loyola habían sido licenciados y se habían unido a las milicias obreras.

En la esquina del Bulevar y de Mayor, me paré por un momento, me puse a observar el loco correr de los camiones y taxis cargados de milicianos que iban a la caza del hombre.

Esto me sacaba de mis casillas. Y sin darme cuenta, comencé a mirar a todos estos grupos con pañuelos rojinegros y banderas rojas con la sigla UHP (Unión Hermanos Proletarios) con desconfianza.

Todos estos cazadores de hombres iban con fusiles, fusiles tan necesarios para defender Gipuzkoa.

Mientras los milicianos circulaban por las avenidas de la ciudad con aire de

matones, el general Mola desde Navarra mandaba columna tras columna para conquistar Gipuzkoa. Y estas columnas de requetés vascos no venían con la rama de olivo, venían sedientos de sangre.

La única diferencia entre ambas era que las milicias obreras tenían un liderazgo que solamente estaba preocupado por encauzar la marea revolucionaria dentro de sus estrechos objetivos políticos, sin que por el momento les preocuparan mucho los excesos que sus fuerzas estaban cometiendo.

Las fuerzas rebeldes más disciplinadas mataban porque la rebelión militar se hacía para destruir física y moralmente a la oposición y a quienes se resistían a continuar viviendo una existencia miserable.

En estos momentos, parado en la esquina del Bulevar y Mayor debía dejar translucir en mi rostro un gesto de repugnancia, porque sin darme cuenta se me acercó un obrero vestido con un mono azul y la pistola al cinto.

—No se asuste, compañero —me dijo al ver mi sobresalto.

—No tengo razón alguna —le respondí sorprendido y en guardia.

—Es que se le escapa a usted por todos los poros un rostro de asco que no creo que sea muy saludable, a pesar de que lleva usted colgada una pistola ametralladora.

—Será por algo.

—La culpa la tienen ustedes, los vascos.

—No comprendo lo que usted quiere decirme.

—Le quiero decir que la culpa la tienen los vascos nacionalistas por estar desarmados.

—La culpa la tenemos todos.

—La revolución, compañero, no se realiza tocando el *txistu* y el tamboril.

—Tampoco asesinando indiscriminadamente como estamos viendo en estos momentos bajo el signo humanista del anarquismo y el socialismo.

—Usted es nacionalista.

Lo dije esto al ver mi vestimenta, pantalones de *mendigoizale* (montañero), camisa gris y botas de monte.

—Sí.

—Yo nunca he leído a Marx, ni a Engels, ni a Lenin, ni estos que andan batiendo la ciudad les han leído, como tampoco han leído a Bakunin. Yo soy socialista porque un obrero no puede ser otra cosa. Un obrero puede ser socialista, anarquista o comunista, pero nunca jamás puede defender a la burguesía como lo hace Solidaridad de Obreros Vascos...

Me sonreí, interrumpiendo su pensamiento.

—¿De qué se está sonriendo?

—De lo que usted acaba de decir. Los socialistas no han hecho más que defender a la burguesía. Y lo peor, lo han hecho con símbolos revolucionarios.

—También estoy de acuerdo con usted. Los obreros vascos son manipulados por la burguesía vasca.

El obrero se pasó la lengua purpúrea por los labios.

—Yo —continuó el joven obrero moviendo los brazos— soy socialista. Soy socialista porque mi padre es socialista. Y cuando mi padre se incapacitó en un accidente de trabajo, yo tuve que dejar la escuela y empezar a trabajar de aprendiz para traer a mi familia un duro. Mi madre y mis hermanas se pusieron a fregar suelos. Y esto era mejor que la comida que las señoras de la caridad nos traían pidiéndonos nos resignáramos a la voluntad de Dios.

—Le doy a usted la razón —le dije—. Yo pensaría exactamente como usted. Además, estoy convencido de que, el socialismo inadulterado, es una ideología más humana que el sistema de la burguesía. Yo soy nacionalista, porque lo primero es buscarme mis señas de identidad. Quiero decirle la independencia vasca. Una vez conseguido esto, podremos combatir juntos por el socialismo.

—A mí me da tanto asco como a usted o más lo que está pasando aquí. La culpa no es nuestra, es de que todos nosotros estamos cansados de vivir...

—Siento tener que dejarle —le dije—. Mis camaradas me esperan para salir al monte.

—Salud, compañero.

—*Agur*.

Eché a andar en dirección al puente del Kursaal. No había andado veinte metros, cuando me pareció que alguien me llamaba. Me paré y me puse a mirar a todos los lados. Súbitamente, alguien me agarró fuertemente del brazo. Era un hombre alto, mal vestido y con una barba de varios días. No sé quién podía ser. Me era completamente desconocido.

—¿No me conoces, Carlos? —Al oír la voz me di cuenta de quién era—. ¡Don Luis! —exclamé todo sorprendido de verle en el estado miserable en que se hallaba.

Don Luis era una vieja amistad de la familia. Me entró compasión al encontrarlo en aquellas condiciones. Estaba lívido, los ojos se salían de las cuencas de no dormir. Su cuerpo temblaba en la calurosa tarde de verano.

Don Luis era un industrial de la ciudad. De fuerte fe religiosa y mayor integridad. Era monárquico, si se podía llamar así por votar por la candidatura monárquica. Era un hombre de gustos sencillos, muchas veces le había oído criticar a la Iglesia por su brutalización e indiferencia ante la suerte de las clases obreras y campesinas. Lo único que se me ocurrió fue decirle:

—Don Luis, ¿por qué no se refugia en una de las embajadas?

Tenía la completa seguridad de que en las embajadas se refugiaban hoy hombres más peligrosos que don Luis. Hombres que habían participado intensamente como francotiradores en los primeros días de la revuelta.

Muchos de los veraneantes que habían venido de Madrid, como medida de precaución, en el caso en que el levantamiento militar fracasara, se habían refugiado en las embajadas que se habían trasladado a San Sebastián por la temporada de verano. Y las puertas de ellas se abrieron de par en par.

—No puedo, Carlos, hasta que pueda dar con mi mujer. Se la llevaron, al no encontrarme —dijo estas palabras en tono tan atormentado que temí se pusiera a llorar en pleno Bulevar—. ¿Qué hacéis los nacionalistas, Carlos?

—No podemos hacer nada, Don Luis. Contamos con pocas armas.

—No sé adónde va a ir a parar todo esto, Carlos. Yo no he hecho a nadie mal en mi vida.

—No se preocupe, Don Luis, no tardará mucho en normalizarse la situación —le dije esto para animarle—. Por qué no va usted a casa. Estoy seguro que *aitatxo* tratará con los líderes del partido para localizar a Doña Constanca.

—Gracias, Carlos.

—Yo siento tener que dejarle, Don Luis, yo iba a reunirme con mis camaradas. Vaya usted a casa y por lo menos hasta que se haga un poco de orden, estará seguro.

—Gracias, Carlos, que Dios te bendiga.

Don Luis se fue hacia la dársena con paso inseguro.

Eran días estos de atormentada ansiedad, para todos aquellos que aún no habíamos perdido la serenidad ni la sensibilidad. ¿Pero por cuánto tiempo podría uno mantenerse en esta posición, sin que le tocara la locura que andaba suelta por la ciudad?

Don Luis aún no llegaba a comprender lo que estaba ocurriendo. Era monárquico. Nunca había participado en la política. Nunca había hecho daño alguno a nadie. Y no podía comprender por qué otro ser humano como él, podía arrancarle la vida por el solo hecho de pensar distinto.

Tampoco comprendía yo.

Como en todas las situaciones en donde reina absoluta confusión, los rumores más fantásticos corrían como el viento.

Mientras iba hacia la cita con mis compañeros, me acercaba curiosamente a los grupos que tan pronto se formaban, tan pronto se disolvían. En uno de ellos, se comentaba que los fascistas refugiados en las embajadas extranjeras seguían hostilizando a los grupos de obreros armados.

Yo francamente tenía mis dudas de que fuese cierto. Pero vivíamos unos días en los que cualquier absurdo era posible. Nuestros sentimientos cambiaban a cada minuto. De la furia pasábamos a la compasión: de la lógica a lo irracional; de la cordura a la intransigencia.

No pensaba ni analizaba la situación. No tenía tiempo. El enemigo amenazaba a Gipuzkoa y a nosotros nos tocaba defenderla. Además comenzaba a darme asco la retaguardia.

Seguí mi camino sin querer escuchar los cien mil disparates que se comentaban en esos corrillos. A los unos los aplaudían, a los otros los abucheaban según donde estaban sus simpatías o sus antipatías políticas.

A la altura de la calle Nariika y el Bulevar me tropecé con Etxebeste. Él y yo nos dirigíamos a unirnos al grupo que Edum había quedado en organizar.

—Andamos tarde —le saludé.

—Sí.

—Para morir, siempre hay tiempo.

—Que lo digas, Carlos. Lo importante es por qué se muere.

—Espero que algún día lo sabremos.

—Carlos —dijo Etxebeste—, te lo digo con toda la sinceridad, hoy prefiero el monte a la ciudad.

—Te comprendo.

—No sé si me comprendes, Carlos.

Le comprendía muy bien a Etxebeste. Yo pensaba igual. En el monte, a pesar de todos los peligros, era lucha limpia. En la ciudad, al contrario, se había desatado una fuerte galerna; todas las pasiones más ruines del ser humano andaban sueltas: el odio, la envidia, las venganzas personales, era el momento de liquidar viejas deudas y viejos créditos.

Etxebeste se pasó el pañuelo blanco por la frente para secarse el sudor.

—Tú sabes, Carlos, que mi padre me echó de casa por negarme a alistarme en las fuerzas paramilitares de requetés.

—Sí, ya estaba enterado.

—Pues bien, hoy se presentó en casa de mis tíos para esconderse y pedir al tío que le consiga un carnet del partido.

—No te extrañe, Etxebeste. En los últimos días he visto una cantidad de fascistas y gente de derecha con pañuelos rojinegros, rojos y todos los colores habidos y por haber, con fusiles y coches, y probablemente tratarán de poner a salvo a sus amistades. Y para probar su nuevo fervor revolucionario se pondrán a detener y liquidar a los más infelices.

—Me da asco todo esto —dijo escupiendo.

—A mí me da más que asco, Etxebeste, me da ganas de vomitar.

—Con mi padre han llegado dos sacerdotes carlistas de la Iglesia del Buen Pastor. Estos están aterrorizados y temblando de miedo. Aquí hoy no se respeta ni a Dios. Si son carlistas o simpatizan con el movimiento que los internen hasta el final de la contienda y se acabó. Todos sabemos que la Iglesia ha hecho mucho daño, pero es inconcebible que se lancen furiosos contra ellos.

En estas pláticas llegamos a la altura de la calle Aldamar.

—Ven conmigo, Etxebeste. Voy a saludar y a presentarte una chavala que me gusta un huevo.

—Pero es muy tarde, Carlos.

—Nada más un segundo.

—Bien.

Caminamos unos metros y nos paramos en el domicilio de Tere. La puerta estaba cerrada. Toqué el timbre. Mientras, me cercioraba de la hora. Eran las tres de la tarde. La cita con mis camaradas se había fijado para las dos. Llevábamos una hora de

retraso. De donde nos encontrábamos al centro de la concentración había una distancia de diez a quince minutos a la carrera.

La espera no fue larga. Tere abrió la puerta de la calle. Vestía una larga bata de casa. Y la larga cabellera le caía por la espalda en desorden. Nuestros labios se tocaron.

—No sabes qué alegría me das, Carlos.

—Ya te dije que volvería a verte. —Le presenté a Etxebeste.

—Sube, Carlos: García e Iñaki están tomando una cerveza.

—Lo siento, Tere, no puedo. Nuestros camaradas nos están esperando.

—Sube, aunque sea por unos minutos. Además, García e Iñaki han venido a casa porque te andaban buscando.

—Bien, solamente por unos minutos.

Los tres nos subimos al piso. García e Iñaki, sentados en un largo y cómodo sofá verde, tenían un vaso de cerveza medio vacío.

—Te hemos buscado por todas partes. Hemos estado en tu domicilio y no había nadie en casa.

—Es que me han cambiado de residencia —les dije—. Ahora vivo con mis padres.

—Por la cara que traes no creo que te haya ido muy bien la reunión familiar —dijo García.

No le respondí.

—¿Cómo está tu brazo? —le pregunté.

—Bien.

Empecé a preocuparme. Creía que iba a perder a mis camaradas. También es evidente me encontraba algo deprimido y confuso. Era muy posible tras la tensión, o que el relajarse le diera a uno una sensación de vacío.

—¿Qué planes tenéis los *mendigoizales*? —preguntó Iñaki.

—En estos instantes se está formando un grupo —le respondió Etxebeste—. Creo que tomaremos posesión de algún paso o trataremos de infiltrarnos y atacar las comunicaciones del enemigo. Eso es lo que creo. Pero verdaderamente no lo sé.

—Nos estamos retardando demasiado —les dije, mirando el reloj con nerviosismo.

—Ni que fuera una cita importante —comentó Tere.

La miré sorprendido. Pude observar que por sus pálidas mejillas resbalaban unas lágrimas.

—No te preocupes, Tere, te prometo regresar. Y nunca he dejado de cumplir una promesa.

—Hola, Carlos —saludó Mirentxu, interrumpiendo en la sala.

Le presenté a mi camarada.

—¿Queréis tomar algo antes de marcharos?

—Te lo agradecemos, Mirentxu, no tenemos tiempo.

Nos acercamos a la puerta.

—Carlos, ¿podríamos unirnos dos socialistas vascos a los cavernícolas? —preguntó García.

—Tú no vas a ningún sitio —dijo Mirentxu.

—Mi brazo está como nuevo —le respondió García con un movimiento brusco del brazo.

Se mordió el labio inferior de dolor. Mirentxu estaba tan nerviosa que no se dio cuenta.

—No creo que vayáis a encontrar buena compañía —le dije con la intención de desanimarlo.

—No seas cabezón, García. Tu brazo aún no está bien. Y por lo tanto, tú no vas a ninguna parte —contestó Mirentxu en tono irritado.

—No seas tonta, Mirentxu. No hagas teatro —y, diciendo esto, García se levantó del sofá.

Hoy estas escenas se repetían en cientos de miles de hogares. Hoy dejábamos nosotros algo de nosotros que jamás volveríamos a recuperar: unos las madres, otros sus esposas e hijos. Más importante aún, todos nosotros renunciábamos a algo de nosotros mismos. Esto nos era odioso e iba en contra de las leyes del crecimiento normal y natural. Y nos lanzaba a una búsqueda de algo más concreto: nuestro sacrificio era para crecer y crear unos valores de vida más elevados, más racionales de lo que habíamos experimentado en nuestra corta existencia. No queríamos ni deseábamos seguir el viaje de nuestros padres, a pesar de la sangre. Nosotros nos lanzábamos al combate para buscar lo que ellos habían abandonado por cansancio o por intereses personales y egoístas.

Al final, García la dejó a Mirentxu llorando desconsoladamente en un rincón de la sala.

—Llorar —dijo— es un sentimiento burgués. Cuanto más sentimental es uno, más instinto criminal tiene uno. —García dijo esto con rabia.

Salimos a la calle. Con paso rápido nos fuimos a la cita con nuestros camaradas.

### III

Cuando nos presentamos al *rendez-vous*, las armas y las municiones que habíamos podido sacar del Cuartel de Loyola, a las primeras horas de la mañana, habían sido distribuidas entre nuestros camaradas.

Al camión se le había quitado la lona. A su alrededor, dos soldados sin guerreras enseñaban pacientemente a sus nuevos camaradas a armar y desarmar el fusil.

Los dos soldados eran de la ciudad, y el levantamiento militar les había cogido haciendo el servicio militar. Ambos habían pertenecido al complemento de la compañía de tiradores que habían defendido los Altos de Amezagaña.

Saludamos a nuestros camaradas. Hablaban en voz queda. Rostros rígidos, llenos de ansiedad, humedecidos por el sudor.

Nos metimos por una pequeña puerta que estaba abierta y nos salimos a una amplia galería llena de maquinaria. Al otro lado del taller, por una escalera de madera se subía a la oficina de Edum.

—Hemos llegado a tiempo —dije entrando a esta seguido de mis tres camaradas.

—Llegáis a tiempo —saludó Edum. Por un momento levantó la vista del papel que tenía extendido sobre la mesa del escritorio. Sacó un pañuelo de seda y se lo pasó por la frente.

A pesar del ruido que metían dos ventiladores eléctricos, el calor era sofocante.

Edum se volvió al papel que tenía extendido sobre el escritorio. Era un mapa de la provincia de Gipuzkoa. Hizo unas anotaciones con un lápiz rojo. Comenzó a recogerlo cuidadosamente. Lo dobló y se lo puso en el bolsillo de la cazadora que colgaba de un perchero vertical de madera.

—Ya os decía yo —exclamó jovialmente Garmendia— que a Carlos no le había entrado una colitis crónica.

Edum sonrió ante el recibimiento que Garmendia nos hacía y se acercó al otro escritorio.

Garmendia se vino a mí y me abrazó. Más que un abrazo fue un estrujón. Desde este momento, Garmendia se convirtió en mi guardián y protector.

Era de estatura regular, ancho de espaldas, con un tórax que parecía que iba a romper la camisa. La espalda se le unía al cuello, grueso, pero sin grasa. Su rostro estaba bronceado por el sol y el salitre, y tenía las manos callosas y llenas de cortes cicatrizados.

Tendría alrededor de los treinta años, aunque aparentaba más. Pero esto no era extraño. La clase obrera envejecía prematuramente. A los doce o trece años comenzaba a trabajar para ayudar a la familia y a los dieciocho años eran ya hombres sin futuro alguno.

Este pueblo hambriento y miserable había ganado la primera escaramuza. A este pueblo le interesaba más el pan que el fascismo o el antifascismo de los años treinta. Le interesaba que sus hijos tuvieran la oportunidad de mejorar sus propias vidas y no

que siguiesen la trayectoria de ellos. Si el padre era albañil, el hijo era también albañil. Si era mecánico, mecánico, etc., etc.

Mas los manipuladores de la historia siempre han sabido manejar las aspiraciones de los pueblos, y siempre han tenido a mano los mitos históricos del pasado. Únicamente tenían que cambiar de nombre. Durante la revolución francesa los mitos se llamaban Libertad, Igualdad y Fraternidad y en los años treinta Fascismo y Antifascismo, y estos últimos eran la continuación abstracta de la revolución francesa. En la revolución francesa, el poder de la aristocracia pasa a las manos de la burguesía hambrienta de poder y riquezas. El fascismo y el antifascismo, aunque opuestos, simbolizaban la continuación y perpetuación en el poder de esa misma burguesía.

—Mira, Carlos, a quién hemos puesto como oficial de reclutamiento —me dijo Garmendia con mueca burlona.

Tanto Etxebeste como yo habíamos podido observar que en el otro escritorio de la oficina, se sentaba un oficial del Ejército regular. Era capitán de infantería y con la guerrera desabrochada jugaba nerviosamente con unas fichas que tenía en las manos.

Manolo Arteta, que así se llamaba el oficial, pertenecía al Regimiento América, que guarnecía Navarra. Su padre se había retirado del Ejército con la graduación de coronel y había ayudado al general Varela a organizar y preparar las fuerzas paramilitares vascas de requetés.

A Manolo Arteta siempre lo habíamos clasificado como carlista, y verle sentado detrás del escritorio nos sorprendió a Etxebeste y a mí.

Garmendia salió de la oficina sin decir nada. La oficina de Edum era una habitación grande interior, sin ventilación alguna. Estaba amueblada con austeridad. Dos largos escritorios de nogal a los dos lados de la habitación con sus correspondientes sillones de cuero negro giratorios.

Estaba alumbrado con luces indirectas. En las paredes blancas, sobre los escritorios, colgaban un Cristo tallado de madera y un cuadro encuadrado en oro, de la escuela sevillana, con un niño Jesús en brazos de María.

Completaban la decoración, dos sillones, alrededor de una mesita, en el centro de la habitación. Un armario empotrado en la pared, con unos cuantos libros religiosos y de deportes. Sobre la mesita un Kempis encuadernado en tela roja.

Más que una oficina de negocios era una habitación tranquila e invitadora al reposo y a la meditación.

Cuántas veces no había venido a estudiar a esta oficina de noche, cuando la maquinaria descansaba de su labor del día. En la oficina se respiraba una gran calma espiritual que sosegaba mi gran confusión, parte de mi crecimiento en un período tumultuoso y lleno de esperanzas.

Me acerqué a Edum con mis camaradas.

—Aquí te traigo dos nuevos reclutas, ambos socialistas.

Al decir la última palabra, sentí que algo había caído al suelo detrás de mí. Me

volví y pude observar que a Arteta se le habían escapado las fichas que nerviosamente barajaba. Estaba pálido. Sonreí. Con mi sonrisa quise tranquilizarle.

—Bienvenidos a la tribu —saludó a Iñaki y García, extendiéndoles su mano.

—Vuestra presencia entre nosotros evidentemente demuestra una cosa muy importante, que a pesar de nuestras diferencias ideológicas se puede llegar a un entendimiento entre todas las fuerzas vascas. Yo soy católico, vosotros socialistas, ateos. No obstante, la Iglesia, si no la hubieran adulterado y corrompido, tiene mucho en común con los socialistas. Ambos desean que los pueblos vivan con dignidad.

Por los rostros de sorpresa de mis dos camaradas, se podía colegir que Edum, con sus simples palabras, se había ganado a los dos.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Etxebeste.

—Ahora mismo —se levantó del escritorio. Cogió la cazadora y una pistola ametralladora de la percha y se acercó al escritorio de Arteta.

—Arteta, haz una ficha de los cuatro. Tú te quedas aquí.

—Yo creo que cometes un gran error, Edum —respondió Arteta—. Yo soy el único que tiene alguna experiencia militar. Te doy mi palabra de honor de que no voy a pasarme al otro lado. Tampoco os voy a hacer ninguna jugarreta.

—De verdad, Arteta, te agradezco tu franqueza. De un momento a otro llegará Antón Arana. Entre los dos espero que organicéis a los grupos que se vayan presentando.

—Como tú quieras, Edum. Puedes estar tranquilo de que los grupos que lleguen, saldrán al monte con una rudimentaria instrucción militar y familiarizados con el uso de las armas automáticas.

Manolo Arteta se levantó del escritorio y llegándose a Edum, lo abrazó.

—No sabes cuánto te agradezco lo que estáis haciendo por mí. Siento más aún no pensar como vosotros.

—Algún día, Arteta, los vascos pensaremos igual en lo que se refiere a la independencia nacional.

Interrumpió la escena la entrada de Garmendia cargado con tres fusiles y cuatro cartucheras llenas de munición. Las armas las distribuyó entre Etxebeste, García y yo. Iñaki tenía el suyo.

Arteta tomó nuestros datos biográficos. Por un segundo se quedó mirando a García e Iñaki. Su rostro había tomado algo de color. Se hallaba más seguro.

—Toma, Edum —diciendo esto le pasó dos fichas—. Aquí tienes dos buenos elementos.

Edum las cogió, las miró por un momento y se las devolvió a Arteta.

—Vámonos —dijo Edum.

—¿Dónde se os podrá localizar en caso de que te necesite, Edum?

—En los alrededores de Tolosa. Preguntáis en el *Batzoki* (Centro Nacionalista).

Edum abrió la puerta para bajar al taller. Nosotros le seguimos. En el taller nos tropezamos con un señor de unos cuarenta años de edad. Vestía un traje gris algo

gastado por el uso, camisa blanca sin corbata.

—Me han dicho fuera que aquí puedo encontrar a Edum de Azkue.

—Soy yo —respondió Edum.

—Vengo de parte del doctor Andoni de Gurrutxaga. Me ha dicho que le es imposible abandonar el hospital. Yo les he traído una camilla y un cartón con botiquines individuales. Si vosotros no tenéis inconveniente, me gustaría unirme al grupo. Yo soy practicante con título.

—Encantado...

—Me llamo Ignacio de Amundaraín.

—Encantado, Iñaki.

—Aunque es más largo, te llamaremos Amundaraín. Iñakis hay por docenas — saludó Etxebeste.

Nuestros camaradas seguían afanosamente armando y desarmando el cerrojo del fusil Mauser, bajo la supervisión de los dos soldados.

Edum se subió al camión y todos nos acercamos. Nos habíamos reunido unos cuarenta camaradas.

—Creo que todos sabemos por qué estamos reunidos hoy aquí —comenzó—, así que voy a dejar los detalles a un lado y voy a pasar a lo más importante.

Hoy es un día señalado para todos nosotros. Tenemos intención de formar un batallón lo antes posible. Nosotros somos el primer núcleo. En el momento en que nuestros compatriotas se enteren, espero que vendrán a engrosar nuestras filas. Se ha mandado una comunicación a nuestros correligionarios de la provincia informándoles de la creación del batallón y no tardarán en unirse a nosotros.

También quiero informaros de que se ha dado orden de crear en Azpeitia el *Eusko Gudarostea* (Milicias Vascas).

—*Gora Euskadi Askatuta!* ¡Viva la Independencia Vasca! ¡Viva el Ejército Vasco! —interrumpimos al oír que se había dado la orden de formar el Ejército Vasco.

Finalmente el pueblo vasco se preparaba a organizar el Ejército Vasco de Liberación Nacional. Y este trascendental acontecimiento nos llenaba de emoción. Mi cuerpo temblaba pensando que a nuestra generación le había tocado la responsabilidad de crear el nuevo Ejército. Ahora teníamos una causa por qué luchar y morir. Ahora podíamos combatir al enemigo común, a España que nos oprimía y lentamente nos iba despojando de nuestra personalidad. Después combatiríamos a los colaboradores vascos que nos habían traicionado. A estos había que aplastarlos como alimañas.

—La mayor parte de los que estamos presentes y han intervenido en la conquista de la ciudad, se han dado cuenta también de la desorganización y anarquía que impera —continuó Edum—. La capital se ha tomado a base de coraje y con un desprecio total a la vida. El precio que se ha pagado ha sido elevado. Todo este sacrificio va a ser completamente inútil si nosotros somos incapaces de formar

fuerzas militares disciplinadas.

En este instante estamos recibiendo noticias de los frentes que nos comunican que los milicianos, que con tanto heroísmo combatieron en la capital, se encuentran desalentados y confusos combatiendo en campo abierto con bandas de requetés bien armados y dirigidos por oficiales del Ejército rebelde.

A los *gudaris* (soldados vascos) nos toca la misión de pararlos. Nosotros que conocemos nuestros montes, nuestras quebradas, todos los pasos de montaña, que amamos con intensidad nuestra patria y nuestras libertades, tenemos que parales en seco.

—Lo que necesitamos, Edum, son armas y no disciplina —interrumpió Garmendia—. Para matar a los enemigos de nuestra patria y a los traidores, yo no creo que necesitemos disciplina.

—Garmendia —respondió Iñaki—, la disciplina es necesaria para matar carlistas y fascistas con más eficacia.

—Si es para matar más enemigos del pueblo vasco, entonces estoy de acuerdo.

En la mente simplista de Garmendia, enemigos del pueblo vasco eran todos aquellos que se oponían a la total independencia vasca, incluidos en ella estaban los fueristas y estatutistas.

Las palabras de Edum fueron entusiásticamente recibidas por todos.

—Ahora por último, antes de escoger los jefes de grupo, os voy a informar de la situación militar.

»Desde el 21 de julio, los requetés navarros y guipuzcoanos avanzan y tantean el terreno en tres direcciones el coronel Beorlegui trata de forzar el paso estrecho de Endarlatza, en el lugar en donde el río Bidasoa para entre dos montes que parecen tocarse. Al fracasar su intento de forzar el paso han regresado a Bera. Y de esta villa trata de moverse en dirección a Oiartzun.

»También el 21, el teniente coronel Cayuela se ha puesto en marcha hacia Tolosa, estas fuerzas se mueven por la carretera de Betelu y llevan la intención de seguir el río Oria y sitiar la capital a la altura de Lasarte.

»Viendo las dificultades que tropieza su paseo militar sobre Gipuzkoa, el general Mola ha despachado otra columna al mando del coronel Ortiz de Zárate en dirección a Irún.

»Ya podéis ver el estado de degradación a que los vascos hemos llegado desde que los españoles nos conquistaron. Todas estas fuerzas que el general Mola nos manda son vascos como nosotros. Más importante aún, entre ellas, muchos de nosotros tenemos hermanos, tíos y familiares, en esas fuerzas que tratan de destruir nuestros deseos de libertad y justicia.

»Desde el 24 de julio, las fuerzas rebeldes vascas, al servicio de las fuerzas rebeldes, avanzan a lo largo del frente guipuzcoano. Las fuerzas del teniente coronel Los Arcos se mueven por la derecha; el teniente coronel Ortiz de Zárate sigue la orilla izquierda del río Bidasoa y trata de ocupar Endarlatza, que hasta ahora resiste

las embestidas del enemigo.

»El general Mola está mandando constantemente refuerzos con la intención de cortarnos las comunicaciones con Francia en Irún. Si Irún se pierde, la guerra se ha perdido.

»Mientras tanto, los montes defendidos por las milicias obreras van cayendo uno tras otro a las fuerzas vascas de requetés.

»Algunos líderes nuestros han pedido que las armas largas disponibles pasen a armar a las fuerzas vascas. Hasta este momento no han tenido respuesta.

—¡Cabrones! —salió una voz de entre nuestros camaradas.

—Esta es la situación militar —acabó Edum—. Iñaki, que hizo el servicio militar como sargento, se va a hacer cargo de la primera sección. García, que ha hecho el servicio militar como alférez de complemento, se encargará de la segunda sección. A Etxebeste, que también ha cumplido el servicio militar como alférez de complemento, la tercera sección. Y Salaverría, que como buen vasco no ha servido en el Ejército de ocupación, la cuarta sección.

Diez minutos más tarde el pequeño destacamento estaba organizado en cuatro secciones y listo para salir hacia el frente.

## IV

El grupo se subió al camión militar. Súbitamente, Esnaola se tiró de un salto.

—¡Esperadme! —corriendo se metió en el taller. Inmediatamente volvía a reaparecer con una *ikurriña* (bandera vasca).

Al ver la *ikurriña*, nuestro destacamento rompió el silencio de la tarde.

—*Gora Euskadi Askatuta!* (Viva la Independencia Vasca). Este grito fue seguido por un grito gutural, continuo y salvaje, el *irrintzi*, grito de guerra que por miles de años había resonado por las montañas pirenaicas. Era el grito de guerra que había paralizado a las huestes de Carlomagno, en el desfiladero de Luzaide, y los había destruido. Era el grito que jamás cesaría de oírse hasta el día que el pueblo vasco volviera a recuperar sus libertades perdidas.

Pasándola de mano en mano, colocamos la *ikurriña* al frente del camión. Estábamos emocionados viendo ondear al viento los colores rojo y blanco con la cruz verde de San Andrés.

La guerra en la que entrábamos hoy, era una guerra justa. Muchos de nosotros perderíamos nuestras vidas en las batallas que se avecinaban. Mas otros cogerían las armas para continuar la lucha. Pues no podía haber paz en la tierra, mientras existieran nacionalidades oprimidas y despojadas de su propia personalidad, de su propio crecimiento normal. Y el pueblo vasco era y es uno de ellos.

La bandera que se movía ligeramente en la brisa de la tarde representaba todas nuestras esperanzas, todas nuestras aspiraciones, todas nuestras frustraciones acumuladas en siglos de bárbara opresión. Era nuestro símbolo en la constante búsqueda de nuestra propia identidad nacional.

Isasa cogió el volante. El camión se puso en marcha para el frente. Nuestra presencia por las calles de la ciudad fue recibida con reacciones opuestas, con entusiasmo por un lado, con aprensión e insultos por otro.

—¡Ahí salen los anti-españoles! ¡Ahí salen de sus cuevas los cavernícolas! — fuimos recibidos por los milicianos que guardaban el edificio del Kursaal, convertido en *cheka*, blandiendo amenazadores fusiles.

—Esperad, cerdos de mierda —comenzó a gritar Garmendia como un energúmeno blandiendo el fusil al aire—. Esperad, que no vamos a tardar en barrer por todo nuestro territorio a los enemigos del pueblo vasco.

Pero siempre en la historia, en los momentos de gran confusión, el hombre descarga su ira y sus propias frustraciones sobre el que está más cerca de él.

Garmendia, entre otros muchos de nuestros camaradas, reaccionaba igual que ellos.

—No dejados llevar por las provocaciones —gritó Edum sacando la cabeza por la ventanilla del camión.

—No seas animal, Garmendia —le dijo Iñaki—. Bastante trabajo vamos a tener con los requetés.

—Y con los españoles —agregó Salaverría.

—En estos momentos, Salaverría, un grupo de españoles son aliados de los vascos —le replicó Iñaki.

—Aliados que te amenazan con el fusil. Aliados que te insultan. Para ti, Iñaki, esos son nuestros aliados, como los llamas tú.

—Dejaros de polemizar —cortó oportunamente García.

Por regla general los milicianos nos recibían con gran desconfianza. Yo comprendía muy bien la razón de ello. Muchos de mis camaradas también. Al fin y al cabo, las fuerzas nacionalistas representábamos las fuerzas del orden. Para los milicianos, nosotros éramos el símbolo de la contrarrevolución en el País Vasco. Representábamos la contrarrevolución por la simple razón que la izquierda españolista nunca había comprendido la cuestión nacional. Y este error de la izquierda centralista había impulsado a la juventud patriota vasca en brazos de la derecha vasca vaticanista, contra los deseos de muchos patriotas que pensaban como socialistas, pero eran antes patriotas.

¿Pero qué representaba el Frente Popular? El Frente Popular representaba la contrarrevolución a escala de toda la geografía del Estado. Y la contrarrevolución la impulsaban con *slogans* revolucionarios.

Nadie pensaba ni analizaba la situación política que la rebelión militar había creado entre todas las fuerzas que se oponían a ella. Nosotros no teníamos tiempo ni nos importaba. Nosotros sabíamos o creíamos saber adónde íbamos. Nuestro objetivo era aplastar la rebelión y construir un Estado Vasco e Independiente. Si la clase obrera españolista dirigida por sus mentores políticos se oponían a nuestros designios de liberarnos de España, trataríamos de aplastarlas también. Intuíamos que las fuerzas españolas, tanto de la derecha como de la izquierda tenían las mismas intenciones.

Estos días eran de prueba y de crisis. Ahora íbamos a ver de qué temple eran los políticos e intelectuales españoles, tan fogosos en la tribuna de los Ateneos. Ahora íbamos a ver si eran capaces de resolver los problemas políticos e históricos de la Península Ibérica. Ahora íbamos a ver si tenían suficiente grandeza para transigir, a pesar de lo fuerte que este vocablo suena en el oído de los españoles. Ahora íbamos a ver su responsabilidad y su coraje en dirigir a las nacionalidades ibéricas a la victoria, aunque fuese a costa de provocar un conflicto internacional, ante la intervención militar de Portugal, Italia y Alemania que se veía venir. Los intereses de las nacionalidades ibéricas estaban por encima de todos los intereses habidos y por haber. O íbamos a ver su timidez, su cobardía o su oportunismo.

Nuestro camión pasó velozmente por el Bulevar. Nos metimos a la calle Hernani hasta la Avenida de la Libertad. Cruzamos el puente de Santa Catalina y subiendo la cuesta de Egia enfilamos el camión en dirección de Tolosa.

—Ya vemos dónde vamos a encontrar oposición —comentó Salaverría.

—No vale la pena preocuparnos —intercaló Esnaola—. Cuando llegue el momento nos enfrentaremos a todos. Mientras tanto hay que hacer oídos sordos y

dedicarnos a la liberación de nuestra patria.

El camión se paró a la entrada de la barricada de sacos terreros levantada a la entrada de la villa de Tolosa. El puesto estaba guardado por numerosos destacamentos de obreros cenetistas, con pañuelos rojiblancos, barbas de diez días, armados con fusiles y pistolas ametralladoras.

Nos miraban con recelo, por no decir hostilidad.

—¡Bajaros! —nos ordenó Edum.

Saltamos del camión. Las cuatro secciones se agruparon en la carretera.

—Formad en columna de dos —volvió a ordenar Edum.

El destacamento formó en columna de a dos y esperamos la orden de marcha.

—Isasa, regresa con el camión a la ciudad. Los demás, seguidme.

Cruzamos la barrera cenetista sin saludarnos ni decirnos palabra. Nos metimos por las angostas calles del pueblo.

Milicianos con sus monos azules, uniforme de las milicias obreras, se movían sin dirección alguna. Otros tumbados en los portales de las casas de piedra señoriales descansaban, sucios. La mayoría caminaban como fantasmas fuera de sus habituales lugares, confusos, indisciplinados y sin coherencia alguna, mal armados y con jefes improvisados en los combates de la ciudad.

Debajo de sus largas barbas se podía distinguir una irritación mal controlada, su perplejidad y desconcierto ante la silenciosa hostilidad que encontraban en la villa.

Tolosa era una ciudad carlista y no me sorprendía que los milicianos se lanzasen con violenta furia contra los elementos más representativos del carlismo y simpatizantes.

Nos paramos a la puerta del *Batzoki*.

—Esperadme —nos ordenó Edum—. Voy a subir al *Batzoki* a ver qué información del frente pueden darme.

—Bien.

—El que tenga botas de vino que vaya a llenarlas. Pero no tardéis mucho —sugirió Salaverría.

Garmendia cogió las botas de varios camaradas y desapareció por las angostas calles en busca de una taberna. Minutos más tarde aparecía de nuevo.

—Mirad qué contento viene con las botas llenas —comentó Etxebeste—. Tengo la completa seguridad que se ha metido al gaznate un litro de vino.

Garmendia se acercó a nosotros y dándole la bota que le había dado Etxebeste, le dijo:

—Invitación de la tabernera.

—Garmendia —le dijo Etxebeste—. Habrás pagado por el vino, ¿no?

Me sonreí al ver el rostro de asombro de Garmendia. Estaba seguro de que Garmendia se había arreglado para no pagar un céntimo.

—Le quise pagar, juro por la Virgen del Coro. Pero al enterarse de que pertenecía a un grupo de *gudaris* que habíamos llegado de San Sebastián para defenderlos de

todos los revolucionarios *maketos*, no me quiso cobrar. Le he echado unos piropos y le he hecho unos *chirries*, y mi palabra de honor, me ha ofrecido la mitad de la taberna, si me quedo en el pueblo.

—¡Qué cara más dura tienes, Garmendia!

—Tienes que darte cuenta, Carlos, yo soy un hombre que ha visto mucho mundo. Y nuestras caseras son muy románticas, y un hombre como yo, estando detrás del mostrador, no se encuentra todos los días. Además, con la cantidad de borrachos que hay en el pueblo...

—Tú, Garmendia, no has visto mucho mundo. Lo que has hecho es muchas singladuras de Pasajes a Terranova —le respondió Etxebeste.

—No me hagas reír —dijo Salaverría—. Pobre chica, en un par de días, le has soplado todos los pellejos de vino —diciendo esto se echó a reír con ganas.

—No te rías, Salaverría. Tolosa no es un mal pueblo para retirarse de la vida del mar. Mientras nos dedicamos a matar requetés y falangistas, le voy a dar vueltas en la cabeza.

—Lo único que va a salir de tu cabeza, Garmendia, es vino adulterado —dijo Salaverría.

—Os traigo el vino gratis y os ponéis a criticarme.

—No le hagas caso, Garmendia. A Salaverría, como buen aprendiz de sacristán, le gusta beber el vino gratis y en privado.

—¡Carlos, no jodas a Salaverría! —exclamó Esnaola.

—Conferencia larga tiene el jefe con los camaradas del partido infalible —comentó Etxebeste en tono irónico.

No había cerrado la boca, cuando Edum se reunió al grupo.

—¿Estamos todos? —preguntó como si tuviera prisa de salir de la villa.

—Completo —respondieron los jefes de sección.

—Adelante.

Cruzamos rápidamente las empedradas calles del pueblo y fuimos a salir a la carretera de Beasain. En fila de a uno, nos pusimos a andar a un lado de la carretera en dirección al frente.

En las colinas a los dos lados de la carretera un enjambre de obreros iba abriendo zanjas, sin orden ni concierto. Se abrían trincheras sin ningún valor defensivo, solamente servían para gastar las energías y la agresividad del pueblo en armas, sin armas.

Caminaba al lado de Edum. Conocía muy bien su carácter. Por la expresión que tenía sospechaba que la visita a los del partido no había ido muy bien.

Su expresión era de incredulidad, alarma y disgusto. Me daba la impresión que hacía grandes esfuerzos para dominarse.

Siendo vasco tenía cierto conocimiento de nuestra psicología y sospechaba lo que había podido disgustar a Edum.

Desde el primer día del alzamiento, había indicios que no auguraban días muy

felices. Nosotros recibíamos débilmente estas señales de alarma, aunque bien pronto nos olvidábamos de ellas.

No tenía duda alguna de que los líderes nacionalistas en el Consejo de Administración de la Papelera Española en Tolosa estaban alarmados ante los obreros armados que había en la villa. Las fuerzas obreras tratarían de resistir y, naturalmente, temían que sus propiedades pudieran ser destruidas en la refriega.

Para los líderes del Partido Nacionalista Vasco lo más importante en estos días y en los que se avecinaban era proteger el derecho a la propiedad y los intereses económicos de la burguesía vasca vinculada con las de España e inglesas. Para ellos valía más un edificio que la sangre de la juventud patriota vasca.

Estaba interesado en lo que había pasado y dejé que me lo dijese Edum.

Un fuerte tiroteo se escuchaba claramente en la serena tarde. Nuestro sexto sentido automáticamente empezaba a funcionar ante el peligro de la muerte. Conteníamos la respiración para escuchar mejor la dirección de donde venía el ruido de las armas automáticas que rasgaban y turbaban las onduladas colinas verdes en la transparente tarde de verano.

A intervalos, el ruido de las armas automáticas era ahogado por el ruido seco de las cargas de dinamita.

A los dos lados de la carretera, destacamentos de milicianos descansaban en la verde y jugosa hierba de los prados pastorales. Se sentaban para vernos pasar y se volvían a tumbar sin expresión alguna.

En una curva de la carretera nos tropezamos con un parapeto de sacos terreros. A uno de los lados, dos ambulancias esperaban completar su sangrienta carga y evacuarla a los hospitales de la capital.

—¿A qué distancia está el frente? —preguntamos a un joven obrero que estaba en el parapeto con una pistola.

—No puedo decirle. Según algunos milicianos que han venido del frente se combate a la entrada de Beasain.

Continuamos la marcha.

—Te veo preocupado, Edum.

—Siento como si me hubieran clavado unos espinos duros —dijo llevándose la mano al corazón—. Tengo el presentimiento que todo el sacrificio hecho y por hacer se va a convertir en una pesadilla.

—Me sorprende tu pesimismo —y verdaderamente empezaba a preocuparme el profundo cambio que Edum había sufrido desde su corta visita al *Batzoki*.

—Carlos —comenzó a hablarme Edum. Y como si se arrepintiese de lo que iba a decirme se calló, apresurando el paso.

—¿Me decías algo? —le pregunté alcanzándole. Los músculos faciales los tenía rígidos y claramente hacía un tremendo esfuerzo para controlar sus emociones. Conocía demasiado bien a Edum para no darme cuenta del terrible conflicto que tenía que revolverse en su interior. Pero, Edum, ante todo, era primero un patriota.

Desde el primer día del alzamiento, Edum había cerrado el taller mecánico y se había puesto a las órdenes del *Donosti-Buru-Batzar*.

Edum venía dispuesto a sacrificar su trabajo, su capital, su vida si era necesario, y si así lo quería Dios. Era conservador, pero en el taller se regía por un sistema cooperativista. Simple en sus gustos y costumbres, su única pasión era el alpinismo, y no quedaba montaña en el Pirineo que no hubiera escalado. Era religioso, sin llegar al fanatismo del pueblo vasco.

Él siempre estimulaba los brotes de rebeldía que iban filtrándose en mi modo de pensar. El amor a mi patria se mezclaba con mi paganismo y con las ideas revolucionarias modernas que acompañaban a la acelerada transformación que poco a poco iba absorbiendo a la sociedad vasca, base del carlismo y nacionalismo.

En innumerables conversaciones solía decirme:

—Carlos, me parece natural que seas rebelde. Tu edad es la edad de analizar y desafiar el sistema que va corrompiendo el espíritu humano. Y sistemáticamente está avanzando el proceso de deshumanización del ser humano. A mí, Carlos, como buen católico, no me asustan tus ideas revolucionarias. Es más, los católicos, si verdaderamente fuésemos buenos católicos, no habría más guerras, y debiéramos ponernos a vanguardia de las revoluciones por la justicia y por una distribución más equitativa de la riqueza entre los pueblos. Desafortunadamente, la Iglesia también ha sido infectada por el poder y la riqueza.

—¿Qué pasó en el *Batzoki*, Edum? —me atreví a preguntarle.

—Cuando les dije que venía con un destacamento de *gударis* de San Sebastián y quería informarme de dónde estaba el frente, su respuesta fue que me ordenaban que el destacamento de *gударis* se quedase en el pueblo a defender el vecindario y la Papelera, en el caso de que los milicianos trataran de quemar el pueblo antes de retirarse.

—Natural —le respondí—. Probablemente los jefes nacionalistas son miembros del Consejo de Administración de la Papelera. Y tú, Edum, ¿cómo respondiste a esta proposición?

—Les dije que los *gударis* que me estaban esperando no habían cogido los fusiles para morir en defensa de la industria vasca, sino para defender nuestra libertad y nuestra independencia nacional.

—No creo que les haya gustado mucho tu respuesta.

—No creo, dijeron que iban a poner en conocimiento del partido nuestra actitud de indisciplina.

—Que se vayan a la mierda —le dije sin poder contener mi asco. Edum, lo importante en este momento es buscar armas y organizar el *Euskadi-Gudarostea*, y después ya veremos.

—A veces tengo mis dudas de si el pueblo vasco verdaderamente desea unificarse y ser libre, o el nacionalismo que nos han inculcado es un soporífero para ponernos a dormir a la diestra del Señor. Mientras no rompamos la espina dorsal del

nacionalismo centralista de la nación-estado, los vascos nunca seremos libres, ni bajo la democracia ni bajo la monarquía. Para el Partido Nacionalista Vasco, defender Euskadi es defender sus intereses particulares. Si vivimos lo suficiente, aún vamos a ver a los *gudaris* pasar a mejor vida defendiendo la propiedad privada y la industria vasca.

Después de desahogarse, Edum se tranquilizó. Edum era para mí, mi hermano mayor, mi consejero, cuando tenía problemas él siempre me los resolvía.

## V

Nuestra marcha se hizo más lenta saliendo de la villa de Ordizia, en dirección del centro industrial de Beasain. En estos momentos, nadie sabía con certeza si había caído en manos de las fuerzas rebeldes.

Nos íbamos acercando al frente. Mejor dicho, a donde sonaban los tiros. En realidad, no existía frente alguno. La situación militar en esta zona de combate era fluida. Nadie sabía dónde se encontraba el enemigo. Hasta dónde había penetrado. Dónde estaban nuestras posiciones. Nadie sabía nada de nada. Eran días caóticos los que vivíamos, un gigantesco manicomio en llamas.

Esto a nosotros, por el momento, no nos preocupaba mucho aún. Confiábamos en que en el momento en que las fuerzas patrióticas nos movilizáramos, nos armásemos con nuestro sentido práctico de organización, con nuestra disciplina, no tendríamos dificultades en poner orden en nuestras filas y dar comienzo a la liberación nacional del País Vasco.

Todos nosotros, a pesar del miedo que pudiéramos tener, estábamos seguros que cumpliríamos con nuestro deber de patriotas. Veíamos al alcance de la mano nuestro gran sueño, la libertad y la creación de un Estado Vasco a los dos lados de la cadena pirenaica. Estado destruido por las fuerzas del Duque de Alba, el fatídico 28 de julio de 1512, con la toma de la capital del Reino de Navarra, Pamplona. Pero para conseguir esto, se necesitaban armas, se necesitaba que la industria vasca se transformase en una industria de guerra, más importante aún, que nuestros líderes políticos tuviesen fe en la construcción de un Estado Vasco, en el futuro de Europa, en la humanidad.

En estos primeros días, los objetivos militares y políticos del mando rebelde, se pueden precisar con bastante claridad.

Los rebeldes, a pesar de que cuentan con fuerte simpatía entre los líderes conservadores franceses e ingleses, se encuentran aprensivos del Gobierno francés del Frente Popular que dirige el líder socialista León Blum.

Para las fuerzas que se oponían a la rebelión militar, la ayuda de Francia en estos primeros días de la contienda podía jugar un papel decisivo y humanitario, y a su vez, acortar la guerra.

El general Mola que dirige las fuerzas rebeldes del Norte, se da cuenta de este peligro. Y va a poner todas sus energías en ocupar la ciudad fronteriza de Irún.

Cerrada la frontera francesa, toda la zona marítima del Norte de la Península quedaba aislada. Las únicas comunicaciones con el mundo exterior eran por vía marítima.

Los rebeldes quieren ocupar o sitiar la capital de la provincia de Gipuzkoa, San Sebastián, infiltrándose por la cuenca del río Oria y tomando Beasain y Tolosa. Ocupadas estas dos villas guipuzcoanas, San Sebastián podía quedar rebasada por el Oeste.

Para esta operación, el enemigo haría uso de la carretera que salía de las cercanías del puerto de Etxegarate, pasaba por Zegama y a unos kilómetros de Beasain empalmaba con la de Ormaiztegi que llegaba a esta villa industrial; y de la carretera que pasaba por Etxarri-Aranatz llegaba a Ordizia, y por Leitza y Berastegi llegaba a Tolosa.

Si el enemigo fracasaba en cerrar la frontera de Francia, en Irún, podía ocupar la cuenca del río Deba al Oeste de la capital guipuzcoana y a unos 60 kilómetros del centro industrial de Bilbao.

Para esta operación de desbordamiento había un sistema de carreteras que salían de Zegama, Tolosa y Beasain en Gipuzkoa. Por Álava pasaba la carretera general de Vitoria a Bilbao y llegaba al pueblo guipuzcoano de Mondragón.

El mando rebelde comienza la campaña de Gipuzkoa con las fuerzas siguientes, que más tarde serán suplementadas con fuerzas de la Legión Extranjera y regulares de África y fuerzas aéreas de las fuerzas expedicionarias italianas: los regimientos de Flandes, Santa Cecilia, América, Artillería de Montaña N.º 2, fuerzas mixtas de Guardias Civiles, Asalto, Carabineros y falangistas y, lo más importante, abundancia de jefes y oficiales que iban a dirigir a 40.000 hombres de fuerzas paramilitares del requeté vasco, armados con fusiles y fusiles ametralladoras. Estas fuerzas vascas habían ido equipándose desde hacía unos años, y más intensamente a principios del 36. En reiteradas ocasiones los líderes nacionalistas vascos habían puesto en conocimiento del Gobierno de Madrid, los alijos de contrabando de armas que entraban por la parte vasco-francesa.

En Gipuzkoa y Bizkaia, en donde la rebelión ha fracasado, se constituyen tres Juntas de Defensa: la de Bilbao está presidida por Paulino Gómez, hombre de confianza de Indalecio Prieto, la de Eibar también está controlada por los hombres de Prieto. En San Sebastián la Junta de Defensa está controlada por las dos tendencias socialistas, la reformista de Prieto y la revolucionaria caballerista, con participación de los comunistas y nacionalistas; este último, incapacitado de controlar la violencia desencadenada en la capital vasca de San Sebastián dimitiría de la Junta de Defensa.

Para la defensa de Gipuzkoa se contaba más o menos con unos tres mil fusiles, con un indeterminado número de fusiles ametralladoras y ametralladoras pesadas que más o menos quedaban distribuidas de la siguiente forma: las armas cogidas en el Cuartel de Loyola, más o menos unas mil, pasan a manos de los cenetistas; unas cuatrocientas a los socialistas y comunistas; 150 al grupo vasco.

Las armas que se habían tomado en la Comandancia de Marina, el Gobierno Militar, el Club Náutico y el Gran Casino, ascienden a unos doscientos fusiles y algunas máquinas pesadas que pasan a las fuerzas socialistas y comunistas. Los trescientos fusiles que se habían tomado en el Hotel de María Cristina pasan al poder de estos últimos.

Un número indeterminado de fusiles, no creo que fuesen muchos, que la Junta de Defensa de Eibar había mandado a las fuerzas socialistas. En total llegarían a los tres

mil fusiles, gran cantidad de pistolas y pistolas ametralladoras y un número indeterminado de ametralladoras pesadas. Desde el primer día se notaba un gran penuria de cartuchos. También habían pasado a manos de las fuerzas de la Junta de Defensa de San Sebastián unas baterías de obuses del 15 y medio. De estos fusiles, un buen número había caído en manos de elementos indeseables que se habían unido a los diversos grupos políticos y sindicales, pero que no estaban controlados por ningún partido ni sindical obrera.

Si la situación militar es grave, la situación política en esta primera fase está llena de contradicciones en el País Vasco, así como también en el resto de la Península. En la zona de la República, se plantea el problema de revolución y contrarrevolución.

En estas primeras jornadas, la revolución había triunfado en Cataluña y en Madrid. Había sido ahogada en sangre en Aragón, La Rioja, Galicia, partes de Castilla La Vieja y Andalucía. Mas la revolución que había triunfado en Cataluña era cenetista y libertaria, por lo tanto inaceptable para los socialistas reformistas y comunistas. En Madrid, los intelectuales de la burguesía liberal que se habían quedado, pues gran número de ellos habían puesto pies en polvorosa al sonar el primer tiro, habían salido al extranjero.

Los socialistas reformistas y los liberales se llevarían la sorpresa más grande de sus vidas, al recibir el apoyo de donde menos se esperaban, del Partido Comunista Español. Los comunistas salían a defender a la burguesía liberal y a los social-fascistas de ayer, los socialistas.

Todas las fuerzas fuera y dentro de la línea comunista pensaban que si el Partido Comunista se convertía de la noche a la mañana en el campeón de las instituciones burguesas, era una maniobra burda para ocupar el poder. Si esto pensaban los españoles es lógico que las democracias burguesas occidentales creían lo mismo.

En Asturias se constituye una Junta de Defensa compuesta de socialistas y cenetistas, con mínima participación de los comunistas y liberales de la burguesía. Los puestos más importantes de esta Junta de Defensa fueron ocupados por los socialistas y anarcosindicalistas y la revolución se puso en marcha. Las bases de las dos sindicales obreras, CNT y UGT, se tiraron de lleno a socializar los medios de producción, a pesar de la presión constante de los jefes socialistas y comunistas, desde Madrid primero y después desde Valencia para frenar la marcha revolucionaria.

Fracasada la rebelión militar en los centros de mayor densidad de población, el optimismo en la clase obrera es exuberante. Mucho más importante, las fuerzas obreras creen que vencida la rebelión, la lucha por el poder es el desenlace lógico, y, de acuerdo con esto, todos los partidos políticos, las sindicales obreras, tratarán de armar a sus afiliados y debilitar a sus oponentes, si es necesario por la fuerza.

Envuelto en estas reflexiones, lentamente nuestro destacamento seguía acercándose a la zona de combate a la salida del centro industrial de Beasain. Eso es lo que nos decían los destacamentos obreros que se retiraban del frente.

Estos destacamentos estaban mal armados, sucios y cansados y nos miraban a

nosotros con mal controlado recelo. Por nuestro equipo de montaña, se veía que pertenecíamos a las fuerzas cavernícolas, y entrábamos a la lucha a robarles el fruto de la victoria.

Estos milicianos que nos íbamos tropezando en nuestra marcha, pertenecían a los núcleos de obreros que llenos de entusiasmo habían salido de la ciudad, en toda clase de vehículos, después de la rendición del Cuartel de Loyola, y como hormigas, se habían desparramado por todo el campo vasco.

Se habían lanzado a campo abierto, al encuentro de las fuerzas rebeldes, llenos de esperanza y entusiasmo; sin ningún conocimiento del terreno, sin guías que les pudieran conducir por el laberinto de sendas montañosas, en terreno hostil, sin conocer el idioma vasco que se hablaba profusamente en la zona rural vasca.

Caminaba, en silencio, al lado de Edum sin atreverme a interrumpir sus reflexiones y calmar mi ansiedad al ver a los grupos de milicianos caminar hacia la retaguardia.

—¿Qué piensas, Edum?

Me miró y sonrió. Parecía que había leído mi preocupación.

—En Itziar —me dijo. Itziar era su esposa—. Rezando por nosotros. Ayer la mandé para Cestona a tomar las aguas y descansar hasta que se aclare la situación.

Esta conversación trivial calmó un poco la ansiedad mía.

—Has hecho bien. En casa también han decidido mandar a las mujeres al caserío.

—Sí, ya lo sé, tu padre y yo hablamos de eso hace unos días. También hablamos de la posibilidad de que tú fueses a continuar tus estudios al extranjero.

—Bien sabes que no puedo aceptar.

—Me parece una buena idea. Además, tú aún no tienes edad militar.

—Pero tengo conciencia.

—Con tu conciencia, Carlos, nunca me he metido, ni tengo intención de hacerlo.

No le respondí.

Un numeroso grupo de milicianos sucios y pingajosos se fueron acercando a nuestro destacamento.

El vivo tiroteo cada vez más cercano nos indicaba que nuestra primera etapa llegaba a su fin.

—No me agrada nada que todos estos grupos se dirijan a la retaguardia —dije a Edum.

—No te preocupes, Carlos, dentro de poco nos internaremos en el monte.

—Cuando lo hagamos, estaré más tranquilo.

Se nos unió García.

—Me huele mal —nos dijo.

—Es que estarán cansados —respondió Edum, mientras apresuraba el paso.

—Vamos a ver si estos nos dan más información —dijo García.

Unos minutos después nos cruzábamos.

—¿Adónde se dirigen? —les preguntó.

—Regresamos a Tolosa —respondió uno de ellos, mientras nos miraba de pies a cabeza.

—¿Dónde está el frente? —empezamos a preguntar mezclándonos entre los milicianos.

—El frente se encuentra en todas partes —nos respondían—. A la entrada del pueblo, en las colinas adyacentes, toda esta zona está infestada de bandas de requetés armados con fusiles, fusiles ametralladoras, morteros y bombas de mano.

—Y —agregó otro de los milicianos—, si a uno lo cogen prisionero, le dan a besar el escapulario del niño Jesús que llevan colgando al cuello y le pegan dos tiros en la nuca. Hemos visto muertos de esta forma más de una docena de milicianos. Yo no creía —continuó el miliciano— que estos cristianos fuesen tan salvajes.

Me mordí los labios hasta sangrar, pues estos salvajes eran vascos como yo. Y esto me quemaba las entrañas. Y estos actos de brutalidad demostraban el nivel al que los vascos habíamos caído defendiendo a España y a Dios. Y esto dolía...

—Se están corriendo la gran juerga cazando milicianos —siguió hablando el joven obrero—. Milicianos que andan perdidos por esos montes de mierda. Con las armas que tenemos es suicidarse combatir en campo abierto. El enemigo está bien organizado, bien dirigido y armado y conoce el terreno palmo a palmo.

Aquí el miliciano hizo una pausa.

—Tengo la sospecha de que los campesinos de esta región les tienen informados de todos nuestros movimientos, y, para colmo, ni hablan el *cristiano*. Ustedes son nacionalistas ¿no?

—Sí, somos nacionalistas. ¿Dónde está el frente? —volví a insistir.

—No puedo decirlo exactamente, compañero. Lo único que puedo decirle, es que unos compañeros que bajaban del monte, nos han dicho que los requetés han tomado el pueblo y han rebasado los flancos.

—Cree, pero no está seguro.

—Seguro no lo estoy. De todas las maneras muchos de nosotros nos vamos a Irún. Allí están todos nuestros camaradas y nosotros nos vamos a unir a ellos.

Irún se iba convirtiendo en un símbolo de resistencia contra las fuerzas rebeldes. Todo el liderato del Frente Popular y cenetista iba concentrando sus fuerzas para mantener abierta la frontera francesa.

Todos los grupos armados se habían lanzado a la defensa de Irún en la frontera francesa, y a contener al enemigo que de Oiartzun había llegado al barrio de Ugaldetxo, en la villa de Rentería y amenazaba con cortar la carretera general de Francia y aislar a las fuerzas que defendían la frontera francesa con las fuerzas de la provincia de Gipuzkoa. Por Irún esperábamos que el Gobierno del Frente Popular francés, dirigido por el socialista León Blum, nos vendiese las armas necesarias para equipar un Ejército de 40.000 voluntarios guipuzcoanos.

La ayuda de Francia la dábamos por descontada. Nos era imposible visualizar que el Gobierno del Frente Popular y el pueblo francés se pudieran mantener neutrales en

la contienda.

La derrota de las fuerzas populares españolas amenazaba la retaguardia francesa, en el caso de una nueva guerra entre Francia y Alemania, y los franceses sabían muy bien que las fuerzas militares que se habían alzado contra la República del Frente Popular español, no tenían simpatía alguna con Francia. Además, detrás de las fuerzas rebeldes estaban la Italia fascista y la Alemania nazi, ocupando posiciones de asalto contra Francia.

También pensábamos que la Segunda Internacional Socialista habría sacado alguna lección provechosa de la subida al poder de Adolfo Hitler.

No me sorprendía el choque que los milicianos habían sufrido al entrar en contacto con la tradicional zona rural vasca. El caserío vasco, encerrado entre las montañas pirenaicas, constituía territorio hostil. Los recuerdos de las guerras carlistas del siglo XIX, en el campo vasco eran recuerdos vivos. La gente que venía de fuera, siempre venía a privarles de algo, nunca a darles algo. Sabían que los soldados del Ejército Español eran unos forajidos, sus jefes siempre se llevaban algo, el ganado o los hijos, y si protestaban, les quemaban el caserío.

Los blancos caseríos con sus rojas tejas cubiertas de musgo y sus matorrales dejan en el extranjero que entra por primera vez en contacto con el mundo rudo del montañés vasco, una fuerte impresión. Se tiene la sensación que la vida ha dejado de palpar dentro de las vetustas casas. Sin embargo, desde el instante en que el ladrido rompe la quietud del campo, el extranjero al caminar por la estrecha senda, se halla bajo riguroso escrutinio. Todos sus movimientos están estrechamente vigilados desde las aberturas de los ventanales cerrados. Súbitamente, se asoma un rostro seco, de mirada fría y desconfiada. Parece un anacoreta que se asoma al mundo exterior y vuelve a desaparecer dentro de la casa. No le gusta el mundo exterior. El mundo de los vascos, siempre está cerrado por los montes negros y las nieblas grises.

Dejé al miliciano. Me acerqué a García que estaba pacientemente tratando de extraer información de los milicianos sin éxito alguno.

—¿Cuántas fuerzas han atacado el pueblo? —preguntaba una y otra vez.

—No puedo decirles, compañero. Nuestro grupo se retiró del lado derecho. Entre nosotros, hay varios compañeros que evacuaron el pueblo a primeras horas de la mañana.

—Aquí he localizado a varios que se encontraban en Beasain —gritó triunfante Iñaki. Se llegó a nosotros con varios milicianos.

—¿Cuántos requetés han entrado en el pueblo? —preguntó Edum.

—No puedo decirle. Yo no he visto ninguno —respondió el miliciano.

Daba la impresión de que vivíamos en el mundo de *Alicia en el país de las maravillas*. Todo era fantástico, todo era completamente irreal. Solamente había una cosa en toda esta confusión: la muerte.

—Entonces, sin hacer contacto con el enemigo, ¿por qué evacuaron el pueblo? —les preguntó García con voz cansada y limpiándose las gafas del sudor del calor de la

tarde.

—Bueno —comenzó a hablar uno de los milicianos—. Nuestro grupo, se alojó en una casa del pueblo anoche. A las primeras horas de la madrugada nos despertaron bruscamente a gritos, «¡estamos copados! ¡Estamos copados!» Precipitadamente nos echamos al monte y desde esta mañana hemos andado por él, hasta que dimos con otros compañeros nuestros y finalmente pudimos salir a la carretera. Nos separamos de los milicianos que siguieron su marcha hacia Tolosa para irse al frente de Irún.

—Está claro —dijo Edum—. Alguna avanzadilla de requetés en reconocimiento se ha colado en el pueblo.

—Es mi parecer —habló Iñaki—, que debiéramos persuadir a esos compañeros que se vuelvan al frente. De otra manera no solo van a desmoralizar a la retaguardia, sino que nos van a copar a todos en San Sebastián y a las fuerzas que defienden Irún.

—Estoy de acuerdo —afirmó García—. Si el enemigo se desborda por toda la cuenca del río Oria y llega a Lasarte, toda la resistencia en Irún va a ser inútil.

—Iros a ver lo que podéis hacer —les dijo Edum, encogiéndose de hombros.

Lo que había acabado de decir García era muy cierto. Concentrando todas las armas disponibles en la defensa de la frontera francesa, se corría el peligro de perder toda Gipuzkoa si no se frenaba la marcha de las fuerzas que maniobraban sobre Beasain y Tolosa.

Unos cuantos *gudaris* encabezados por Iñaki y García, nos dirigimos a la carrera para alcanzar al numeroso grupo que momentos antes se había cruzado con el nuestro y tratar de persuadirlos para que regresaran al frente. El grupo estaba compuesto de miembros de todos los partidos y sindicales obreras.

Estaba seguro que entre ellos no había ningún responsable político.

—¿Quién es el responsable de este grupo? —comenzamos a preguntar.

—Yo soy el responsable —nos dijo uno—. Durante el día se nos han unido otros que han perdido a sus correspondientes grupos.

Era un obrero de unos 25 años de edad. Vestía un mono, sucio y desgarrado. Llevaba fusil. Era de mediana estatura, pelo negro, rostro enjuto.

—Créame, compañero —le dijo Iñaki—, creo que debe convencer a sus compañeros de que regresen al frente.

—Yo estoy de acuerdo, compañero —le respondió el que hacía de portavoz del grupo, con un excelente acento burgalés—. No obstante, regresar a la zona de combate es ir a suicidarse. No hay nadie que sepa nada, no hay nadie que nos dirija. A nuestro grupo nos ha costado horas salir a la carretera. Hemos andado perdidos por las sendas de las montañas. Así, compañeros, no se puede luchar. Todos quieren ir al frente de Irún. Allí hay líderes nuestros que los dirijan. Del grupo que salió de San Sebastián después de la rendición del Cuartel de Loyola, hemos perdido la mitad.

El problema que se nos presentaba a las fuerzas patrióticas parecía insoluble. Urgentemente necesitábamos armas y municiones para organizar más destacamentos de alpinistas vascos, para ir organizando defensas en los pasos de montaña.

Yo no sé cómo podíamos hacerlo. Lo único que podía salvar Gipuzkoa era la entrada de unos cuantos miles de fusiles y municiones.

—A los campesinos —continuó el joven miliciano—, los hablamos y no nos entienden, o no quieren entendernos. Hablan una jerga, que ni Dios los entiende. Nos señalan una dirección, se mira al lugar que indican y es otro monte negro. Todos los montes en esta tierra de mierda son negros. Y nosotros no sabemos si la dirección que nos marcan con el brazo, es el camino al campo enemigo y a la sepultura o al nuestro. ¿Cómo quieren que luchemos en estas condiciones?

—Nos damos cuenta de todas estas dificultades, compañero —le respondió García—. Pero hemos de regresar al frente. Todos sabemos que con las armas con que contamos, sin dirección y sin mandos, nos va a ser difícil contener a los fascistas. Nuestro deber, en estos momentos, es retrasar el avance enemigo, que cada metro de terreno que conquisten, lo paguen a buen precio. El cometido nuestro es dar tiempo al Gobierno de Madrid para comprar armas en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, y equipar al nuevo Ejército del pueblo.

García hizo una pausa. Lo que acababa de decir García me pareció absurdo.

—Los *gudaris* vascos —continuó García—, han empezado a encuadrarse en unidades alpinas y en estos momentos están ocupando posiciones en las montañas.

García hablaba con sinceridad y pasión, pero lo último que había dicho era una gran bula. Pero en estos días los mayores engaños servían para levantar la moral de las fuerzas del pueblo en armas, sin armas ni cartuchos, sin liderato político ni militar.

Quizá, pensé, no era una idea tan descabellada para irme al extranjero a continuar los estudios.

—Los *gudaris* —prosiguió García, levantando la voz— conocen el terreno de sus montañas palmo a palmo. Ellos son los que se van a enfrentar con sus hermanos de sangre, los requetés navarros y guipuzcoanos y les disputarán su propio territorio.

Qué pueblo el nuestro, reflexioné oyendo hablar a García. Me daba la impresión que las guerras civiles entre vascos no tenían fin. Parecía una maldición contra el pueblo vasco por haber participado en la destrucción del Reino de Navarra en 1512, en la cual los guipuzcoanos y vizcaínos habían participado como aliados de las fuerzas españolas mandadas por el Duque de Alba.

Las discusiones cesaron por completo, ante el tono de García implorando a que regresaran al frente.

—Camaradas, ¿no creéis que todos nosotros tenemos la ineludible obligación de dar a las fuerzas vascas el tiempo necesario para organizarse y armarse?

Las palabras de García hicieron mella en los milicianos. García estaba magnífico, pálido, el pelo negro le caía desordenadamente por su frente. Su cuerpo erguido se estremecía ligeramente a causa de la fuerte tensión.

Se volvió a quitar las gafas humedecidas por el sudor que copiosamente le resbalaba por la frente.

Los grupos de milicianos comenzaron a discutir acaloradamente si volver al

frente que habían abandonado o irse al frente de Irún.

La confusión que existía en estos aciagos días, se debía a la inseguridad y al miedo que teníamos de nosotros mismos. A cada minuto se activaban nuestros mecanismo de defensa y reaccionábamos de acuerdo a ello, a veces con compasión, otras veces con violencia brutal.

Iñaki continuó donde García lo había dejado.

—Camaradas, les ha hablado un socialista. Ahora les habla otro. Nosotros nos hemos unido a los *gudaris*, primero porque somos vascos, segundo porque creemos que son las fuerzas más eficaces para combatir en campo abierto.

»En estos momentos están cayendo camaradas nuestros en la sierra, en el campo extremeño, en las ciudades andaluzas, en Aragón, en todas las aldeas de la Península. Todos nosotros estamos decididos a que en España no ocurra lo mismo que ha ocurrido en Alemania, donde nuestros camaradas socialistas y comunistas han preferido dejar el poder al nacionalismo alemán, antes que morir por sus principios socialistas.

Y más tarde, combatirían para esclavizar al mundo. Pero quién se iba a acordar de esto. El momento de la verdad llega cuando hay que elegir entre los principios morales o la supervivencia. Y esta siempre había ganado y el mundo seguía existiendo. Una existencia que era vivir por vivir.

—Todos nosotros —continuó Iñaki— debemos estar determinados a parar a la bestia fascista, y a sus aliados las prostitutas democracias burguesas. Al que abandona el frente dejando a sus camaradas desamparados, se le debe pegar dos tiros.

Las palabras de Iñaki dichas en tono amenazador surtieron el efecto deseado entre los milicianos. Después de una breve y acalorada discusión entre ellos, acordaron regresar al frente.

Sin el tiroteo de momentos antes, la caída de la tarde era de serena tranquilidad.

—Has estado estupendo, García —le dije mientras nos pusimos de regreso al lado de nuestros camaradas.

—Hay que llevarles de la mano, Carlos. Es el miedo, nada más que el miedo.

—Aún se puede dialogar. Y siempre que haya diálogo hay esperanza, García.

—Entre la base, Carlos, es mucho más fácil llegar a un acuerdo que entre nuestros dirigentes políticos. Nos entendemos porque vemos la muerte más cerca que ellos.

—En eso te doy la razón, García.

Lentamente nos fuimos a reunir con nuestros camaradas que nos esperaban tumbados en la verde hierba.

Pensé que esta vacilación de las fuerzas obreras indicaba su terror a enfrentarse con las fuerzas rebeldes en campo abierto y hostil. También demostraba una gran confusión entre las fuerzas del Frente Popular y cenetistas en relación a las fuerzas vascas. Aunque estas habían salido en defensa de la República del Frente Popular, la clase obrera desconfiaba de ellas.

En estos días y en los sucesivos, los socialistas de Prieto y los comunistas, en

innumerables y reiteradas ocasiones preconizaban que el pueblo en armas, se diera como prioridad el objetivo militar de ganar la guerra. Esto quería decir que los objetivos políticos y la independencia vasca quedaban relegadas para el futuro.

Esto era inaceptable para la juventud patriótica vasca. En un conflicto como el que se presentaba en España, con unas tonalidades tan profundamente políticas, la consigna del Partido Comunista de España de aunar todos los esfuerzos para ganar la guerra, sin que antes se buscasen y resolvieran los objetivos políticos era oportunismo descabellado. Para la juventud combatiente vasca era más importante el objetivo político de crear un Estado Independiente, y, una vez conseguido esto, podríamos dialogar y llegar a un entendimiento para ganar la guerra.

Estas diferencias iban a profundizarse en el transcurso de la guerra civil, y, el frente vasco, fuera del control político del Gobierno Central sería abandonado a su suerte.

## VI

El destacamento se levantó para ponerse en marcha, un coche de turismo se paró delante de nosotros. A los dos lados del coche ondeaban *ikurriñas*. Del coche se apeó Isasa, que había regresado a la ciudad, con el camión que nos había trasladado a Tolosa. Isasa fue recibido con exclamaciones de sorpresa. Venía acompañado del capitán Arteta. Isasa se acercó a Edum y le extendió un sobre cerrado.

Edum miró el sobre y le dio tres o cuatro vueltas entre sus dedos. Lo abrió y se puso a leer la carta.

Todos nosotros nos quedamos mirándole llenos de curiosidad.

—Alguna orden para que regresemos a Tolosa —susurró Esnaola.

Al acabar la lectura, Edum nos miró y sonrió al ver nuestros rostros llenos de curiosidad.

—Isasa, no hay respuesta. Puedes decirles verbalmente que en un par de días les vemos.

—De acuerdo.

—Edum —dijo el capitán Arteta—. Ya sabes a qué he venido. Yo creo que debiera quedarme como consejero militar. Os conozco y os respeto demasiado para haceros una trastada.

—Ya lo sé, Arteta. Te lo agradezco, de verdad. Si te ves en la obligación de pagar el favor, Arteta, ve a Azpeitia y te pones a las órdenes del partido.

Arteta se convenció que no valía insistir. Edum había tomado su decisión, decisión irrevocable. Y nada había en el mundo que la cambiase.

Conocía bastante bien a Edum; antes de tomar una resolución, la había estado gestando en su cerebro durante días. Y una vez resuelto, se lanzaba a la empresa con tenacidad.

Era hombre recto, incapaz de hacer daño a nadie. Firme en sus resoluciones, jamás se dejaba llevar por sus sentimientos. En los momentos difíciles, sus emociones quedaban controladas para animar con su ejemplo, con sus palabras a sus camaradas. Todo lo hacía con simplicidad y modestia, sin levantar la voz.

Y en el viaje que emprendíamos hoy, sin imaginarnos que no iba a tener fin, Edum estaría a nuestro lado, para animarnos y darnos esperanza en la búsqueda de nosotros mismos en la travesía que habíamos comenzado. Y nos diría muchas veces que el final de nuestra búsqueda era la muerte.

Arteta se acercó a Edum. Lo abrazó.

—*Agur* y suerte —se despidió Arteta de todos nosotros.

—*Agur*, Arteta.

Ya no lo veríamos más. Unos días más tarde nos enteraríamos de que se había pasado al otro lado.

Pero Arteta era mucho más sincero que muchos otros, que en momentos críticos nos dejarían en la estacada. Él tenía ideales y creía en ellos, nosotros en los nuestros,

y cada uno de nosotros defendería lo que sinceramente creía. Aunque ello nos costase nuestra propia destrucción. Personalmente respetaba las ideas ajenas, era intolerable con los oportunistas que nos hablaban de independencia vasca y se conformaban con unas tristes migajas de pan.

Para mí la liberación nacional del pueblo vasco, no era negociable ni con las derechas ni con las izquierdas.

Si los españoles y franceses podían ser primero españoles y franceses y después socialistas y comunistas, los vascos teníamos el mismo derecho de ser primero vascos y después socialistas, comunistas o anarquistas.

—Antes de ponernos en marcha, os voy a decir lo que dice la nota que nos ha traído Isasa. Es una nota del *Euskadi-Mendigoizale-Batzar*:

«Como todos los buenos y sinceros patriotas saben —comenzó a leer Edum—, en los últimos años, el *Euskadi-Mendigoizale-Batzar* ha propugnado la formación de un Frente Nacional Vasco. Durante todo ese período constantemente nos hemos dirigido al *Euskadi-Buru-Batzar* para empezar a militarizar a la juventud vasca con las armas más modernas que puedan conseguirse. Prepararlas y organizar cuadros militares para lanzarlas a la liberación de la patria. Nuestros peores presagios se han confirmado, y el pueblo vasco vive momentos angustiosos. El *Euskadi-Mendigoizale-Batzar* continuará trabajando con la misma intensidad por ese Frente Nacional Vasco de Liberación. Y a los partidos vascos del Frente Popular que tanto nos hablan de unidad, les decimos que las puertas del Frente Nacional están abiertas para todos los patriotas vascos, cualquiera que sea su ideología política».

Edum hizo una pequeña pausa.

Aquí estaba el nudo gordiano de la división y contradicción entre las fuerzas del Frente Popular y las fuerzas patrióticas vascas, pensé. Los primeros buscaban la unidad para defender la República del Frente Popular, que para los vascos representaba aceptar la dominación colonial de España. Y la juventud no estaba de ninguna manera para aceptar esas condiciones.

Los vascos les ofrecíamos una alianza para combatir a las fuerzas que se habían alzado contra la República. Pero esta posición era inaceptable para las fuerzas españolas.

Edum continuó dándonos a conocer el comunicado que le había traído Isasa:

«Bajo la presión del *Euskadi-Mendigoizale-Batzar*, el *Euskadi-Buru-Batzar* ha decidido ir a la creación del *Eusko Gudarostea* en Azpeitia. Y esta estará dirigida por el patriota Cándido Saseta, capitán de intendencia. Se ordena a todas las fuerzas patrióticas que se presenten sin pérdida de tiempo en Azpeitia a cumplir con su deber de patriotas.

»Se han mandado compatriotas nuestros al exterior en busca de armas. También se ha pedido que los jefes del partido se pongan inmediatamente en contacto con los dirigentes socialistas para ver si pueden proporcionarnos algunas armas para armar fuerzas vascas.

»Por la causa de la República Vasca. *Agur*».

—Así que nos vamos para Azpeitia —comentó Esnaola con cierto tono que reflejaba cierta alegría.

—No —respondió Edum—. Cuando completemos nuestra misión, regresaremos a San Sebastián, y podréis despediros de vuestras familias. Y después iremos al centro de concentración —y sin dejar que nadie comentase, dijo—: Vámonos.

La pequeña columna se puso en marcha.

—Carlos, tenemos ante nosotros días muy difíciles. En el viaje que hemos emprendido se van a poner a prueba nuestra fe y nuestros ideales.

»A medio kilómetro de la carretera —me dijo Edum—, hay un pequeño valle resguardado y de fácil defensa que nos ha de venir a las mil maravillas.

—Me alegro —le dije—. Prefiero andar por el monte que por la carretera.

Unos minutos más tarde, Edum se salió de la carretera. Yo le seguí pisándole los talones. Subimos a una pequeña colina. En el alto, esperamos a que nuestros camaradas nos alcanzaran.

La tarde iba cayendo y los montes negros de momentos antes, despedían fulgores de rojo vivo.

Por una hora anduvimos en zig-zag por sendas estrechas y finalmente nos bajamos a un pequeño valle.

—Vamos a pasar la noche aquí —dijo Edum.

—Ya era hora —exclamó Esnaola. Clavó la *ikurriña* en la tierra resbaladiza y se tumbó en un pequeño riachuelo.

El valle era delicioso. A sus cuatro lados, cuatro pequeñas colinas cubiertas de árboles daban al valle una sensación de serenidad cubierto de helechos amarillentos.

El único ruido era el agua que salía de una de las colinas y después de un pequeño recorrido al descuberto volvía a desaparecer en la otra colina.

—El agua está estupenda —comenzó a alborotar Esnaola.

—Mejor está el vino —le respondió Garmendia. Levantó la bota, la estrujó con fuerza haciendo caer un pequeño chorro en su boca abierta—. ¿Quién se va a encargar de buscar la cena-merienda? —gritó pasándole la bota a Iñaki.

—Pon un telegrama a Casa Alcalde —le respondió Iñaki socarrón.

—Qué jodón eres tú —contestó Garmendia, como si estuviese enojado de la respuesta.

—No lo tomes a mal, Garmendia. Como nos dediquemos a subir montes vamos a hacernos transparentes si no engrasamos las bielas.

—Ahora hablas mi lenguaje con lucidez y clarividencia —le dijo Garmendia.

Nos reímos de Garmendia. Todos los problemas de Garmendia estaban resueltos con el estómago lleno.

—Acercaros y sentaros —dijo Edum.

El sol empezaba a ponerse. Una ligera brisa empezó a enfriar el negro valle. Nos fuimos sentando en la húmeda hierba en círculo.

—En la colina de atrás hay una pequeña cueva. Tú García con tu sección te vas a encargar de montar la guardia de seguridad y hacer fuego dentro de la cueva.

»Si todos estamos de acuerdo, este es mi plan: vamos a mandar cuatro escuadras a hacer una descubierta e informarnos hasta dónde ha penetrado el enemigo.

»Salaverría, con cinco *gudaris* reconocerá la parte derecha del pueblo hasta la salida. Tratar de hacer contacto con nuestros correligionarios que se han quedado en la villa y tratar de informarte de las fuerzas que han entrado en el pueblo y su disposición defensiva. Tú, Carlos, con otros cinco *gudaris* reconocerás la parte izquierda y tratar de ponerte en contacto con tu familia en el pueblo. Etxebeste, con otro grupo, investigará si los accesos a Murumendi están libres. Por último, Iñaki, llevas como guía a Oquendo y vais a reconocer la zona de Bidania y el Hernio. ¿Está claro?

—Sí, respondimos.

—García, pones un guardia en cada colina. Yo voy a acercarme a un caserío a media hora de camino a buscar la cena. La contraseña para esta noche será Azpeitia. Tratar de regresar para la una de la madrugada. Así podremos descansar un par de horas, regresar a San Sebastián e incorporarnos a Azpeitia.

## VII

Nuestra sección venía cansada de la breve misión. Para andar de noche, entre las estrechas sendas de las montañas, se necesitaba un sexto sentido. Hoy era necesario un séptimo, para no tropezarse con las secciones enemigas, que creíamos iban tomando posiciones preparatorias, para desbordarse sobre la cuenca del Oria.

Súbitamente, me paré todo sobresaltado.

—¡Alto! ¡Quién vive! —rasgó una voz en el silencio de la madrugada.

—¡Azpeitia! ¡Carlos! —respondí instantáneamente, recuperándome de la sorpresa.

—Subir en columna de a uno —susurró una voz entre las sombras.

Llegamos a la cima de la pequeña colina. El centinela que guardaba uno de los accesos al pequeño valle se dejó ver.

—Falta la sección de Iñaki —nos dijo.

La tenue luz de la luna daba al valle una sensación de profunda seguridad y quietud.

Nos dejamos resbalar por la húmeda senda que descendía al valle. A mitad del descenso, una brillante luz roja que salía de la cueva, nos cegó. Dentro de ella, nuestros camaradas parecían figuras quiméricas alrededor de los fuegos.

Nuestro grupo se acercó en silencio a una de las fogatas. Entre dos palos esta suspendido lo que momentos antes había sido un cordero lechal.

Nos sentamos con los fusiles entre las piernas. Con los cuchillos de monte empezamos a cortar trozos de la carne chamuscada.

Mientras masticaba la carne quemada, me puse a observar a mis camaradas de viaje que trataban de dormir en el duro suelo.

Faltaba la sección dirigida por Iñaki. Y esta ausencia estaba en la mente de todos mis camaradas. Yo también estaba preocupado, pero tenía plena confianza en Oquendo y Eguía que habían ido con la sección de Iñaki. Ambos conocían el terreno como la palma de la mano. Y esto me tranquilizaba.

La verde cazadora de Edum brillaba a los destellos del fuego. Erguido con los ojos entreabiertos, daba la impresión de una estatua griega. Su cuerpo musculoso y su rostro sereno armonizaban con el interior del recinto. De cuando en cuando, su rostro adquiría un aire de preocupación y ansiedad. Constantemente y con gesto automático miraba el reloj de pulsera e involuntariamente se mordía el labio inferior.

García me miró y se sonrió. Y sin decir palabra continuó limpiando sus gruesos espejuelos.

El pelo como de costumbre, se le caía por la frente. Al fuego, sus ojos castaños irradiaban una gran tristeza. Había que conocerlo para no darse cuenta de la angustia moral que sufría. Su sensibilidad era demasiado profunda para poder aceptar ciegamente la brutalidad de la guerra.

Etxebeste y Salaverría hablaban quedo, cuidando de no molestar a los camaradas

que dormían.

Garmendia con su bota de vino a su lado roncaba tranquilamente sin preocupación alguna, sin conflictos. Para él, la contienda era simple. Ganar la guerra era tener la posibilidad de trabajar con dignidad en su patria oprimida y colonizada por las democracias española y francesa. Perderla era continuar brutalizado y dominado por estados extranjeros.

Constantemente nos mirábamos los unos a los otros con el rabillo del ojo y mirábamos nuestros relojes. Eran las dos y media de la madrugada y el grupo de Iñaki aún no había regresado. Aunque nadie decía nada, en todos nosotros se reflejaba una vaga aprensión. De cuando en cuando rasgaba la serena noche el disparo de algún centinela que trataba de mantenerse despierto en el relente de la madrugada.

—García —rasgó en la oscuridad el grito del centinela que hacía guardia en la cima de la pequeña colina.

Nos levantamos como movidos por una descarga eléctrica. El campo despertó. Desorganizados, en tumulto echamos a correr monte arriba con los fusiles en la mano.

—Subid las camillas —volvió a resonar la voz del centinela.

Llegamos a lo alto del monte. Colocamos a dos en las camillas y al otro lo bajamos en brazos.

—¿Dónde está el practicante? —gritó Salaverría.

—No grites —dijo el practicante—, estoy detrás tuyo.

El practicante abrió el maletín de urgencia y se arrodilló ante los heridos.

—Atizar el fuego y darle más luz —dijo Edum.

Todos nosotros nos pusimos a avivar la hoguera y minutos más tarde, el fuego alumbraba con su rojizo resplandor el solitario valle.

—Dos están muertos —dijo el practicante—. Han perdido mucha sangre.

Nos acercamos para ver quiénes eran los muertos. Eran Oquendo y Eguía. Miré a mis camaradas. Eran caras sin expresión alguna. Algunos se habían mordido tan fuerte los labios que estaban rojizos. Noté en el aire frío de la madrugada un leve temblor y vi las ramas de los cedros estremecerse. Vi la muerte suspendida en el aire.

Estaba tranquilo, no obstante. Sentía que se apoderaba de mí un ansia de vengar a mis camaradas. La sangre derramada solamente se pagaba con sangre, no tenía otro precio...

La voz de Edum, me sacó de mi ensimismamiento.

—Carlos, baja adonde vimos las ambulancias y si aún están en la carretera, te traes una.

Sin contestarle eché a correr. Cuando regresé, el camarada herido nos esperaba en la cuneta de la carretera a la altura de nuestro campo. La ambulancia salió disparada y mis camaradas que habían traído al herido y yo regresamos.

—¿Qué vamos a hacer con los muertos? —pregunté a uno de mis camaradas.

—Los vamos a enterrar en el valle —me respondió.

Salaverría ofició la breve ceremonia y nuestros dos camaradas quedaron en la tierra a la que habían ofrecido sus vidas.

—*Agur*, Antón de Eguía, *agur*, Fernando de Oquendo, os juramos —dijo Salaverría solemnemente— que no cesaremos de luchar hasta que Euskadi sea libre, unificada e independiente.

Este era el juramento de los nuevos *gударis* vascos. La lucha estaba planteada entre España y el País Vasco. Combatiríamos como aliados del pueblo español, pero jamás como soldados españoles.

—Estas toscas cruces en nuestros valles y en nuestras montañas —prosiguió Salaverría— serán el símbolo que recordará a las futuras generaciones el sacrificio realizado por vosotros por la libertad de nuestra patria oprimida.

—No nos queda mucho tiempo para levantar el campo —dijo Edum, acabada la ceremonia y cubriéndose la cabeza con la boina. Se puso a recorrer con su mirada fría al desvelado grupo de rostros afligidos por la pérdida de dos buenos camaradas y patriotas.

Pero este era el juego que jugábamos. Morir o matar. Todos nuestros buenos instintos se iban apagando ante la brutal realidad. Y sin darnos cuenta, nuestros sentimientos se endurecían.

Lentamente nos fuimos reuniendo alrededor de la fogata que iba expirando a falta de combustible.

Nos sentamos y Edum empezó a hablar.

—Antes de que den el informe las cuatro secciones que han realizado la descubierta, os voy a aclarar los objetivos que este grupo va a seguir. Este destacamento a la mayor brevedad posible se pondrá incondicionalmente a las órdenes del *Euskadi Gudarostea*. El *Euskadi-Mendigoizale-Batzar* que siempre ha propugnado la acción dentro de las juventudes vascas contra España ha sido el precursor de esta organización militar. Ahora tengo la confianza de que la batalla está planteada, todos sabremos cumplir nuestro deber como buenos patriotas y nos pondremos incondicionalmente al lado de nuestros dirigentes políticos.

—Siempre y cuando estos tengan como objetivo la defensa de nuestra patria y de nuestra independencia —le interrumpió Salaverría.

Estas palabras de Salaverría fueron recibidas con aprobación por la mayoría del grupo.

—Yo creo y estoy seguro —le respondió Edum—, que ese es el objetivo de nuestros dirigentes políticos. La independencia del pueblo vasco está por encima de todos los intereses económicos e ideológicos. Todos sabemos que una vez organizadas y armadas las fuerzas vascas, nos lanzaremos a la conquista de nuestra independencia nacional. Y si nuestros dirigentes no siguen los dictados del pueblo vasco serán eliminados, como en su tiempo fue declarado traidor el Conde de Lerín. Nuestros aliados, las fuerzas liberales y democráticas y la izquierda revolucionaria

españolista que debieran ser los campeones de las nacionalidades oprimidas, son los mayores enemigos de nuestras libertades.

—Creo —continuó Edum— que es nuestro deber decir a todas esas fuerzas que los vascos estamos a dispuestos a realizar todos los sacrificios necesarios contra el enemigo común.

—¿Y la Autonomía que dicen han ofrecido a nuestro liderazgo? —interrumpió Etxebeste.

—La Autonomía, Etxebeste, puede ser un primer paso. Pero nuestro objetivo no es otro que la independencia nacional.

—En la situación actual —volvió a hablar Edum—, existen fuertes conflictos de intereses. Quiera Dios que se resuelvan antes de que nos lleven al abismo. En Euskadi estos conflictos son muy importantes. En España también existen disputas entre las fuerzas sometidas a la defensa del Frente Popular y las fuerzas obreras que quieren realizar la revolución social. Las armas que lleguen a España estarán bajo el control del Gobierno del Frente Popular, y podéis estar seguros de que si pedimos que nos manden armas para equipar a las fuerzas independentistas, no nos van a mandar ni un fusil. La frase es de Calvo Sotelo: «más vale una España roja que rota». Las izquierdas sucursalistas piensan lo mismo: «más vale una España fascista que una España rota.»

—Muy bien —gritó iracundo Salaverría—. Nos joderemos todos. Al fin y al cabo, los vascos llevamos cuatro siglos oprimidos.

—Aunque yo estoy completamente de acuerdo —habló García— con las justas aspiraciones de autodeterminación del pueblo vasco, yo creo que lo más importante hoy, es cerrar filas y dar la batalla al fascismo internacional.

—No seas necio, García —cortó Etxebeste.

—Dejaros de polemizar. Vamos a oír el informe de la descubierta que las cuatro secciones han realizado. No tenemos tiempo que perder —cortó Edum con energía—. Salaverría, comienza tu informe.

—Nuestro grupo se filtró en el pueblo —empezó Salaverría— sin hacer contacto con el enemigo. Dentro de él tuvimos la oportunidad de hablar con varios de los nuestros.

»Estos nos comunicaron que ayer a las primeras horas de la mañana, unas tres compañías de requetés vascos sorprendieron a los milicianos, y después de una breve lucha, se apoderaron de la villa.

»Asegurada la villa —continuó Salaverría—, dejaron una sección de unos treinta a cuarenta hombres. Estos han levantado una barricada a la entrada del pueblo. Han emplazado dos fusiles ametralladoras, una en cada casa, a los dos lados de la carretera.

»También nos dijeron nuestros compañeros que el resto de la fuerza de requetés, se dividieron y se fueron; una en dirección de Bidania o al Hernio; la otra en dirección de Andoáin.

»Han organizado una milicia de viejos requetés. Los han armado con fusiles para mantener el orden en la villa. Por último han detenido a una veintena de los nuestros y parece que han fusilado a varios. También nos han informado de que hoy esperan más fuerzas para atacar Tolosa. Eso es todo.

—Carlos.

—Nuestra sección realizó el reconocimiento de ida y vuelta sin novedad alguna. Nos metimos en el pueblo y hablamos con nuestros compañeros. Estos nos han dicho más o menos lo que nos ha dicho Salaverría.

—Etxebeste.

—Nuestro reconocimiento llegó a la altura de Urretxu sin hacer contacto alguno con el enemigo. Preguntamos en algunos caseríos nacionalistas si habían visto destacamentos de requetés, nos dijeron que no. Nos aseguraron que en el momento que aparezcan los requetés, se pondrán en contacto con el *Eusko Gudarostea* en Azpeitia.

—A dos horas de camino —empezó Iñaki—, nos tropezamos con una sección militar que estaba echando una línea telefónica en dirección al Hernio. Pensamos que siguiendo los cables podríamos localizar dónde habían colocado el puesto de mando e informarnos de la fuerza con que contaban. Aún no habíamos andado doscientos pasos, cuando nos echaron el alto. Por unos segundos quedamos paralizados. Esnaola respondió «Arriba España», mientras empezamos a retroceder y alcanzar una pequeña colina detrás de nosotros.

»“Son rojos” —comenzó a gritar el requeté que nos había dado el alto mientras abría fuego. Nos tumbamos entre las zarzas por unos segundos sin responder al fuego del requeté que nos había dado el alto.

»“¿Dónde están los rojos, Pepe?” —pudimos oír una voz que preguntaba al soldado que nos había dado el alto.

»“Dar una batida por estos matorrales” —ordenó uno de ellos.

»En este momento, salimos del zarzal y echamos y correr hacia el alto de la colina. Al llegar al alto, abrimos fuego y pudimos contenerles. Los de la sección que estaba tendiendo la línea, al oír los disparos se volvieron y nos cogieron al descubierto. Nos tiramos monte abajo. En la primera descarga nos hirieron a tres. Los subimos a la espalda y regresamos al campo.

»Este es mi informe —acabó Iñaki con voz apenada.

Esto nos hizo mirar involuntariamente hacia donde habíamos enterrado a nuestros dos camaradas. Y en la mente de todos nosotros pasó como un relámpago fugaz, un interrogante. ¿A quién nos tocaría en el próximo encuentro? Esta pregunta nos la haríamos una infinidad de veces y cada día tendríamos más temor. Y todos nos mirábamos los unos a los otros en muda pregunta.

La fogata se había convertido en un brasero rojizo y nadie se atrevía a romper el silencio que había descendido sobre el grupo al acabar el informe de Iñaki.

## VIII

La madrugada era oscura. El frío de las montañas, sutil y penetrante, entraba por todo nuestro cuerpo. De la viva fogata que había calentado el pequeño y húmedo recinto durante la noche, solamente quedaban cenizas y un tronco que otro a medio quemar. Estábamos incómodos y con deseos de ponernos en movimiento.

En círculo y de pie, alrededor de las grises cenizas, esperábamos con cierta impaciencia a que Edum nos dijese lo que íbamos a hacer.

—No me desagradaría mucho —le dije en voz queda a Etxebeste, que se hallaba a mi lado— que regresáramos a San Sebastián y mañana nos fuéramos a Azpeitia.

—Creo que sería lo más sensato que podríamos hacer —respondió—. Además, Carlos, eso de andar como idiotas por los montes, sin un plan general, es perder el tiempo.

—Si solo fuese perder el tiempo... ¿Tienes cigarrillos? A mí se me han acabado. Etxebeste sacó un paquete de «Bisontes» del bolsillo.

—Quédate con el paquete. Yo tengo otro.

—Gracias.

Saqué uno y con una rama encendí el cigarrillo.

—Por el informe que nos han dado los cuatro jefes de sección que han realizado la descubierta —comenzó a hablar Edum— tenemos tres posibilidades. Una, filtrarnos en terreno enemigo y hostilizar sus comunicaciones hasta que se nos acaben las municiones.

—Y quemar los caseríos carlistas —interrumpió Salaverría.

—La otra —continuó Edum—, tratar de ganar tiempo y atacar la villa. Por último, regresar a San Sebastián y mañana incorporarnos a las fuerzas patriotas vascas en Azpeitia. Espero que en Azpeitia se esté preparando algún plan de organización mientras se resuelva el problema de la adquisición de armas. Es más, con el poco armamento de que disponemos, los pocos fusiles que tenemos pueden ser mejor utilizados.

—En mi opinión —dijo Etxebeste—, lo más razonable es incorporarnos sin perder tiempo al *Eusko Gudarostea*. Yo soy partidario de que ahora mismo nos pongamos en marcha hacia Azpeitia.

—Yo también estoy de acuerdo con Etxebeste —dijo Salaverría—. Las milicias del Frente Popular no se entienden entre ellas ni con las de la CNT, menos se van a entender con nosotros. No tienen liderato ninguno. Sus líderes se han concentrado en Irún, tienen un pie dentro y otro en Francia.

—Como tú bien has dicho, Edum —continuó Salaverría—, esperamos que el partido, si finalmente se ha decidido a tirarse al guisado, tendrá algún plan defensivo y pondrá algo de orden en el caos.

—O seguirán durmiendo a la diestra de Dios nuestro Señor —continuó Etxebeste—, y en espera de que el milagro de nuestra independencia se convierta en realidad

por la gracia de Dios.

—Comprendo vuestros deseos de incorporaros a las fuerzas vascas que se están organizando en Azpeitia —dijo García—. Yo estoy completamente identificado con estos deseos vuestros. Es más, para todos los presentes, el objetivo primordial en la situación en que nos encontramos, con nuestras profundas divisiones, nuestra desorganización, nuestras distintas metas políticas, es ir a la creación lo más rápidamente posible, de una organización militar disciplinada. Pero sinceramente creo —prosiguió García—, que es muy importante atacar Beasain. Según el informe que nos han presentado Salaverría y Carlos, existe una buena posibilidad de ocupar el pueblo. Es mi parecer que no debiéramos perder esta oportunidad. La mayor contribución que nosotros podemos dar, es ganar tiempo. Para ganar tiempo debemos intentar ocupar la villa. Si somos incapaces de frenar la marcha de las huestes carlistas, no os sorprenda de que el enemigo ocupe Tolosa, y no solamente Tolosa, sino también toda la cuenca del Oria. Vosotros sabéis mejor que yo que si los rebeldes llegan a Lasarte, nos cortan las comunicaciones con Bilbao y Gipuzkoa está perdida. No importa el sacrificio que nuestros camaradas realicen defendiendo Irún y la frontera francesa. Si Gipuzkoa cae, solamente un milagro, y yo no creo en milagros, podrá salvar a Euskadi y al Norte de España.

Las palabras de García, a pesar de su buen razonamiento, fueron recibidas por parte de mis camaradas con frialdad. Etxebeste y Salaverría pesaban mucho. García, en estos días, hablaba como socialista y no como un patriota vasco. Y para los que estábamos presentes, socialismo representaba imperialismo en relación a las nacionalidades europeas.

Sin embargo, García tenía razón al decir que la defensa de la ciudad fronteriza de Irún era la llave del Norte de España, así como también la defensa de la cuenca del Oria, sitiaba a San Sebastián e Irún. Más importante aún, su desbordamiento hacia la cuenca del Deba se presentaba como un peligro real.

Esto solamente se podía evitar, bien con la entrada desde Francia del suficiente material de guerra para equiparar las milicias obreras y vascas, bien mediante un esfuerzo coordinado de todas las fuerzas del Norte que se oponían a la rebelión militar, pero esto por el momento era imposible. Nos mirábamos los unos a los otros con marcada desconfianza, más que desconfianza, hostilidad. Todos creíamos que la rebelión sería aplastada y todos los partidos políticos y sindicatos obreros ponían por delante sus propios objetivos políticos y militares, si tenían alguno.

Los vascos seguíamos pensando como en la Edad Media. La responsabilidad de los patriotas guipuzcoanos era defender nuestra propia casa, Gipuzkoa, de los vizcaínos, la suya, Bizkaia. Y un gran núcleo en Navarra, Álava, Gipuzkoa y Bizkaia, se dejaban llevar de la mano por la Iglesia a destruir las libertades vascas. Pero esto no era un fenómeno nuevo. El pueblo no conocía su propia historia, y si la conocía venía deformada, sus pastores, el clero romano y español, se guardaban muy bien de decirles lo que había ocurrido a lo largo de la historia. Era la falta de conciencia

nacional, y nos gustara o no, esa conciencia nacional, se iría forjando con nuestra sangre, como fertilizante. Nos dábamos cuenta de ello, y estábamos dispuestos a no desviarnos de ese objetivo.

García me miró a mí. Iñaki tuvo intenciones de salir en apoyo de García, pero este con un gesto rápido le hizo desistir.

Miré a Edum, él era el único que podía influir sobre nuestros camaradas. Yo simpatizaba con la posición de García. No obstante, creía que lo mejor que podíamos hacer era incorporarnos a las fuerzas vascas que se estaban formando en Azpeitia, cuanto antes lo hiciésemos mejor. Estaba seguro de que la Comandancia del *Eusko Gudarostea* tenía en mente la idea de montar la defensa de la cuenca del Oria y agrupar a las fuerzas patriotas para lanzarlas a la conquista de sus propias reivindicaciones políticas.

—Yo tengo tantas ganas como todos vosotros de incorporarnos a las fuerzas vascas —el que así empezó a hablar era Esnaola. Me quedé sorprendido. De todos mis camaradas, él era el que menos podía imaginarme que pudiera salir en defensa de la posición de García—. Creo que García tiene razón. Creo que debemos considerar las posibilidades que tenemos de ocupar la villa...

Aún no había acabado de hablar, cuando súbitamente Edum cortó la discusión con brusquedad.

—Este es el plan: Salaverría con su sección se filtrará y atacará la villa por el flanco derecho. García y Carlos por el flanco izquierdo. El resto, con los milicianos que se encuentran en el parapeto de la carretera, acometeremos de frente. ¿Qué te parece Iñaki?

—Bien.

—¿García?

—De acuerdo.

—¿Salaverría, Carlos, Etxebeste?

—Bien.

La decisión de Edum fue tan rápida que no nos dio la oportunidad de abrir la boca. Sus ojos saltaban de alegría al vernos a todos nosotros con la boca abierta. Edum nos había cogido a todos completamente por sorpresa. Ya no teníamos otro remedio que rezar por nuestras almas y por la feliz consecución de la aventura en que Edum nos había embarcado.

—¿Algún otro plan? —preguntó—. Como nadie dice nada, queda aprobado. ¿Cuántas pistolas ametralladoras contamos en el grupo?

—Treinta —respondió Iñaki.

—Distribuir las entre las secciones de Salaverría y García.

—¿Cuánto tiempo vais a necesitar para colocaros en posición de asalto? —se dirigió Edum a Salaverría.

—Cuarenta y cinco minutos —respondió Salaverría.

—Una hora para nuestra sección —contesté.

—Sincronizar vuestros relojes con el mío —volvió a hablar Edum—. Son las tres y cincuenta minutos. A las cinco iniciaremos el ataque desde la carretera. A las cinco y cinco minutos vosotros atacaréis las posiciones rebeldes por la retaguardia. Vuestro primer objetivo es destruir los dos emplazamientos de ametralladoras que los carlistas han colocado en las casas. ¿Está claro?

—Sí.

Seguidamente el grupo de Salaverría se puso en camino. Nuestro grupo le siguió.

La madrugada era oscura. Una gasa blanca cubría por completo el campo. Una ligera brisa fría vigorizaba nuestra sangre y coloreaba nuestros desvelados rostros.

Las ramas de los árboles se estremecían en el aire gris, y nos acompañaban con su susurro musical. Las sendas estaban húmedas y nos caíamos y nos volvíamos a levantar.

Cerca de la carretera nos despedimos de nuestros camaradas. Salaverría tiró monte abajo seguido de su sección como si fueran cabras salvajes.

Nuestro grupo fue a cruzar la carretera. En la carretera nos topamos con fuertes núcleos de milicianos mal armados. Los unos se encaminaban para el frente, los otros, cansados y desmoralizados, hacia la retaguardia.

Comunicamos a los grupos de milicianos que íbamos a atacar el pueblo. Y los que iban a la retaguardia se dieron media vuelta y regresaron a los parapetos a la entrada del pueblo.

El frente estaba en calma. Cruzamos la carretera y nos volvimos a internar en los negros montes.

—García —le dije parando la sección—. Yo voy a adelantarme. Vosotros no perderme de vista. Así podremos evitar cualquier sorpresa.

—Me parece bien, Carlos. Llévate dos contigo.

—No es necesario —le dije mientras me internaba en una oscura hondonada.

Media hora más tarde, estaba sentado en la cima del monte esperando a mis camaradas. A mis pies el pueblo comenzaba a despertarse sin inquietud alguna. Las blancas lucecitas de gas alumbraban con su amarillenta luz las empedradas y angostas calles.

La villa de Beasain estaba rodeada de montañas como todos los pueblos guipuzcoanos. A lo lejos, detrás de la villa, envueltos en la niebla matutina, la maciza sierra de Aralar y San Miguel. Aquí y allí, blancos caseríos con sus huertas de árboles frutales. Los montes eran moles negras de pinares, cedrales y robledos. De las chimeneas de los caseríos salían fuertes humaradas negras. Era la hora del talo y la leche.

Mis camaradas se me unieron en el alto de la colina.

—Mira lo sosegado que se encuentra el pueblo —le dije a García, que se había sentado a mi lado.

—Y nosotros somos las aves de rapiña —comentó García.

—O el fiambre —respondí.

—Hubiera sido mejor atacar durante la noche —dijo García.

—Se hubiera puesto furioso *Gaeko*. El día es del hombre, la noche de *Gaeko*. Si tratásemos de alardear de no tener miedo a la falta de visibilidad, a la soledad o al silencio de la noche, *Gaeko* jamás nos perdonaría nuestra osadía —respondí a García sonriéndome.

—No me vas a decir que tú crees en esos cuentos que os habéis inventado los nacionalistas, Carlos.

—No es creer o no creer, García. Por creer en nuestras leyendas, en nuestra tradición, en nuestros mitos, nos mantenemos como vascos. Vámonos —dije levantándome.

Comenzamos a descender la colina. Descendía con cuidado. Para caminar entre dos luces en el accidentado terreno había que poner en juego el sexto sentido y evitar que uno se rompiese la cabeza.

Y me olvidé del acto que íbamos a cometer, pues no tenía duda alguna de que íbamos a sorprender al destacamento de requetés que guardaba la villa. Los íbamos a despertar para ponerlos de nuevo a dormir. Este pensamiento me hizo casi vomitar...

En la falda del monte se abría una larga hondonada que iba a dar a la carretera.

—Esperarme aquí —le dije a García—. Ya os avisaré con una señal para que os acerquéis.

—Bien, Carlos, ten cuidado.

La mañana se presentaba clara. El sol comenzaba a limpiar la ligera neblina y a secar el rocío de la noche. Y comenzábamos un nuevo día de verano, quizá el último.

Recorrí la distancia con cuidado para no dejarme ver. Los perros de los caseríos ladraban furiosamente como si hubieran visto a *Tártalo* amedrentado por el nuevo amanecer correr a refugiarse en las cuevas del monte Saadar. «¡Malditos perros!» me puse a maldecir.

Avanzaba con lentitud al resguardo de los accidentes de terreno y mirando al pueblo. A tres metros de la carretera me tumbé. A unos veinte metros de distancia, los requetés habían levantado un parapeto de sacos terreros. A los dos lados de las chimeneas de las dos casas salía una blanca humarada de humo.

Recostado sobre el parapeto, un requeté con el fusil descansado sobre los sacos terreros miraba fijamente carretera adelante en dirección a nuestra línea.

Me hubiera gustado verme en un espejo. Todo mi cuerpo se estremecía en ligeras convulsiones que trataba de controlar sin resultado alguno. La garganta se me había secado repentinamente, si hubiera querido gritar, el grito se hubiera ahogado.

Miré el reloj. Eran las cuatro y cincuenta y cinco minutos. Cinco minutos para empezar la función. Diez para entrar a la acción.

Sin hacer movimiento alguno, me puse a esperar. La espera se hacía interminable. Me daba la impresión de que el tiempo se había parado, de que la sangre, de pronto, había dejado de circular por las venas. Sin embargo, mi corazón latía con más rapidez. Tenía la mirada clavada en el reloj. Un minuto parecía un día completo.

Cuatro cincuenta y ocho minutos, siete minutos más de espera. Aún no había llegado la sección de Salaverría, la operación de sorpresa terminaría mal.

Los malditos perros ladraban furiosamente. Levanté el brazo a mis camaradas que esperaban mi señal.

Sin decir palabra, se fueron tumbando a lo largo de la cuneta con los dedos en el gatillo de las pistolas ametralladoras.

—García, aún no ha tomado posición la sección de Salaverría.

—Falta un minuto, si no llegan para las cinco nos retiramos.

Súbitamente sombras furtivas se fueron tumbando al otro lado de la carretera. Era el grupo de Salaverría que tomaba posiciones para el ataque.

—Esto va a empezar enseguida —me susurró García.

—Salaverría ya está listo.

—Ya podía empezar —dijo García—. Esperar es la muerte.

Lentamente se inició el ataque. Poco a poco el ruido de las armas automáticas fue aumentando.

Era tan grande mi tensión, que tenía los músculos faciales paralizados.

—¡Los rojos se han lanzado al ataque! —empezó a gritar furiosamente el soldado requeté abriendo fuego.

Precipitadamente, unos treinta requetés salieron de las dos casas y tomando posición sobre los sacos terreros abrieron fuego sobre nuestros camaradas que atacaban por la carretera. Las dos ametralladoras emplazadas en las dos casas se unieron a las descargas de fusilería. Y el nuevo día se estremeció con apasionada ira.

—Aún nos faltan dos minutos —dijo García.

—Parece que se me ha parado el reloj.

Las ametralladoras no paraban un instante.

—Primero a los del parapeto. Luego a las casas —corrió monótona la voz entre mis camaradas.

—Primero a los del parapeto. Luego a las casas —corría de boca en boca nuestro mensaje de muerte.

El grupo de Salaverría se levantó al otro lado de la carretera.

Nos levantamos y con las pistolas ametralladoras en nuestras crispadas manos hicimos la señal a Salaverría en dirección del parapeto y de las dos casas.

Salaverría había entendido el silencioso mensaje. Con la pistola ametralladora marcó el parapeto y las casas, en donde el enemigo tenía emplazadas las dos ametralladoras ligeras.

El tiroteo era furioso. Varios requetés se habían desplomado heridos de muerte. Estaban tan ocupados rechazando el ataque frontal, que no se imaginaban lo cerca que estaban del final de su viaje.

La muerte la tenían a veinte metros de distancia.

—¡Ahora! —gritó García—. ¡A por ellos!

Echamos a correr disparando a bocajarro nuestras armas automáticas como furias

poseídas con un deseo salvaje de matar. Los requetés que defendían la posición se doblegaron como ramas abatidas por un huracán. Ni se habían dado cuenta de lo que había pasado ni habían tenido la oportunidad de volverse. Subimos apresuradamente a las dos casas y las dos escuadras que servían las ametralladoras corrieron la misma suerte que sus camaradas.

La operación había durado justamente diez minutos. Cuando salimos de las casas con las dos ametralladoras, los milicianos saltaban por encima del parapeto tirándose con avidez a quitarles los fusiles y las cartucheras a los muertos. Con los fusiles en la mano, se fueron desparramando por el pueblo en una orgía de violencia y de sangre sobre las fuerzas de orden público que los rebeldes habían organizado el día anterior.

Quedé con profunda tristeza. Los muertos aún tenían en sus rostros una mueca de estúpido estupor. Ninguno de ellos pasaba de los veinticinco años de edad. Eran vascos campesinos que hace unos días habían abandonado sus herramientas de labranza y sus rebaños de ovejas.

Involuntariamente pegué con mis botas claveteadas y lleno de ira contra uno de los muertos. Probablemente su último pensamiento no había sido para Dios, ni la Patria, ni al Rey, por los cuales habían dado sus vidas, sino para su madre o su novia.

—¿Qué te ocurre, Carlos? —se me acercó García todo alarmado. Debía de tener un rostro lívido.

—¡Qué quieres que me ocurra! Todo esto me da asco, me da ganas de vomitar. Son vascos, García, lo mismo que somos nosotros. Y ni les hemos dado la oportunidad de vernos la cara.

—Tampoco te le hubieran dado a ti.

—Carlos —trató de calmarme García—, todas las guerras son inhumanas y repulsivas.

—Lo que me da asco, García, es que nos han dado unos ídolos para encubrir nuestra irracionalidad, nuestros instintos de brutalidad y nuestro sadismo.

—Carlos, García —nos llamaron nuestros compañeros que estaban sentados en la cuneta de la carretera.

El *pac-pum, pac-pum*, dentro del pueblo nos indicaba que los milicianos limpiaban el pueblo de elementos simpatizantes con la rebelión.

Después entrarían los rebeldes y harían lo mismo con los simpatizantes del Frente Popular y los vascos nacionalistas y la *vendetta* sangrienta continuaría implacable; los unos para hacer un mundo más justo; los otros en honor de Dios y la Patria.

—Iñaki, Salaverría —ordenó Edum—. Correr con una de las ametralladoras y emplazarla en una de las colinas a la derecha de la salida del pueblo. García, Etxebeste, con la otra máquina ocupar la loma de la izquierda. Recordar que nuestra misión es retardar el avance de los rebeldes e irnos retirando en dirección al Hernio.

Las cuatro secciones corrieron a ocupar las dos colinas a la entrada del pueblo.

## IX

Tenía el presentimiento de que hoy iba a ser un día largo y caluroso. Me sentía incómodo. La camisa se me pegaba a la piel. Saqué la cazadora de lana que llevaba encima y la metí en la mochila.

Saqué un cigarrillo. Lo encendí para calmar mi nerviosismo y mi ansiedad.

Los tiros que intermitentemente había oído desde que habíamos tomado el pueblo habían cesado. Y la mañana volvió a envolvernos en su serena quietud.

El sol había limpiado la neblina del valle. Y las moscas revoloteaban alrededor de los soldados muertos. Soldados vascos, que no hablaban español y habían muerto por España.

Éramos un pueblo de bárbaros incultos, pensé.

Nos habíamos quedado Edum y yo. Nuestros camaradas se habían ido a ocupar dos pequeñas colinas que dominaban la carretera que entraba al pueblo.

Estaba convencido de que el enemigo no iba a tardar en atacarnos con fuerza. Dábamos por seguro que los rebeldes se tirarían a fondo con la intención de cortarnos las comunicaciones terrestres con Francia y ocupar Gipuzkoa.

Con estos pensamientos, le pregunté a Edum:

—¿Qué planes tienes, Edum, en cuanto comience el ataque?

—Tratar de perder el mínimo de gente e irnos retirando en buen orden por el monte hasta que nos quedemos sin municiones. Regresar a San Sebastián e incorporarnos a las milicias vascas en Azpeitia. Estos son mis planes, Carlos.

—¿Por qué no nos marchamos ahora?

—Sencillamente porque estamos aquí.

—Acaso nos convenga ir a incorporarnos a Azpeitia e integrarnos en unidades vascas.

—Ya lo sé, Carlos. Pero por el momento, no hay posibilidades de crear un Ejército Vasco. —Edum hizo aquí una pausa. Grupos de milicianos con buzos azules nuevos y armados con picos y palas pasaban hacia la salida del pueblo a levantar trincheras—. Acuérdate de lo que te voy a decir. Hoy están despedazándose en lucha mortal dos Españas. Nosotros nos encontramos en medio. Estas dos Españas tratarán de destruirnos, a pesar de que nos digan todo lo contrario.

»El nacionalismo de la nación-estado, Carlos, está muy arraigado en la mentalidad hispana. Para esta, la libertad y la creación de un estado vasco es incompatible con el nacionalismo español, aunque este venga vestido de internacionalismo. Pero la responsabilidad, Carlos, no es de los hispanos, es únicamente nuestra. Los españoles no tienen culpa alguna. La culpa es nuestra. El mayor error cometido ha sido que el renacimiento nacional comenzó a elaborarse sin hacer mucho caso a la realidad histórica, política y económica del pueblo vasco. La realidad histórica, Carlos, nos guste o no a los guipuzcoanos, es Navarra. La lengua vasca era “lingua navarrorum” y los navarros eran la tribu vascona más numerosa de

todas y nuestros antepasados tomaron parte en su destrucción. Ahora nuestros hermanos navarros nos pagan con la misma moneda. Nosotros nos hemos puesto al lado de las fuerzas más razonables, eso es lo que se ha dicho. También porque no tenemos otra opción. Pero es muy importante, Carlos, que no nos dejemos engañar por ellas. Es fundamental que esto que estamos viviendo lo grabemos en la mente. Ya es tarde para pedir responsabilidades a nadie. Yo no tengo duda alguna de que se nos presente la próxima oportunidad. Y cuando se nos presente la próxima oportunidad, Carlos, tenemos que echarnos a la contienda, más unidos, más preparados, más determinados a romper con esa España que nos asfixia.

Hablaba con calculada frialdad, con fuerte emoción. «La próxima contienda» empezó a golpear con fuerza en mis oídos. Justamente habíamos empezado una guerra y ya hablábamos de la próxima.

«La próxima contienda... La próxima contienda...» Y recordé la proposición de mi padre para que me fuese a estudiar al extranjero.

Había un algo que no llegaba a comprender. Sin embargo, el mensaje era claro. Llegaría a olvidarme, pero siempre volvería a resonar en mis oídos «la próxima contienda...» Nadie buscaba alternativas de convivencia, y estas alternativas tenían que estar en algún sitio.

—No te veo muy optimista, Edum.

—Querrás decirme que yo no sueño como tú.

—Quiero decirte que estás muy pesimista. Si no tuviera sueños... no valdría la pena de existir.

—No, Carlos, tenemos que conformarnos con lo que tenemos. Lo más importante, es aprender bien la lección que han comenzado a darnos y nos van a dar. Esto no es pesimismo, es realismo.

—Lo siento, Edum, no puedo comulgar con tus ideas.

—¿Sabes en dónde está el *Batzoki*? —me preguntó.

—No —le respondí—. Además habrán cerrado.

—Tienes razón.

—¿Por qué?

—Acaso nos pudieran informar sobre la marcha de movilización del requeté vasco. Esto, Carlos, que no se te ha ocurrido a ti, es muy importante, así podemos saber con cuántas fuerzas nos van a dar las hostias —dijo sonriéndose.

—Muy avanzado —le dije—. Me dices que nos van a cascar de lo lindo y te sonríes como un ángel.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me ponga a llorar? Mira, Carlos, tú te crees que conoces la política porque la has estudiado en los libros de texto, pero una cosa es ser idealista y soñar y otra tener los pies bien firmes en la tierra. El general Mola —continuó— ha cometido un gran error.

»Si el general Mola se hubiera lanzado sobre Gipuzkoa el diecinueve de julio, Gipuzkoa estaría en su poder y probablemente Bizkaia. Los dos nos hubiéramos

cambiado la boina negra por la roja, y, al grito de “Viva los Fueros Vascos” nos encuadrarían en los Tercios de Requetés o nos hubiéramos ido a Biarritz a pasar el verano.

»Ahora —prosiguió Edum—, Gipuzkoa se va a convertir en el objetivo principal del general Mola. Y sobre nosotros nos va lanzar a las aguerridas huestes carlistas a cerrarnos la frontera de Francia. Si los vascos no recibimos armas en los próximos días, Euskadi será ocupada por las fuerzas rebeldes. Si Euskadi cae, *c'est fini* el Norte. Nos cambiarán la boina negra por la roja y a ocupar la Península cantando el *Oriamendi*. Y los vascos continuaremos soñando con su libertad y los curas nos darán misas en euskera.

—¿Has acabado, Edum?

—No, Carlos, aún tengo que hacer de ti un hombre que vea las cosas como son. El general Mola va apresurarse en cerrar la frontera por miedo a que los franceses nos manden armas y se acabe la rebelión. Tampoco me sorprendería que se volviese a equivocar. Mola teme que los socialistas y comunistas presionen con tanta fuerza al Gobierno Blum, que este se verá obligado a mandarnos armas. Yo no lo creo. Pero si los franceses mandan armas a los españoles, estas irán a equipar a las fuerzas del Frente Popular.

»Los españoles, mientras sean más fuertes que nosotros, nunca jamás permitirán la creación de un Estado Vasco, son tan jacobinas como las izquierdas y derechas francesas. Y todos aquellos que crean lo contrario, son enfermos mentales.

Edum hizo otra pausa. Pude observar que su tono de voz se hacía más profundo. Por su rostro pasó una nube de tristeza.

—A los vascos, Carlos, nos van a crucificar vivos. Las derechas y la Iglesia nos atacarán por habernos unido al pueblo que solo pide un poco de pan y justicia social. Los otros nos embestirán porque somos católicos y queremos destruir la unidad sagrada de España.

»Voy a hacerte una pregunta, Carlos. Vamos a suponer que mañana los vascos del sur nos organizásemos en un Estado. ¿Cuáles crees que serían los objetivos políticos de ese Estado?

Sin vacilación alguna respondí.

—Tratar de unificar al pueblo vasco.

—Tú has respondido lo que los franceses piensan y temen de nosotros. Libertad, Igualdad y Fraternidad para los franceses, no para los vascos, los bretones, los alsacianos, los catalanes. Nacionalidades explotadas económicamente y mutiladas culturalmente por el campeón de la democracia continental.

—¿Y los ingleses, Edum?

—Pregúntale a tu padre. Él te podrá responder mejor que yo.

»El otro argumento de los españoles y franceses es: ahora que Europa tiende a unirse, los vascos queremos crear un nuevo Estado. Ahora bien, si les dices a los españoles que se hagan franceses, te dicen que nones, si les dices a los franceses que

se hagan alemanes, te mandan a la mierda. No obstante, las nacionalidades colonizadas en el transcurso de la historia europea tenemos que estar satisfechas y besar el trasero a los que han destruido nuestra cultura y nuestro derecho a la libertad.

—No comprendo —le interrumpí— cómo después de todo lo que me estás diciendo no te has ido al extranjero, y ver desde la barrera los toros del ruedo ibérico.

—Uno no puede evadirse siempre de las responsabilidades, Carlos. Hoy es el ruedo ibérico, mañana será el ruedo europeo. Y habrá otros ruedos en otras partes del mundo. Y uno se pasaría escapándose de sí mismo. Además, no me marchó por la misma razón de que tú no te aprovechas de la oportunidad de irte a estudiar al extranjero.

—Aunque después de oírte a ti, no te sorprenda que cambie de parecer.

—No lo vas a hacer. La razón quizá sea distinta a la mía. Pero te quedarás aquí. De esto estoy seguro. —Edum me puso la mano sobre el hombro—. Lo más importante es saber por qué nos quedamos aquí. A nosotros nos ha tocado realizar el sacrificio para cristalizar el espíritu nacional. Por primera vez, un fuerte núcleo combatimos por la liberación nacional. Aunque perdamos la guerra, no nos debe importar, Carlos. Nosotros somos los primeros que marcamos la pauta a las generaciones que nos siguen. Nosotros somos los primeros que vamos a morir para crear un Estado Vasco. Por estos principios han dado sus vidas Basterretxea, Etxabe, Oquendo y Eguía, entre otros. Y estos no son los últimos. Muchos de nosotros los seguiremos. Lo más importante, lo más trascendental, es que estos *gudaris* vascos, han muerto defendiendo la bandera del nuevo Ejército de Liberación Nacional.

## X

Echamos a andar por la carretera que atravesaba la villa industrial. Íbamos en la dirección de nuestros camaradas que habían tomado posición en dos pequeñas colinas a la salida del pueblo.

Con el nuevo día se presentaban nuevos problemas y nuevas inquietudes. Desaparecida la neblina podíamos distinguir con claridad las siluetas de nuestras montañas, sombrías y negras en sus pendientes, de verdes vivos en sus valles.

El frente estaba en calma. ¿Por cuánto tiempo...? Por todos los informes que habíamos podido recoger la noche anterior, indicaban que hoy se esperaban en el pueblo nuevas columnas rebeldes para proseguir su avance sobre Ordizia y Tolosa. Con la ocupación de Tolosa, el desbordamiento sobre el Oria era inevitable.

La situación militar, a pesar del optimismo que existía, era crítica. Solo podía estabilizarse con la entrada de armas y municiones de Francia. La suerte de Gipuzkoa, del Norte de España, estaba en manos del Gobierno del Frente Popular francés.

El ruedo ibérico ponía a prueba el internacionalismo de los partidos marxistas europeos. Su capacidad de forzar a sus respectivos Gobiernos a ayudar la lucha de las nacionalidades ibéricas a vencer la rebelión. Nosotros necesitábamos armas y municiones y técnicos militares, no hombres y dinero. Con las reservas monetarias en posesión del Gobierno no se necesitaba mendigar de nadie. Lo que sí esperaban es que las dos internacionales marxistas cumplieren con su deber de marxistas e internacionalistas.

En la contienda ibérica se ventilaba mucho más que la defensa de la República del Frente Popular, la revolución social o la independencia del pueblo vasco. Se ponía en juego la ética moral de los Gobiernos y de los pueblos. Y esto era lo más importante de la guerra civil.

Hasta las primeras horas del 28 de julio existía la posibilidad de que las fuerzas militares rebeldes, acantonadas en el Cuartel de Loyola, rompiesen su inactividad y se lanzaran a tomar la capital vasca de San Sebastián.

Del 19 al 28 de julio, el general Mola, jefe del Ejército Rebelde del Norte, va enviando fuerzas paramilitares del requeté vasco, a apoyar las fuerzas del Ejército rebelde en sus operaciones de limpieza contra los centros de resistencia obreros, en La Rioja y Aragón. Al mismo tiempo trata de ocupar los accesos a Madrid. Y consigue ocupar el Alto de León y Somosierra, en el Guadarrama.

El plan del general Mola de lanzarse sobre Madrid, se altera y se demora con la rendición de la guarnición del Cuartel de Loyola, en las primeras horas del 28 de julio, rendición negociada con los líderes parlamentarios guipuzcoanos: un nacionalista, tres católicos y un socialista. Es muy importante señalar aquí que los mandos rebeldes se rindieron antes las garantías de los diputados nacionalistas, católicos y socialistas de que sus vidas serían respetadas, cláusula que las fuerzas del

Frente Popular no cumplieron. Más tarde fueron fusilados en San Sebastián.

Con el fracaso de la rebelión militar en San Sebastián, el general Mola, sin pérdida de tiempo, comienza a lanzar las fuerzas de choque del requeté vasco, fuerzas destinadas a atacar Madrid, contra la zona fronteriza de Irún y la cuenca del Oria para rebasar San Sebastián e Irún a la izquierda, tan pronto estas quedan encuadradas en unidades militares dirigidas por mandos del Ejército rebelde, con el objetivo de cerrarnos las comunicaciones terrestres. Cumplido este objetivo, el Norte de España estaba perdido.

El general Mola necesitaba dejar asegurada su retaguardia antes de lanzarse a fondo contra Madrid. Y Gipuzkoa, con su frontera con Francia, era una constante amenaza contra las fuerzas rebeldes.

El mando rebelde se daba cuenta de que en el momento que Francia enviara armas y municiones, en el Norte de España se podrían levantar de ciento cincuenta a doscientos mil hombres. Estas fuerzas bien pudieran pasar a la ofensiva y enlazar con las fuerzas catalanas en Aragón. Por esta razón, el mando rebelde necesitaba urgentemente cerrar la frontera francesa. Así también se daba cuenta de que ocupado el País Vasco, podría movilizar las fuerzas que militaban en el nacionalismo vasco y que no tenían afinidad alguna con las fuerzas centralistas del Frente Popular.

En esta contienda el Partido Nacionalista Vasco, aunque tenía más afinidad con las fuerzas tradicionalistas que con los partidos representados en el Gobierno del Frente Popular, se dejaba llevar por los acontecimientos con la absoluta convicción de que la rebelión militar no tenía posibilidad de triunfar.

Esta posición se debía a que los líderes vascos, al igual que los intelectuales españoles, tenían la completa seguridad de que los países democráticos vendrían a ayudarlos.

Seguimos carretera adelante, sin prisa alguna, ambos sumidos en nuestros propios pensamientos. Nos dábamos cuenta de las grandes contradicciones que existían y las dificultades con que nos íbamos a tropezar en el camino emprendido. El panorama que se iba abriendo entre nosotros, se parecía más bien a un largo y oscuro túnel, sin salida. No obstante, nos metíamos dentro de él para sellar un principio, nuestro derecho a ser libres.

Lo más importante que había emergido de la breve conversación con Edum, era que nosotros rompíamos con nuestro pasado histórico.

Por primera vez en los últimos siglos, los vascos nos negábamos a morir por una de las Españas que se enfrentaban en un duelo a muerte.

Este precedente que íbamos a marcar, era de gran importancia para el presente y futuro de nuestra patria. No obstante, iba a crearnos grandes trastornos internos y externos. Ni yo ni nadie se hacía ilusiones de que saldríamos ilesos del largo viaje que emprendíamos en las turbulentas aguas que empezábamos a navegar.

Yo personalmente, aunque también era el sentir de fuertes núcleos de patriotas, deseábamos que nuestros líderes pusieran las cartas boca arriba y aclararan nuestras

intenciones independentistas. Era de suma importancia para detener lo que ya estaba ocurriendo: la desertión de fuertes grupos de patriotas a las fuerzas rebeldes, no por afinidad de pensamiento, sino religiosa.

Proclamar nuestra posición independentista en la contienda era presentar de plano a las fuerzas del Frente Popular una realidad histórica. Aceptada esta, podríamos decir a las fuerzas del Frente Popular y cenetistas: Ahora la lucha tiene doble sentido, por nuestra libertad y la de las nacionalidades ibéricas.

Desgraciadamente, los dirigentes españoles creían que con *slogans* revolucionarios basados en los mitos tan en boga, era más que suficiente para aglutinar y encauzar a las disparatadas fuerzas políticas que habían entrado en juego. En esto habían contagiado a los líderes vascos, que de la noche a la mañana se convierten en antifascistas, pero no a los soldados y oficiales de los batallones vascos. Si nosotros no sabíamos cómo pensaban ni cuáles eran las intenciones de nuestros dirigentes políticos, tampoco ellos sabían cómo pensábamos y cuáles eran nuestras intenciones y esa falta de comunicación entre los dirigentes y la base patriota minaría nuestro espíritu de lucha y sacrificio. A fin de cuentas, nosotros éramos los que íbamos a morir, y no nuestros dirigentes políticos.

Unas pequeñas nubes blancas aparecieron en el azul de la mañana. Seguíamos caminando sin prisa alguna. Por el momento, la calma era absoluta. Solamente se oía el pesado zumbido de los moscones y los gritos del vecindario llamando a sus familiares para que se apresurasen. Era el pueblo en masa que abandonaba sus viviendas antes de que diera comienzo la lucha. Se lanzaban carretera adelante buscando la seguridad de la retaguardia. Daba la sensación de que todo el pueblo evacuaba la villa; ancianos, mujeres con niños de pecho, hombres con sus ropas domingueras con el cuello de la camisa abierto.

Chirriaban las ruedas de los carros de bueyes por el blando asfalto de la carretera. Carros cargados con cajas y maletas, magras posesiones de las familias que evacuaban.

Esta escena me hizo recordar las fotografías que había visto en revistas de actualidad de la guerra en Abisinia. Ahora nos había tocado a nosotros. Mañana serían otros...

A paso de tortuga seguimos carretera adelante observando con curiosidad la evacuación de la población civil. No podía comprender por qué las mujeres y los ancianos abandonaban sus hogares. Que los hombres evacuaran era comprensible, pues en el caso en que los rebeldes ocuparan el pueblo, estos serían movilizados contra su voluntad en el Ejército rebelde. Pero bien pronto nos convenceríamos de que la población civil iba a sufrir más que la militar. Todos los malos instintos del hombre se iban a desatar con furia sin respetar a nadie ni a nada.

—Vámonos a reunirnos con nuestros camaradas —sugerí a Edum.

—Aún tenemos tiempo. Antes me gustaría visitar una iglesia.

Le miré atónito.

—¡A la iglesia! —exclamé—. ¿Para qué?

Edum ignoró mi interrupción y siguió adelante con paso rápido. Nos metimos en las angostas calles del pueblo en dirección a la iglesia. Las casas, a los dos lados de la estrecha calle, eran viejas y de piedra. Todas tenían amplios balcones. Las entradas eran señoriales, y estaban cerradas herméticamente. Algunas tenían esculpidas sobre las gruesas puertas de madera, su blasón de armas.

En la mitad de la calle, nos detuvo una señora. A primera vista, me pareció que estaba loca. Tenía los cabellos grises revueltos y se le caían por el rostro. Los ojos los tenía hinchados y rojos, dando la sensación que iban a saltar de las órbitas.

Era una imagen que jamás olvidaría.

—¿Sois *gudaris*? —nos preguntó.

—Sí —afirmamos.

—Seguirme, voy a enseñaros lo que a esos cochinos carlistas han hecho.

La señora se adelantó a nosotros. Mientras la seguíamos hablaba en voz alta moviendo los brazos agitada.

Por unos segundos, Edum y yo, nos quedamos mirándonos el uno al otro, asombrados por las inesperadas palabras de la señora.

La señora que tan de improviso nos había detenido, vestía una falda blanca con una blusa del mismo color. Tendría unos cincuenta años de edad; era algo gruesa, rostro redondo.

—Está loca —dije a Edum.

—No, Carlos, ha debido de recibir una fuerte impresión. Vamos a seguirle.

Nos apresuramos a darle alcance. Al entrar en una de las calles, nos detuvimos en la mitad de la misma. Sobre el adoquinado estaban tirados una docena de muertos.

A mí, a pesar de los muertos que había visto en los últimos días, la presencia de estos nuevos cadáveres, me revolvió el estómago.

—Es terrible —le dije a Edum.

—Es un crimen, Carlos.

—¿Qué quieres que hagamos, enfrentarnos a los milicianos?

—No sé, Carlos. Lo único que sé, es que a la marcha que vamos solamente vamos a crear montañas de muertos, fuera de eso, nada...

Y esta era la cruda realidad.

—No obstante —le dije—, así se han hecho las revoluciones y se han formado los Estados modernos, Edum.

—Tienes razón, Carlos. No hay otra salida y esta es la cruz que lleva la humanidad.

—Las guerras las ganan los que menos prejuicios morales tengan.

—Todo esto es repugnante, Edum. También fue innoble la forma en que liquidamos a los requetés, una hora antes.

—Es muy distinto, Carlos. Ellos defendían una posición y vosotros los cogisteis por sorpresa.

—Entonces los debimos coger prisioneros. Sin embargo, les dimos el tiempo justo para mirarnos.

—Si les hubieras dado tiempo para volverse, acaso fueses tú el que hubiera quedado en la carretera.

—Si tú les hubieras visto por un segundo sus ojos, su angustia, su terror mientras se desplomaban en el asfalto con los fusiles crispados en las manos, sorprendidos y sin saber por dónde les había llegado el número —le dije cerrando los ojos para no ver la imagen de sus rostros petrificados.

—Carlos, es muy distinto.

—No es distinto, ambos hechos son crímenes. La diferencia ha sido creada por los Gobiernos. Los unos han sido legalizados por leyes internacionales, los otros han sido censurados por esas mismas leyes. Pero ambos hechos son crímenes contra la humanidad.

La mujer escupió sobre los cadáveres carlistas y siguió adelante.

Nos acercamos, sus cuerpos aún estaban calientes. Estaban acribillados a balazos. Algunos de ellos tenían hasta una docena de orificios en el cuerpo.

La calle estaba llena de cristales y muebles destrozados. Miramos hacia arriba. En el primer piso había un rótulo del Partido de la Comunión Tradicionalista, cubierto con las siglas UHP. (Unión de Hermanos Proletarios).

No sabíamos quién los había matado. ¿Habrían sido los milicianos que habían entrado en el pueblo y se habían desparramado por todo él como ángeles exterminadores? ¿O habían sido los habitantes del pueblo, al igual que Fuenteovejuna? Nunca lo sabríamos...

Durante el trayecto nos habíamos ido tropezando con familias enteras que abandonaban sus viviendas y evacuaban la villa. Ahora con la escena que presenciábamos, no me sorprendía...

Dejamos el lugar, nos apresuramos a dar alcance a la mujer. Presentíamos que las escenas de horrores habían dado comienzo y empecé a sospechar que la mujer nos llevaba a otro lugar macabro.

Nadie podía estar a salvo en la guerra que lentamente nos iba envolviendo y empezaba a devorar nuestro idealismo, nuestro humanitarismo y nuestra fe en el progreso humano. En estos días, se probaba nuestra actitud y nuestra visión futura del mundo en que vivíamos.

Saldríamos de la guerra respetando las instituciones políticas actuales, o saldríamos de ella con furia diabólica a destruirlas. Porque la guerra sancionada por el derecho internacional es el terrorismo organizado por los Estados para salvaguardar sus mezquinos intereses y pisotear los más elementales derechos humanos.

En esta contienda todos nuestros principios morales se ponían en juego, principios que iríamos dejando uno por uno mezclados entre sangre y lodo.

En la esquina, la mujer se detuvo por un momento a hablar con un hombre que

llevaba a una niña de la mano. Después de una breve conversación, la mujer siguió su camino y el hombre se llegó a nuestro encuentro.

—Mi hermana me ha dicho que son *gudaris*.

Tendría unos cincuenta años de edad. La niña de unos doce años de edad lloraba desconsoladamente presintiendo el drama que se estaba desarrollando a su alrededor y sin entender lo que estaba ocurriendo. Pero la niña no era la única, tampoco nosotros sabíamos lo que estaba ocurriendo. Más terrible aún, no veíamos la terrible transformación que estábamos sufriendo.

—Mi nombre es Jon Irigoyen —nos dijo el desconocido con la niña en la mano.

Observé que hacía grandes esfuerzos para controlar su emoción.

—La mujer es mi hermana y esta su hija. Mi hermana los lleva a la iglesia para que vean lo que los vascos carlistas nos han dejado para que los recordemos... — Nosotros creíamos —continuó— que nos habíamos escapado del terror desencadenado en Navarra por escuadras de falangistas y policías.

Al oír las últimas palabras sentí frío por todo el cuerpo. Temí por la suerte que había podido correr el tío Joshe Antonio que era nacionalista y residía en Pamplona. Pronto deseché la idea que pasó por mi mente. Estaba seguro de que el tío Joshe Antonio se habría refugiado en Etxarri-Aranatz buscando la protección de su hermano Patricio, que era uno de los líderes carlistas de la comarca.

Apresuramos el paso. Poco después los tres y la niña entrábamos en la iglesia.

—¿Por qué no se queda usted fuera con la niña? —le dijo Edum.

—No, para que sepa como murió su padre. Así odiará más a los que han cometido el crimen.

—Como usted quiera.

En la iglesia una docena de personas rezaban, rezaban sin cesar en voz alta. Sus rezos se mezclaban con gritos histéricos de dolor y lágrimas...

La iglesia estaba fría. Por sus rendijas se filtraban pálidos rayos de luz. Nos llegamos al altar mayor. La mujer que nos había traído estaba en el suelo abrazada a un cadáver. A los pies de un Cristo crucificado había una veintena de hombres y mujeres con las manos atadas a las espaldas, derrumbados sobre la fría losa. Sobre sus pechos tenían unos escapularios del Sagrado Corazón de Jesús con un orificio de bala ensangrentado, y un gran letrero que decía: «En ofrenda a Dios Nuestro Señor de rojos separatistas que han cometido el crimen de oponerse a los valores de su religión y de la Gran Cruzada de una España Grande y Libre».

Edum y yo quedamos petrificados.

—Dios mío —exclamó Edum implorando al Dios crucificado.

Edum se mordió los labios hasta que brotó la sangre.

Yo sentí frío. Cerré los ojos... Y por un momento tuve conciencia del dolor que me torturaba. Hasta ahora no me había dado cuenta de que el dolor humano estaba en el aire que respirábamos. El dolor estaba en todas partes... En el aire que respirábamos estaba envenenado.

Salimos de la iglesia. Deseé que el día que habíamos empezado matando se acabase, me encontraba cansado, terriblemente cansado.

—Estamos todos locos, Carlos. Cómo es posible que se puedan cometer tantos asesinatos en nombre de la revolución y de la religión judeo-cristiana.

—Tú acabas de decirlo. El hombre y las instituciones por él organizadas es un cáncer incurable y no hay nada que pueda curarnos. Solamente tenemos una cura, la muerte.

## XI

Volvimos a la carretera. Los últimos evacuados abandonaban el pueblo con sus pesados fardos.

El enemigo aún no daba señales de vida. Pero esto no nos confortaba mucho: sabíamos que no iba a tardar en aparecer para proseguir su avance sobre San Sebastián. Teníamos la seguridad que el mando rebelde en Pamplona conocía la situación desesperada en la que nos encontrábamos por la falta de armas y municiones, así como también por la tremenda confusión que reinaba en nuestro campo.

Llegamos a la salida del pueblo.

—Carlos —me dijo Edum—, vete a unirme al destacamento de García y Etxebeste. Les dices que únicamente traten de mantener con el enemigo y que vayan retirándose.

—De acuerdo. Edum, ¿quieres que antes de retirarnos del pueblo pongamos la antorcha?

Edum se me quedó mirando al oír estas palabras.

—¿Por qué crees que nos hemos metido en esta guerra de mierda, Carlos?

—Para combatir por nuestra liberación nacional.

—Eso es lo que tú y yo pensamos. Pero si empezamos a quemar todos los pueblos que abandonamos, entonces sí que podemos despedirnos de la ayuda militar de Inglaterra y Francia. Ahora mismo, los ingleses están presionando a nuestros líderes para que impongan orden para salvaguardar sus intereses privados y la propiedad privada. Por eso, los vascos nos hemos puesto al lado de la República, para defender la industria vasca y extranjera, para que no la destruya la clase obrera.

Me quedé pensativo. Me parecía todo un gran absurdo. Exponerse a morir para defender la propiedad privada. Los ingleses asustados de que la clase obrera pudiera destruir las fábricas que pertenecían a los intereses británicos y grupos financieros vascos, habían influenciado a nuestros líderes a salir a defender a la República y al antifascismo.

—No metas esas ideas a nadie, Carlos.

No le respondí.

—Ten cuidado, Carlos.

—Lo mismo te digo a ti.

A los dos lados de la carretera, en las dos colinas, se hallaban nuestros compañeros. Desde la falda de la colina veía grupos de milicianos encima de la trinchera con la mirada fija en los montes de enfrente por donde esperábamos que el enemigo apareciese.

A nadie se le había ocurrido mandar una patrulla de reconocimiento. Se habían metido en la trinchera que las brigadas obreras habían construido en la cima y allí esperaban la embestida del enemigo.

Subí la pequeña colina. El sol calentaba fuerte. Llegué a la zanja empapado de

sudor.

A cada hora estaba más confuso. Según lo poco que había leído en tratados militares, la guerra había que llevarla con la máxima violencia. La guerra no tenía reglas de juego, lo importante era debilitar al enemigo e incapacitarlo para continuarla. Entonces la máxima lógica sería destruir todo lo que podía arder. Según Edum, nosotros íbamos a hacer la guerra entregando al enemigo todo. Cada vez estaba más confuso...

El mundo parecía moverse a un ritmo lento bajo el calor. El cuadro parecía irreal. En la quietud de la mañana de verano y el verdor del campo, los grupos de milicianos bajaban y subían la pequeña colina, cantando, gritando, discutiendo entre ellos en alta voz e insultándose. En cuanto nos encontrábamos sin el enemigo delante nos queríamos pelear entre nosotros mismos.

En la cima de la colina, me encontré a varios camaradas míos que, mezclados entre los grupos de milicianos, discutían acaloradamente. Otros miraban fijamente los montes de enfrente por donde esperábamos al enemigo.

Al no ver a García ni a Etxebeste pregunté por ellos a uno de mis camaradas.

—Están al final de la zanja.

Caminé a lo largo de ella y al final me encontré a García y Etxebeste tumbados tomando el sol.

—Mirad quién viene —gritó Garmendia, que estaba sentado en la trinchera.

García y Etxebeste se sentaron.

—Ya es hora de que se te vea el pelo. Creíamos que te habías vuelto a San Sebastián.

—Edum me ha dicho que os diga que cuando comience el ataque nos vayamos retirando manteniendo contacto con el enemigo.

—No te preocupes, Carlos —respondió Etxebeste, volviendo a tumbarse.

—¡Parece que oigo ruido de motores! —gritó un miliciano sentado encima de la zanja.

Todos miramos la desierta carretera.

—¡Se han parado! —volvió a gritar, pegando el oído a la tierra—. ¡De nuevo se han puesto en marcha!

García y Etxebeste se levantaron y se metieron en la trinchera. Cesaron las discusiones entre los milicianos de las distintas tendencias. En dos segundos la cima de la colina quedó vacía.

Por la falda de la colina, destacamentos de milicianos armados con pistolas y bombas de dinamita subían a reforzar la posición.

En la otra colina, al otro lado de la carretera, también parecía que habían observado al enemigo. La cima de la colina había quedado vacía.

Dentro de la trinchera nos aprestamos a recibir al enemigo. Nerviosamente apretamos nuestros fusiles. La larga espera había acabado.

—¡Allí vienen! —desde la trinchera salió un fuerte clamor.

Efectivamente, a distancia, las boinas rojas de los soldados carlistas contrastaban con la exuberante vegetación de verdes fuertes que cubrían las colinas. Los cañones de los fusiles enemigos despedían fuertes destellos.

Era un batallón. La infantería rebelde avanzaba lentamente en fila de a uno a los dos lados de la carretera. Súbitamente, dos de las compañías rebeldes desaparecieron en una de las hondonadas de la derecha y volvieron a aparecer en el alto de la colina frente a nuestra posición, a una distancia de un kilómetro.

Una de las compañías comenzó a descender la colina y volvió a desaparecer entre los negros árboles. La otra prosiguió su marcha a nuestra izquierda con el plan de envolvernos.

Otra de las compañías enemigas fue tomando posición para asaltar la colina donde se hallaban nuestros camaradas al otro lado de la carretera. Otra compañía bajo la protección de dos carros de asalto avanzaba por la carretera en dirección a la entrada del pueblo.

El enemigo se movía sin prisa alguna. Realizaba todas sus maniobras al descubierto con el conocimiento de que las fuerzas heterogéneas que se oponían a ellas solamente contaban con un limitado número de fusiles.

Esta nueva fase de la guerra nos tenía perplejos y desconcertados. Nuestras fuerzas eran superiores en número. No obstante, en todo el frente no llegaban a cien los fusiles con que contábamos. Teníamos también las dos ametralladoras que habíamos tomado al enemigo en las primeras horas de la mañana.

—¡Me cago en todos los santos habidos y por haber! —exclamó Etxebeste—. Me pongo negro viéndoles moverse como si estuvieran en maniobras.

—Ya se les acabará —respondió García.

—O ellos acabarán con nosotros.

—Todo puede ser —dijo García.

—García —dijo Etxebeste—, ¿no crees tú que debiéramos movernos hacia la izquierda y tratar de contener la compañía que va a tratar de envolvernos?

—Si dejamos esta posición sin ningún fusil, va a caer a la primera embestida.

—Lo que necesitábamos son unos morteros —dijo García.

—Pero como no tenemos morteros nos jodemos —respondió Etxebeste.

—A vuestro querido camarada León Blum —continuó Etxebeste— le importa tres cojones que tengamos morteros o no.

Estas palabras las dijo con fina ironía.

—No perdéis ninguna oportunidad para criticar a los socialistas. Aún es muy pronto para acusar a nuestros camaradas franceses.

—Cuando nos den un tiro en el *coco* —respondió Etxebeste—, nos convertiremos en fantasmas e iremos a hacer visitas nocturnas al querido camarada Blum.

Intervino un miliciano cenetista:

—Los socialistas franceses nos ofrecerán ayuda moral y nos mandarán ataúdes de madera para cuando nos entierren.

—Ya podían comenzar los cabrones esos —dijo García, tratando de cambiar el giro de la conversación.

—No te preocupes, que no van a tardar —le respondí.

—En esta posición hay fuerzas de tres tendencias: cenetistas, socialistas y vascos nacionalistas. Los núcleos cenetistas opinan que se debe formar un comité que se haga responsable de la defensa.

De un momento a otro iba a explotar el infierno y querían reunirse para formar un comité. Me quedé maravillado de poder creer lo que había oído.

—Compañero —le respondió García—, el ataque va...

Un violento fuego de ametralladoras cortó las últimas palabras de García y empezó a barrer nuestra posición.

Simultáneamente, la infantería enemiga empezó a subir la colina.

El fuego de ametralladoras era tan intenso y concentrado sobre nuestra posición, que en tres segundos tres milicianos cayeron de espaldas silenciosamente. Entre ellos, el joven cenetista que había propuesto formar el comité.

—Fiambre para los gusanos —comentó uno de los milicianos groseramente.

—Compañero —gritó otro, enfurecido—, tenga un poco de respeto por los compañeros caídos.

Durante el furioso fuego de ametralladoras nos agazapamos en la zanja, de cuando en cuando levantábamos la cabeza para observar el avance de la infantería rebelde que, protegiéndose en los accidentes del terreno, seguía trepando.

Las balas pasaban silbando sobre nuestras cabezas, otras levantaban el polvo delante de la trinchera.

De improviso el fuego de ametralladoras cesó de la misma forma que había comenzado.

—¡Fuego! —un furioso clamor salió desde nuestras trincheras. Nos levantamos y abrimos fuego con nuestras armas automáticas contra las fuerzas rebeldes que se habían colocado a unos cincuenta metros de distancia.

Las secas explosiones de las bombas de dinamita formaron una barrera infranqueable y nuestra posición quedó envuelta en una densa cortina de humo negro.

En la otra colina, a nuestra derecha, el humo de las bombas de dinamita era tan denso que parecía hincharse y crecer atorbellinado, cubriendo el espacio.

El enemigo, incapaz de atravesar la densa barrera de dinamita se retiró arrastrando a sus heridos. A treinta metros yacían una docena de requetés.

Rechazado el primer ataque rebelde, el entusiasmo de los milicianos se desbordó.

Surgió un monumental griterío en la trinchera.

—¡Venir cabrones! ¡Venir hijos de la gran puta! ¡Venir fascistas de mierda!

Llamar fascistas a los carlistas era igual que llamar comunistas a los vascos católicos. Así es como se creaban los mitos históricos.

Mientras desde nuestras posiciones se insultaba a las fuerzas rebeldes, la compañía que avanzaba por la carretera, apoyada por dos carros de asalto, rompía la

resistencia de los milicianos que defendían la entrada del pueblo.

Los milicianos se replegaron a las casas abriendo fuego con las pistolas y las cargas de dinamita.

En la otra colina, al otro lado de la carretera, se combatía encarnizadamente.

La tregua fue de corta duración. Las ametralladoras rebeldes volvieron de nuevo a castigar nuestras posiciones.

—Parece que han emplazado un turno de máquinas —le comenté a García.

García no me respondió. Con el fusil entre las piernas, me senté al lado de un miliciano armado con una pistola y de unos sesenta años. El miliciano estaba petrificado.

—Ya podían callarse esas malditas máquinas para poder hablar sin dar gritos —le dije, sacando una cajetilla de cigarrillos de la mochila. ¿Fuma, compañero?

Por unos segundos se me quedó mirando estúpidamente.

—¿Fuma usted, compañero? —le volví a preguntar.

—Gracias —me dijo cogiendo uno.

—¿Está usted casado?

—Sí.

—¿Tiene usted hijos?

—Seis.

—¡Hombre! —exclamé—, debiera de haberse quedado en la ciudad. Hombres sobran y la edad de usted no es para correr y subir montes.

—Tienes razón. Sin embargo, la República, con todas sus faltas, ha sido la primera que ha dado esperanzas en muchos años a la clase obrera y todos los obreros tenemos la responsabilidad de defenderla. ¿Usted es nacionalista?

—Sí.

—A los vascos les debieran haber dado la Autonomía al mismo tiempo que se la dieron a los catalanes.

—¿Qué le parece el Frente Popular?

—Me es indiferente.

—Ya podían callarse esas ametralladoras de mierda.

Pude observar que el miliciano iba tranquilizándose. Me alegraba de haberme sentado a su lado y conversar con él.

¡Qué fácil era aliviar a otro ser humano! No obstante, cada uno de nosotros estábamos tan preocupados con nuestros problemas ideológicos que íbamos perdiendo lo que de sensibilidad quedaba en nosotros.

—No se preocupe y guarde el *coco*, que esta noche descansaremos en nuestras casas —le dije levantándome y acercándome a García que miraba por encima del parapeto.

—Ten cuidado, García.

Se vino a nosotros Etxebeste.

—Debiéramos evacuar los heridos antes que la situación empeore —dijo.

—Me parece bien. Voy a reunir a todos los jefes de grupo y...

—¡Están abandonando el pueblo! ¡Estamos copados! —salieron fuertes voces de nuestra posición.

Los milicianos, al oír estos gritos, presos de repentino pánico, comenzaron desordenadamente a evacuar la trinchera para caer segados por el fuego de ametralladoras que barrían la cima.

—Carlos —me ordenó Etxebeste—, trata de sujetar a los nuestros.

—No es necesario, Etxebeste —respondieron varios de nuestros camaradas.

—No perder la cabeza.

—No te preocupes. Salimos todos o ninguno.

—Bien.

Las brigadas de obreros que habían abierto la trinchera en la cima de la colina, se habían olvidado de abrir una zanja que comunicase con el otro lado de la colina. Ahora, para llegar al otro lado de la colina, teníamos que atravesar unos diez metros que las ametralladoras rebeldes batían con furia.

—Pegarle un tiro al que trate de salir de la trinchera —gritaba García como un loco, blandiendo la pistola ametralladora amenazadoramente.

Nuestro grupo se puso al lado de García, bajo el sol de la tarde que caía a plomo sobre nuestra trinchera. Amenazamos con los fusiles a los milicianos, pero no era necesario. Los que tan precipitadamente habían saltado fuera de la trinchera habían sido barridos por las máquinas rebeldes. Y ahora teníamos miedo de salir de la trinchera. La situación era desesperante. No obstante, era el precio que teníamos que pagar hasta que se formasen fuerzas disciplinadas.

—Compañeros —dijo García—, si perdemos la serenidad no va a salir nadie de esta trinchera. Pido un poco de calma.

García hablaba con voz firme y con el dedo en el gatillo de la pistola ametralladora.

—Yo voy a salir de la posición a informarme de la situación. Por favor, camaradas, un poco de calma.

García se vino a mí y me agarró del brazo.

—Carlos, hay que preparar la evacuación de los heridos lo antes posible.

—No te preocupes, García.

García se arrastró hacia el otro lado de la colina.

Nosotros, con los dedos nerviosamente en los gatillos, tratábamos de dominar el terror.

—Ese tío no regresa —comentó en alta voz uno de los milicianos.

—Ese tiene más cojones que todos nosotros juntos —respondió Etxebeste con mala leche.

—Si queréis correr la suerte de esos que están encima de la trinchera, lo podéis hacer ahora mismo —les dijo descansando el fusil en el suelo—. Dejad los camaradas heridos en donde están. Los requetés se encargarán de poner fin a su miserable

existencia. Nosotros nos llevaremos a los nuestros. Si no los podemos llevar, podéis tener la seguridad de que no vamos a vacilar en darles el tiro de gracia. Mirad por encima de la trinchera y ved a vuestros compañeros muertos sin necesidad alguna. Mirad los rostros de los heridos, que tratabais de abandonar. Mirad sus rostros de terror y agonía. Ahora si queréis abandonarlos podéis hacerlos, nadie os va a detener.

—Tiene razón el camarada —dijeron varios milicianos.

Etxebeste me agarró del brazo. Sudaba copiosamente.

—No sabes las ganas que tengo de incorporarme a Azpeitia.

—Te comprendo. Todos nosotros estamos impacientes de incorporarnos en unidades vascas y mandar a los partidos españoles a la mierda.

—Te prometo, Carlos, que no voy a coger un prisionero. Vamos a hacer la guerra total y con esta actitud estoy seguro que va a cambiar la guerra. Hasta ahora, nos hacemos los generosos, las fuerzas de orden. Así no vamos a liberarnos. Nos hablan del derecho de la guerra, de la magnanimidad, del parlamentarismo. Que se vayan todos estos principios a la puñetera mierda. Nos han engañado diciéndonos lo buenos que somos los vascos y nosotros nos hemos engañado a nosotros mismos.

—A nosotros, Carlos —continuó Etxebeste—, nos dicen que tenemos que combatir el fascismo. ¿Por qué los alemanes no se opusieron con las armas en la mano a la toma por Hitler?

—Porque los alemanes son más vivos que nosotros. Además, una guerra civil en Alemania hubiera provocado una guerra europea entre los fascistas alemanes apoyados por las democracias europeas contra la Unión Soviética.

—Así es, Carlos. Porque son más vivos que nosotros.

Le miré sorprendido. Nunca le había visto a Etxebeste expresarse en la forma que lo había hecho.

—Vamos a poner manos a la obra, Carlos, antes que se nos haga tarde. Vamos a colocar a los heridos al otro lado de la colina —y diciendo estas palabras, Etxebeste gritó:

—Compañeros, vamos a evacuar a los heridos. Mi camarada y yo vamos a ir llevando a los heridos al otro lado de la colina.

Y diciendo estas palabras se salió de la trinchera. Yo le seguí.

Los ayes y quejidos de los heridos quedaban ahogados en el continuo tabletear de las ametralladoras que batían sin interrupción la verde colina.

Sucios y jadeantes íbamos y veníamos de un lado de la colina a la trinchera arrastrándonos. Ni sentíamos ni veíamos las balas estrellarse en la tierra. En uno de los recorridos, me tropecé con un muerto y furiosamente sin poder contenerme, le di una patada. Le pegué con tanta violencia, que el muerto, tirado de bruces sobre la hierba, dio la vuelta y quedó cara al cielo azul.

Se me escapó un grito. ¡Imbécil! ¡Idiota! —exclamé sin poder contenerme. El muerto era el miliciano que tenía seis hijos al que había tratado de animar momentos antes.

Mientras por un instante recuperábamos el aliento, a cubierto del fuego enemigo apareció García.

—Me alegro de que hayáis empezado a evacuar a los heridos —nos dijo García—. Tenemos que abandonar la posición inmediatamente. El enemigo ha llegado al centro del pueblo y no va a tardar en ocuparlo. Al mismo tiempo, fuerzas enemigas tratan de envolvernos por ambos lados.

García echó a correr hacia la trinchera desafiando el fuego enemigo. Nosotros le seguimos y nos tiramos de bruces en la trinchera. Aún no nos habíamos levantado del suelo, cuando salió un fuerte clamor:

—¡Aquí vienen otra vez!

Nos pegamos al parapeto y abrimos fuego. Yo no sentía nada. El sudor me cegaba. Me sequé con la manga de la camisa que estaba completamente mojada y me humedecí la boca y los labios que estaban secos.

Las bombas de mano de los rebeldes empezaron a caer a nuestro alrededor.

El estruendo era horrible. Los milicianos que momentos antes querían abandonar la posición, se batían con entusiasmo, gritando y blasfemando.

—¡A por ellos! —salió un griterío ensordecedor desde nuestra trinchera y arrojando bombas de dinamita y colocando las bayonetas en los fusiles nos salimos de la trinchera al encuentro de las fuerzas enemigas.

Los rebeldes, sorprendidos de nuestro inesperado contraataque, huyeron en desorden monte abajo.

Apresuradamente regresamos a la posición. No habíamos puesto pie en la trinchera, cuando las ametralladoras enemigas volvieron a castigarnos.

—Recoger los heridos y empezad a evacuar la trinchera —ordenaron García y Etxebeste.

Uno a uno fuimos desalojando la posición llevándonos a los heridos. A los muertos los dejamos. Al otro lado de la colina recogimos a los heridos que habíamos evacuado momentos antes y cargándolos a la espalda echamos andar con la velocidad que el terreno nos permitía.

La lucha continuaba encarnizada dentro del pueblo y en la colina de la derecha.

Media hora más tarde establecíamos contacto con fuertes destacamentos de milicianos que frenéticamente levantaban zanjas en las colinas cercanas a la carretera. Otros núcleos de milicianos llegaban de Tolosa y Ordizia, armados con pistolas y escopetas de caza y algún fusil que otro.

Un riachuelo medio seco corría paralelo entre la carretera y las onduladas montañas. En él se había colocado un puesto de sanidad. Dejamos a los heridos para que los atendiesen y los evacuasen a los hospitales de sangre y el destacamento se puso en marcha para reunirnos con las otras dos secciones que defendían la colina de la derecha.

## XII

Los milicianos que habían abandonado la posición, dejando a los heridos en el puesto de sanidad, fueron a unirse a los grupos de su tendencia política.

Nuestro destacamento se quedó solo. Nos refrescamos en el río y nos tumbamos a la sombra de los árboles frutales a descansar antes de ponernos en marcha a reunirnos con nuestros camaradas que defendían la colina derecha de la carretera.

Nos hallábamos aislados en la marea de milicianos cenetistas, socialistas y comunistas. Me desanimaba esta situación que reflejaba la profunda división que existía entre las fuerzas vascas, fuerzas mayoritarias en el País Vasco, y las fuerzas cenetistas y de la coalición de partidos del Frente Popular, en el momento más crítico del alzamiento, cuando la unidad era el requisito más importante para aplastar la rebelión militar.

Etxebeste cortó mis reflexiones.

—¡Listos! —gritó, poniéndose en pie.

—No jodas, Etxebeste, déjanos descansar unos minutos más —se quejaron varios de nuestros camaradas.

—Cuanto más tardemos más difícil nos va a ser dar alcance a nuestros camaradas.

—Regresemos a San Sebastián. Mañana nos presentamos en Azpeitia —sugirió uno de nuestros camaradas—. Además, se me han agotado las municiones.

—No es mala idea —dijeron los otros—. Y todos hemos agotado las municiones.

—Vámonos —ordenó Etxebeste.

—¿Adónde?

—Ya os he dicho antes. A unirnos al grupo de Edum, si podemos localizarlos y si no damos con ellos, para San Sebastián.

El destacamento se levantó y corrimos a cruzar la carretera a unirnos a nuestros camaradas.

—¿Adónde van, camaradas? —nos paró un miliciano que trataba enérgicamente de poner orden. El caos era fenomenal. Lo más curioso era que la mayoría de los grupos que iban y venían no llevaban armas.

—Vamos a reunirnos con nuestros camaradas que se hallan en las colinas de la derecha de la carretera —respondió Etxebeste.

—Yo, como responsable de todo este sector de las fuerzas del Frente Popular, les ordeno que vaya a reforzar la colina esa —nos dijo indicando con la mano un monte a la izquierda.

Observé que algunos de mis camaradas iban a abrir la boca y mandarles a la puñetera mierda.

—¿Pueden darnos municiones? —le pregunté, con la certeza de que no tenían municiones que darnos. Si tenían, las reservaban para sus propios grupos. De esta forma nos escabullíamos de la confrontación que estaba seguro se iba a presentar.

—Lo siento, camarada, no tenemos municiones para darles.

—Entonces, camarada, ¿cómo quiere usted que vayamos a reforzar a los milicianos que se encuentran en la colina? —pregunté en tono irónico.

—Con municiones o sin municiones, ustedes van a ir a reforzar la colina que les he indicado.

No podía creer lo que estaba oyendo. Con municiones o sin municiones teníamos que ir a la colina para echar a correr monte abajo en la primera embestida del enemigo.

—Ya habéis oído lo que acaba de decir el camarada —se dirigió a mí en tono burlón García.

—Todos hemos oído —respondió Etxebeste. Por el tono de sus palabras, me temí que estaba a punto de explotar con violencia—. ¿Qué os parece, *gudaris*? —se dirigió a todos nosotros.

—Que se vaya a la mierda.

—*Ixildu* (cállate) —corté con brusquedad a uno de mis camaradas. Bastantes problemas teníamos sin echar leña al fuego.

Se fue formando a nuestro alrededor un numeroso corro de milicianos. Estos nos miraban con abierta hostilidad. Me arrepentí de haberle hecho callar a mi camarada en vasco. Entre los milicianos había bastantes españoles, y estos cuando oían hablar en vasco creían que se hablaba mal de ellos.

—No comprendo, Etxebeste, por qué nos preguntas. Tú bien sabes cómo pensamos. Y no hay nadie que pueda intimidarnos —respondió Arce, aspirando con nerviosismo el cigarrillo que estaba fumando—. Los vascos combatimos únicamente bajo la bandera vasca.

Etxebeste, viendo la división que había creado Arce entre los milicianos cenetistas y del Frente Popular, nos dijo:

—Todos habéis escuchado lo que nos ha ordenado el general en jefe de este sector.

Me temí lo peor. Miré a García buscando su apoyo y su intervención para acabar la estúpida disputa. Él me miró y se encogió de hombros, como diciendo «qué podemos hacer». Etxebeste con sus palabras intencionadas trataba de provocar al que decía ser responsable de las milicias del Frente Popular.

Comencé a sudar por todos los poros del cuerpo al oír las palabras de Etxebeste. Nos estábamos metiendo en un lío estupendo y no sabía cómo íbamos a salir de él.

—García, trata de convencer a este camarada —le hablé buscando su intervención.

—Ni este ni nadie me va a convencer. Ustedes van a ocupar la colina que les he indicado —dijo el joven que decía ser el responsable de las fuerzas del Frente Popular. Esto lo dijo en tono tan arrogante que Arce se enfrentó a él.

—Mire, camarada —respondió irritado—, usted será el responsable de todos los grupos del Frente Popular. Ni yo ni mis camaradas lo ponemos en duda. Nuestro grupo no pertenece a las fuerzas del Frente Popular, ni tenemos obligación alguna de

aceptar órdenes de usía. Nuestro destacamento únicamente acatará órdenes que emanen de la Comandancia de Milicias Vascas.

—Tienen razón los vascos —salieron voces de los grupos cenetistas que discutían acaloradamente con los grupos de milicianos del Frente Popular—. Nosotros tampoco nos vemos obligados a recibir y cumplir órdenes del Frente Popular.

El altercado entraba en un momento crítico. Todos nosotros sujetábamos con manos crispadas las pistolas ametralladoras.

—Esta indisciplina no la consiento —explotó el que decía ser responsable del sector. Si desobedecen las órdenes que les he dado, vamos a desarmarles y los voy a mandar a la capital para que sean juzgados por un tribunal por abandonar el frente de combate.

Nos echamos a reír con risa forzada. Volví de nuevo a mirar a García que, desde que había empezado el altercado, se mantenía al margen si perder la serenidad. Sabía que luchaba con sus propias contradicciones. Él estaba identificado con los objetivos del Frente Popular y vacilaba en tomar una decisión.

En mi fuero interno simpatizaba con el responsable del sector, aunque su petulancia me repugnaba. Pero me parecía completamente absurdo subir a la colina sin municiones para nuestros fusiles. Simpatizaba también con los justos deseos de mis camaradas de incorporarse a la otra unidad vasca que combatía al enemigo en el lado derecho. La indisciplina de las unidades milicianas era muy grande, y uno siempre corría el riesgo de verse abandonado en el momento más crítico de la lucha, como había ocurrido momentos antes.

—¡Fascistas! ¡Racistas! —comenzaron a insultarnos algunos milicianos.

—Si combatir contra el imperialismo español es ser fascistas, somos fascistas —respondió con rostro vidrioso Arce—. Si luchar por la libertad de nuestra patria es racismo, somos racistas. Mañana a los que traten de combatir por sus principios revolucionarios, también les dirán que son fascistas. Los revolucionarios y los antifascistas serán los que están dispuestos a morir para perpetuar la democracia burguesa.

En este momento intervine.

—Camarada, si nos dan municiones para nuestros fusiles iremos a ocupar la colina que nos ha indicado —hablé en tono conciliador.

—Ya les he dicho antes, camarada, que no podemos darles municiones. Las municiones que tenemos son para nuestros grupos.

—Entonces, camarada, salud y suerte.

—Vámonos, *gudaris*.

Sin decir una palabra más nos abrimos paso entre los milicianos y corrimos hacia el monte.

Ya alejados de la carretera nos sentamos por un momento en la falda de una pequeña colina para recuperarnos del enfrentamiento con los milicianos del Frente Popular.

—Arce —dijo Etxebeste—, coge dos *gudaris* y subir a la cima a ver lo que podéis observar.

Los tres camaradas comenzaron a trepar el monte.

—Menuda escapada —comentó Etxebeste dejándose caer sobre la hierba.

—Como seamos incapaces de formar un Ejército único, nos vamos a devorar los unos a los otros —dijo García.

—Es más fácil hablar de la necesidad de crear un Ejército único, García, que resolver los problemas que nos dividen. Los vascos vamos a crear un Ejército para combatir por nuestra libertad. Si las fuerzas vascas del Frente Popular son tan vascas como dicen ser pueden incorporarse a ese Ejército Vasco.

—La situación está clara. Lo importante es ponerse a defender a la República del fascismo.

—García —le contesté—, lo más importante para los patriotas vascos es combatir por nuestras libertades políticas. Nosotros no podemos seguir a dos jefes al mismo tiempo. Los vascos no podemos defender a la República del Frente Popular sin sacrificar nuestro derecho a la autodeterminación.

—Luchar contra el fascismo debe ser el objetivo principal de todas las fuerzas —dijo García.

—Dejémonos de clichés, García. Los requetés que tenemos delante de nosotros son tan fascistas como pueden ser republicanos los vascos patriotas. Seamos más sinceros con nosotros mismos. La República ha dejado de existir. Si tratamos de resucitarla, nos va a llevar a todos al sepulcro. Parece que tenemos miedo a vivir y siempre queremos que los muertos nos sigan mandando. Quiero decirte, García, que para formar un mando único en el País Vasco, primero es necesario dar un paso atrás, fragmentar a España. Y dos pasos adelante creando un Estado federal o confederal en el que todas las nacionalidades ibéricas participen con derechos iguales.

—No digas barbaridades, Carlos. El enemigo de los vascos es el fascismo —respondió García sin poder controlar su irritación.

—El enemigo de las libertades vascas, García, es el imperialismo español y francés. Para las nacionalidades europeas tan enemigo es el imperialismo totalitario y reaccionario como el liberalismo burgués democrático. La República, García, es un hecho muy reciente. Lo hemos vivido todos. Y hemos visto su intransigencia para otorgar una autonomía vasca similar a la catalana. Yo no sé el propósito que perseguís levantando el espectro del fascismo y enterrando al imperialismo. En mi opinión, García, levantar en alto la bandera del antifascismo es identificar al fascismo con el imperialismo. Y decir que Francia, Inglaterra y los Estados Unidos como países democráticos no son imperialistas es una gran estupidez.

—Dejaros de polemizar que se os va a secar el cerebro —interrumpió Etxebeste, que había seguido nuestro diálogo—. Además, nuestros camaradas de la cima del monte nos están haciendo señas.

Nos levantamos. Miramos a lo alto. Nuestros camaradas nos hacían señas con los

brazos para que nos uniéramos a ellos.

El grupo trepó la altura con rapidez.

—Parece que están combatiendo en las colinas de la derecha.

—Se han tirado abajo —exclamó Arce todo excitado—. Se dirigen hacia el Hernio. Son Iñaki y Salaverría.

Miramos en la dirección que nos indicaba y encima de la colina pudimos distinguir las boinas rojas de los requetés que se abrazaban en lo alto de la cima que habían ocupado.

—Carlos —dijo Etxebeste—, adelántate con tres camaradas y trata de darles alcance antes de que los perdamos. Nosotros te seguimos a corta distancia.

—Muy bien.

Una hora más tarde pudimos alcanzar al grupo de Edum que se había detenido en un profundo barranco para tomar aliento.

—¡Carlos! —gritó Garmendia, que hacía la guardia.

A los gritos de Garmendia salieron nuestros camaradas escondidos entre los matorrales.

—¿Dónde están los otros? —preguntaron con ansiedad al ver que solamente llegábamos tres.

—Vienen detrás.

—Gracias a Dios —suspiró profundamente Edum.

—Corréis más que los galgos —les dije—. Nos ha costado una hora alcanzaros. Os vimos abandonar la colina.

—Tuvimos que abandonar —habló Garmendia— porque se nos acabó la munición.

Y por falta de munición iríamos abandonando un monte tras otro.

El combate proseguía sin interrupción alguna a los dos lados de la carretera. El tabletear de las ametralladoras y el «¡Paf! ¡Paf! ¡Bum! ¡Bum!» de la artillería de montaña se oía más cercano.

Nos sentamos. Encendimos un cigarrillo y nos pusimos a esperar al resto de nuestros camaradas. Eran las cuatro de la tarde y el combate se iba intensificando con la entrada en la lucha de morteros y artillería de montaña.

La humedad era grande en la quebrada por donde los rayos de sol se filtraban débilmente entre los altos encinos.

Me levanté.

—Podíais haber encontrado un lugar más seco.

—Nos paramos con la intención de descansar un rato —respondió Salaverría.

—¿Qué te ocurre, Carlos? —me preguntó Edum.

—Nada de particular —le dije, encendiendo otro pitillo.

—Te veo impaciente y nervioso.

—Tardan en llegar. No se habrán perdido... —dije, por decir algo—. No he visto a Esnaola ni al practicante.

—Los dos han muerto —respondió Edum—. ¿Cómo os han tratado a vosotros?

—Hemos perdido a Etxaniz y Aramayo y hemos tenido tres heridos.

—No empezamos bien la campaña —dijo Edum, con sobriedad.

—Como esto dure mucho, no va a quedar ninguno para contarla.

—No seas fatalista, Carlos.

—¿Cuánto tiempo crees tú que podemos durar a la marcha que hemos comenzado?

Mis palabras cayeron en profundo silencio y nos pusimos a rezar en muda plegaria por nuestros camaradas.

Nuestra suerte estaba echada. No habría paz en nuestra patria hasta verla liberada.

—¡Aquí llegan! —gritó Garmendia, anunciando la llegada del resto de nuestros camaradas—. ¿Dónde están los otros? —oímos la voz de Garmendia. Su pregunta quedó sin respuesta, y salvajemente se puso a blasfemar. El eco de sus blasfemias se perdió en la húmeda quebrada.

—Dentro de unos minutos regresaremos a la ciudad y mañana iremos a incorporarnos a las milicias vascas de Azpeitia. De ahora en adelante combatiremos bajo la bandera de nuestra patria, por Euskadi, por su completa autodeterminación.

—¿Cuántas municiones nos quedan? —preguntó Edum.

Vaciamos los contenidos de las mochilas sobre los helechos amarillentos.

—Cuatro peines de fusil y cuatro de ametralladora —respondió Salaverría.

—Edum —dijo Garmendia, que había abandonado la guardia—, una columna de requetés avanza a nuestra izquierda.

—Carlos, tú conoces bien este terreno. Ponte a la cabeza.

—¿Adónde quieres salir?

—Hacia Lasarte.

La columna se puso en marcha por el escabroso terreno.

Durante el camino de regreso a la capital, nos fuimos tropezando con destacamentos de *gudaris* armados con escopetas de caza y algunos fusiles que venían de Azpeitia e iban a tratar de frenar el avance de las fuerzas enemigas.

Eran las ocho de la noche cuando llegamos a la oficina de Edum. Sucios, desvelados, fuimos dejando en silencio los fusiles en el taller.

Sentía una extraña sensación. A la caída de la tarde el cielo estaba rojizo y más sereno.

—Mañana a las cuatro saldremos para Azpeitia —se despidió Edum.

—Y esta noche a las diez, todos estáis invitados a una cena en la sociedad del *txoko* —agregó Isasa—. Todo gratis para festejar la toma de San Sebastián y la formación del Ejército Vasco de Liberación Nacional.

## XIII

Un numeroso grupo nos fuimos juntos. La mayoría de nosotros vivía en la parte vieja de la ciudad.

—Yo me parece que me voy a meter en el catre —nos dijo Salaverría, mientras caminábamos hacia el Puente del Kursaal.

—Yo pienso ir a la cena y agarrarme una merluza de esas de campeonato —respondió Etxebeste.

—¿Qué vas a hacer tú, Carlos? —me preguntó García.

—Bañarme, después no sé.

—Vente a la cena —me animó Garmendia—. Además todo es de gorra.

No le hice caso. Me preocupaban otras cosas. Siempre me habían preocupado otras cosas... Y lo desagradable era que se convertían en realidad. Sentía un extraño vacío en la boca del estómago. La confrontación con los grupos del Frente Popular me había dejado agriado. No obstante, el enfrentamiento era lo más natural. No podía olvidar, aunque me doliese, que las fuerzas nacionalistas vascas representábamos las fuerzas conservadoras y de orden en la situación caótica que vivíamos. También éramos fuerzas muy frustradas: nos dábamos cuenta de que sin una fuerte infusión de armas y municiones, Gipuzkoa estaba perdida. Y el Norte de la Península quedaba aislado. Esto nos impedía enfrentarnos simultáneamente a las fuerzas rebeldes y del Frente Popular. Todas ellas eran fuerzas españolistas, por lo tanto, enemigas de la liberación nacional de Euskal Herria. Exacerbaba nuestra frustración la inconcreta postura de nuestro liderazgo político, que iba debilitando a las fuerzas patriotas vascas.

Al no salir los jefes del Partido Nacionalista Vasco en defensa de la independencia vasca en estos primeros días del alzamiento, la traición de los mismos a los intereses nacionales se había puesto en marcha. Yo estaba seguro y muchos de mis camaradas también, de que fuerzas externas habían impulsado a los dirigentes del Partido Nacionalista a salir en defensa del Frente Popular. Y con esto iban a convertirse en un instrumento inesperado para prolongar el conflicto iniciado. Pues con la participación del Partido Nacionalista a favor de la República había negado al general Mola el Norte de la Península y las reservas humanas tan necesarias para el triunfo de la rebelión en una breve campaña.

Por nuestra historia sabíamos que la cuestión española estaba en manos de los Estados democráticos europeos. La contienda española amenazaba el equilibrio europeo. Pues todos nosotros sabíamos que con una campaña breve y una victoria de las fuerzas rebeldes, y fuerzas proalemanas en el Mediterráneo, en el Marruecos español, en el Atlántico y en las Islas Canarias, el equilibrio europeo quedaba completamente desmantelado. Y esto nos hacía creer que los reveses que estábamos sufriendo por la falta de armas y municiones cambiaría en un futuro cercano, a pesar de la formación del Comité de No Intervención. Pero los dirigentes españoles tenían a

su alcance el arma más importante: la amenaza de la ruptura del equilibrio europeo en 1936. Si Francia e Inglaterra eran incapaces de presionar a Portugal, Italia y Alemania de que inmediatamente cesaran su intervención militar a favor de las fuerzas rebeldes, el Gobierno de la República del Frente Popular podía declarar la guerra a los tres países totalitarios. Esto hubiera provocado una guerra europea o las fuerzas nazis se hubieran colocado en los Pirineos amenazando a Francia y a las líneas de comunicación del Imperio Inglés.

Pasamos con paso rápido el edificio de piedra del Kursaal. A la puerta haciendo guardia había un destacamento de milicianos con grandes pañuelos rojos y con sus nuevos fusiles Mauser tomados en el Cuartel de Loyola. El edificio del Kursaal se había convertido en *cheka*. El lugar era ideal y discreto. Detrás del Kursaal había un pequeño paseo poco frecuentado y que daba al mar.

Pasando el Puente del Kursaal, se despidieron algunos de nuestros camaradas que habitaban por la parte nueva de la ciudad.

Si las calles y avenidas de la barriada de Gros estaban desiertas, el Bulevar hervía de vida. Coches y camiones pasaban rápidos cargados de milicianos con sus buzos nuevos, uniforme de las milicias obreras; se dirigían al frente, no a combatir a los rebeldes, sino a fortificar todos los accesos a la ciudad. La lucha era entre fusiles contra fortificaciones hechas sin pies ni cabeza. Había que encauzar la tremenda energía que bullía en el pueblo de una manera u otra.

Al otro lado del Bulevar, en la frondosa arboleda de la Alameda, había grandes corrillos de gente.

—*Agur* —se despidió Etxebeste a la altura de la calle NARRIKA.

—*Agur*.

Momentos más tarde, Garmendia, se tropezaba con algunos camaradas suyos. Nos quedamos García y yo.

—¿Adónde vas tú, García?

—Voy a acercarme a la UGT a ver qué buenas noticias hay. Después me iré a ver a Mirentxu.

—¿Por qué no te vas a casa a descansar?

—No hay nadie. Mis padres se han ido a St. Jean de Luz a esperar que este lío se acabe pronto.

Fuimos andando en silencio hasta la sede de la UGT en la calle Treinta y uno de Agosto.

—Hasta mañana, García, saluda de mi parte a Mirentxu y Tere.

—Hasta mañana —se despidió entrando en el sindicato obrero.

Con paso apresurado me fui para mi casa.

—¡Buenas noches! —grité entrando en el piso.

—Buenas noches —respondió la señora Engracia, que estaba en la cocina preparando la cena—. La madre y la abuela se han ido de visita. No creo que tarden en llegar. Tu padre llamó hace cinco minutos diciendo que venía para casa. Tienes un

encargo en la mesilla de tu cuarto de una chica que te ha llamado.

—Gracias, Engracia, voy a ducharme.

Llegué a mi cuarto y leí la nota de Tere. «Carlos, estoy tomando un cursillo de enfermera y entro de servicio de 4 a 12 de la noche».

Me desvestí. Me duché y poniéndome una bata me fui a la cocina. Cogí un vaso, una bolsa de hielo y un jarrón de agua y me fui al despacho de mi padre. Recordaba que mi padre guardaba el *whisky* en un armario del despacho. Llené el vaso hasta la mitad. Me senté en el sillón del escritorio y me puse a debatir si irme a la cama o ir a cenar con mis camaradas. La ducha caliente me había relajado por completo y me puse a esperar a la familia.

Momentos más tarde entraba mi padre en el despacho. Tenía aspecto de cansancio. Me levanté y le abracé.

—Mientras me cambio prepárame un *whisky* —me dijo, saliendo del despacho.

Me fui a la cocina por otro vaso. Cuando regresé mi padre se había puesto una chaqueta de casa y me esperaba sentado en el sofá.

—¿El mismo *whisky*? —le pregunté.

—El mismo.

Le llevé el vaso y me senté a su lado. Sorbió el alcohol y lo dejó en la mesita delante del sofá.

—No sé cómo vamos a salir de este lío en que nos hemos metido, Carlos. Todo el día hemos estado tratando de buscar una fórmula para detener el terror desencadenado en la ciudad por grupos armados.

Cogió el vaso de *whisky* y se lo bebió todo.

—¿Quiere otro?

—Por favor.

Le volví a llenar el vaso.

—¿Vosotros por dónde habéis andado?

Le conté todo lo que había visto desde que salimos de la ciudad.

—La situación está muy mal. Francamente, *aitatxo*, no sé cómo vamos a detener a las fuerzas rebeldes.

—Están saliendo bastantes destacamentos de *gudaris* de Azpeitia para los frentes —dijo.

—De regreso a la ciudad nos hemos tropezado con algunos destacamentos que iban en dirección del frente, armados con escopetas de caza y uno que otro fusil. Es un problema el de las armas. Estoy seguro de que llegarán ¿pero cuándo?

—Hace unos días, Carlos, estábamos seguros de que íbamos a recibir armas. Hoy ya no estoy seguro. Ni nadie está seguro de nada.

Hablaba en tono preocupado y alarmado.

—¿De dónde esperaban las armas?

—De los países democráticos, especialmente de los ingleses, estos constantemente nos están presionando para que mantengamos el orden.

—Hoy por hoy, *aitatxo*, sin armas, ¿cómo vamos a mantener el orden?

—Esto es exactamente lo que les estamos diciendo.

—Tal y como estamos de mal preparados no comprendo por qué nos hemos metido en este lío. Qué nos importa a nosotros que gane un bando o el otro, si ambos nos van a negar nuestro derecho a la autodeterminación.

—Nos han metido, Carlos, nos han metido.

—Mientras los vascos seamos parte de España nos meterán en estos conflictos, *aitatxo*. Este no es el primero ni va a ser el último.

—Tú no te das cuenta de las intrigas y la presión que nos están haciendo los ingleses con promesas vagas, que ni ellos mismos se creen.

—Me lo figuro.

—No puedes figurártelo, Carlos.

—¿Que los ingleses están presionando para estar seguros de que sus intereses económicos no sufrirán? ¿Que una de las razones de que el Partido Nacionalista se haya puesto al lado de la República es para frenar y evitar que la industria vasca e inglesa puedan ser destruidas? Esto, *aitatxo*, lo sospechamos todos.

Mi padre se calló.

—Yo ya no estoy seguro de que los ingleses nos manden armas —dijo mi padre—. Si la República no hubiera sido arrollada como lo ha sido en estos primeros días, pudiéramos tener alguna esperanza. Pero tal y como se van desarrollando los acontecimientos, aunque se consiga encauzar a las fuerzas obreras a defender a la República, va a ser tarde.

»Esta es la opinión —continuó— de los ingleses que vienen a hablarnos para que actuemos con energía para mantener el orden.

»Y los franceses, Carlos, solamente se moverán a la voz de Londres, aunque haya en el poder un Gobierno del Frente Popular.

—Si los ingleses desean una victoria de los generales, vamos a darles ese gusto —le respondí.

Mi padre se había quedado absorto en sus propios pensamientos.

Igual que los hombres de su generación de la clase media vasca, española o catalana, aunque le irritaran estas interferencias de Gobiernos extranjeros, temía más una revolución profunda que pusiera en peligro toda la fábrica política del Estado democrático basada en la propiedad privada. Y en la Península Ibérica todas estas estructuras estaban en peligro. Y lo importante sería aplastar la revolución que la contrarrevolución había provocado.

El sentir nuestro, de la juventud combatiente vasca, estaba definida con claridad. Defenderíamos nuestro territorio con toda nuestra voluntad. Pero jamás saldríamos a combatir fuera de nuestro territorio. Ganasen las fuerzas fascistas o antifascistas, la juventud combatiente continuaría luchando por su independencia nacional.

—Yo, *aitatxo*, estoy sumamente confuso y lleno de contradicciones. No comprendo la razón de por qué el Partido no se ha inclinado por declarar la

independencia nacional. Aunque la declaración no tuviese otro valor que el simbolismo que representa... Por lo menos la juventud tendría un algo por que combatir.

—Así también —replicó— crearía más confusión y mayor desorden. Además, si proclamásemos la independencia nacional, el Gobierno de la República nos negaría las armas para defendernos. Y los franceses e ingleses verían esto como una amenaza al sistema de la nación-estado. Tú bien sabes que los franceses e ingleses tienen el mismo problema que los españoles.

—Sí, ya lo sé.

—Entonces, Carlos, nuestra esperanza es que Europa evolucione hacia un sistema político más justo.

Me callé.

Todos vivíamos con nuestras propias ilusiones... La realidad era que el sistema de estado-nación en Europa no había sido realizado por evolución pacífica.

Después de un corto silencio, le pregunté:

—¿Cree que le haya podido ocurrir algo a Joshe Antonio?

—No lo sé. Desde luego los informes que llegan de Pamplona no son muy optimistas. Espero que Joshe Antonio se habrá ido a Etxarri-Aranatz a colocarse bajo la protección de su hermano Patricio.

—Ojalá sea...

El teléfono cortó mi frase. Mi padre se levantó del sofá.

—La residencia de Legazpi —dijo cogiendo el teléfono—. Es para ti, Carlos, un tal Etxebeste.

Me levanté y cogí el teléfono.

—¿Qué hay de nuevo, Etxebeste?

—¿Vais a ir a cenar?

—Aún no lo he decidido. ¿No me habrás llamado para preguntarme eso?

—Es que estoy cabreado y quería hablar con alguien.

—¿Te ocurre algo? —Etxebeste no era de esos jóvenes sentimentales que necesitaban confiar con alguien sus problemas internos. Era individualista, frío y no se dejaba llevar por sus emociones.

—No, solamente que desde que he llegado a casa hay unas broncas fenomenales. Tú sabes que mi padre se ha refugiado en casa de su hermano. En vez de callarse y estar agradecido del amparo que le ha brindado su hermano, le está insultando, diciéndole que los nacionalistas somos unos traidores a la tradición vasca y a la religión. Estoy de tan mala leche que si no fuera mi padre, lo denunciaba yo mismo.

—Etxebeste, ¿por qué no vienes a buscarme y de aquí nos vamos a la cena?

—Eso voy a hacer, Carlos. Hasta ahora —se despidió, colgando el teléfono.

—¿Así que vas a salir a cenar a la sociedad? Mejor sería que fueses a dormir. Mañana a las siete vas a llevar a la abuela, a la madre y dos señoras a Tolosa en mi coche. Joaquín del caserío os espera en casa del tío Joshe Mari. Hoy hemos mandado

dos baúles en un camión de transporte.

—¿Conozco a las dos señoras?

—No creo. Son amigas nuestras y estaban veraneando en la ciudad. Sus maridos son oficiales del Ejército que hace unos días desaparecieron de la ciudad. Me figuro que habrán llegado a Navarra.

Mi padre tendría sus razones para mandar a la familia al caserío. Aunque estaba seguro de que el caserío no iba a tardar en quedar en campo rebelde.

—No pensaba salir, pero con esta llamada no tengo otro remedio. La guerra civil ha creado grandes problemas en nuestras familias. El tío Joshe Antonio y usted, al lado de la República. Probablemente, el tío Joshe Antonio está tratando desesperadamente de salvar su vida. Mire el caso de este que me ha llamado —le dije—, su padre carlista. Ha mandado a dos de sus hijos a Navarra para que se alistén como voluntarios en los Tercios de Requetés. Quiso mandarle también a él, que es de la juventud vasca. Por negarse lo echó de casa. Unos tíos hermanos de su padre, nacionalistas, le recogieron en casa. Cuando las cosas se han puesto mal para los carlistas en la ciudad, el padre se ha refugiado en casa de su hermano. Ahora, según Etxebeste, su padre está insultando a su hermano porque los nacionalistas vascos se han puesto al lado de la República. Me pongo furioso, *aitatxo*, viendo al punto al que hemos llegado. Somos un pueblo inculto y de fanáticos. Desde que los vascos participamos en la destrucción del viejo reino vasco de Navarra, desde entonces nos estamos matando entre nosotros mismos.

Salí del despacho y fui a vestirme.

Era un desgarrón interno vernos combatiendo los unos contra los otros. Odiaba el carlismo con toda mi intensidad. Nosotros teníamos un pasado, una historia, aunque falseada por el Partido Nacionalista. Nuestra historia y nuestra reivindicación política era el viejo reino de Navarra. Pero antes de nada teníamos que destruir en nosotros mismos los complejos del mundo hispánico. Por esta herencia, ahora los vascos, una vez más, nos íbamos a matar sin piedad alguna.

## XIV

Cuando salí de mi habitación, la familia había regresado de sus visitas.

Las dos mujeres estaban preocupadas de dejarnos solos. Pero con la esperanza de que la separación iba a ser breve, se habían resignado.

Sabíamos todos que el viejo caserón a dos horas de Tolosa, al que se llegaba por sendas abiertas por el paso de las carretas de bueyes, no iba a tardar en quedar en territorio rebelde, pero todos nosotros, aunque con ciertas reservas, esperábamos en esta fase inicial del alzamiento que la guerra iba a ser de corta duración. Nadie ponía en duda que la República, que controlaba los centros urbanos y las reservas monetarias, no tendría grandes dificultades para agenciarse las armas necesarias del exterior, a pesar de las grandes dificultades políticas que atravesaba.

En el País Vasco se tenía la convicción de que, armadas las milicias vascas, se podría estabilizar el frente y la retaguardia.

La decisión de cómo llevar la guerra quedaba a manos de los líderes políticos.

Sonó el timbre del portal de la casa.

—Es para mí —dije a la sirvienta.

—No vengas tarde, Carlos. Mañana tienes que madrugar —me recordó mi padre.

Me despedí de todos y bajé al encuentro de Etxebeste.

Mientras caminábamos para la sociedad del Txoko que estaba a unas manzanas, pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Lo que te dije por teléfono.

—Es un problema que tenemos todos. Nuestra familia está igual que la tuya. De tres tíos que viven en Euskal Herria, uno es nacionalista y dos carlistas. El nacionalista vive en Pamplona, así que te dará cuenta del temor de todos nosotros de que se lo hayan liquidado. Los carlistas, no tienen los mismos prejuicios morales que los nuestros. Para ellos, el fin justifica los medios, y aquí está el nudo gordiano nuestro. Hasta que nosotros pongamos la liberación de la patria por encima de la familia y de toda clase de ideologías, seguiremos dominados. Predicando orden, humildad, moralidad y humanismo en el mundo de violencia e irracionalidad que respiramos, no va a ser la mejor manera de sacudirnos a los que nos oprimen.

—Tú lo has dicho. Nuestra libertad solamente la conquistaremos cuando aprendamos a actuar con la misma brutalidad que el enemigo. Aquí está —continúo Etxebeste— la diferencia entre mundos dirigentes. Los generales están dispuestos a ganar la guerra por el terror si es necesario. Si es necesario provocando un conflicto internacional. Nuestros líderes encubren su cobardía e indecisión en pura retórica humanística, que está fuera de la realidad. Y eso es lo que me temo. Si no fuera porque nosotros a la primera oportunidad que se nos presente vamos a imponer una República Vasca, me birlaba ahora mismo una lancha motora y me largaba a Francia.

—Tú no serías el único, Etxebeste.

—Nuestros jefes piensan, primero conseguimos la Autonomía y después nos lanzaremos a por nuestra independencia. Como si en Madrid fueran tontos, o no sé qué...

Una cosa era hablar, otra más difícil actuar. Nos dábamos cuenta de nuestra debilidad, y esta lucha interna iba a paralizar a nuestros líderes. Desafortunadamente, nos dábamos cuenta que en la civilización en que nos movíamos el humanismo cubría nuestra propia debilidad y cobardía.

—Nuestro pueblo —dijo Etxebeste— tiene que recorrer un largo camino antes que vuelva a recuperar su conciencia nacional.

—Que lo digas, Etxebeste. Las guerras civiles entre vascos que dieron comienzo en la Edad Media aún no han acabado, a pesar de lo que digan los curas.

—Creo que fue el padre Estella el que dijo que los vascos nos debíamos de olvidar de estas guerras civiles entre vascos —respondió Etxebeste.

En esta plática llegamos a la sociedad, un local cuadrangular donde había siete largas mesas con sus correspondientes bancos. Las paredes estaban cubiertas con fotografía y cuadros con escenas locales. Del techo colgaban unas bombillas desnudas que alumbraban débilmente el espacioso local.

Las mesas se hallaban repletas de hombres de todas las edades, de todas las clases sociales. Hoy se notaba la ausencia de carlistas y monárquicos. Los vascos ante una mesa bien servida y mejor surtida de vinos y sidras, dejaban la política para la sobremesa, y solamente se preocupaban del estómago.

Pescadores con rostros bronceados por el sol y las brisas del Cantábrico, obreros y empleados se mezclaban en alegre camaradería con industriales.

Me sorprendió ver a García e Iñaki.

—Vámonos hacia las mesas de atrás —le dije a Etxebeste.

La gente comía en silencio. Podía observar que todos ellos estaban preocupados. Pero poco a poco, los vinos y las sidras fueron actuando y las conversaciones se hicieron más animadas y ruidosas. El calor sofocante del local y la gran cantidad de bebida que se iba consumiendo fueron soltando las lenguas y las pasiones reprimidas.

Garmendia empezó a cantar y todos los reunidos hicieron causa común.

*Suene un irrintzi de guerra  
viva la bandera euzkotarra  
corra la sangre hispana  
por las calles sin cesar*

Al vino y a la sidra siguió el coñac y los cantos rompieron por todo el recinto. Cada uno cantaba una canción distinta y la confusión era fantástica. Los mueras a España y el *Gora Euskadi Askatuta* vibraban por todo el espacioso local, solamente interrumpidos con el grito de guerra vasco, el *irrintzi*.

—¡Silencio! ¡Silencio! —comenzaron a alborotar varias docenas de voces. Súbitamente, Edum se subió a una de las mesas y empezó a acallar los cantos y el

griterío.

—Señores —comenzó—, la primera batalla se ha ganado, se ha ganado porque el pueblo vasco ha querido pagar el precio que era necesario para dominar el alzamiento. La primera victoria pertenece a todo el pueblo vasco, y a los españoles que viven y trabajan con nosotros, es decir, a los socialistas, a los cenetistas, a los comunistas, a los republicanos y a muchos de la juventud nacionalista que han visto en este levantamiento la posibilidad de ganar nuestra independencia nacional. También con dolor tenemos que reconocer que fuertes núcleos vascos y dos provincias vascas, Álava y Navarra, se han unido al alzamiento. Muchos otros patriotas se encuentran indecisos. Esto se debe a que nuestros líderes políticos, por causas que no comprendemos, han salido en defensa de la República, en vez de proclamar la secesión del País Vasco de España. Hoy en la Península, se combate por dos grandes causas, la revolución en España y la independencia nacional en Euskadi.

»También —continuó Edum— tenemos que recordar constantemente a nuestros compatriotas que la libertad de Euskal Herria está ligada a la libertad de todas las nacionalidades dentro de la nación-estado. Esto debemos repetir firmemente, porque hay muchos compatriotas que creen que esta lucha no interesa a los vascos. Estas ideas las debemos combatir firmemente. Todos los partidos políticos españoles han cometido grandes errores, sin exceptuar el nuestro. Los errores cometidos han llevado a las nacionalidades a este enfrentamiento sangriento entre hermanos. Pues ante Dios todos somos hermanos.

»Los rebeldes han ocupado Andalucía, Galicia y otras capitales de provincia al grito de “Viva la República”, porque sabían que los soldados no estaban dispuestos a morir por las ambiciones de unos militares sin honor ni conciencia. Los únicos soldados que cuentan son las fuerzas mercenarias de África y los Tercios de Requetés Vascos, estos últimos traidores a su mismo pueblo. Esas son las tropas que siguen a esos aventureros que dicen representar la nueva España, de los cementerios en la luna.

»Nosotros no queremos extranjeros en nuestra dolorosa tragedia. Únicamente pedimos que los Gobiernos que tienen convenios comerciales con el Gobierno, cumplan sus obligaciones internacionales o las rompan. Nuestros dirigentes deben de poner en conocimiento de todos los Gobiernos, para que nadie se sorprenda, que la intervención extranjera en el problema interno nuestro, es una amenaza a la paz, estabilidad y al equilibrio europeo. Y nosotros estamos determinados a responder con la máxima violencia cualquier intervención, si es necesario provocando un conflicto internacional con todas las graves consecuencias que esto implica para los pueblos europeos.

Las palabras de Edum se recibieron en absoluto silencio.

Yo, que lo conocía desde hace muchos años, nunca le había visto levantar la voz ni menos echar discursos. A la luz de las desnudas bombillas, estaba pálido y su cuerpo se estremecía ligeramente.

—No quiero aguar esta reunión de patriotas. Aquí nos encontramos hombres de todas las edades, de todas las condiciones sociales, pero todos estamos unidos. Fuera, todos estamos separados, todos queremos algo que divididos no vamos a conseguir. Si nos unimos, si nuestros líderes políticos están a la altura del pueblo, en la grave crisis que atravesamos y están dispuestos a actuar sin cobardía, la victoria está asegurada. No tendremos una fuerte marina de guerra, ni una potente flota aérea, ni un ejército organizado, pero sí tenemos en nuestra mano, el arma más poderosa: el equilibrio europeo.

»Si nosotros somos incapaces de imponernos autodisciplina en el nuevo Ejército, la responsabilidad de que se pierda la guerra será nuestra. Si nuestros dirigentes políticos, en vez de actuar con determinación en resolver los problemas políticos y militares, actúan con vacilación y oportunismo, serán ellos a los que la historia les juzgue y los condene.

»Para terminar: ahora todos a estrechar filas detrás de nuestros líderes.

Aún no había acabado de sentarse cuando el silencio de momentos antes fue roto con gritos de entusiasmo. Parecía que el techo se venía abajo.

Los *irrintzis* resonaban por todo el ámbito del local, el grito de guerra que por milenios se había oído en los montes y valles de la vieja Euskal Herria.

De pronto, ágilmente, se subió Isasa sobre una de las mesas. Isasa, sin decir palabra, se puso a hacer gestos con los brazos, los movía como si fuese un domador. Y los *irrintzis* y la fuerte algarabía fue cesando.

Cesado el ruido, con una magnífica voz de barítono, Isasa entonó las primeras líneas del Himno Vasco, el *Gernikako Arbola*.

Isasa, acabado el Himno, se bajó de la mesa y volvió con un txistu y un tamboril y se puso a tocar un brioso *zortziko*. Los vasos caían estrepitosamente al suelo desparramando el coñac. Se bailaba encima de las mesas. El estrépito era fenomenal y contagioso.

La bacanal proseguía sin pausa alguna.

—Me voy a marchar pronto —le dije a García.

—Dentro de un instante nos vamos —me respondió.

—Carlos —se me acercó Edum—, ¿no crees que es tarde?

—Sí, me voy a ir enseguida. Además, estoy un poco mareado y mañana tengo que madrugar.

—¿Para qué vas a madrugar? Esta gente con la borrachera que va a agarrar no se levanta hasta la tarde.

—Es que tengo que llevar a la familia al caserío.

—¿Por qué no me ha avisado tu padre? Les hubiera llevado yo.

—Probablemente para no molestarte. García, ¿te vienes o te quedas?

—Vámonos.

Salimos sin que nadie se diese cuenta. Eran las dos de la madrugada. La fresca brisa nos dio en el rostro y respiramos con fuerza llenando los pulmones de aire.

Estaba sudando copiosamente y me sentía mal.

—¿Sabes que me he agarrado una media merluza?

—Tú una media, yo una entera —le respondí—. ¿Qué vas a hacer mañana? —le pregunté.

—Dormir tarde y después iré a la oficina de Edum.

—¿Te vas a unir a nuestro grupo?

—Sí, lo mismo da luchar con un grupo que con otro. Al fin y al cabo, todos luchamos por lo mismo. Además, me gusta mucho Edum.

—Bueno, García, me voy para casa. Me quedan tres horas para dormir.

—*Agur*, Carlos.

—*Agur*.

## XV

Justamente había conseguido dormirme cuando sonó el despertador. Tenía la sensación que la cabeza era un inmenso globo hinchado. El estómago quemaba. El vaho del alcohol subía hasta la garganta dejándome un sabor amargo. No me encontraba nada bien.

Impulsivamente me arrojé de la cama. Me metí bajo la fría ducha, con la esperanza de que el agua apagara el fuego interno.

Vaya un día para ponerse malo, me dije a mí mismo. Bien sabes que tu resistencia al alcohol no es muy grande.

Me miré al espejo y me asusté al ver lo pálido que estaba. Los ojos desaparecían en las cuencas.

Me vestí y me acerqué a la cocina. La abuela, al oír mis pasos, se levantó de la silla y se arrimó al fogón cliente dándome la espalda.

Inmediatamente comprendí que algo le pasaba. No me sorprendía. La buena mujer estaba preocupada por los problemas que la contienda había creado en la familia. También habiendo vivido con intensidad la última guerra carlista, se daba cuenta de la ferocidad con que estas guerras fratricidas se llevaban a cabo.

—*Egun on* —saludé acercándome a ella. Con un pañuelo se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. ¿Por qué lloras? —mientras besaba su húmedo rostro—. No llores, abuela. La separación va a ser corta. Muy pronto te verás con Joshe Antonio y no tardaremos mucho en volvernos a reunir.

—Tú eres tan joven, que tengo miedo...

—No sabes con cuánta alegría me iría al caserío —le dije, para animarla.

—Entonces te vienes con nosotros. En el caserío nadie te va a encontrar.

Abrí la nevera y sacando la cazuela de leche me tomé varios vasos para apagar el ardor de estómago.

—¿Se ha levantado la *amatxo*?

—Hace tiempo. Salió a buscar a las señoras que vienen con nosotras al caserío.

—Sí, ya sé. Mientras voy en busca del coche, me preparas el desayuno. Y no llores más. Viéndote llorar me pones triste y la separación no va a ser tan larga.

Salí y me fui en busca del coche que estaba estacionado en un garaje del barrio de Gros.

Eran las seis de la mañana del treinta de julio. Las calles estaban vacías a estas primeras horas. Me crucé con varias señoras que con negras mantillas sobre la cabeza iban a oír misa. El día era caluroso, con brisa del sur.

Al llegar al otro lado del puente del Kursaal, me paré un instante. En un camión abierto, dos docenas de hombres y mujeres se encontraban de pie esperando instrucciones. A los dos lados del camión, una docena de milicianos armados con pistolas y fusiles blandían las armas en tono amenazador. Eran las escuadrillas de la muerte que regresaban con su caza nocturna. Estos actos de irresponsabilidad

manchaban el heroísmo de la clase obrera en su justa causa. Me causó una fuerte impresión el espectáculo que tan inesperadamente estaba presenciando.

Yo no podía comprender cómo esto podía ocurrir. Pero probablemente en la zona de la España ocupada por las fuerzas rebeldes estaba ocurriendo lo mismo. Y quizá en el futuro los asesinos se darían el abrazo de reconciliación.

Los detenidos bajaron del camión y fueron desapareciendo en los sótanos del edificio que se había convertido en *cheka*.

Seguí mi camino. Andaba lentamente abismado en mis pensamientos. Mis pensamientos se revolvían confusos en la situación... Las imágenes de las mujeres temerosas y medio desnudas se habían grabado en mi memoria. Quizá simpatizaran con el levantamiento militar, pero esto no era suficiente razón para que sus vidas fueran amenazadas.

—Buenos días, Carlos —la voz de Domingo, el encargado de noche del garaje, me hizo volver a la realidad. Una realidad de fuertes impresiones que iba dejando fuertes e inolvidables cicatrices en mi modo de pensar y racionalizar. Mis puros ideales abstractos de un mundo armónico y justo comenzaban a doblarse ante el mundo real en que vivíamos.

—¿Cómo están sus padres?

—Muy bien, gracias. ¿Y su familia?

—Bien, vamos tirando gracias a Dios. Le subo el coche enseguida.

—Domingo —le dije—, llene el tanque de gasolina y revise los neumáticos y el aceite.

—Todo está en orden —me dijo, momentos más tarde—. He dejado el coche en la calle.

—Gracias —alargándole unas pesetas.

—Tengan ustedes un buen viaje y tengan cuidado de todo este revuelo.

Minutos más tarde paraba frente a casa.

—Buenos días, *amatxo* —dije entrando en la casa.

—¿Crees que eres más hombre, enseñando ese artefacto que llevas colgando del cinto?

Se refería a la pistola ametralladora que colgaba de mi cinto.

—No. Sin embargo, estoy más seguro llevándolo. ¿Tiene todo listo para el viaje?

—Sí. Todo está listo. Tu padre quiere hablarte antes de ponernos en marcha.

—¿En dónde está?

—En su despacho.

—¿Alguna noticia del tío Joshe Antonio?

—No —dijo sobresaltada—. No hay ninguna noticia. Más preocupada estoy de que vosotros dos os quedéis en la ciudad que de que le haya pasado algo a mi hermano.

No le respondí. Pero en lo más íntimo de mí sentí un agudo dolor.

—Los carlistas —continuó— son unos caballeros comparados con la turba

revolucionaria que se ha apoderado de la ciudad. Los nacionalistas habéis cometido una gran locura saliendo a favor de ateos y masones.

Me volví a callar. No valía la pena discutir con el fanatismo religioso de mi madre. Ella, al igual que sus hermanos Patricio y Joshe Mari, estaba en el campo carlista.

—Primero voy a desayunar y después iré a verle al padre —le dije, yéndome a la cocina.

La señora Engracia me sirvió el desayuno.

—Te veo muy callado —dijo la anciana, sentándose a mi lado.

—Estoy muy cansado, abuela.

Y realmente estaba cansado. Sufría de ver a la familia, mejor dicho, al pueblo vasco, dividido y enfrentado el uno contra el otro.

—A tu edad y cansado. La *amatxo* te habrá dicho algo.

La miré. ¡Qué bien me comprendía!

—No le hagas caso, Carlos. No son libres, los curas las dominan, y nuestros dioses las castigan por haber abandonado la tradición pagana.

—Bueno, *amona*, prepárate, vamos a salir pronto. Primero voy a ver lo que quiere *aitatxo*.

Me levanté y me fui al despacho de mi padre.

—Buenos días —saludé entrando en el despacho.

Sentadas en el sofá estaban dos señoras de edad madura.

—Este es mi hijo Carlos —me presentó.

Saludé con una leve inclinación de cabeza.

—Cómo ha crecido desde la última vez que le vi —comentó una de las señoras.

—Estas señoras van al caserío con la familia.

—Sí, ya lo sé. ¿Eso es todo?

—Sí.

—¿A qué hora sales para Azpeitia?

—La concentración está fijada para las cuatro de la tarde.

—En cuanto regreses, deja el coche en el garaje. Espero que vendrás a despedirte.

—Tengo que venir a recoger la mochila con ropa interior, algún pantalón de repuesto y algunas otras cositas. ¿Tiene alguna noticia de Tolosa?

—He hablado con el tío Joshe Mari y me ha dicho que los requetés no van a tardar en ocupar Tolosa.

—¿Hay alguna noticia del tío Joshe Antonio de Pamplona?

—No tenemos noticia alguna, aunque no creo que debamos preocuparnos.

—Entonces podemos ponernos en marcha —dije—. ¿Ha cogido todo lo necesario? —pregunté a mi madre.

—Creo que sí.

—*Amatxo* —le dije—, creo que antes de salir, las dos señoras se deberían vestir con algo más adecuado. En el camino vamos a tropezarnos con barricadas guardadas

por milicianos y viendo a estas dos señoras tan bien vestidas, van a pensar que tratamos de pasar al campo rebelde.

—Tiene razón Carlos —respondió mi padre—. A mí se me había pasado por alto.

—Yo creo que *amatxo* las podrá vestir. ¿No crees?

—Claro que sí. Vengan conmigo.

Las tres mujeres salieron del despacho.

Media hora más tarde reaparecieron. Las dos señoras habían sufrido una gran metamorfosis. El maquillaje de la cara se lo habían lavado y sus rostros eran frescos y lozanos sin pintura. Las dos eran guapas. Esa belleza marchita de las mujeres maduras. Mi madre las había vestido con unos vestidos sencillos y encima de ellos llevaban un delantal negro que les cubría los tobillos. El complicado peinado lo había cubierto con un largo pañuelo negro.

—En cinco minutos las espero en el coche —saliéndome del despacho. Me fui a mi habitación y tomé dos banderines vascos. Cogí el equipaje y ayudado por la sirvienta salí a la calle.

Coloqué los banderines a los dos lados del coche y me puse a esperar que bajasen los pasajeros.

Diez minutos más tarde nos poníamos en marcha. La ciudad continuaba paralizada y la nueva Junta de Defensa de San Sebastián, controlada por los Partidos del Frente Popular, realizaba esfuerzos inauditos para mantener los servicios vitales.

Todos los camiones y coches particulares habían sido requisados por las sindicales obreras y partidos políticos, y llenos de milicianos se apresuraban a los frentes de combate a levantar trincheras, pues armas no había. Pasamos los Cuarteles de Loyola, que se encontraban abandonados, y a la entrada de Hernani nos detuvimos ante una barricada de sacos terreros.

—¿Hacia dónde van? —preguntó el jefe del destacamento de milicianos socialistas.

—A Tolosa —respondí.

—Buen viaje.

Como había pensado, los dos banderines vascos a los dos lados del coche nos iban a ayudar a pasar sin contratiempo alguno los puestos de control que las fuerzas obreras habían instalado en las carreteras.

Estos días empecé a comprender el largo camino que teníamos que andar para recuperar nuestra identidad nacional.

Zigzagueé entre los sacos de tierra y apreté el acelerador en el momento en que me vi libre del obstáculo.

Los partidos políticos españolistas andaban con precauciones para no molestar a sus nuevos aliados, los vascos nacionalistas. Sabían que la suerte del Norte de España estaba ligada a las fuerzas vascas, aunque estuvieran desarmadas en estos momentos, y esto les hacía actuar con prudencia.

Pero yo no me hacía ilusiones. Una vez finalizada la contienda, los partidos

políticos españoles seguirían siendo españoles y centralistas y buscarían nuevos conceptos argumentativos para seguir dominando los deseos del pueblo vasco a regir sus propios destinos. Y muchos vascos seguirían jugando a la política para perpetuar esta situación.

Tenía prisa por llegar a la villa. A los dos lados de la carretera y en las adyacentes colinas se veían grupos de milicianos que daban la impresión que no sabían adónde iban.

A la entrada de Tolosa volvía a parar el coche. La barricada estaba guardada por más de cincuenta hombres armados.

—¿Adónde van? —preguntó uno de los milicianos cenetistas.

—A la villa.

—Debieran regresar a la capital.

—¿En dónde están los rebeldes? —pregunté.

—Han rebasado Ordizia. Y no hay con qué pararlos. Gente sobra... Lo que hace falta son armas y municiones.

Las dos señoras sentadas en los asientos de atrás estaba sumamente nerviosas con la conversación que llevaba con el miliciano cenetista.

—Salud —me despedí del miliciano, disponiéndome a atravesar la estrechas callejuelas de la villa hasta el puente de Navarra, en donde se hallaba situada la casa de mis tíos.

Paré el coche a la puerta. La carreta del caserío nos esperaba y los bueyes comían apaciblemente de su morral. A unos metros de distancia reconocí al criado del caserío que conversaba con otros campesinos.

—Joaquín —llamé. Este, al oírse llamar, se dio la vuelta y al conocerme vino corriendo. Se paró delante de mí. Por un momento me estuvo mirando de arriba a abajo. Yo sonreía.

—Jesús —exclamó finalmente—, cómo has crecido.

—Hace años que no me ves.

—¿Cómo está la *etxekoandre*?

—Como una chavala, más joven que nunca —le respondí.

—No me dirás que tú andas con todos esos revolucionarios que han venido de la ciudad y tienen atemorizada a la villa y están molestando a los pobres curas —comentó al observar la pistola ametralladora que llevaba al cinto.

—Joaquín, los curas están más seguros aquí que los patriotas vascos en Navarra.

—No es eso lo que dicen aquí en el pueblo. Dicen que se han llevado gente a San Sebastián para matarlos.

—Eso dicen los carlistas. Si los nacionalistas fuésemos más realistas quemaríamos el pueblo antes de que entren los requetés. Pero no te alarmes, Joaquín. Pronto los *gudaris* acabaremos con todo esto. Y los carlistas acabarán con nosotros.

Nuestro proceder, a pesar de las duras críticas de los dirigentes políticos, iba a salvar muchas vidas.

Los vascos educados en la doctrina cristiana íbamos a actuar a lo largo de la contienda con alta moralidad y humanismo. Por ello, las jerarquías de la Iglesia se lanzarían contra nosotros, para devorarnos.

—¿Tú vienes al caserío con nosotros?

—No, vuelvo a la capital en cuanto os pongáis en camino. Y a media tarde me iré para Azpeitia a ingresar a las milicias vascas. ¿Has visto requetés alrededor del caserío?

—No, Carlos, esta mañana cuando venía para la villa, me he tropezado con algunos destacamentos de *gudaris*, me dijeron que venían de Azpeitia. Pero iban muy mal armados. Y los requetés no son malos soldados.

—Son igual que nosotros, Joaquín. Solamente que ellos hacen la guerra y no tienen los mismos escrúpulos que tenemos nosotros. Si tienen que matar, matan. Si tienen que destruir caseríos y pueblos, destruyen. Y por eso, el Papa los bendice.

—Así es como se ganan las guerras, Carlos —me dijo socarrón.

—Así es como se ganan las guerras, Joaquín. Por eso debiéramos quemar el pueblo con todos los carlistas dentro. ¿Tú no eres carlista, Joaquín?

—Soy un hombre muy ignorante, Carlos. Y gane quien gane yo tendré que trabajar la tierra.

—Si nosotros actuásemos igual que los carlistas, la Iglesia nos excomulgaría y los Gobiernos extranjeros nos llamarían asesinos.

La fuente de todas las dificultades era la discrepancia de los dos mundos en que vivíamos. Pues, aunque nosotros hacíamos los planes en uno de ellos, actuábamos en el otro. Y las contradicciones eran inevitables al enfrentarlos.

Estas contradicciones podían ser ejemplarizadas entre lo nominal y lo real. Los vascos deseábamos la secesión de España, saliendo en defensa de la República, institución española y centralista. Los partidos del Frente Popular, hacer la revolución defendiendo la República, institución burguesa. Esto era producto de una gran confusión semántica. Cuando lo nominal sustituye a lo real, lo real se convierte en valor secundario.

—¿Y los jóvenes de los caseríos, Joaquín, qué han hecho?

—De todos los caseríos que he pasado, solamente los hijos del caserío Auremendi se han marchado a unirse a los requetés.

Mientras seguía conversando con Joaquín, los tíos ayudaban a apearse del coche a los pasajeros.

—*Amona*, mira quién ha venido del caserío —dije acercándome al coche.

La anciana se volvió.

—¡Joaquín! —exclamó abrazándole.

—*Egun on, etxekoandre*.

Joaquín era para la abuela igual que un hijo. Llevaba más de treinta años viviendo en el caserío. La abuela, como regalo de boda, le había dado una parcela donde vivía con su familia; en ausencia de la anciana, administraba el caserío.

Mientras las mujeres se metían en la casa, entre Joaquín y yo llevamos el equipaje del coche y los baúles que habían llegado el día anterior a la carreta de bueyes. Acabado esto subimos a la casa. Todos se habían reunido en el comedor.

—Siéntate y come algo, Carlos —dijo la tía.

—Voy a coger alguna fruta y mientras Joaquín come algo, yo voy a echar un vistazo al carro —dije esto para evitar una discusión desagradable con mi familia delante de las dos señoras.

—¿Dónde están Antonio y Luis? —pregunté al no verlos por ningún lado. Estos eran primos míos e hijos de Joshe Mari, ambos de edad militar.

—Han ido a cumplir con su deber como buenos vascos, a servir a Dios y a la Patria —respondió petulante—. Antonio ha ido a incorporarse al Tercio de Lácar y Luis al Tercio de Montejurra.

Así y todo, no pude evitar que mi tío, que era carlista acérrimo, me dijese en tono sarcástico:

—Los nacionalistas no tenéis vergüenza. Uniros con toda esa turba de revolucionarios que no creen en Dios ni en la Patria y que desde que han llegado al pueblo no hacen más que amenazar a los curas y detener a las familias más respetables de la villa.

—Es una lástima que no te hayan detenido a ti —le respondí con calma—. Ayer cogimos de sorpresa a un destacamento de requetés del Tercio de Lácar y los matamos.

Miré con expresión desafiante por todo el comedor. Mi tía, al oírme, palideció y se retiró.

—Los militares, los carlistas y los falangistas son personas de orden que están dispuestos a sacrificarse para salvar a España, los fueros vascos y a la religión amenazada por ateos y masones —hablaba todo excitado.

—Y destruir al pueblo vasco —replicó la abuela.

—No provoques a Carlos. Y tú, Carlos, cállate —mi madre trató de cortar la discusión.

—Bastante tragedia la de nuestro pueblo. Ahora solo falta que pelee mi familia entre sí —dijo la abuela.

Me acerqué a la abuela tratando de calmarla.

—No discutas, *amona*, que vale la pena que te disgustes.

—Tú tienes la culpa de que Carlos reacciones de esa manera —le acusó Joshe Mari a su madre—. Tú con tus brujerías le has colocado fuera de la Iglesia.

—Me sorprende, Joshe Mari, cómo aún podemos defender a los que ayer fusilaron en Pamplona a nuestro hermano. Joshe Antonio no era ningún revolucionario y cumplía fielmente sus obligaciones religiosas. Solo por ser nacionalista lo matan. Por sus propios hermanos —acabó mi madre que, dándose cuenta de la indiscreción que había cometido, se puso a llorar.

—*Amatxo*, ¿por qué no nos lo habéis dicho?

—Por no daros un disgusto. Perdóname *ama*, por no habértelo dicho antes... — los sollozos cortaron sus palabras.

La anciana estaba lívida. Me acerqué a ella. Miraba el techo con la mirada perdida en la blancura de la cal, sin emoción ninguna.

Estaba asustado de la tragedia que tan inesperadamente se había desatado dentro de la familia. Me aterraba el choque brutal que la anciana había recibido a sus 96 años de edad. Cubrió mi rostro en su largo delantal y pude notar la presión de sus dedos sobre mi nuca.

Sus ojos estaban secos.

—Joaquín —llamó con voz autoritaria.

—Aquí estoy, *etxeakoandre* —respondió.

—Vámonos para casa —Joaquín le dio el brazo y salió erguida de la casa sin volver la cabeza.

El tío se quedó, con los brazos sobre la cabeza, junto al desayuno que tan bruscamente había sido interrumpido.

Nos acercamos a la carreta. Los bueyes pacientemente esperaban llevarse a los pasajeros a las faldas del Uzturre.

Al lado del carro, la anciana se quedó mirándome con una mirada dolorosa. Me agarró y me estrechó en sus brazos. Yo lloraba. Parecía que no quería separarse de mí. Esta era la primera separación desde que había nacido, y quizá fuese la última. Me soltó y sin decirme nada ni volver la cabeza se subió a la carreta.

—Carlos, ten cuidado. No dejes a *aitatxo* solo. Que Dios os proteja.

—*Agur, amatxo* —la abracé—. Cuida a la amona. Adiós, señoras, que tengan ustedes una agradable estancia.

—Adiós, Carlos, que Dios le guíe. Dígale a su padre, que si un día necesita ayuda, que deje sus principios a un lado y use nuestro nombre.

—Gracias, señoras, así se lo diré.

—*Agur*, Joaquín.

—*Agur*, Carlos.

La carreta se puso en marcha con lentitud por la estrecha senda. Me quedé por largo rato mirando su lenta marcha vereda arriba.

El día era espléndido. Los montes Hernio y Uzturre se alzaban majestuosos, centinelas mudos de la tragedia del pueblo vasco. La carreta desapareció entre los montes. Tuve un primer impulso de correr detrás de ella, pero mis piernas se negaron a ello. Regresé al coche y sin despedirme de mis tíos salí de regreso a la capital de verano.

## XVI

Conducía el coche tan distraídamente que no pude evitar que chocara contra la barricada de sacos terreros a la salida del pueblo. Como iba a poca velocidad el daño fue mínimo. Cuando traté de dar marcha atrás, uno de los milicianos de guardia en la barricada se acercó y metiendo la pistola ametralladora por la ventanilla abierta apuntó a mi cabeza.

—¿Adónde cree que va? —dijo en tono amenazador.

El miliciano que había metido la pistola ametralladora por la ventanilla del coche era un tipo extraño, pequeño, regordete y con unas mejillas coloradotas que parecía las había hinchado con aire comprimido.

Presentí que los banderines vascos habían cumplido su misión.

—Retire ese artefacto de mi *coco*, compañero, que a veces las balas se escapan solas —le dije mientras con mi mano trataba con suavidad de separar la pistola de mi cabeza.

—¿Adónde va y a qué organización pertenece?

—A las juventudes vascas, puede ver compañero los banderines que llevo en el coche.

—Es que este pueblo está lleno de fascistas. Y hablan un dialecto que nadie les entiende.

—Hablan el vasco, igual que usted habla el español.

—No sé qué idioma hablan, aunque sí le puedo decir que no es el *cristiano* y aquí estamos en España.

—Compañero, le guste o no le guste, está en Euskadi y no en España.

—¡Juan! ¡Juan! —empezó a gritar el miliciano.

—¡Viva la CNT! ¡Viva la FAI! —se acercó el que se llamaba Juan y parecía ser el jefe del destacamento que guardaba la barricada a la entrada de la villa—. ¿Qué ocurre, compañero?

—Este joven —habló el individuo regordete— dice que no estamos en España.

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó este.

—San Sebastián —le respondí, sin poder controlar mi irritación.

—No se irrite joven. Por menos le enviamos al lado de sus antepasados.

Me mordí los labios y me callé. Lo importante era salir de esta situación. Pero en mi fuero interno empezaba a odiar a España con toda mi intensidad.

—¿Tiene usted alguna identificación o carnet de la organización a la que pertenece?

—Antes de contestarle, agradecería que su compañero tuviera la bondad de retirar la pistola ametralladora.

—Retire la pistola, que el joven está nervioso —le dijo en tono burlón.

Una vez más tuve que morderme los labios.

—No tengo conmigo ninguna identificación, pero si ustedes desean podemos ir al

local del Partido Nacionalista Vasco del pueblo. Allí podrán identificarme con llamar a San Sebastián. Además, estoy seguro de que muchos de sus compañeros no llevan consigo el carnet de su organización —les dije en tono conciliatorio.

—Puede pasar. Comprenda que nosotros tratamos de cumplir con nuestro deber.

—Comprendo.

Maniobré el coche hasta colocarlo a la salida de la barricada.

—¡Buena caza! —grité enfilando el coche carretera adelante. Este incidente demostraba la absurda situación en que los vascos nos encontrábamos en nuestro propio territorio: en la zona rebelde bajo las fuerzas de ocupación españolas con sus traidores y colaboradores vascos; en la zona no ocupada por los rebeldes, bajo las fuerzas de ocupación del Frente Popular también con sus colaboradores vascos.

Crucé sin contratiempo alguno la barricada a la salida de Hernani y media hora más tarde dejaba el coche en el garaje con instrucciones de que arreglasen los faros que se habían roto en el encontronazo con la barricada de sacos terreros de Tolosa.

## XVII

Eran las doce y media de la tarde cuando, dejando el coche en el garaje, me fui en dirección a la calle de Miracruz a dos cortas manzanas de distancia. Tenía la intención, antes de irme a casa, de recoger la mochila y reunirme con mis camaradas, de dar una vuelta por la parte nueva de la ciudad, con la idea de explorar el ambiente. No me imaginaba que este paseo para llenar el tiempo iba a ser el último.

La calle Miracruz es una corta calle que se origina a la salida del Puente de Santa Catalina y se convierte en la carretera general de Francia.

Antes de seguir adelante en dirección a la Avenida de la Libertad, al otro lado del río Urumea, me paré por un instante a observar la circulación de camiones y coches cargados de obreros que se dirigían a Rentería, villa industrial a siete kilómetros de la capital, y a la ciudad fronteriza de Irún, ambas amenazadas por las fuerzas rebeldes que mantenían dura presión con el objetivo de aislar al Norte de la Península del resto de Europa.

Los obreros, en sus nuevos buzos azules, en vez de fusiles, armados con sacos, picos y palas y una gran fe, iban cavando trincheras. Fortificaciones que eran de medio cuerpo, el otro medio lo teníamos que levantar nosotros mismos con sacos, piedras, sin zanjas de comunicación, sin orden ni concierto. ¡A fortificar! ¡A fortificar!, exhortaban los periódicos del Partido Comunista. Como si las fortificaciones pudieran resolver la preocupación que proporcionaba la falta de material de guerra y de consideraciones políticas. La penuria de pertrechos de guerra era abrumadora y las demandas iban en aumento a cada hora. ¡Todas las armas y municiones a la defensa de Irún!, gritaban las sindicales y los partidos políticos agrupados en el Frente Popular. Nada para el frente de la cuenca del Oria. Cuando uno de los dos objetivos que perseguían las fuerzas rebeldes iba encaminado a cerrar la frontera francesa. ¿Y qué les importaba a ellos cerrar en Irún o en Lasarte?

En el camino me encontré con gente conocida que iban informándome de las últimas noticias; más que noticias, rumores que circulaban por la capital guipuzcoana. Aunque preocupados por la situación política-militar, todos sin excepción alguna me hablaban con optimismo de que la rebelión militar, a pesar del éxito inicial, no tenía grandes perspectivas de salir victoriosa.

Todos decían con una seguridad aplastante que la ayuda militar de los países democráticos estaba en camino. Esta actitud sumamente extendida en la mentalidad de la clase media nacionalista y española se fundaba en la creencia de que los países democráticos eran justos y humanos.

Crucé con rapidez el puente de Santa Catalina y continué a lo largo de la Avenida de la Libertad hasta la calle Garibay, que iba a dar a la Alameda y al Bulevar. Toda esta zona tenía un aspecto desolador; el comercio cerrado, los postigos de las ventanas de los balcones corridos. A los dos lados de las calles, pegados a los edificios, grupos de milicianos armados con pistolas y algún que otro fusil

patrullaban las calles mirando con recelo los balcones cerrados.

En la Alameda, el pueblo se agitaba. A la sombra del espeso ramaje habíanse formado una docena de corrillos donde se comentaban los últimos acontecimientos. Todos ellos comentaban que la noche anterior los francotiradores habían hostilizado a las patrullas obreras desde el interior de algunos consulados y embajadas extranjeras. La fiebre subía con la temperatura del día de verano. Seguí hacia el kiosko, donde se había congregado un numeroso público.

—Compañeros —hablaba un joven de unos 25 años de edad, de corta estatura; su rostro podría ser agradable a no ser por una cicatriz que iba desde la oreja al labio. El joven debía pertenecer a la CNT, por el largo pañuelo rojo y negro que llevaba al cuello.

»En estos momentos, según la Radio Nacional, nuestros compañeros en Zaragoza, en Galicia y en La Rioja, y en todas las ciudades ocupadas por las fuerzas fascistas, están siendo asesinados. Los consulados extranjeros en la zona fascista han cerrado sus puertas a los obreros que tratan de escaparse del terror desencadenado por los caballeros cristianos. Mientras se niega a los obreros el derecho al exilio en la zona fascista, aquí delante de nuestros ojos, los consulados y embajadas están llenos de fascistas, que no solo son protegidos, sino que de noche permiten hostilizar a nuestros compañeros. Anoche mataron a dos obreros. ¿Qué derecho internacional pueden invocar estos señores extranjeros que protegen a los fascistas?

—Para los Gobiernos extranjeros España se ha convertido en una República de Centro América —gritó uno de los concurrentes.

—Son los líderes de la burguesía liberal, a los que se han unido los comunistas, los que con su miedo y cobardía están demostrando su incapacidad de reaccionar con energía a las provocaciones de los Gobiernos extranjeros. Ellos son los que tratan de perpetuar la debilidad y agonía de España.

»Los dirigentes del Frente Popular nos dicen que tratemos de evitar incidentes con otros países, cuando son ellos los que nos están provocando, protegiendo a los que están matando a la clase obrera.

»La CNT —continuó— ha pedido a la Junta de Defensa que inmediatamente ponga fin a esta situación. Y exige que las personas implicadas y refugiadas en los consulados y embajadas sean entregadas para ser juzgadas por el pueblo soberano.

—¡Sí! ¡Que los entreguen! ¡Que los entreguen! —comenzó a vociferar la multitud.

—Compañeros, compañeros —volvió a gritar el joven, levantando los brazos para acallar la algarabía que sus palabras habían levantado entre los concurrentes—, yo pido que desde aquí vayamos a exigir a la Junta de Defensa que nos entreguen a todos aquellos que se han refugiado en las embajadas extranjeras. En el caso de que se nieguen a estas demandas, el pueblo no tiene otra alternativa que asaltar e incendiar esas guaridas extranjeras donde se han refugiado todos los fascistas.

—¡Al asalto! ¡Al asalto! —comenzó a gritar la multitud airada. A los gritos, los

concurrentes fueron aumentando y se lanzaron vociferando en dirección de la Plaza de Gipuzkoa, en donde estaba ubicada la Diputación y centro de la Junta de Defensa.

Seguí en dirección de mi domicilio para preparar la mochila y despedirme de mi padre. Estaba impaciente por incorporarme a las Milicias Vascas, la ciudad empezaba a repugnarme. La guerra empezaba a revelar los dos mundos del hombre en constante conflicto; por un lado su humanismo, su compasión ante los sufrimientos y penalidades que la guerra traía consigo. Por el otro, su cobardía, su egoísmo, su mezquindad, su debilidad, su vanidad. Y en las ciudades se agazapaban estos últimos al acecho de sus víctimas. En la retaguardia, las víctimas serían los culpables y los inocentes. En el frente, los soldados que sinceramente creíamos luchar por una causa justa.

Entré en casa y me adentré en el despacho de mi padre.

Estaba con los codos sobre el escritorio y el rostro en las manos, y ni se dio cuenta de mi entrada.

—¡Buenas tardes! ¡Ya estoy de vuelta! —exclamé.

Mi padre se reclinó sobre el respaldo del sillón, sobresaltado.

—Siento que le haya alarmado.

—Me encuentro algo cansado. Anoche dormí mal. ¿Cómo has hecho el viaje?

—Sin novedad. Ya habrán llegado —dije mirando al reloj.

No me respondió. Tuve la impresión de que algo importante le preocupaba. Dudé en preguntarle por qué no me había dado la noticia del asesinato del tío Joshe Antonio en Pamplona. Sacó un cigarro del humidor que tenía encima del escritorio y lo encendió. Noté que sus manos temblaban.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—¿Ha almorzado?

—Te estaba esperando.

—Entonces voy a avisar a la señora Engracia que nos prepare algo.

—Bien —respondió, echando una bocanada de humo y recostándose sobre el sillón pensativo.

Salí del despacho sin preguntarle por el trágico fin de Joshe Antonio. En el almuerzo le preguntaría.

—Buenas tardes —saludé a la sirvienta al entrar en la cocina.

—¿Ha llegado bien la familia? —preguntó.

—Sí, señora Engracia. Llegamos sin novedad. A estas horas ya estarán en el caserío.

—Cómo las voy a echar de menos —suspiró la buena sirvienta.

—¿Nos puede preparar algo para almorzar?

—El almuerzo está listo.

Me fui a la sala a llamar a Tere. Llamé y salió Tere.

—¿Quién es?

—Carlos.

—¿Cuándo te voy a ver?

—Ahora mismo voy a almorzar y después iré a saludarte y despedirme.

—¿Adónde vas?

—A incorporarme a las Milicias Vascas.

—Ven antes de las cuatro, ya sabes que estoy haciendo un cursillo de enfermera y entro de servicio a las cuatro.

Acabada la conversación, me volví al despacho y desde la puerta le avisé que el almuerzo estaba en la mesa. Me fui al comedor y le esperé.

Me puse a tomar el consomé y esperé a que mi padre rompiera el silencio antes de preguntarle cómo se había enterado de la muerte del tío Joshe Antonio.

—¿A qué hora te marchas?

—A las cuatro nos concentramos en el taller de Edum, y de allí en camiones saldremos para Azpeitia.

Sorbió el consomé y se volvió a sumir en sus propios pensamientos. Algo importante estaba ocurriendo, de lo que yo no sabía nada.

—Me gustaría, Carlos, que te fueses a estudiar a Inglaterra.

No le respondí.

—¿Cómo ve la situación?

—No sé, Carlos. Nos hemos metido en un conflicto que no sé a dónde nos va a llevar. La situación es complicadísima. Los ingleses no nos dejan en paz pidiéndonos que mantengamos el orden. A los ingleses se han unido los americanos. Están alarmados de que sus inversiones no se salven de la antorcha. Les pedimos armas para llevar a cabo lo que nos piden, y ellos nos van saliendo con evasivas y pretextos. Dicen que sus Gobiernos están considerando la cuestión de mandarnos armas. Todo esto es una gran mentira. No obstante, nos la tenemos que tragar y hacer de tripas corazón. En Madrid creen que nosotros estamos intrigando contra ellos. Creen que los dirigentes vascos esperan la oportunidad de separarse. Así que es dudoso que nos manden armas. Mientras tanto, la contienda se va agravando y los muertos y los cementerios siguen aumentando.

—En la cuestión de la secesión no creo que anden muy lejos.

—No, Carlos —dijo con energía mi padre—, estás equivocado. Nos conformamos con la Autonomía que nos han ofrecido. Nosotros no tenemos intención alguna de crearle a la República nuevos problemas. Bastantes tiene ya, pero no es el vasco.

—El mayor problema, *aitatxo*, es que nadie habla claro y uno no sabe a qué atenerse. Usted me dice que no desean la independencia; yo le digo: la juventud, sí. La juventud no va a morir por la Autonomía, *aitatxo*, eso es continuar mendigando algo que nos pertenece por completo. Si lo creyera, *aitatxo*, que se conforman con una Autonomía, ahora mismo hacía las maletas para irme al extranjero. Ahora bien, si nosotros no creemos que nos vamos a conformar con una Autonomía ¿cómo quieren

que se lo traguen los españoles, que en la cuestión vasca son sumamente mal pensados? Ustedes nos dicen que se conforman con la Autonomía, nosotros les decimos ahora mismo ¡no! Ustedes nos dicen que nos batimos por la República, nosotros les decimos que nos batiremos únicamente mientras exista un monte, un valle vasco que defender.

—¿Estás decidido a irte al frente? Ya sabes que si te fueras a estudiar al extranjero nos darías una gran alegría a todos.

—Es la misma respuesta que le di hace unos días.

Se volvió a callar. Sorbió el vino y distraídamente, con rostro preocupado se puso a recorrer con la mirada las blancas y desnudas paredes del comedor.

La sirvienta nos puso los cafés.

—¿Van a tomar coñac?

—Yo sí, señora Engracia.

—Traiga dos copas —dijo mi padre.

—¿Quiere que le traiga un cigarro?

A mi padre le gustaba acabar el almuerzo con un cigarro. Me levanté y me fui al despacho, trayéndole el humidador.

—¿Quieres uno?

—No, gracias, el año pasado me fumé uno y casi me muero —dije encendiendo un cigarrillo rubio—. Tengo la impresión de que usted ha cambiado de parecer en que los ingleses y franceses nos ayuden.

—Sí, es cierto.

—¿Me puede decir a qué se debe ese cambio? Su cambio de parecer debe de basarse en algo concreto. Por lo menos me parece a mí. Y si tiene razones para ello, también tiene la responsabilidad de decírnoslo.

—Para que nos acuséis de derrotistas y nos llaméis traidores, no, Carlos —dijo descansando el puro sobre el cenicero—. Pero tienes razón, no tengo confianza de que las democracias nos ayuden, a pesar de que la intervención de Italia y Alemania empieza a perfilarse. Los portugueses están ayudando desde el primer día a la rebelión, sin que los ingleses traten de presionar al Gobierno portugués a que cese su intervención. Y todo el mundo sabe que Portugal es una semi-colonia inglesa. En estos momentos, Carlos, aviones italianos y alemanes están aterrizando en Marruecos.

—¿Está confirmada esta noticia? —le interrumpí. Lo primero que pasó por mi pensamiento fue que la intervención de los países era el comienzo de la Segunda Guerra Europea.

—Sí. Está confirmada.

—¡Esto es la guerra! —exclamé.

—No, Carlos.

—No le comprendo.

Y, verdaderamente, no comprendía. A mí si otro joven me daba una bofetada, yo

trataba de darle otra mayor. Si era más fuerte que yo, le daba una patada en las partes genitales para dejarlo fuera de combate. Pero jamás le ponía la otra mejilla.

—Hace unos días, me decía que Inglaterra nos mandaría armas. Ahora, a pesar de la intervención militar de Alemania e Italia, me sale con que no espera que los países democráticos nos ayuden... No comprendo... Sinceramente, no comprendo...

—Es que en unos días todo ha cambiado, Carlos —dijo con voz agobiada—. La República ha dejado de existir. Las democracias no nos van a ayudar porque no creen que las fuerzas moderadas lleguen a controlar la situación.

—Entonces la guerra está perdida antes de comenzar. Lo lógico es que nos hagamos todos fascistas y acabemos de una vez con Francia e Inglaterra.

Cada día estaba más confuso... Empezaba a entrever un mundo nuevo lleno de intrigas y mezquindades en donde las más burdas manipulaciones era la suprema moralidad por la cual se regían los Gobiernos.

—La realidad, Carlos, queramos o no, los Gobiernos extranjeros tienen en sus manos nuestra suerte. Ellos pueden acabar la guerra, ellos pueden alargarla. A nosotros nos queda padecer y suavizar las asperezas para humanizar el conflicto. Y a vosotros morir por los ideales que nosotros os hemos legado. Y esto, Carlos, que te estoy diciendo, lo siente uno muy dentro. Esta es la razón que me gustaría te fueses a estudiar al extranjero.

Yo no podía comprender... Ni jamás comprendería... Que siendo agredidos por otros países, nosotros no íbamos a responder...

—¿Pero no cree usted que la intervención militar de Alemania e Italia va a hacer cambiar la actitud de los Gobiernos de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, y va a catalizar la ayuda de esos países? De lo contrario, la hora de Francia llegará tan pronto acaben con nosotros. Si los franceses y los ingleses no ven ningún paralelo entre la anexión de Austria, la ocupación de la Renania y la intervención en nuestra dispuesta, los franceses e ingleses tendrán bien merecido que los alemanes les den una buena lección.

—El día 23 fueron a Londres León Blum acompañado por su Ministro de Relaciones Exteriores Yvon Delbos —empezó mi padre—. Los informes que estamos recibiendo de Londres nos dicen que se ha hablado de la situación española. Y parece, pero no hemos podido confirmar, que los ingleses tienen un plan. Ahora bien, del 23 al 30 la situación ha cambiado radicalmente. Con la intervención de Alemania e Italia pueden cambiar de parecer. Pero los informes que estamos recibiendo de nuestros amigos de Londres no son tranquilizadores.

—Todo lo que me está diciendo, *aitatxo*, son intrigas de las que un buen día, si vivimos, nos enteraremos para escupir sobre ellas con desprecio.

»Yo tengo absoluta fe en Euskadi y en su destino. Si no fuera por eso, habría aceptado su oferta de irme al extranjero, no a Londres, sino a Argentina o a otro país hispano-parlante, para reírme de los muertos de hoy y de mañana. Pues los europeos nos merecemos todo... Nada hemos aprendido de la historia ni aprenderemos... Creo

en la nación vasca con sus numerosas variantes. Nos batiremos para construir la nación vasca, para depurarla, mejorarla y superarla. Por estos principios, si es necesario nos batiremos solos. Por estos principios debemos estar preparados, si es necesario a crear incidentes internacionales. Nosotros no nos batiremos para defender la República ni sus instituciones democráticas ni sus partidos políticos. Estos son tan enemigos de nuestras libertades como puedan ser los fascistas. Y esto que le acabo de decir lo hemos palpado en los últimos años. La realidad, *aitatxo*, es que las democracias europeas son las que nos oprimen bajo su bota.

»Se me está haciendo tarde —dije mirando la hora—. Y antes de marcharme desearía hacerle una pregunta: ¿Desde cuándo sabía que al tío Joshe Antonio lo habían matado?

Mi padre, al oír estas palabras mías, se quedó como las paredes del comedor.

—¿Cómo te has enterado? ¿Se ha enterado la abuela? —preguntó todo alarmado, recostándose sobre la silla y dejando escapar el cigarro de sus dedos.

—Una indiscreción de la *amatxo* en una discusión entre el tío Joshe Mari y...

—¡Dios mío! —exclamó interrumpiéndome.

—¿Desde cuándo sabía usted que al tío Joshe Antonio lo habían matado?

—Ayer nos dio la noticia el tío Joshe Mari.

—¿Desde cuándo sabía el tío Joshe Mari la suerte que había corrido su hermano?

—Desde ayer. Le trajo la noticia un enlace carlista, amigo del tío Patricio.

Cada vez lo veía todo más confuso. Los enlaces carlistas entraban y salían con toda libertad. Y la única manera de acabar con esta anomalía era fusilar a todos los que tenían alguna relación con los carlistas navarros. A nosotros nos faltaba el estómago para ello.

—Entonces, ¿por qué no nos lo han dicho? Usted sabe que nos hubiésemos enterado tarde o temprano.

—El tío Joshe Mari, Patricio y tu madre pensaban no decir nada, para no darle un disgusto a la abuela.

—Pues se han equivocado. La abuela recibió el golpe con entereza, pero no sé cómo lo va a sobrellevar. Se apoyó en el brazo que Joaquín le ofreció y salió de la casa de Joshe Mari con la cabeza erguida sin acabar con el desayuno. La *amona*, *aitatxo*, es una vascona entera e irrompible. ¿Se tienen detalles de cómo ocurrió?

—No. Parece ser que el tío Patricio, al no verle aparecer con la familia por Etxarri-Aranatz, algo preocupado por las represalias contra los vascos nacionalistas, se trasladó a Pamplona con la intención de localizarlo. Se presentó en casa y la tía le dijo que un grupo de falangistas le habían detenido hace unos días. Fue en busca de tu primo Juan, que es capitán en el regimiento de Santa Sicalia, y los dos empezaron a revolver Pamplona de arriba a abajo para localizarlo. Cuando dieron con él, estaba muerto, le habían pegado dos tiros en la nuca y lo habían tirado en la cuneta de la carretera de Pamplona a Estella. Se llevaron el cadáver a Etxarri-Aranatz y lo han enterrado en el pueblo.

Salí del comedor sin decir palabra y me fui a hacer la mochila.

Regresé a despedirme de mi padre.

—Siento dejarle solo —le dije, abrazándole.

—No te preocupes, Carlos, tú cuidate.

Me fui a la cocina a despedirme de la sirvienta. Me abrazó llorando.

—Ponte esto, Carlos —y me dio un escapulario del niño Jesús. Un detente bala.

Lo metí en el bolsillo y salí a la calle.

## XVIII

Una ráfaga de aire caliente me dio en el rostro, tan pronto salí a la calle. El puerto de pescadores, siempre tan alegre y bullicioso, hoy estaba abandonado. Los cascos de los barcos pesqueros, alineados, eran fantasmas desamparados en las azuladas aguas del puerto.

Eran las tres y media de la tarde. Tenía el tiempo justo para despedirme de Tere antes de ir a reunirme con mis camaradas.

Del breve diálogo con mi padre durante el almuerzo, salía con la impresión de que la ayuda militar inglesa no era tan segura. No comprendía el pesimismo de mi padre, ni las razones en las que se basaba. Pues se perfilaba claramente la intervención de los países fascistas a favor de las fuerzas militares. Quizá, su pesimismo podía tener su origen en el plan inglés que casualmente había mencionado. Y que bien podía indicar una segunda intervención en la disputa a favor del terrorismo militar desencadenado en la Península Ibérica. Una intervención más sutil, más disimulada y envuelta en retórica humanística, arte tan pulido por los celosos guardianes de las tradiciones de la civilización occidental y arquitectos de los innumerables cementerios que cubrían la geografía europea.

Lo que mi padre ignoraba por completo era la posición que podían tomar las dos Internacionales. Y es muy probable que él no esperase nada de ellas.

Personalmente tampoco yo esperaba nada... absolutamente nada... La Segunda Internacional Socialista había demostrado en su historia que sus intereses estaban ligados a la burguesía imperialista de sus respectivos países. Lo había demostrado recientemente al no combatir al nacionalsocialismo alemán. A ellos se habían unido los comunistas de la Tercera Internacional al permitir sin oponer resistencia alguna a la subida de Hitler al poder. Ahora estos mismos que habían rehusado presentar batalla al fascismo, no sabían que Madrid y España iba a ser la tumba del fascismo.

La Tercera Internacional, ante el peligro de guerra que se cernía amenazador sobre Europa, parecía desviarse de sus objetivos políticos, aunque era prematuro formar opiniones. A pesar de que parecía establecer una distinción entre los dos imperialismos: el fascista y el de los países democráticos. Y buscaba la fórmula de colocar a estos últimos en el campo antifascista.

Los rusos sospechaban que los países democráticos y sus aliados los socialistas europeos buscaban la manera de buscar una confrontación entre el nacionalsocialismo alemán y la Unión Soviética. Y los rusos dan comienzo a una serie de maniobras para abortar las intenciones de los países democráticos.

Este cambio sale de la sede de la Tercera Internacional, instrumento manipulador de la Unión Soviética e iba a crear grandes problemas en la clase obrera española, en el momento más dramático de su existencia. Unos la calificaban de oportunista, otros de ágil maniobra política. Pero lo más importante era que los rusos estaban dispuestos a enterrar la revolución socialista a escala europea por una alianza y colaboración con

la democracia monopolista e imperialista. Y este nuevo experimento de coexistencia, los rusos lo harán a costa de la castración de las nacionalidades dentro del Estado Español.

A partir del VII Congreso de la Internacional Comunista, los jefes del Partido Comunista Español nos dirán desde sus periódicos y tribunas: «La lucha es entre fascismo y antifascismo, entre revolución y contrarrevolución.»

El antifascismo está representado ideológicamente por los imperialismos de los países democráticos que apoyan y han hecho posible la toma del poder por Hitler. Y de aquí en adelante, serán fuerzas antifascistas y democráticas.

«Nosotros, los comunistas, luchamos por la Dictadura del Proletariado, por los soviets... Pero, en el momento actual, entendemos que la lucha está planteada entre democracia burguesa y fascismo.»

«Si la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es atacada por las fuerzas fascistas, estamos dispuestos a defender la revolución socialista con nuestra propias vidas.» Y eso es exactamente lo que iban a hacer aunque les costase la castración de las fuerzas obreras.

En esta atmósfera internacional, se iniciaba la guerra en la Península Ibérica. En este medio ambiente de intrigas y burdas manipulaciones comenzaba en Europa la Segunda Guerra Mundial.

En estas reflexiones llegué al domicilio de Tere. El portal de la calle estaba abierto y subí al primero piso. Toqué el timbre y me abrió la puerta Mirentxu.

—Nos coges a tiempo. Ahora mismo salíamos —mientras me hacía pasar—. Tere saldrá de un momento a otro. García se despidió hace diez minutos. Nos comentó que iba a unirse a vuestro grupo.

—También ando tarde.

—También nosotras. Tenemos que estar en el hospital a las cuatro.

—¡Hola, Carlos! —exclamó Tere, sorprendida al verme—. Creía que te habías marchado sin despedirte.

—Cómo has podido pensar eso. Se me ha hecho tarde.

—Vámonos —dijo Mirentxu—. Vamos a llegar tarde al hospital.

Salimos los tres.

—Carlos, ponte esto —dijo Tere, sacando del bolso una cadena de oro y colocándomela en el cuello. Era un medallón de la Virgen del Coro, patrona de la ciudad—. Para que te acuerdes de mí y regreses.

—Te prometo, Tere, que regresaré —dije besándola.

Abracé a Mirentxu y abruptamente eché a andar en dirección al lugar de concentración sin volverme.

Cuando llegué a la cita, mis camaradas armados iban subiendo a los cinco autobuses que nos iban a trasladar a Azpeitia.

Garmendia se me acercó y me dio un fusil y cartucheras.

—Creíamos que no venías —dijo.

—¿Cuántos se han presentado?

—Ciento veinte.

—Carlos —reconocí la voz de Etxebeste. Este me llamaba desde el primer autobús—. Tengo sitio para ti.

Subí al autobús y me senté a su lado.

Unos segundos más tarde salió Edum del taller acompañado de Garmendia.

—¡Estamos todos! —gritó. Se subió al segundo autobús y la pequeña caravana se puso en marcha para Azpeitia.

De pronto surgió dentro del autobús la canción de batalla de los guerreros vascos y todos en el autobús nos pusimos a cantar:

*Eusko Gudariak gara  
Euskadi askatzeko  
Gerturik daukagu odola  
Bere alde emateko  
Irrintzi bat entzun da  
Mendi tontorreatan  
Guazen gudari danok  
Ikurriña'n atzean.*

(Somos guerreros vascos que liberaremos Euskadi, estamos dispuestos a verter nuestra sangre por su causa; en la cima del monte se ha escuchado un grito de guerra, vayamos todos los guerreros detrás de la bandera vasca).

Nunca este himno había estado más preñado de sentido que al ser cantado en esta ocasión. Nosotros éramos guerreros de Euskadi y estábamos dispuestos a dar nuestra vida por la reconstrucción de Euskadi. Si nosotros cayésemos en la batalla, otros seguirían la trayectoria marcada por nosotros. No podía haber descanso hasta reconstruir el viejo Reino de Navarra, hoy dividida y ensangrentada en lucha fratricida.

## XIX

Los autobuses dejaron atrás la ciudad. La carretera estaba vacía. Fuimos pasando cortinas de maíz amarillento, prados de árboles frutales, caseríos blancos con sus tejados rojos a la falda de la montaña. El frente estaba en los alrededores de Tolosa, a veinte kilómetros.

Pasamos Zarautz y los autobuses continuaron por la estrecha carretera de la cornisa vasca. Un tramo de carretera que se había abierto entre las abruptas montañas y el mar. Las olas del mar de los vascos, el Golfo de Bizkaia, rompían sobre las rocas, dejando una blanca espuma.

Por todos los pueblos que íbamos pasando, la juventud se apresuraba a acudir al llamamiento de movilización. De las más remotas aldeas, los jóvenes campesinos, con sus mochilas, sus albarcas y su *makilla* (bastón que los alpinistas usan), iban en la misma dirección por las intrincadas sendas pirenaicas. Era un nuevo renacer para el indómito pueblo vascón. Pero los descendientes de Zumalakarregi, los hijos de las dos Ameskuas, entraban a la contienda divididos. Los carlistas, defendiendo la causa de la reacción española. Los nacionalistas, en busca de nuestras libertades políticas y nuestra identidad nacional y contra las dos Españas.

Y este pensamiento nos llenaba de emoción y orgullo. Se iba acabando para los vascos batirse por la causa de una de las dos Españas que nos asfixiaban. Aunque perdiéramos la guerra, en la próxima, el pueblo vasco marcharía en falanges cerradas bajo la dirección de nuestros *buruzagis*. El general Mola se había equivocado al contar de antemano con todo el pueblo vasco.

Pasamos los pueblos pesqueros de Getaria y Zumaia. Y siguiendo el río subimos para Azpeitia. El río corría sobre blancos gujarros, a la sombra de altos robles de espeso ramaje. A lo lejos, el sol poniente dejaba reflejos dorados entre el sombrío verde de los prados.

—Estamos llegando —desperté a Etxebeste.

—Lo único que deseo es que nos dejen dormir esta noche.

—Lo dudo.

—También yo. Por eso estoy aprovechando.

—¿A qué hora te acostaste ayer?

—A las cuatro.

—A noches alegres, días tristes.

Cruzamos el puente de cemento sobre el Urola que separaba el pueblo con el complejo de edificios del Santuario de Loyola. Los autobuses pararon paralelos al río. El Santuario de Loyola, donde había nacido el fundador de la Compañía de Jesús, y que había tomado parte en el sitio de Pamplona combatiendo como capitán al servicio de España.

Ahora a San Ignacio de Loyola, en premio de haber tomado parte en la destrucción del Reino Vasco de Navarra, lo habían convertido en el Santo de todos

los vascos. Mayor aberración era imposible imaginarse... El edificio de estilo barroco era feo. Ahora se había convertido en el Cuartel General del *Euskadi Gudarostea* guipuzcoano. En la distancia, el Izarraitz, el monte de la estrella, vigilaba las villas de Azpeitia y Azkoitia, esta última cuna donde los famosos «Caballeritos de Azkoitia», grupo de intelectuales vascos, celebraban sus reuniones.

Destacamentos de *gudaris* hacían instrucción desarmados en la amplia explanada frente al Santuario.

Bajamos de los autobuses y formamos en espera de que nos designasen a nuestro alojamiento.

Edum llamó a los cuatro jefes de sección. Después de un breve intercambio de palabras, Edum con paso rápido cruzó la explanada y se metió en el Santuario. Momentos después reaparecía acompañado de un oficial del Ejército. Era el nuevo Comandante del *Euskadi Gudarostea*, Cándido Saseto, capitán del Ejército regular del arma de Intendencia.

Súbitamente, en la tarde agónica, sonaron las campanas de las iglesias de Azpeitia y Azkoitia. Era la hora del Ángelus. Las campanadas se extendieron por todo el valle del Urola. Los campesinos que aún trabajaban sus tierras, los *gudaris* que hacían instrucción, nuestro destacamento, nos quitamos las boinas. Las campanas en este atardecer de verano tañían tristes. Pedimos a *Jaungoikoa*, el señor de los altos, nos diese fuerzas, para no desviarnos de nuestra meta, en los difíciles días que teníamos por delante.

Edum y el oficial del Ejército se acercaron adonde estábamos formados.

—¡Compañía! —gritó Iñaki—. ¡Atención!

El destacamento se puso rígido. Esto me sorprendió.

—¡*Gudaris*! —dijo Edum con voz fuerte—. Os voy a presentar al jefe del *Euskadi Gudarostea*, al compatriota Cándido Saseto.

Hecha la presentación, flanqueado por los jefes de sección, nos pasó revista.

Nos pusimos a observarle con ansiedad de pies a cabeza. No pasaba de los treinta y cinco años. Era de rostro agradable, pelo castaño y los lentes que llevaba le hacían parecer más un seminarista que un militar.

—*Gudaris* —comenzó—. Es un gran honor para mí y para vosotros formar parte del nuevo Ejército Vasco.

»El camino a recorrer no va a ser fácil, pero, con la ayuda de Dios, sabremos sufrir con entereza este sangriento viaje que iniciamos.

»Para los vascos, la guerra ha comenzado y no acabará hasta que en las más inaccesibles cumbres de nuestra patria ondee libremente nuestra querida *ikurriña*.

»Este criminal levantamiento ha dividido a nuestro pueblo, una vez más en su historia, enfrentando a padres contra hijos, hermanos contra hermanos, manchando nuestros verdes prados con nuestra propia sangre.

»A los vascos, amantes de sus libertades tradicionales, del orden, de la democracia, de la justicia y la libertad, nos ha repugnado tomar las armas en defensa

de un derecho natural y sagrado, el de gobernarnos a nosotros mismos.

»Esta ha sido la causa de nuestra lentitud en decidir nuestra participación en la contienda.

»Nos ha alentado el apoyo que hemos recibido de la gran mayoría del clero vasco. Este, fiel a la doctrina cristiana, sin vacilar, se ha colocado al lado del pueblo. Se han puesto al lado del pueblo, porque corresponde a la Iglesia ponerse al lado del pueblo, porque corresponde a la Iglesia ponerse al lado de los humildes y no defender a los poderosos. Si la Iglesia quiere salvarse, solamente tiene un camino: ser guía espiritual de las fuerzas que combaten la reacción. Así lo han visto nuestros curas humildes.

»Voy a acabar con unas palabras de Spinoza: “Quien sabe a sí mismo que tiene la razón no teme la muerte.” Él mantiene que dar la vida en una buena causa no es castigo, sino un honor, y morir por la libertad es gloria.

»A nosotros nos corresponde ahora demostrar a los rebeldes nuestra determinación de ser libres. Si salimos derrotados, la próxima generación levantará en alto nuestra *ikurriña* y continuará la batalla que nosotros iniciamos. Juramos ante el árbol sagrado de Gernika, que jamás habrá paz en nuestro pueblo hasta que el último soldado extranjero, el último traidor a su patria, haya sido expulsado de nuestro suelo.

»*Gora Euskadi Askatuta!*

—*Goraaa...!* —coreamos con entusiasmo.

Al principio creíamos que el nuevo jefe militar pertenecía a la fauna política que habitaba la Península Ibérica, mediocre, cínica y dispuesta a sacrificar a la juventud para ganarse unas estrellas de mando.

—Esta noche —dijo Edum— no va a haber ejercicios. Pero que nadie se aleje del pueblo. Los jefes de sección os llevarán a vuestros alojamientos y la cena se distribuirá a las ocho.

»Carlos —me llamó Edum.

—¿Qué quieres?

—Vas a ser mi enlace. Puedes ahora largarte. No te acuestes tarde, mañana vamos a madrugar.

Mientras tanto, las secciones fueron alojándose en la hospedería.

Cuando entré en la hospedería, Etxebeste me llevó al cuarto nuestro. Dejé la mochila y el fusil y las cartucheras sobre el catre.

Capitaneados por Garmendia e Iñaki la mayoría de nuestros camaradas no perdían el tiempo.

—Carlos, García, Etxebeste —gritaban bulliciosamente— vámonos al pueblo a visitar a los carlistas.

## XX

Vacíé el contenido de la mochila sobre el catre y lo fui metiendo en el pequeño armario con cuidado. Habían sacado los muebles y en su lugar habían puesto tres camas plegables. De momento dos se habían ocupado, la otra estaba vacía. La habitación era cómoda. Un lavabo con agua caliente y fría y unos cuadros religiosos completaban nuestra nueva residencia. Abrí la ventana. El terreno estaba dividido en huertos de hortalizas y árboles frutales que subían por las onduladas elevaciones. Más allá, los montes siempre verdes.

—¿Qué vas a hacer, Carlos? —preguntó García, asomándose en la puerta.

—Voy a cenar en un restaurante de Azkoitia.

—Voy contigo —dijo Etxebeste.

—Esperarme —dijo García.

Apareció Garmendia en la puerta.

—Carlos —me llamó misteriosamente.

—¿Qué ocurre, Garmendia?

—Hemos encontrado un tesoro. La bodega de la hospedería está llena de vinos y champán francés y cajas de jamón de York. No sabemos qué hacer.

—¿Quiénes son los otros?

—Iñaki.

—Bien. En las primeras horas de la madrugada vaciaremos la bodega y distribuiremos las cajas entre todos.

Garmendia me abrazó.

—Ya sabía lo que ibas a decir. A la madrugada.

—De acuerdo.

Quince minutos más tarde, los tres nos salimos de la hospedería.

Constantemente llegaban y salían destacamentos de *gudaris* en autobuses. Unos venían a incorporarse al *Euskadi Gudarostea*, los otros hacia los frentes mal armados. Eran grupos de treinta, con mandos improvisados. Probablemente el grupo más coherente y fogueado y mejor armado era el nuestro, gracias a las dotes de organización de Edum y a las armas que habíamos podido coger en los Cuarteles de Loyola. Esto estaba suplementado con García, Iñaki, Etxebeste, Machín y Lazkano, que habían hecho el servicio militar como alféreces de complemento. Machín y Lazkano estaban en el frente fronterizo con dos destacamentos de *gudaris*.

—Lo que necesitamos ahora son fusiles y municiones —comentó Etxebeste—. Y el nuevo Ejército Nacional de Liberación Vasco se ha puesto en marcha.

—¿Adónde vais? —reconocimos la voz de Edum.

Nos volvimos y nos paramos. Edum se acercó a nosotros.

—Vamos a cenar a Azkoitia —le dije—. ¿Quieres venir?

—Lo siento, voy a cenar con Sasetta y otros.

—¿Crees que vamos a conseguir armas para equipar a toda la gente? —le

preguntó Etxebeste.

—De momento se está pidiendo desesperadamente a la Junta de Defensa de Eibar, a Bilbao, a todos los lados. Se han comprado cinco mil fusiles y municiones, pero, nadie sabe cuándo los vamos a recibir. Así que tenemos que aguantar la riada con lo que tenemos.

—Cinco mil fusiles —dijo García con un gran suspiro.

—Lo suficiente para pararlos en seco y estabilizar el frente —comentó Etxebeste.

—Cierto.

—Venid temprano. Mañana antes que amanezca salimos para Tolosa —nos dijo despidiéndose.

—*Agur*, Edum.

En la carretera nos paró un coche.

—¿Adónde vais, *gudaris*? —nos preguntó.

—A Azkoitia.

—Yo os llevo. Montad.

Quince minutos más tarde, caminábamos por las angostas calles de la villa. Sin dificultad alguna dimos con la taberna y entramos. La taberna estaba vacía.

Saludé a la señora de unos cincuenta años que detrás del mostrador hacía ganchillo.

—¡Qué sorpresa, Carlos! —dijo extendiendo la mano sobre el mostrador—. ¿Cómo está la *amona*?

—Bien. Esta mañana se fueron al caserío.

—Entonces están en territorio carlistas.

—Aún no creo.

—¿*Aitatxo*?

—En Donosti.

—¿Tú qué haces aquí?

—Acabamos de llegar, en el *Eusko Gudarostea*.

—¿No has visto a Josheba? —la señora disparaba una pregunta tras otra con rapidez.

—No, no he visto a Josheba.

—No sé por dónde anda. Se fue hace unos días con una partida de jóvenes del pueblo con escopetas de caza.

—Habrán ido a cazar conejos —dijo Etxebeste.

—Pues es para lo único que sirven. Esta cochina guerra ha dividido al pueblo en dos. Siempre los vascos estaremos divididos, Carlos.

—Ya llegará el día que nos unamos para luchar contra un enemigo común, *etxekoandre*.

—No hace mucho tiempo que luchábamos contra los liberales y los masones. Ahora yo no entiendo. Los unos carlistas luchando a favor de los españoles, los nacionalistas unidos a los ateos y revolucionarios.

—*Etxekoandre*, los vascos queremos la libertad de Euskadi, con justicia social para todos. Nosotros no queremos nada de España, que nos dejen tranquilos en nuestra casa. Así lo han visto nuestros curas. Por eso se han unido a los revolucionarios contra las órdenes de la Iglesia *maketa*.

—¡*Ene!* ¡*Ene!* —exclamó la buena señora santiguándose—. ¡Oh! ¡Oh! *Jaungoikoa*, cuántos crímenes cometen los católicos en tu nombre.

—El quinto mandamiento, según nos han enseñado a nosotros, es no matar. Sin embargo, los curas carlistas, con el crucifijo en una mano y en la otra la pistola, están matando obreros y católicos nacionalistas.

—Sentaos en el comedor. Voy a ordenar que os preparen la cena.

—Antes sáquenos un porrón de vino.

La señora puso sobre el mostrador un porrón de vino con tres vasos y dejando el mostrador se metió en la cocina.

Cogimos el vino y nos sentamos en el pequeño comedor.

—¿Te has dado cuenta, García, de cómo reaccionan las señoras del pueblo? —le dije mientras nos sentábamos.

—Es una mezcla de nacionalismo y carlismo —respondió.

—La religión y la dominación española nos han convertido en un pueblo esquizofrénico —dijo *Etxebeste*.

—*Gabon* —interrumpió la chica de servicio dejando dos botellas de vino, pan y una fuente de entremeses.

—*Gabon*, Ana.

—No te había conocido, Carlos. Hace mucho tiempo que no vienes por el pueblo.

Ana era de media estatura, de rostro redondo, ojos azules y pelo castaño. Tendría unos veinte años de edad. Era la sobrina de la dueña de la taberna.

—¿Cómo están tus hermanos? —la chica palideció ligeramente.

—Me figuro que bien. Antón y Ángel fueron a alistarse a los tercios de requetés. Menudo disgusto que han dado a los *aitatxos*. Pedro se ha ido a los *gударis*. Les traigo la cena enseguida.

Llenamos los vasos.

—Brindo por la conversión de García a la tribu *euskaldun* —dijo *Etxebeste*.

—Por la conversión de García —brindé.

Acabada la cena, nos despedimos de la señora de la taberna. Salimos a la calle. Eran las once y media de la noche. Una luz amarillenta alumbraba débilmente las angostas calles de la villa. Salimos a la carretera y apresuramos el paso. El aire de las montañas era frío. Entre los matorrales surgían brillantes gusanos de seda. Entre el follaje se veían las luces misteriosas de los caseríos. Los sapos y los grillos lanzaban sus notas discordantes en la quieta y fría noche.

Nos paramos al entrar en Azpeitia, los cantos de nuestros camaradas rasgaban el aire.

—¿Vamos a reunirnos con nuestros camaradas? —sugirió *Etxebeste*.

—Es tarde y mañana hay que madrugar.

—Así nos llevamos a todos a dormir —dijo García.

—Además —dijo Etxebeste—, a las doce los tiran a todos.

—Bien.

Nos dirigimos al lugar de donde venían los cantos que, como sospechábamos, eran los de nuestros camaradas.

—Llegáis a tiempo —prorrumpieron nuestros camaradas.

—¡A tiempo para qué! —exclamó Etxebeste.

Garmendia, que subido a una de las mesas dirigía el orfeón, respondió:

—Para la espuela. *Eusko Gudariak gara...* —empezó—. Todos se levantaron y comenzamos a cantar el himno de batalla del primer Ejército Vasco de Liberación Nacional.

Acabado el himno, salimos de la taberna lanzando *irrintzis* en la fría noche. Saltando y corriendo nos fuimos en dirección a nuestro nuevo alojamiento.

Parecíamos una partida de locos celebrando el venerable culto del plenilunio.

## XXI

—Despierta, Carlos —me despertó bruscamente Edum—. Levántate —sacudiéndome con violencia.

—¿Qué hora es? —pregunté sin abrir los ojos.

—Es la una.

Al oír la hora me di la vuelta y me volví a dormir.

—Carlos —volvió Edum a zarandearme—. Levántate.

—¡Joder! —exclamé—. ¡Qué pesado eres! Déjame dormir. No hace dos horas que hemos llegado del frente —dije sentándome al borde del catre con los ojos cerrados.

—Te espero en la cocina —dijo saliendo y cerrando la puerta de la habitación.

Miré con envidia a Etxebeste, que dormía sin enterarse de nada.

Me acerqué al lavabo y dejé correr el agua fría sobre la cabeza y el rostro. Estaba tan fría que cerré la llave del agua.

Mientras me secaba frotándome con la toalla abrí la ventana de par en par. Una bocanada de aire frío que soplaba de la montaña al otro lado del río, me despertó por completo. La noche era tan oscura que no se veía nada.

El mes de agosto había sido un mes de continuo bregar. En tanto esperábamos las armas que decían estar en camino, la radio y los periódicos continuaban con su optimismo de los primeros días del alzamiento. Hasta los más incorregibles pesimistas en el Gobierno, en los sindicatos obreros y en las organizaciones políticas, gritaban como energúmenos ante el micrófono.

Estaba sorprendido de mí mismo. Sorprendido de lo que uno podía aguantar los constantes reveses que sufríamos. Nos encontrábamos completamente agotados de los continuos combates. Había sido un mes de completa frustración e impotencia. Y el momento crítico se acercaba inexorable. Pero no queríamos verlo. El mes de agosto había sido un mes capaz de destruir todas las ilusiones de poder ganar la guerra. No obstante, por una razón u otra, a pesar de nuestra penosa experiencia, nuestra moral seguía siendo alta. La situación en los frentes había entrado en una fase crítica. Pero, nosotros creíamos que entre los líderes de los Gobiernos democráticos había hombres con la más elemental decencia. Nos equivocábamos. Lentamente íbamos abandonando jirones de tierra guipuzcoana. Desde que nos habíamos incorporado al *Eusko Gudarostea*, nos habíamos batido en Ordizia, San Blas, Ventas de Zárate, Hernio, Bidania, Andoáin, entre otros montes de la geografía guipuzcoana. En ninguno de ellos habíamos sido expulsados por la presión enemiga. Todos los altos eran abandonados al acabarse el último cartucho y las bombas de dinamita. Los contraataques que iniciábamos quedaban paralizados en el momento crítico de la lucha, por falta de municiones. En honor a la verdad, también era cierto, que por nuestra inexperiencia la mayor parte de las veces malgastábamos las municiones. Generalmente salíamos al frente con una dotación de 100 a 150 cartuchos, al

terminarse nos retirábamos o éramos relevados por otros destacamentos de *gudaris*.

El enemigo, conociendo perfectamente la penuria en que nos encontrábamos, llevaba el siguiente plan táctico: comenzaban con maniobras de infiltración por los flancos mal protegidos. Nosotros gastábamos la munición tratando de evitar que el enemigo nos envolviese. Por regla general, al mediodía, después de una breve preparación de artillería de montaña, morteros y fuego de ametralladoras, daba comienzo el ataque frontal y envolvente por los flancos. Si los altos que defendíamos estaban cerca de la carretera, el enemigo empezaba a usar tanquetas italianas y, últimamente, habíamos sido atacados por aviones italianos, Capronis.

Así era la campaña de Gipuzkoa. Y la responsabilidad caía en los jefes del Partido Nacionalista Vasco por no haber militarizado y armado a la juventud vasca en el período de la Segunda República.

Nosotros sabíamos que la única manera de arrancar al centralismo español las mínimas reivindicaciones, era por la fuerza de las armas, nos gustase o no. No existía otro camino, ni existiría... El pensar que el centralismo español podía reconocer los derechos del pueblo vasco a autogobernarnos eran puras fantasías...

Si nosotros estábamos frustrados en el frente, nuestros mentores políticos se encontraban igual en la retaguardia. Se pasaban las horas, los días y las noches mendigando municiones de las fuerzas españolistas del Frente Popular. Las escasas municiones y armas se habían comprometido a la defensa de la ciudad fronteriza de Irún; nada... absolutamente nada para la defensa de la cuenca del Oria.

Todo el prestigio de las fuerzas del Frente Popular, se jugaba en la defensa de Irún. En ella combatía la primera unidad de voluntarios belgas anarquistas, unos cuarenta.

Ortega, comunista, sargento de carabineros, mandaba el sector que defendía la frontera francesa. Las restantes estaban compuestas por núcleos del Frente Popular, cenetistas y *gudaris*.

La CNT estaba encargada de la defensa del sector de Oiartzun.

La Comandancia Militar de Azpeitia estaba encargada de la defensa de la cuenca del Oria.

Si las fuerzas rebeldes llegaban a Lasarte, objetivo principal de la campaña de la cuenca del Oria, antes de entrar en Irún, San Sebastián y la zona fronteriza quedaban envueltas en una gran bolsa. Y la responsabilidad de la pérdida de Gipuzkoa pasaba a la Comandancia Militar Vasca de Azpeitia.

Este juego político de las fuerzas del Frente Popular, que iba dirigido a desprestigiar a las fuerzas vascas, por razones que no podíamos comprender, exacerbaba nuestro resentimiento hacia las fuerzas del Frente Popular. Empezábamos a verlos como enemigos.

La situación interna se presentaba llena de imponderables. La Internacional estaba en contra nuestra. Y las fuerzas políticas representadas en el Frente Popular Francés no iban a tirar a su propio Gobierno para ayudarnos. El grandioso escenario de

protestas estaba en marcha. Era el principio del teatro absurdo. Las fuerzas del Frente Popular Francés organizaban monstruosas manifestaciones pidiendo, a su propio Gobierno, mandase armas a España. Pero León Blum estaba sordo, no oía nada más que la sirena inglesa. Los países democráticos y los fascistas se habían unido para aplastar al pueblo español.

Nosotros, a pesar de nuestra alta moral antes los constantes reveses que sufríamos, no nos hacíamos ya ninguna ilusión. Sin pertrechos de guerra, la suerte de Gipuzkoa estaba echada. Con la pérdida de esta, lo que quedaba del territorio vasco, con este todo el Norte de España hasta Oviedo, y por último con la caída del Norte, la República democrática. Era la clásica teoría del dominó. Pero nuestros mentores políticos no lo veían así. Su fe en las democracias occidentales era inquebrantable.

Si en los próximos días no se recibía material de guerra, la guerra estaba perdida. Pero uno no podía aceptar esta realidad aunque fuese cierta... Las fuerzas combatientes veíamos una salida intentando provocar un conflicto internacional declarando la guerra a los países fascistas que comenzaban impunemente a mandar material de guerra y fuerzas expedicionarias en apoyo a las fuerzas rebeldes. En el peor de los casos, España sería ocupada por fuerzas militares italoalemanas y la guerra civil sería liquidada en breve tiempo.

Si los socialistas y comunistas alemanes no habían puesto resistencia al fascismo, ¿por qué nosotros?

Además, a los vascos, ¿qué nos podía importar que las fuerzas de ocupación de los países democráticos de España y Francia fuesen cambiadas por fuerzas italianas o alemanas?

El general Mola, bien informado de nuestra penuria de armas y municiones iba a poner toda la carne en el asador para ocupar Gipuzkoa, la provincia más pequeña de la Península, densamente poblada y de un valor estratégico insuperable. Mola de un golpe aislaba al Norte de España del mundo exterior y abría las comunicaciones ferroviarias de Norte a Sur, de Hendaya a Cádiz, por donde las hordas marroquíes se volcaban para conquistar España con venganza. Sus víctimas serían mujeres violadas y asesinadas.

El general Mola también necesitaba urgentemente la reserva humana del Norte, material que escaseaba en el campo rebelde más que los pertrechos de guerra que prodigiosamente recibían de algunos miembros del Comité de No Intervención. Las reservas humanas del Norte las necesitaba para tomar Madrid. Y el general Mola sabía muy bien las grandes contradicciones que existían entre las fuerzas vascas y el Gobierno del Frente Popular.

Pero Mola se había equivocado una vez, al calcular que los vascos, por una razón u otra, no saldrían a defender a la República. Y este error, Mola lo había pagado muy caro y bien podía volver a equivocarse.

Y este mensaje a Mola iba también dirigido a los líderes del Frente Popular. La juventud vasca no estaba dispuesta a dejarse manipular por los unos ni por los otros.

Nuestro destacamento a lo largo del mes de agosto, en constante contacto con el enemigo, se encontraba en permanente reorganización, pero, a pesar de todas las dificultades que atravesábamos, habíamos podido organizar el esqueleto de un batallón. Cada compañía variaba entre los cuarenta a los sesenta hombres. Y únicamente esperábamos armas para que estos efectivos pudieran elevarse; patriotas sobraban, sin armas. La situación podía salvarse si la remesa de armas que se había comprado en el extranjero llegase a tiempo, o si el Gobierno del Frente Popular de León Blum, dejaba pasar el tren con armas y municiones que nos habían mandado de Cataluña, y, las autoridades francesas habían detenido en la villa vasca de Hendaya. Irónicamente, las autoridades francesas permitirían la salida del tren, pero, cuando las fuerzas rebeldes habían ocupado ya la ciudad fronteriza de Irún.

El mes de agosto parecía ser un mes fatídico. Los Gobiernos democráticos amenazaban al Gobierno dirigido por Giral con la intervención, por el asesinato de varias personalidades políticas fascistas en la cárcel Modelo de Madrid, a consecuencia de un brutal bombardeo contra la población civil llevado a cabo por las fuerzas aéreas de los países intervencionistas.

Sin embargo, los países democráticos mantenían silencio sepulcral, fuera de un comunicado de protesta sin valor alguno, ante los asesinatos en masa perpetrados por las fuerzas rebeldes en Zaragoza, se calculaba en miles, La Rioja, Navarra, Galicia, y, en el infame ruedo de la Plaza de Toros de Badajoz. Los nuevos gladiadores, con ametralladora emplazadas en las gradas, batían a los obreros que los iban empujando al ruedo al igual que en los circos romanos. Este era el mundo que las democracias y los fascistas estaban experimentando en España con el apoyo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y las dos Internacionales que decían defender a la clase obrera.

En estas reflexiones, me vestí y cogiendo el fusil, fui a reunirme con Edum. Sospechaba que algún grave acontecimiento había ocurrido durante la noche. A mí no me sorprendía... Estábamos tan acostumbrados a tener malas noticias, que ya no nos causaba sorpresa alguna. Nuestro destacamento había sido relevado del frente de Andoáin, unas horas antes. Generalmente, nos daban un día de descanso. Nos volvíamos a aprovisionar de municiones y regresábamos al frente a otras unidades vascas.

En la cocina me encontré con Edum e Iñaki tomando café con coñac. En la larga mesa, había tres botellas medio vacías. Cogí una taza y me serví el café de un caldero lleno que estaba en el fuego. Me senté y llené la copa de café con coñac de una de las botellas.

—¿Qué ocurre?

—No tenemos ni puta idea. Probablemente ha caído Irún o los requetés han llegado a Lasarte. Podían ocupar toda España y acabar con toda esta mierda —me respondió Iñaki.

—Iñaki —le dijo Edum—. En quince minutos despierta a todos. Sirve café y

*chanchán* (coñac). Y estar preparados para recoger municiones.

—De acuerdo.

—Vámonos, Carlos. Vamos a ver lo que ha pasado y qué quiere Sasetta de nosotros —dijo en tono malhumorado.

La breve campaña de Gipuzkoa comenzaba a surtir sus efectos en nuestros organismos. Todos sentíamos una gran fatiga de no dormir y siempre corriendo hacia atrás. Las cosas más triviales nos irritaban y nos peleábamos los unos con los otros. Maldecíamos con el lenguaje más obscuro a las democracias, a los fascistas y a nuestros propios mentores políticos.

—Vámonos, Carlos —Edum interrumpió mis pensamientos.

—¡Joder! —respondí irritado—. ¡Déjame acabar con el café!

—Perdóname, creía que habías acabado.

Tomé de un sorbo de café y nos salimos al relente de la madrugada para volvernos a meter en el Santuario de Loyola, Cuartel General Vasco.

## XXII

En el Santuario de Loyola íbamos tropezando constantemente con enlaces que salían con instrucciones para los nuevos *buruzagis* que mandaban los destacamentos de *gudaris* que defendían el viejo solar vasco. Nos metimos por sus oscuros pasillos y nos internamos en la rectoría. Sentado en un largo escritorio de nogal, estaba el Comandante de las nuevas fuerzas vascas que iban naciendo en condiciones adversas, Cándido Saseta. La guerrera la tenía desabrochada. En la pared, detrás de él, un cuadro al óleo de Ignacio de Loyola que lo mostraba herido en el sitio de Pamplona, cuando había puesto su espada, al igual que muchos grandes vascos, al servicio de Castilla para destruir el único Estado Vasco: el Reino de Navarra. Más adelante, incapacitado para continuar la carrera de armas, organizaría la Compañía de Jesús, al servicio de Roma y de completar la conversión de los vascos paganos.

¿Sería capaz Cándido Saseta, este hombre de modales sencillos, de rostro afable y gafas, de crear el Ejército Vasco de Liberación Nacional? Pensé en el momento de entrar. Y la respuesta iba a ser afirmativa. En todos los momentos difíciles y desalentadores lo tendríamos a nuestro lado, con la pistola y la *makilla*, dispuesto a morir con sus *gudaris*, sin perder nunca la serenidad y el ánimo.

—Sentaros.

Edum y yo, nos sentamos frente a él. Volvió a mirar el mapa que tenía extendido sobre el escritorio y se recostó sobre la silla.

—Os extrañará que os haya llamado a estas horas después de la brega que os habéis llevado en los últimos días. Ayer, a la caída de la tarde, el enemigo ha ocupado Belkoain.

Edum y yo nos miramos sorprendidos. Los dos teníamos un nombre en los labios, el monte Buruntza. Nosotros habíamos sido relevados ayer del Belkoain por varios destacamentos de *gudaris*.

Antes que pudiéramos salir de nuestra sorpresa al oír la noticia, dijo:

—El enemigo también ha ocupado el Buruntza. Esto nos ha colocado en una situación delicadísima. El próximo movimiento del enemigo va a ir contra el Andantza y Ventas de Zárate para tratar de cortarnos en Usurbil o Lasarte. Conseguido esto, todas las fuerzas de Irún, Ugaldetxo, los fuertes de San Marcial, Txoritokieta y San Sebastián, al norte quedarán envueltos en esta maniobra. Como podéis ver —continuó— la situación es crítica, pero no desesperada. Yo tengo la más completa convicción de que con los trescientos fusiles que recibimos ayer, la promesa de Bilbao y de la Junta de Defensa de Eibar de mandarnos municiones, mantendremos abiertas las comunicaciones entre Bilbao e Irún.

Para las fuerzas vascas que tan tardíamente habían entrado en la refriega, la defensa de la cuenca del Oria se había convertido en una obsesión de prestigio con las fuerzas del Frente Popular y cenetistas; estas habían concentrado todas sus fuerzas a la defensa de Irún y Ugaldetxo.

—El problema más agudo que tenemos hoy —prosiguió— es la falta de municiones. Según me han informado, las fuerzas que han tomado el Buruntza están compuestas por dos secciones de requetés armados por dos ametralladoras ligeras, una máquina pesada y morteros. Constituye una avanzadilla de exploración del grueso de las fuerzas que han ocupado Belkoain. Acercaos.

Nos levantamos y nos fuimos al otro lado del escritorio. Encima de un mapa topográfico de Gipuzkoa tenía marcado con lápiz unas líneas mal trazadas.

—Este es el plan: el monte, como podéis ver, va subiendo en una ligera pendiente de norte a sur. En la falda del monte, a unos doscientos metros de la cima, hay un espeso pinar; aquí están nuestras fuerzas. Y desde la cima baten la carretera de Bilbao a San Sebastián. El contraataque lo vamos a llevar de la siguiente manera —hablaba con rapidez y firmeza—. Yo con dos secciones de *gudaris* voy a tratar de infiltrarme por la izquierda, Iker con otras dos secciones por la derecha, tú iniciarás el ataque frontal.

Edum se quedó por un momento mirando el mapa del escritorio, estudiándolo.

—De acuerdo —volviéndonos a sentar.

—Si todos cumplimos con nuestro deber de patriotas, no puede fallarnos la operación. Antes que salga el sol, el Buruntza tiene que estar en nuestras manos. Y es un día que hemos ganado. La cuestión es ganar días, horas. El nudo gordiano, Edum, es la gran penuria de municiones. Y esto no me deja dormir. Tengo el barrunto —dijo llevándose la mano al corazón—, de que si los rebeldes ocupan Irún, las fuerzas del Frente Popular y cenetistas van a desmoralizarse y pasarse a Francia para irse a España. Y nosotros no contamos con las suficientes fuerzas armadas para parar la riada. Y la movilización de las fuerzas vascas en Bizkaia marcha con lentitud. Si recibimos las armas que se dice se han comprado en el extranjero, espero que podremos estabilizarnos, por lo menos por el momento el frente. Si no recibimos a tiempo perderemos Gipuzkoa y quizá Bilbao. Vosotros tenéis gente en Irún ¿no?

—Sí —respondió Edum—. Dos secciones dirigidas por Machín y Lazkano, unos cien hombres.

—Una vez que se complete la operación contra el Buruntza, vosotros iréis a reforzar esas dos secciones.

—Soy del parecer de que tú me necesitas más. Y preferiría quedarme.

—Con las fuerzas de que dispongo creo que podré aguantar el tiempo necesario. Si os necesito os llamaré. Si recibo armas trataré de reforzar el frente fronterizo. Pero no pongas muchas esperanzas, Edum. Será lo que Dios quiera.

—Veo que no tienes mucha confianza en la ayuda francesa e inglesa —le dijo Edum.

—No. Si tuvieran intenciones de ayudarnos dejarían pasar el tren que han detenido en Hendaya cargado de armas y municiones. El primer error que nosotros estamos cometiendo —continuó el jefe de las fuerzas vascas— es el no proclamar al mundo entero nuestra voluntad de crear un Estado Vasco independiente. Si no

contamos con técnicos para su reconversión, vamos a reclutarlos donde sea. Sin esperar ayuda de nadie, que solamente va a ser para atarnos y no dejarnos maniobrar. Ninguna fuerza militar puede proseguir libremente la guerra, si el material que se usa es totalmente extranjero. Este Ejército siempre encontrará dificultades para proseguir la guerra. Pues no existen dos Estados en el mundo de hoy, cuyos intereses nacionales sean iguales. Si es necesario, vamos a garantizar a Alemania el envío de mineral de hierro aunque sea a costa de los ingleses.

—No creo que a nuestros líderes políticos les gustase una idea así —le respondió Edum—. Es más, estoy seguro de que se opondrían a ella con violencia. Los intereses vasco-británicos están demasiado ligados para que podamos tener libertad de acción.

—De acuerdo, Edum. Si nosotros estamos ligados a los ingleses, los españoles están igual que nosotros. Unos a la Segunda Internacional, los otros a los liberales europeos, los otros no necesitamos decirlo... Todos lo saben... Los únicos que no están ligados a nadie, son los cenetistas. Y tú verás los golpes que van a recibir de todos. Yo soy militar —prosiguió—. Tú eres un capitán de industria. Como patriotas sabemos mejor que nadie que nuestros intereses están por encima de todas las ideologías. Con principios basados en humanismo estúpido no es posible hacer la guerra. Si nosotros creemos que podemos ganar la guerra predicando humanismo, sería mejor que nos vayamos a casa y salvar a nuestra juventud a que sea sacrificada en los campos de batalla.

—Y más cuando el humanismo que nos predicán está construido a la hechura de las grandes potencias —le interrumpió Edum.

Escuchaba este diálogo con gran interés y en silencio. Ambos eran de ideas conservadoras en sus puntos de vista, pero también, por la forma de hablar, veían con realismo en la situación en las que nos encontrábamos. Hablaban con más autoridad de la que podía hablar yo. Estaban mejor informados y en constante contacto con nuestros líderes políticos.

—Nosotros, en la delicada situación que nos encontramos —siguió Sasetta—, en vez de mendigar armas debíamos actuar con determinación sin pensar las consecuencias que puede acarrearlos. Te voy a poner un ejemplo —continuó—. La toma de Badajoz por las fuerzas rebeldes, se debe a la abierta agresión de Portugal. ¿Qué hace el Gobierno de la República? Manda una nota de protesta a Portugal y otra a la Liga de Naciones, en vez de mandar un ultimátum a Portugal. Para ganar la guerra debemos de estar preparados a responder con la máxima violencia a la mínima provocación que recibamos de Gobiernos extranjeros, y amenazar con una guerra internacional. Tú verías el movimiento entre las Cancillerías extranjeras para movilizar bomberos para apagar el fuego. Esto demuestra a qué grado hemos llegado. Vivimos en un mundo de atracadores y bandidos. Para poder existir nos tenemos que convertir en atracadores y bandidos, nos guste o no, con razón o sin ella. Nosotros no hemos inventado estas reglas de juego.

»Desde el primer día en que me hice cargo de organizar el *Eusko Gudarostea*,

estoy insistiendo con nuestros líderes que sin perder más tiempo fundemos la República Vasca. Una vez formado un Gobierno Vasco en que tomen parte todos aquellos partidos políticos que reconozcan la legalidad del citado Gobierno, se puede lanzar un manifiesto aclarando nuestra posición en el conflicto y ofrecer una alianza militar contra el enemigo común. Así dejamos al Gobierno de Madrid la responsabilidad de rechazar la independencia vasca y sus consecuencias.

—Entonces —dijo Edum—, nosotros tendríamos una razón para morir.

—Proclamar nuestra independencia sería imponer una guerra total. Si es necesario destruir toda la industria del país...

—Y cortar la inmigración española —cortó Edum—. Los españoles siempre serán españoles, y al final, los vascos seremos una minoría en nuestro propio suelo. Y mientras no contemos con un Gobierno propio, la inmigración será para destruir la etnia vasca. Y este es un peligro real.

—La mayor oposición a mis ideas —continuó el Comandante de las Milicias Vascas— viene naturalmente de los líderes vizcaínos, que son los que más perderían si nos viésemos forzados a destruir la industria. Te estoy diciendo esto confidencialmente. Nosotros no tenemos otra alternativa de momento que acatar las órdenes del Partido, nos guste o no. Pero te digo esto, para que sepas mi posición. Sé que muchos de vosotros pensáis lo mismo. En cuanto formemos y armemos a los *gudaris*, presionaremos a nuestros líderes para que formulen una política más realista a los intereses nacionales vascos.

—Estoy de acuerdo. Lo que dices refleja el sentir de la gran mayoría de la juventud guipuzcoana y me figuro que también de la vizcaína.

—La actuación de nuestros líderes políticos está enormemente influenciada por los intereses económicos británicos. Y estos me dan mucho miedo y no nos van a dejar ninguna libertad de acción. Hace unos días —las palabras fluían rápidamente—, vino a verme un alemán, que sin ser vasco, es más patriota que muchos vascos que se las dan de patriotas. Es un antiguo oficial de los servicios de inteligencia del Ejército Alemán. Durante la Gran Guerra fue destinado a nuestro país con la misión de tener informado al Estado Mayor Alemán de la salida y cargo de barcos mercantes para Inglaterra. Acabada la guerra se instaló en Vitoria y desde entonces vive en el País Vasco. Este señor me vino con una lista que representa muchos años de intensa labor, con la maquinaria en existencia en el país que fácilmente pudiera ser una base para organizar una industria de guerra. Me dijo también que había presentado el proyecto y la lista de maquinaria a nuestros dirigentes y que estos, lo rechazaron diciéndole que no había tiempo y era imposible. Yo posteriormente he hablado con ellos para saber por qué rechazaron el proyecto. Te voy a decir lo que me contestaron y os pido que mantengáis la máxima reserva. Parece que los ingleses, a los que se han unido los norteamericanos, han insinuado que si tocamos sus intereses, o los ponemos en peligro de ser destruidos, sus respectivos Gobiernos lo considerarán como un acto hostil.

—Ya estoy informado de esto —respondió Edum.

La conversación fue abruptamente interrumpida por la entrada de un joven que se acercó y saludó con el puño cerrado.

—Busco al Comandante de las Milicias Vascas.

—¿Qué quiere?

—Soy portador de un mensaje de la Junta de Defensa de San Sebastián —respondió el joven, extendiendo un sobre cerrado.

—¿Espera respuesta? —preguntó el Comandante, tomando el sobre que le joven enlace le extendía.

—Sí, mi Comandante.

Saseta rasgó el sobre con un cortaplumas y sacando la carta se puso a leer. Luego dejó la carta sobre el mapa y paseó su mirada por la amplia habitación.

—¿Habrá caído Irún? —pensé. Miré a Edum. Me dio la sensación de que pensaba lo mismo.

El Comandante sacó papel del cajón del escritorio. Escribió algo en él y lo metió en un sobre. Lo selló y se lo dio al enlace.

—Vaya a la cocina y tome algo antes de salir.

—Salud, camarada Comandante —el joven volvió a saludar con el puño en alto.

—Os voy a leer el mensaje —dijo cogiendo la carta—: «Nuestros gloriosos milicianos, con un desprecio total a la muerte, han recuperado el Puntza en un furioso contraataque nocturno. Desesperadamente necesitamos munición en las próximas cuarenta y ocho horas o nos veremos forzados a retirarnos. Los franceses continúan interceptando el tren especial cargado de armas enviadas por la Junta de Defensa de Cataluña. Pedimos a los líderes vascos que presionen al Gobierno Francés. Por nuestra parte, el Gobierno de la República está presionando al Gobierno del Frente Popular Francés para que permita su paso.»

—¡Qué cojones! —exclamé, olvidándome que estaba en la casa de Ignacio de Loyola—. ¿Por qué no intentamos apoderarnos del tren por la fuerza?

Los dos se me quedaron mirando sonrientes. Yo me quedé perplejo. No sabía por qué lo que había dicho les hacía tanta gracia.

—La idea no es mala —respondió Edum—. Solo que si proponemos esto a nuestros líderes, les da una hemorragia cerebral.

—¿Quién dice que tengamos que decírselo? Nada perdemos intentándolo. Me da lo mismo que me peguen un tiro en un monte cualquiera o en Hendaya. Y si miramos la situación de forma realista, es mejor exponerse en Hendaya que contraatacar en el Buruntza. Si tomamos hoy el Buruntza, mañana vamos a perder de nuevo. Si la operación de Hendaya sale bien, hemos ganado el tiempo necesario y quizá salvemos Irún y Gipuzkoa. Al fin y al cabo, las guerras se ganan con acciones insensatas. Además, la mayor aberración de todas es la guerra misma. Estamos perdiendo territorio diariamente —continué—, esperando armas y municiones que nunca llegan. Si seguimos con esta actitud estúpida, vamos a perder la guerra y a mí me dan miedo

los sepulcros blanqueados y los cementerios sobre la luna. Y siempre esperando la ayuda de tal o de cual, y protestando y mandando notas de que somos víctimas de una agresión injusta. Al otro lado de la frontera tenemos un tren cargado de armas y municiones. La suerte de Gipuzkoa depende de que recibamos estas armas ahora, no mañana. Vamos a cruzar la frontera. Nos apoderamos del tren. Cuando el Gobierno Francés se dé cuenta de lo que ha pasado y mande fuerzas militares, nosotros estamos de vuelta con el tren. Que la prensa francesa y la internacional se escandalizan, pues que chillen. Les hemos avisado que no tenemos intención alguna de dejarnos asesinar impunemente al resguardo del Derecho Internacional, ni del Comité de No Intervención de que se habla, ni de la Liga de las Naciones. Tratan de inventar mecanismo para no ayudarnos contra el brutal ataque de que somos objeto. ¿Por qué razón no actuamos de la misma forma?

—¡Calla! ¡Cállate, Carlos! Estás diciendo una cantidad de necedades... —me cortó Edum.

—Si vosotros queréis, uniros al coro de las vírgenes vociferantes. Yo no quiero unir mi voz a la de León Blum, ni a la de Chamberlain. Ni a las del Gobierno del Frente Popular.

—Es mucho más inteligente ocupar el Buruntza. Y mañana volver a perder porque no tenemos municiones. Vosotros sois los jefes, yo un miserable *gudari*. El único derecho que tengo, es obedecer y morir sin saber el por qué.

—Edum —dijo Iñaki entrando—. Han llegado diez autobuses. ¿Son para nosotros?

Me alegré que Iñaki interrumpiera mi explosión. Estaba irritado contra mí mismo por haberme dejado llevar por mis emociones. Además estaba seguro que Edum pensaba más o menos lo mismo.

—Sí —dijo el Comandante de las Milicias Vascas.

—¿Se puede saber adónde vamos?

—Al Buruntza —respondió Edum.

—Pero... ¿no estaba ocupado por nuestras fuerzas ayer mismo? ¿Qué ha pasado?

—Se perdió.

—Si no recibimos municiones, nos van a tira al mar. Esto no es guerra ni hostias. Desde que hemos empezado la campaña, no hacemos más que correr.

—Paciencia, amigo Iñaki —le respondió Edum—. Cuando recibamos las armas y las municiones les tocará correr a ellos. Es mejor correr que arrodillarse.

—No lo sé... Empiezo a tener mis dudas. Arrodillarse es igual que suicidarse. Correr de otro modo. No veo ninguna diferencia.

—¿Habéis distribuido las municiones?

—Sí.

—Entonces empezar a montaros en los autobuses.

—Bien. Cabrones franceses —dijo entre dientes, saliendo de la rectoría.

El Comandante despertó a uno de los *gudaris* que dormía profundamente en un

banco. El *gudari* se restregó los ojos.

—Patxi —le dijo el Comandante—, vete al pinar del Buruntza y dile a Iker que nos espere en la carretera con dos secciones armados con fusiles y bombas de dinamita.

Patxi se calzó y salió a cumplir las instrucciones del Comandante. El Comandante se quitó la guerrera. Se puso una cazadora. Se colocó el correaje con la pistola y los tres salimos al frío de la madrugada.

—Hasta luego, me voy a subir a uno de los autobuses.

—No te enfades —se despidió afablemente el Comandante—, que tienes mucha razón en lo que has dicho.

Y se metió en el coche seguido de Edum.

## XXIII

Eran las dos de la madrugada, cuando la caravana se puso en marcha para el frente. Todos mis camaradas volvieron a coger el sueño tan abruptamente interrumpido. Me senté al lado de García. Encendí un cigarrillo. Estaba irritado. Traté de olvidar lo que había oído en la rectoría. Los que sabían algo, no veían con mucho optimismo la situación. Los que no sabíamos nada, creíamos que íbamos a salvar la humanidad que buscaba el suicidio colectivo.

—¿Qué piensas, Carlos? —preguntó García.

—En la tranquilidad del caserío.

—Te veo decaído. ¿No te encuentras bien?

—Será que me encuentro muy bien.

—Ya verás, Carlos, que pronto vamos a conquistar el terreno que estamos perdiendo.

—Eso espero.

Me puse a mirar por la ventanilla del autobús. No se veía nada. Pero sabía que si sacaba la mano por la ventanilla tocaría tierra. Dentro del autobús, mis camaradas se mecían en sus asientos al vaivén de las innumerables curvas de la carretera.

—Deja de pulir los cristales de las gafas, García. Me estás poniendo nervioso.

—¿Sabes adónde vamos?

—¿No te has enterado?

—No. Lo único que sé es que me han sacado del catre, poco antes de dormirme.

—Vamos a dar un contraataque.

—Ojalá tengamos un buen día.

—Así parece. El cielo está estrellado. Tendremos un buen día para los que tengan que morir.

—Lo dices, como si lo sintieras.

—No estaría mal que tuviésemos un poco de niebla —le respondí.

—Lo que necesitamos es más sol y menos niebla.

—García, si nuestras montañas en vez de ser agrestes y nublosas, fuesen soleadas como las andaluzas, hubiéramos dejado de existir.

—¿Cómo puede decir eso, Carlos? El sol es vida. Si pudiéramos empujar hacia Europa nuestro sol, purificaríamos su cinismo y decadencia. Les daríamos a los europeos un nuevo deseo de vivir. A nosotros nos ha tocado dar la primera batalla contra el fascismo, contra el derrotismo europeo, contra su decadencia. Nosotros somos la vanguardia revolucionaria. Y más adelante ayudaremos a nuestros camaradas europeos a liberarse y abrir todas sus fronteras.

—García, eres más Quijote que el buen caballero de La Mancha. No podemos resolver nuestros propios problemas y estás pensando en salvar a Europa. Tú bien sabes qué le pasó a aquel buen señor que quiso reformar el mundo... Eso mismo nos va a pasar a nosotros.

Nos quedamos en silencio.

—¿Dónde vamos a contraatacar? —me preguntó.

—¿Te importa?

—Por el nombre —dijo sonriéndose.

—Al Buruntza.

—¿El Buruntza? —dijo extrañado—. ¿No nos relevaron de ese monte hace unas horas?

—Es que las horas corren muy rápidas.

—Tan rápidas que corren. A esta velocidad nos vamos a hacer viejos en unos días.

El tiroteo que oíamos con claridad nos anunciaba que el primer encuentro del día había comenzado. Minutos más tarde, los autobuses fueron parándose a un lado de la carretera.

—Que nadie salga —dijo García, colocándose a la puerta del autobús. Este gesto de García era innecesario. Nuestros camaradas seguían durmiendo. Y probablemente habría que arrancarlos de los asientos. El amanecer no iba a tardar en despuntar. Formados al otro lado de la carretera, en las sombras de la madrugada, nos esperaba un numeroso grupo de *gudaris*. Pensé que serían las secciones de Iker que iban a tomar parte en la operación.

—Bajaos y formad delante de los autobuses —ordenó García.

Lentamente, nuestros camaradas medio dormidos fueron formando en la carretera. Cerca, muy cerca, se podía oír el ruido de las pistolas, las escopetas de caza, las pistolas ametralladoras y, por encima, el tabletear de las ametralladoras. Tenía la impresión que el enemigo esperaba nuestro contraataque.

Me apeé del autobús y fui a reunirme con Edum. Llegué en el momento en que le decía al Comandante de las Milicias Vascas:

—En media hora...

—De acuerdo.

—Iker, tú con una sección trata de infiltrarte por la derecha. Y exactamente dentro de media hora, comienza el asalto.

Iker con una sección de unos cincuenta hombres echó a correr. Sus siluetas desaparecieron entre la negrura de la noche.

—Vámonos, *gudaris* —les dijo el Comandante de las Milicias, a la otra sección. Y estos también desaparecieron en las hondonadas del monte.

—Parece que nuestro jefe no tiene muchas ganas de envejecerse —le dije a Edum—. Yo siempre he pensado que los generales mueren en la cama.

Mi comentario fue ignorado por Edum. Este llamó a los cuatro jefes de sección.

—Reagrupar vuestras respectivas secciones y seguirme —dijo echando a andar por una estrecha senda. Yo le seguí. Quince minutos más tarde nos metíamos en el pinar. En él un centenar de milicianos nos recibieron con muestras de alegría y vivas a la República.

—Carlos, pasa la voz de que se acerquen los jefes de sección.

El enemigo, que había notado nuestro movimiento en el pinar, intensificó el fuego de fusilería y ametralladoras. Las balas empezaron a silbar por nuestras cabezas y a llevarse las piñas de los árboles. Frenéticamente me puse a cavar la parda superficie. Las punzantes agujas de los pinos se me metían entre las uñas causándome fuerte dolor.

—¡Cabrones! ¡Fascistas! —surgió un fuerte clamor del pinar.

—¡Rojos de mierda! ¡Rojos separatistas! Subir si tenéis cojones. Aquí os esperamos —respondían, entre continuas ráfagas de ametralladoras.

—¡Viva Cristo Rey! ¡Muera la República! ¡Subir, subir, a qué esperáis!

El pinar se había convertido en un manicomio. Los insultos y las blasfemias se intercalaban con el fuego de las armas automáticas.

—Carlos, pareces un topo —dijo Iñaki. Se tumbó a mi lado.

A continuación vinieron García, Etxebeste y Salaverría.

—Iñaki —le dijo Edum—, coloca tu sección en el flanco derecho. Salaverría en el izquierdo, García y Etxebeste en el centro. Las dos secciones del centro iniciarán el ataque.

—De acuerdo —respondieron Iñaki y Salaverría. Se levantaron y bajo el fuego enemigo se fueron a sus respectivas secciones a ocupar las posiciones designadas.

Era un excelente día de verano. Las primeras luces del alba iban descubriendo las siluetas de las trincheras del enemigo a lo largo de la cumbre. Se silenciaron las pistolas y las escopetas de caza y solamente rompía la serena mañana el nervioso toser de las ametralladoras enemigas.

—¡Fuego! —gritó Edum. En unos segundos a lo largo del pinar salió una llamarada roja.

El enemigo cesó de disparar. Se dispuso a esperar nuestro ataque. Sobre la tierra removida delante de las posiciones rebeldes se iban elevando leves columnas de polvo.

Disparaba tan deprisa que el hombro empezó a dolerme.

—Te veo preocupado, Edum —le dije dejando de disparar.

—Sí, Carlos —contestó mirando el reloj—. Nuestros camaradas debieran ya haber empezado el ataque de flanco.

—Si hubieran encontrado algún contratiempo, nos hubiéramos dado cuenta —respondió García.

—Tienes razón. Son mis nervios. ¿Crees García que nosotros empezamos a subir?

—Vamos a esperar un poco más.

—Carlos, vete a donde Iñaki y dile que en diez minutos empiecen a subir a la cima. Le dices lo mismo a Salaverría.

Corrí a la posición de Iñaki y, llegándome a él, le dije:

—Iñaki, empieza a subir en diez minutos. *Agur* y suerte.

—Ya es hora —dijo Garmendia—. Toma Carlos un trago de *chanchán* para que te

animes.

Cogí la botella de coñac que Garmendia me ofrecía y eché un buen trago.

—Gracias, Garmendia.

—Es un buen saltaparapetos —dijo Garmendia, vaciando la botella y sacando otra de la mochila—. Hay que estar prevenidos para desinfectar a los heridos.

Dejé a mis camaradas y a la carrera, ignorando el fuego enemigo, me llegué a donde Salaverría a darle la orden. Acabada la misión, me regresé.

—Ya les he dado tus órdenes.

—Bien, Carlos. Cuando subamos no te separes de mí. No te preocupes, que es... —sin acabar la frase, cuando el nuevo día se estremeció con las secas explosiones de la dinamita. Miramos hacia la cima cubierta por una densa cortina de humo negro y polvo.

—¡A por ellos, *gudaris!* —gritó Edum empezando a subir hacia las posiciones enemigas. Yo le seguí. Con fuertes gritos y disparando nuestras armas nos tiramos al asalto. Los requetés, sorprendidos del ataque por los dos flancos y cogidos entre tres fuegos, opusieron débil resistencia. Unos minutos más tarde, sudorosos y jadeantes, nos abrazábamos en la cumbre con nuestros camaradas.

No se había cogido ningún prisionero. Tirados sobre la sucia tierra de la trinchera, las moscas y las hormigas empezaban a darse su festín con los cadáveres que yacían inmóviles bañados en su propia sangre. A nuestros muertos los enterramos en el pinar y a los heridos los evacuamos a la capital.

El peligro que tan peligrosamente amenazaba las comunicaciones Bilbao a San Sebastián había sido eliminado por momento.

—¿Qué os ha ocurrido que habéis tardado tanto?

—Los veinte minutos de retraso —respondió Iker— se han debido a que hemos tenido que andar con mucho cuidado para no ser observados por el enemigo.

—Me alegro de que hayáis llegado a tiempo.

—Iker —le dijo el Comandante—, en cuanto llegue a Azpeitia te mandaré un grupo de zapadores para que fortifiques la posición. ¿Te quedas, Edum?

—No, bajo contigo.

Nos despedimos de las dos secciones de Iker y nos regresamos a la carretera donde habíamos dejado los autobuses.

## XXIV

En la carretera nos volvimos a subir a los autobuses para dirigirnos al frente fronterizo. Más tarde cruzábamos las desiertas avenidas de la capital de verano vasca. Pasamos el puente de Santa Catalina y seguimos por la calle de Miracruz. A la bajada del alto de Miracruz los autobuses se pararon. Era un control de la CNT. Los autobuses zigzaguearon entre el parapeto y enfilaron carretera adelante. Grupos de milicianos sucios y cansados marchaban a los dos lados de la carretera adelante. Unos para la zona de combate, los otros para la capital. De cuando en cuando, pasábamos núcleos de mujeres y niños que evacuaban los pueblos cercanos a la frontera.

La defensa de la zona fronteriza era vital para nosotros. No era menos importante para los planes del general Mola.

Y si Irún caía, la suerte de Gipuzkoa estaba echada, y acaso, la guerra civil, salvo que llegasen a tiempo grandes cantidades de material de guerra. La caída de Irún, internacionalmente representaba una victoria para los políticos de la no intervención. Sin ayuda inmediata, la suerte de las nacionalidades de la Península había sido decidida por los ingleses y la colaboración de las fuerzas del Frente Popular Francés. Los autobuses pararon a la entrada de Irún. Nos apeamos y fuimos formando a un lado de la carretera general de Francia. El sol brillaba con tanta intensidad que me quemaba los ojos. Nos quedamos rígidos. El estruendo era ensordecedor. En las colinas de nuestra derecha fuertes columnas de humo negro y blanco cubrían el fuerte azul del cielo. El ambiente me hizo recordar las escenas de la Primera Guerra Mundial que había visto en el cine. Medio idiotizados, mirábamos estúpidamente los montes.

—Ni al Rey de Inglaterra le dan el recibimiento que nos están dando a nosotros —gritaba Garmendia entre trago y trago de *chanchán*.

—En columna de a uno y a cinco pasos de distancia —ordenó Edum.

A medio kilómetro nos internamos en el monte. La artillería rebelde monótonamente continuaba machacando la colina con ardiente hierro. De cuando en cuando, los proyectiles pasaban silbando sobre nuestras cabezas y explotaban en la falda de la montaña. Estaba asustado, y por los rostros descoloridos de mis camaradas, me di cuenta de que el fenómeno era colectivo. Subíamos en silencio, con todos los sentidos alerta. Llegamos a la cima y nos fuimos metiendo en una profunda zanja que iba a dar al otro lado de la colina.

—Mirad quiénes llegan —nos recibieron con fuertes muestras de alegría nuestros camaradas que llevaban días en la posición.

—¿Cómo os están tratando los requetés? —saludamos a gritos mientras nos abrazábamos los unos a los otros.

—¿Vendréis a relevarnos? —nos preguntaron.

—No.

Y el entusiasmo de nuestros camaradas, fue enfriándose al darse cuenta de que no

veníamos a relevarlos.

—Si os apetece la fiambre seca, mirad por encima de los parapetos. Pero tener cuidado que no os vuelen los sesos —nos decían a gritos para dejarse oír por encima de las continuas y secas explosiones...

—Iñaki, García, Etxebeste, Salaverría —ordenó Edum—. Distribuir las secciones a lo largo del parapeto y tumbaros en el suelo.

—¿Dónde está Machín? —preguntó Edum.

—Machín les estará contando sus aventuras en la revolución mejicana a sus camaradas —respondió Basulde, miembro de nuestro grupo que ocupaba con otros grupos de milicianos la posición—. ¡Besad la tierra! —gritó de pronto, tirándose de bruces.

Seguí su consejo. Me tapé la cabeza con las manos en el instante en que uno de los proyectiles explotaba a un metro de la trinchera. Por unos segundos quedé sordo y mi cuerpo se cubrió de tierra. La zanja era larga y profunda. Otras zanjas en V salían de las trincheras y llegaban al otro lado de la colina. A veinte metros había una alambrada de un espesor de dos metros, que nos habían dicho que estaban electrificadas.

Pero nadie creía nada. El 90 por ciento de lo que nos decían eran burdas mentiras. Y empecé a darme cuenta de lo avanzado que estaba la técnica de la manipulación en masa. Al final no podíamos ni distinguir la diferencia de un color del otro.

—Los hijos de la gran puta, cada vez tienen mejor puntería —exclamó Basulde levantándose.

Los cañones del fuerte de San Marcial respondían con violencia al fuego enemigo.

—De aquí no salen con vida ni las pulgas —volvió a hablar Basulde, sacudiéndose su desgarrada ropa.

—Nos alegramos de teneros aquí —irrumpió Machín, que venía acompañado del otro jefe de grupo, Lazkano—. Dentro de poco va a dar comienzo la sinfonía... «Los antifascistas». El director es el general Mola, la letra de Stalin, el acompañamiento de las orquestas sinfónicas de la Legión Extranjera, los tambores de Regulares de África, los Capronis italianos, cortesía de Mussolini y de sus aliados de la no intervención. En reserva, el Obispado de España, los curas trabucones para darnos la extremaunción y el tiro de gracia a los heridos que no puedan correr y salvarse de los salvadores de almas perdidas.

El pintoresco discurso de Machín, nos hizo olvidar por un segundo los continuos estallidos de los obuses. En la ciudad, a Machín nadie le conocía por su nombre. Era uno de esos nombres vascos que no tenían final. Por su apariencia física se le conocía más bien por la «calavera viviente». Los huesos de las mejillas le sobresalían descaradamente, la nariz era de ave de presa, los ojos verdes y burlones se escondían en sus cavidades, cuatro pelos rojizos rodeaban una larga calva, y las manos eran largas y finas, de no haber trabajado en la vida. Andaba en los alrededores de los

cincuenta años, aunque aparentaba tener sesenta.

Según una de las leyendas salidas de la imaginación de las gentes de la ciudad, a los dieciocho años le birló a su padre cien mil pesetas y se lanzó al mundo a derrocharlas. Veinte años más tarde volvía a reaparecer a las cuatro lunas y su padre le montó una taberna en la parte vieja de la ciudad. Su mayor debilidad era invitar a todos a tomar vino, a sentarse alrededor de un porrón, mientras contaba anécdotas y aventuras salidas de su fértil imaginación.

Decía que había sido teniente de Pancho Villa en la revolución mejicana. Había navegado por los cuatro mares y dedicado al tráfico de chinos de Shanghai a San Francisco. A New York la llamaba el gran basurero del mundo, a sus rascacielos los esqueletos vivos de cemento.

—Me preguntaba, Edum, la población con que contamos en esta posición —dijo—. Con los vuestros contamos con trescientos fusiles, otros trescientos o cuatrocientos con armas diversas, y la suficiente dinamita para volar la línea de ferrocarril desde Irún a Moscú. Ayer teníamos una ametralladora pesada, la artillería se cargó la ametralladora y a los pobres diablos que la servían. Los defensores de la posición pertenecen a todos los partidos políticos y sindicales que existen y coexisten, y a los nuevos que se formarán más tarde. Diariamente nos visitan cientos de milicianos que se tiran sobre los muertos para desarmarlos y desnudarlos. La munición está tan escasa que al miliciano o al *gudari* que malgaste un tiro, se le juzga en un Comité que hemos organizado en la posición. Si tuviésemos el tren que los cabrones gabachos han detenido en Hendaya, nos cargábamos a todo el Ejército expedicionario de África, y aún nos quedaría para cargarnos a ese comité de la no intervención que son más fascistas que Hitler.

Oyendo a Machín presentar el informe, nos olvidamos por completo del cañoneo de las baterías rebeldes.

A nuestros pies corría el río Bidasoa, angosto y encerrado entre montañas en su corto recorrido, desde el valle del Baztán, cuna de la monarquía vascona, y origen de los héroes de Roncesvalles. Al otro lado del río, se encontraba la zona ocupada por Francia, segregada del cuerpo político vasco, por obra de ambiciosos conquistadores que falsificaban la historia, la libertad y las bulas pastorales para destruir la unidad del pueblo vasco.

Al incesante golpear de la artillería, se unieron los morteros del 81 y el tabletear de las ametralladoras pesadas.

—Han empezado a tirarnos con todo lo que tienen —comentó Machín—. Me voy al lado de mis gorriones. No espantaros, que esto pasa enseguida —se despidió echando a correr por la zanja con la cabeza agachada. Machín llamaba gorriones a los *gudaris* de su sección.

El enemigo arreció el fuego de artillería y morteros contra nuestras posiciones. Edum y yo nos arrodillamos pegados al parapeto a la espera del inminente ataque de la infantería rebelde.

—En la forma que están tirando, Edum, me parece que hemos encontrado finalmente nuestra sepultura.

Si me hubiera oído García este comentario, me hubiera respondido «el honor de morir en defensa del antifascismo». Yo no creía...

—¡Ya vienen! —surgió un fuerte clamor a lo largo de la trinchera. Nos levantamos y pegados a los destrozados parapetos, nos pusimos a esperar nerviosos al enemigo.

Los minutos se hacían largos, terriblemente largos. Los camilleros de sanidad, jadeantes y sucios con la sangre de sus camaradas heridos, los iban evacuando de las trincheras.

Súbitamente, en el brillante sol zumbó el ronroneo de los motores de aviación.

—¡Por allí vienen! —exclamaron un centenar de voces excitadas. Por la dirección de Navarra se acercaban tres aviones. Su color plateado despedía ráfagas de luz en el azul del cielo. Fueron descendiendo raudos sobre Irún. Dieron unas vueltas sobre la villa, como aves de presa olfateando ávidas y voraces la carnada de las poblaciones civiles e indefensas. Segundos después dejaban caer uno objetos plateados que descendieron velozmente sobre la villa. Después, secas explosiones seguidas de fuertes columnas de humo, que cubrieron momentáneamente el sol. Un furibundo y airado griterío surgió de las trincheras. Las más horrendas blasfemias salieron de nuestras secas gargantas. Con los puños levantados amenazamos con gesto impotente a los pájaros de la muerte extranjeros. Los aviones dieron unas vueltas más sobre Irún y desaparecieron por donde habían venido.

Las fuerzas que decían luchar por los valores de la civilización cristiano-judaica daban comienzo a la sistemática exterminación de los pueblos que deseaban ser libres, con la tácita aprobación de la futura coalición antifascistas. Comenzaba la gran mentira a imponerse en todo el mundo.

Los aviones que habían bombardeado Irún eran trimotores italianos, Capronis. El cuerpo diplomático, que seguía el curso de la batalla al otro lado del río comiendo bocadillos bañados con champaña, los mismos que habían mandado un ultimátum al Gobierno dirigido por el doctor Giral por los asesinatos de fascistas cometidos en la cárcel Modelo de Madrid, retiraban momentáneamente sus prismáticos para ignorar la intervención italiana.

Era el comienzo de una extraña era en la historia europea, época que aún no ha acabado, en la que los pueblos serán masacrados bárbaramente, desde el aire, la tierra y en los campos de concentración, defendiendo dioses y mitos inexistentes creados en el canceroso cuerpo político. El fascismo y el antifascismo serán las ideologías por las cuales los pueblos serán bestialmente mutilados. Bajo la careta de estas dos ideologías, se competía por algo más trascendental que la libertad y la esclavitud, se jugaba la supremacía a escala mundial.

El enemigo atacaba las posiciones fronterizas por mar, tierra y aire.

—Ya suben los hijos de la gran puta... —comenzamos a bramar viendo avanzar

los uniformes verdes de los legionarios, la escoria internacional.

En este momento no tenía miedo. Los gritos, el calor, habían calentado nuestra sangre y paralizado el pensamiento. Hervíamos para entrar en acción y matar y matar sin compasión. La artillería enemiga alargó el tiro tratando de cortar refuerzos. Las ametralladoras y los morteros continuaban demoliendo nuestras posiciones.

—¡Subid, cabrones! —chillábamos encrespados de ira—. ¡Os vamos a cortar los huevos!

Los legionarios nos respondían dando alaridos y gritando ¡Viva la Muerte!, mientras subían gateando la colina.

Los gritos, el ruido infernal de las armas automáticas, el constante tabletear de las ametralladoras enemigas, se unían a las baterías del fuerte disparando acero contra las fuerzas rebeldes.

Los atacantes se iban acercando a nuestras alambradas y con intuición extraña, mis dedos lentamente fueron apretando el gatillo del fusil. Tenía una sensación extraña, en el que algunos reflejos se me habían quedado paralizados, pues, ya no oía ni sentía el silbido de las balas ni la explosión de los morteros. Sin embargo, los dedos y la vista funcionaban normalmente. Abruptamente, cesaron nuestros gritos, el humo de las explosiones eclipsó el fuerte sol de la mañana. El continuo tableteo de las máquinas pesadas, las furiosas descargas de fusilería con que el enemigo protegía su avance, las secas explosiones de los morteros que caían a nuestro alrededor, me daban la impresión de que estaba viviendo en un mundo irreal.

Ya no existía el tiempo, los segundos, los minutos, las horas, los días, era todo abstracto. Todo había desaparecido de nuestro pensamiento. Hasta el pulso y la respiración habían cesado.

—Si a esto lo llama el mundo super-civilizado, racional —comentó Iñaki— ¡Viva la irracionali...! —Sus palabras se sumergieron en el fuerte rugido que se elevó a lo largo de nuestras trincheras.

—¡A por ellos!

Abrimos fuego. Las cargas de dinamita formaron una cortina de humo y hierro frente a nuestras posiciones.

Nuestras armas automáticas fueron cerrando con cuerpos legionarios los huecos de las alambradas demolidas por el furioso fuego de artillería. Ola tras ola de asaltantes caían sesgados por nuestro brutal fuego.

La sensación de parálisis de momentos antes había desaparecido por completo. Ahora, poseídos de ciega ira, íbamos descargando peine tras peine contra la verde masa de asaltantes determinados a ocupar nuestras trincheras.

—¡Viva la Muerte! ¡Legionarios! ¡Venir!

Y los gritos se mezclaban con los lamentos y ayes de los heridos.

El olor de la pólvora, el sudor y el polvo, nuestros feroces alaridos y blasfemias nos enardecían de tal manera, que sin darnos cuenta disparábamos nuestras armas erguidos sobre los parapetos. Éramos dioses saboreando con sadismo la agonía del

hombre. Cuanta más sangre veíamos más nos exaltábamos y la carne enemiga y la nuestra se iba amontonando, la una sobre las alambradas y la otra sobre nuestras trincheras. El enemigo, atónito y desconcertado ante nuestra furia, se fue resguardando en los cráteres de la artillería a recuperar el aliento y esperar nuevos refuerzos para seguir el ataque.

—¡A por ellos! ¡Viva la Revolución! ¡Viva la República! ¡*Gora Euskadi Askatuta!* ¡Muera el Imperialismo! ¡Muera el Fascismo! ¡Muera el Comité de No Intervención! ¡A por ellos, camaradas! —y saltando de nuestras trincheras fuimos desalojando con bombas de dinamita y con las puntas de nuestras bayonetas, sin cuartel.

El enemigo, sorprendido de nuestra audacia, se tiró en desorden monte abajo. Regresamos a nuestras posiciones, dejándonos caer pesadamente sobre los calientes cartuchos. Los sentidos los tenía completamente embotados y el cuerpo empapado de sudor pegajoso. Me levanté y miré por encima del parapeto. Los huecos de las alambradas se encontraban literalmente cubiertos con cadáveres enemigos. De entre la masa inmóvil salían voces angustiosas clamando: ¡Ayudadme, camaradas! ¡Por amor a Dios, camaradas, dadme una mano! ¡Por vuestras benditas madres, sacadme de aquí!

Los muertos colgaban en distintas formas sujetos por las púas de las alambradas. Me tapé el rostro, horrorizado. Tuve el impulso de saltar la trinchera e ir en busca de los heridos. Pero, las ráfagas de las ametralladoras enemigas comenzaron de nuevo a batir nuestras posiciones.

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes permitir esta carnicería? —exclamé en tono de imploración mirando el transparente cielo azul—. ¿Cómo puedes permitir que maten y asesinen en tu nombre?

Me senté. Sentía fuertes náuseas y ganas de vomitar. En este momento, la Iglesia, se me aparecía como una gran aberración. ¿Cómo podía el Santo Padre permitir esto, sin levantar su voz de protesta y amenaza de excomulgar a todos los que participaban en el conflicto fratricida? ¿O era que se había deshumanizado y había perdido su sensibilidad ante el sufrimiento de las clases humildes a las que decía representar?

Unos momentos después se me unían García e Iñaki, me alegré de ello.

—Les hemos dado una demostración a los profesionales —dijo Iñaki tumbándose con abandono.

—Ojalá las democracias europeas hayan recibido el mensaje de hoy —comentó García quitándose los lentes—. Porque si no, nuestra sangre será el espectro que las perseguirá implacable a su tumba.

—Lo único que puedes esperar de las democracias, García, es que se conviertan en nuestros enterradores.

—No seas cínico, Carlos.

—Los comunistas han creado un nuevo Dios para que los pueblos se dejen matar por él. El antifascismo será la válvula de escape de los fascistas que se visten como

en los carnavales con caretas democráticas.

—No digas tonterías.

—Fascismo es el último recurso de la burguesía monopolista, cuando entra esta en crisis profunda.

Me callé.

—¡Eh! Carlos, Iñaki, García, animaros —se vino Garmendia, ofreciéndonos su cantimplora de coñac.

La cogí, la llevé a los labios y vacié su contenido. Me pareció que me ardía la garganta.

—Te he secado, Garmendia —dije devolviéndole la cantimplora.

—No te preocupes, Carlos —respondió sacando de su rota y sucia camisa otra botella de coñac. Rompió el cuello de la botella sobre el parapeto y volvió a llenar la cantimplora. La pasó a García e Iñaki y él dejó caer lo sobrante de la botella en su boca abierta—. La última —dijo besando con cariño la botella y tirándola por encima del parapeto.

Las moscas zumbaban molestas a nuestro alrededor.

—Les hemos dado con tanto gusto, que estoy seguro de que a los gloriosos legionarios se les han achicado los huevos —dijo Garmendia.

Encendimos un cigarrillo y cerramos los ojos. El sol acariciaba con sus rayos la tormenta interna que aún circulaba por nuestra sangre.

—¿De dónde sacas el coñac, Garmendia? —le preguntó Iñaki.

—Me lo ha dado un herido que ha sido evacuado.

—¿Has visto a la «calavera viviente»? —volvió a preguntar.

—Machín tiene mucho cuento, y Lazkano los tiene bien puestos —respondió.

Una sección de soldados del Ejército regular, que se habían rendido en el Cuartel de Loyola, se metieron en la zanja. Con eficiencia profesional se pusieron a preparar los nidos para las ametralladoras pesadas. Seguidamente un numeroso destacamento de obreros con picos y palas se pusieron a arreglar los parapetos bajo el fuego enemigo.

—¡Viva los soldados del pueblo! —les saludó Garmendia—. Aunque nos traigan todo el Ejército expedicionario de África, nosotros no nos vamos a mover de esta posición —les dijo brabucón Garmendia a los soldados, levantándose y ofreciéndoles el coñac.

Garmendia era un animal grande y sencillo. Sabía él mejor que nosotros, por qué luchaba. Ganar la guerra para él no solo representaba la lucha por la liberación nacional, sino tener la posibilidad de vivir y trabajar con dignidad humana. Todo para él era simple. No tenía ambiciones personales, ni se masturbaba mentalmente como nosotros, que creíamos lo sabíamos todo, y en el fondo no sabíamos nada de nada.

Los soldados bebieron y devolvieron la cantimplora.

—Gracias, camarada.

—¿Habéis tenido muchas bajas? —preguntó Edum, llegándose a nuestro grupo.

—Siete en mi sección —respondió García.

—Tres en la mía —dijo Iñaki.

—Carlos, vete al final de la trinchera y diles a Salaverría, Machín, Etxebeste y Lazkano que vengan.

Me levanté. Fui a cumplir la orden. A lo largo de la trinchera, los milicianos, sucios y cansados, estaban tirados en la tierra.

De la noche a la mañana, los bisoños soldados del pueblo, se habían convertido en aguerridos veteranos y como prueba, ahí quedaban durmiendo en las alambradas, las fuerzas de choque del cuerpo expedicionario de África, las levas mercenarias rebeldes.

—Chaval —me paró un miliciano que frisaría en los sesenta años, dándome una palmada en la espalda—. Los fascistas jamás ocuparán estas colinas.

—Mientras el pueblo cuente con hombres como tú, camarada —respondí lleno de emoción—, es imposible perder la guerra.

Hace unos días trabajaban en los talleres, en las fábricas y oficinas. Hoy, mal armados, dirigidos por jefes improvisados de obreros, empleados y estudiantes habían demostrado a los jefes y oficiales, soldados profesionales que se habían rebelado contra su propio Gobierno, que la marcha militar proyectada por el general Mola no iba a ser tal. Este era el nuevo Ejército del pueblo que iba forjándose en las condiciones más adversas. Un Ejército dispuesto a sacrificarse si no era traicionado por dentro y fuera. Un Ejército dispuesto a devolver con la máxima violencia, la violencia desencadenada contra él, por fuerzas internas y externas. El pueblo, si lo exigían, estaba dispuesto a hacer una guerra total, dentro y fuera de la Península.

En estas reflexiones llegué a donde estaba la sección de Salaverría.

—Qué hay, Salaverría.

—Hola, Carlos.

—¿Has perdido mucha gente en tu sección? —pregunté.

—Doce.

—Edum quiere verte. Está arriba en la trinchera. Voy a avisarles a Machín, Lazkano y Etxebeste —dije siguiendo en dirección en donde estaban las otras tres secciones.

—Machín, Etxebeste. ¿Cómo están vuestros gorriones?

—Mis gorriones, cuando salen de sus jaulas, se portan como leones. Ahora están tristes. Hemos perdido cinco buenos patriotas, otros tantos en la sección de Etxebeste y tres en la de Lazkano.

Los cuatro regresamos.

## XXV

Nos sentamos en el suelo. Con rostros brillantes de sudor y rígidos de tensión. Nos manteníamos en silencio.

—Ya se podían callar esas putas ametralladoras. Lo único que hacen es no dejarle a uno echar una siestecita —dijo Garmendia.

—¿Cómo andamos de municiones? —preguntó Edum.

—Vaya pregunta que haces —respondimos todos a una.

—Espero que la Junta de Defensa de San Sebastián nos mandará si tienen —dijo Lazkano—. Hasta ahora se han portado bien.

—Sí, pero la Junta de San Sebastián ha mandado una nota a la Comandancia de Azpeitia pidiendo municiones —dije yo.

—Si no nos mandan municiones, nos podemos despedir de Irún —comentó Salaverría.

—Y si no recibimos armas, es mejor dejarles paso libre y a gritar ¡Viva el fascismo! —dijo Lazkano.

—¿Cómo ha respondido la gente? —preguntó Edum.

—Como hombres de muchos huevos —respondió Iñaki.

—Vosotros os pasáis todo el día hablando. A nadie se le ocurre preguntar cuándo va a llegar el cocido y el vinillo —irrumpió Garmendia quejándose lastimosamente.

—Garmendia, eres incorregible. No piensas más que en comer y beber —le respondió Iñaki.

—¡Y en joder! —exclamó Machín.

—No sería mala idea formar milicias vascas femeninas —comentó Etxebeste todo entusiasmado.

—Los vascos no hemos llegado a tal extremo de refinamiento —dijo García.

—Mejor que no llegue —contestó Salaverría.

—Es que tú Salaverría eres un cavernícola —respondió Etxebeste.

—A veces me entran las ganas —dijo Garmendia— de alistarme a las milicias cenetistas. Ellos son los más civilizados, llevan milicianas.

—Lo que podíamos hacer es organizar una compañía de prostitutas y reclutarlas en la calle de San Francisco —dijo Machín lúbricamente.

—Por qué no con las putas de Villa María. El rebaño es mejor que el de la calle de San Francisco —respondió Lazkano, que se mantenía reservado.

Lazkano era de un caserío de Atáun, un pueblo a media hora de San Sebastián. Estudiaba para ingeniero de carreteras y puentes. Era alto, de rostro colorado, de ojos azules y rubio. Como buen vasco, era parco en palabras.

—Edum —dijo Garmendia—, ¿quieres que baje al pueblo a buscar algo de comida y vino?

—Garmendia —contestó Machín—, si tienes hambre cógete un fiambre de las alambradas y te haces un bistec de muslo —riéndose y enseñando unos dientes

amarillos.

—Vosotros lo tomáis todo en broma —respondió con rostro apenado—. ¿Cómo creéis que vamos a resistir la próxima embestida sin gasolina? Vamos a perder la posición por desfallecimiento.

—Tened compasión de Garmendia —salí en su defensa—. Más vale tenerlo lleno y satisfecho que aguantarle con la cara larga.

—Gracias, Carlos. Tú eres el único que tiene humanidad. A los demás, se les ha achicado el estómago y no se preocupan de los pobres *gudaris*.

—Vuélvete a dormir, Garmendia, y dejarnos en paz —dijo Etxebeste.

—No llores, Garmendia. Estoy seguro de que Lete está atracando con vales falsos los mejores establecimientos de la capital —dijo Edum para hacerle callar.

Cada jefe de sección fue informándole a Edum. Las bajas sufridas eran aterradoras: 35 muertos y unos cuarenta heridos que habían sido evacuados a los hospitales de sangre. Un tercio de nuestros efectivos.

—Podéis regresar a vuestras secciones. Si hay alguna novedad os avisaré.

Recosté la cabeza sobre el muslo de García que, felizmente recostado contra la pared del parapeto, se había dormido apaciblemente, a pesar del ruido que metían las máquinas pesadas. Cuando iba hundiéndome en el mundo de los sueños, irrumpió en la trinchera una columna de milicianos. Unos traían cajas de dinamita, otros cajas de municiones y bocadillos, vino y coñac.

—Obsequio del pueblo de Irún a los gloriosos soldados del pueblo —pregonaban dejando las municiones y los víveres a todo lo largo de la trinchera.

Garmendia, viendo tanta combustión, parecía que se le iban a saltar los ojos de las órbitas.

—Que cada jefe de sección se acerque y vaya retirando los bocadillos, una botella de vino por cabeza y una de coñac para dos —cantaban en lenta letanía los milicianos a lo largo de la trinchera—. Por favor, compañeros, no cuenten a los muertos. Los pobres ni comen ni beben.

Mientras se realizaba la distribución de las provisiones, las baterías rebeldes abrieron fuego tratando de paralizar la labor de los zapadores que arreglaban y fortalecían los parapetos, y en lugares determinados abrían huecos dentro de las trincheras.

—¡No sean cabrones, fascistas de mierda! —gritó un miliciano asomándose sobre el parapeto—. Estamos almorzando y se nos va a indigestar las fiambres que nos han traído. Ya les avisaremos en cuanto acabemos.

Dicho esto, el miliciano volvió a sentarse a continuar con el almuerzo.

A la artillería rebelde se unieron las baterías del fuerte, que trataban de acallar las baterías enemigas.

—¿Sabéis los que nos ha dicho el enlace que nos ha traído las municiones? —nos dijo Edum, entre trago y bocado—. Las municiones nos deben durar veinticuatro horas.

—¿Han pedido permiso a Mola? —preguntó García—. Pues, si nos dan otra embestida como la de hoy, quemamos en tres horas las municiones que nos han traído.

—Si serán maricones esos gabachos de mierda —exclamó uno de los milicianos que nos había oído. Por el color del pañuelo se veía que pertenecía a la CNT.

—Compañero —replicó uno de sus camaradas—, no generalice, el pueblo francés no tiene la culpa, es el Gobierno.

—¿Es que el Gobierno del Frente Popular no lo ha elegido el pueblo? —le respondió el primero que había hablado. Y continuó—: Si tan democráticos como presumen, la responsabilidad la tienen todos. Aquí estamos nosotros muriendo y sin municiones y atacados por aviones italianos. Y los gabachos nos detienen un tren de armas y municiones, que es nuestro. Pues nos las mandan nuestros camaradas catalanes.

—Compañero, tú bien sabes cómo operan los políticos, que han monopolizado la palabra democracia. Se acuerdan del pueblo en día de elecciones. Cuando suben al poder con nuestros votos, nos mandan al paseo. Cuando exigimos en la calle que cumplan lo que nos han ofrecido, nos mandan a tomar por el trasero. Y si uno insiste, nos mandan a la Guardia Civil para que nos maten a tiros.

Interrumpió la discusión un grupo armado con dos fusiles ametralladoras.

—¡Salud, camaradas! —era el grupo de anarquistas belgas que habíamos oído andaban combatiendo a nuestro lado.

Los belgas siguieron trinchera adelante en dirección del frente.

—Camaradas —les dijo Iñaki a los camaradas cenetistas—. No creo que el pueblo francés, ni el Gobierno sean responsables de no ayudarnos. Los enemigos de los pueblos latinos son anglosajones. Me jugaría el pescuezo a que los ingleses en estos momentos están amenazando a los franceses con abandonarlos en caso de un conflicto con Alemania, si nos ayudan.

—No me fío de los gabachos, ni de los ingleses —respondió el miliciano del pañuelo negro y rojo.

—Si las democracias occidentales se niegan a vendernos armas —dijo un joven con las insignias de las juventudes comunistas—, nuestros camaradas rusos no van a estar cruzados de brazos. La solidaridad internacional de la clase obrera es más fuerte que todas las armas que Mola reciba de los países fascistas. Lo importante ahora, es resistir y crear un mando único militar, dejar a un lado el infantilismo revolucionario y la liberación nacional del pueblo vaco, y unirnos en defensa de la República del Frente Popular.

—Habéis oído camaradas, hacer la revolución es infantilismo. Porque no está dirigida por los comunistas —le respondió el cenetista del pañuelo rojo y negro—. Los cenetistas les decimos a nuestros camaradas comunistas que estamos dispuestos ahora mismo a crear un mando único, un mando único revolucionario. La clase obrera cenetista, ni la clase obrera socialista, va a morir por unas instituciones

políticas que han asesinado a camaradas socialistas y cenetistas en Casas Viejas, en Arnedo, en Pozoblanco, en San Sebastián y en Asturias durante la revolución de octubre.

El cenetista hizo una breve pausa y continuó.

»Nuestro camarada comunista dice que es infantilismo que los vascos luchen por la liberación nacional, y se dejen matar en defensa de una República, una República que en cinco años de existencia ha dado largas a dar una Autonomía.

»Si los comunistas queréis salvar a la burguesía fascista, tendréis vuestras razones. Pero vuestras razones, no son las de la clase obrera. Esta no ha provocado este conflicto. Los que han provocado han sido el Ejército, la Iglesia y la burguesía.

Esporádicamente, durante el día, el enemigo seguía batiendo nuestras posiciones con fuego de artillería y morteros. Acaso estuvieran esperando la llegada de refuerzos de hombres y material para realizar el máximo esfuerzo. Nadie dudaba que el mando rebelde estaba informado de nuestra penuria de municiones. Pues para alguien que conociese el terreno no había grandes dificultades de pasar a campo enemigo.

Era un buen atardecer. Sobre las peñas de Aya, nubes blancas de todos los tamaños parecían chocar contra ellas. De pronto el frente volvió a estremecerse bajo un furioso ataque de artillería y morteros.

El inesperado bombardeo interrumpió las agrias disputas entre los afiliados a las diversas organizaciones y nos aprestamos a rechazar al enemigo.

—Me alegro —le dije a García.

—También yo. Me fastidian estas constantes disputas.

—Es parte de la condición humana. El mando rebelde no tiene estos problemas.

El enemigo probó aquí y allá, a todo lo largo del frente por tres largas horas. No pudiendo encontrar una apertura débil, el combate cesó igual que había comenzado. El frente se hundió en la más profunda calma. Pero nuestras cartucheras habían mermado considerablemente.

—Una manera original de darnos las buenas noches —comentó Iñaki volviendo a sentarse.

García y yo nos sentamos a su lado. Al poco rato se nos unió Garmendia. Empezaba a respetar a Garmendia. Este sabía mejor que nosotros por qué se rebelaba. Garmendia no aceptaba la forma en la que el patrón lo trataba. Para él la guerra era un reivindicación de claridad y de unidad. Aquí estaban las contradicciones entre los comunistas y la clase obrera cenetista y socialista.

Los comunistas iban creando un Dios personal, el antifascismo, y era lógico que la revolución que la contrarrevolución había puesto en marcha, le pidiese cuentas.

La hora en que la burguesía liberal monopolista pudiera abrirse camino hacia el Poder con la colaboración de la clase obrera en su lucha contra las tradicionales fuerzas de la burguesía en España, había pasado. Pero, si este era el caso de España, en Europa iba a ocurrir todo lo contrario.

Al confundir los comunistas la estrecha relación entre la burguesía y fascismo, los

comunistas crearon un mito histórico trascendental. Una fábula que la burguesía monopolista ha explotado con buen éxito para borrar en la mente de la opinión internacional y de la clase obrera su relación con el fascismo.

La burguesía liberal monopolista se dio cuenta de que los comunistas, al crear el Dios antifascista, por las razones que tuviesen, les había dado la oportunidad para salvarse y desligar a la burguesía liberal monopolista con el fenómeno del fascismo.

Y con la ayuda de los comunistas, la burguesía liberal ha podido convencer por completo a la clase obrera de que el fenómeno político del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán eran rarezas separadas de la corriente política de la burguesía liberal monopolista. Cuando realmente, el fascismo es el último recurso de la burguesía, cuando entra en crisis profunda.

La noche nos iba envolviendo en su sombra. Por la carretera paralela al río Bidasoa, en dirección a Navarra, largas caravanas de camiones se iban acercando al frente con los faros encendidos. Las luces aparecían y volvían a desaparecer entre las montañas.

El crepúsculo volvía a estremecerse con la artillería del fuerte, que había observado el fuerte movimiento en terreno enemigo. Y el campo se iluminaba y volvía a oscurecerse con los fognazos de la artillería del fuerte de San Marcial.

—Parece que están trayendo fuerzas —nos dijo Etxebeste—. Llevo contados más de cien camiones. Esto quiere decir que mañana va a ser un día movido.

—Así parece.

—García —dijo Edum—. Entre tú, Iñaki y Etxebeste organizar la guardia para la noche. Tú, Etxebeste, sube a tu grupo a esta posición.

—De acuerdo, Edum.

Etxebeste se fue en busca de su sección. Se montó la guardia. Los demás nos tumbamos sobre la trinchera y tratamos de echar unas cabezadas antes que el relente de la noche nos despertase. No teníamos ni una miserable manta con que cubrirnos.

## XXVI

Nada más dar con los huesos en tierra, me quedé profundamente dormido y envuelto en mis fantasías. Soñaba que estaba al lado de Tere en la isla de Santa Clara, un islote a la entrada de la bahía de San Sebastián. A nuestros pies las olas rompían suavemente sobre el acantilado. El mar estaba tranquilo. A lo lejos, una columna vertical de humo negro señalaba la presencia de un barco de carga. Tumbados al sol sobre una manta, nos pasábamos horas y horas sin decirnos palabra. La guerra había acabado...

Y de pronto me puse de pie con el fusil en la mano. Mis camaradas también se habían levantado. Los unos echaron a correr hacia la izquierda siguiendo los fogonazos de las bombas de mano que alumbraban con destellos rojizos la colina.

—¡Los legionarios han tomado las posiciones de la izquierda! —resonó un clamor a todo lo largo de la trinchera.

En completa confusión en las tinieblas de la noche y guiados por los destellos de las bombas de mano, todo atropelladamente, nos tiramos en dirección de la lucha.

—Ñaki, García, Etxebeste —resonó en la oscuridad la voz enérgica de Edum—. Regresad a vuestras posiciones.

Volvimos a nuestro puesto. Por una larga hora y media prosiguió sin interrupción alguna el combate cuerpo a cuerpo en las posiciones ocupadas durante el ataque por sorpresa de las fuerzas legionarias. Las bombas de mano del enemigo, se confundían con las bombas de dinamita de nuestros camaradas. Las bombas iluminaban con brillantez la noche. El ruido era ensordecedor. Sobrecogido, miraba atentamente por encima de la trinchera con los dedos en el gatillo del fusil.

El combate cesó igual que había comenzado. Después, silencio... terrible silencio... Uno a uno fueron regresando algunos de nuestros camaradas que, sin hacer caso a Edum, habían participado en la breve y sangrienta lucha nocturna. Uno de ellos era Garmendia.

—Les hemos dado otra lección, Carlos —dijo recostándose en el parapeto al lado mío—. Toca la bayoneta.

La rocé con los dedos y los retiré inmediatamente al tocar un líquido pegajoso.

—¿Cómo ha sido, Garmendia? ¿Han opuesto mucha resistencia? ¿Se han hecho prisioneros?

—¿Prisioneros, Carlos? —respondió como sino me hubiese entendido lo que le había preguntado—. ¿Tú crees, Carlos, que si caes prisionero te van a respetar la vida? ¡No, Carlos! Nada de prisioneros. La bayoneta, o se les pega un tiro.

—¿Cuántos se metieron?

—Una compañía de legionarios con muchos cojones, aunque se han quedado sin ellos —dijo riéndose—. Acaban con nosotros o acabamos con ellos. No hay otra salida, Carlos. Cuando se acabe esta guerra va a haber paz por mucho tiempo... pues, únicamente quedarán vencedores y cadáveres en cementerios sobre la luna.

Terminada la breve refriega, el frente se calmó. Nosotros nos pasamos el resto de la noche de pie, pegados a los parapetos para evitar más sorpresas. Cuando la luz del nuevo día empezaba a dibujar en formas borrosas los negruzcos montes, apareció Lete acompañado de varios camaradas nuestros que habían podido subir a lomos de varios mulos un gran perol de humeante café.

—¿Cómo has tardado tanto? —le reprochó Edum con voz agriada—. Si no hubiera sido por la comida que nos dieron los milicianos ayer, nos habiéramos pasado sin comer todo el día.

—Desde ayer ando buscando transporte —respondió Lete.

—Estoy seguro de que si bajo a la capital —respondió Edum—, no encuentro un camión, sino diez.

—El problema no ha sido de camiones, sino de mulos y burros para subir al monte.

Mientras uno de nuestros camaradas distribuía el café en vasos de papel, otros fueron dejando cajas de coñac, vino y bocadillos. Momentos después entraban otros grupos con humeantes calderos de café para sus respectivos grupos.

—Garmendia —dijo Iñaki, señalando las cajas de coñac y vino—, parece que hoy es tu santo.

—Y el tuyo, Iñaki.

—Hoy voy a emborracharme. Voy a morir y voy a ir al cielo —respondió alegremente Garmendia cogiendo una botella de coñac. Miró la etiqueta—. Lete, ven que te dé un beso por el *chanchán* tan bueno que nos has traído.

—¿Crees tú Garmendia que San Pedro te va a abrir las rejas del cielo? —le preguntó Machín.

—Según cómo llegas —respondió Garmendia que, sin perder tiempo, se estaba echando un largo trago—. Para matar el relentillo de la madrugada —nos dijo—. Si no fuera por esta medicina, los gusanos de dentro nos hubieran comido las entrañas.

—No has contestado a mi pregunta —volvió a insistir Machín.

—He leído en algún libro que no sé quién escribió, ni me importa, aunque parece que fue un yanki, que todo en este mundo se puede comprar con dólares. Según la doctrina apostólica y romana que me enseñaron desde que comencé a secarle las tetas a mi madre, en el cielo no tienen coñac. Dicen que tienen de todo, menos *chanchán*. Así que espero llevarle unas botellas a San Pedro y ganarme la entrada —y diciendo esto se metió unas botellas en la mochila—. Por si las moscas.

—Querrás decir —le corrigió Machín—, comprarte la entrada.

—Todo es igual —respondió Garmendia—. Los políticos y los Gobiernos llaman tasar y requisar, que es lo mismo que robar.

—Todo es semántica —dijo alegremente Iñaki.

—Esta noche os traeré más combustible, ahora que me he birlado unos mulos.

—Nunca digas esa palabra, Lete —le advirtió Machín—, requisar es la palabra. Por lo otro si te descuidas te fusilan.

—Esta noche os traerá más combustible, ahora que he requisado unos mulos — repitió Lete.

—Y no te olvides de traerte unas cajas de madera para que nos entierren con todos lo honores —dijo Machín.

—Cuánta prisa tienes de largarte del frente —comenzaron a picarle varios de nuestros camaradas.

—Lete quiere desaparecer antes que comience el quinto movimiento de la sinfonía del general Mola —añadieron otros.

—Yo me quedo —dijo Lete, revolviéndose con fingido gesto de enfado—. Que se haga cargo de la intendencia quien quiera. Vosotros sois más exigentes que el Papa — arrancó el fusil a uno de nuestros camaradas y se fue al parapeto.

—Tiene razón Lete —salió en su defensa Garmendia—. No hacéis más que protestar y joderle.

Dichas estas palabras se fue a donde Lete y le dio unos fuertes manotazos en la espalda.

—No les hagas caso, Lete —le dijo mientras nos guiñaba el ojo—. Tú me tienes bien provisionado de *chanchán* y yo te juro por mi bendita madre, que de aquí en adelante respetan tu categoría. Desde este instante te nombro capitán de intendencia del batallón. Quedas bautizado —dijo echando coñac por su cabeza.

No podíamos aguantar la risa que nos daba Garmendia apaciguando a Lete.

—En cuanto lleguemos a Azpeitia lo haremos oficialmente bajo la figura venerada de San Ignacio de Loyola y te otorgaremos las tierras que te pertenecen.

—Lete, parece mentira que los tomes en serio —le dijo Edum—. Tú bien los conoces, hasta los muertos se levantan cuando comienzan a tomarle el pelo a uno.

Una columna de milicianos fue metiéndose en la trinchera y dejando cajas de municiones. Uno de ellos, se puso a pregonar.

—Según un comunicado de la Junta de Defensa de San Sebastián, estas cajas son las últimas que vais a recibir hoy. Y dice que le pidáis a Dios nuestro señor misericordioso que vele por vuestras dolorosas almas de dioses que habéis dado vuestras vidas para salvar al mundo.

Seguidamente, un destacamento de mineros bilbaínos empezaron a llenar con dinamita y apretar con tierra los huecos que los zapadores habían abierto ayer.

—¿Qué es lo que hacen? —pregunté.

—Tenemos órdenes de minar todas las posiciones —respondió el minero.

—Espero que nos avisarán a tiempo —dijo García, cambiando de color.

—Espero que sí, camaradas, aunque con la confusión que hay, no me fiaría mucho —respondió el minero con una sonrisa.

—¿Si explota un obús en estas cajas? —pregunté tímidamente.

—¡Puff! y se acabó —dijo levantando los brazos.

—¿Cuáles son los planes?

—Cuando se os acaben las municiones, vosotros os retiráis de las posiciones y

con este cable que vamos tendiendo esperaremos que los rebeldes ocupen las posiciones, nosotros desde abajo los volamos a todos dentro. Y entonces vosotros regresáis a las posiciones.

Descorché una de las botellas. Me la llevé a los labios y eché un buen trago.

—Toma, García —le ofrecí—. No me gusta cómo se pone la cosa. Me parece que vamos a necesitar tomar de esto para quitarnos el miedo.

—Lo mejor, Carlos, es anesthesiarnos —cogió la botella y vació una tercera parte de ella.

El sol comenzó a salir. Los negros montes se abrían lentamente al disco rojo que rápidamente iba ensanchando el paisaje. Ante nuestros ojos se fueron desarrollando las graciosas formas del Jaizkibel. A la izquierda, las hoscas y desnudas peñas de Aya.

A nuestros pies, Behobia, a nuestra espalda Irún. Ambos pueblos empezaban a despertar. La brisa de las montañas traía el sonido de las campanadas de las iglesias.

Frente y debajo de nuestras posiciones, entre el follaje, las fuerzas rebeldes, compuestas de moros, legionarios, si quedaba alguno, soldados y requetés, esperaban la orden de asalto. Innumerables cortinas de humo señalaban la presencia del enemigo, en las colinas de enfrente, en sus faldas, en sus hondonadas. Al otro lado del río, en la zona vasco-francesa, un público numeroso atraído por la publicidad de la prensa europea pagaba entrada por la vista panorámica. Los representantes de la cultura y civilización democrática europea, los diplomáticos, tenían los mejores asientos. Se amontonaban en los montes, en los altos de las casas, ávidos de no perder detalle del sangriento festín que iba a comenzar de un momento a otro en el ruedo ibérico. A los nuevos dioses que se resistían con las armas en la mano al fascismo, los iban a crucificar por no aceptar el nuevo orden europeo y predicar la resistencia contra la burguesía liberal monopolista.

—Sargento —llamó uno de los soldados que estaba sentado detrás de una ametralladora pesada—. ¿No crees que debiéramos calentar la máquina mandando una voleada contra los espectadores del otro lado del río?

—Sería ensuciar el río... Para esos, Juan, España es una gigantesca plaza de toros. Esa es la imagen que nosotros hemos exportado fuera. También es así como desearían vernos siempre. Una España débil, miserable, preocupada por los toros, el fútbol y entregada de alma y cuerpo a ellos —respondió el sargento escupiendo con repugnancia.

Todas las conversaciones habían cesado por completo. Intuíamos que algo iba a pasar. Era tan intenso el silencio que oímos estremecerse los tallos de hierba al vaivén de la ligera brisa. El sol comenzaba a suavizar los ásperos matices de las montañas. Era un amanecer irreal. Pegados al parapeto, sujetábamos los fusiles con fuerza. Esperábamos algo con aprensión y nerviosismo. Hasta la atmósfera parecía más transparente. Hasta la brisa de momentos antes había cesado por completo.

Las bromas y las risas de momentos antes se habían acallado por completo y

ahora no nos atrevíamos ni a hablar.

—García —le pregunté en un susurro—. ¿Por qué las baterías del fuerte no disparan contra las concentraciones enemigas?

—Oí ayer que andaban cortos de munición.

Las botellas de coñac que Lete nos había traído, se iban alineando, vacías en la tierra.

—Sabes, García —le dije—, estoy medio borracho.

—Estamos todos. Ya podía empezar y acabar todo de una puñetera vez.

Se acercó Etxebeste.

—Me ha dicho Edum que cuando acabéis la munición y las bombas de dinamita, os tiréis monte abajo. Nos reagruparemos a la salida de Irún.

Grupos de milicianos con pistolas y pistolas ametralladoras fueron entrando en la posición y colocándose en los parapetos. A lo largo de la trinchera estaban tiradas las bombas de dinamita con mechas cortísimas.

—Sargento, aquí le traemos toda la munición que la Junta de Defensa ha podido encontrar —dijo un miliciano dejando una caja.

No nos explicábamos por qué no nos mandaban municiones de Bilbao, Santander, Asturias; la situación tenía que ser desesperada en todos los frentes del Norte. Uno no podía explicárselo de otra manera. La defensa de Irún debiera ser el objetivo más importante de todos los frentes del Norte. Si perdíamos Irún la guerra estaba perdida. Nunca aceptaríamos esta realidad y seguiríamos combatiendo a sabiendas que habíamos sido traicionados por todos. Pero, esto era inaceptable. Continuaríamos combatiendo y desgastándonos, hambrientos como perros famélicos, sin esperanza alguna de salvarnos, lo único que podía salvarnos de toda esta miseria era la muerte.

—Solamente tengo munición para una hora —nos dijo el Sargento, todo resignado.

—Lo siento, camarada, mande un telegrama a León Blum protestando contra la detención del tren de municiones que tienen en la frontera —le dijo García.

—Serán cabrones los gabachos —dijo el soldado que apretaba el gatillo de la ametralladora.

Bruscamente, el esperado ataque se inició a todo lo largo del frente. Después de una breve preparación de artillería y morteros, la infantería enemiga se lanzó al ataque. Una y otra vez llegaban hasta nuestras alambradas y volvían a retirarse sin poder atravesar nuestra cortina de fuego. A continuación la artillería volvía a arreciar seguida de la infantería y una vez más, después de probar nuestras posiciones, se volvían a retirar. Nuestro optimismo fue aumentando ante las fáciles victorias; sin embargo, nuestras cartucheras iban mermando a cada minuto. Súbitamente, el enemigo abrió fuego. La tierra se estremeció violentamente a todo lo largo del frente. Tres aviones Capronis empezaron a bombardear nuestras posiciones. Después tres más...

—¡Tumbaros en las trincheras! —gritó García.

Ensoberados de las explosiones, medio enterrados, medio asfixiados, creíamos que nuestro final había llegado. Me sacudí la tierra que tenía encima. Me arrodillé en el momento en que la ametralladora pesada volaba con los soldados en la transparente atmósfera de la mañana. Había sido un directo impacto de artillería.

Al furioso bombardeo de las baterías enemigas de montaña y obuses y los 500 kilos de bombas de la aviación italiana, se unieron las baterías del Crucero *Almirante Cervera* y del destructor *Velasco*. El cielo estaba cubierto con una densa columna de humo. Los obuses, la artillería de montaña, las baterías de las unidades de la flota rebelde y los morteros fueron llevándose nuestras alambradas y nuestras trincheras en un huracán de hierro y fuego. Poco después, las ametralladoras se unían al estruendo. Las granadas rompedoras explotaban sobre nuestras cabezas, distribuyendo la metralla a todo nuestro alrededor. Tenía el presentimiento que todo había acabado.

Las baterías del fuerte se mantenían silenciosas. Habrían acabado toda la munición, pensamos.

El continuo rugir de la artillería, los gritos furibundos de los heridos, temerosos que los íbamos a abandonar, convertían la colina en un mundo de confusión y muerte.

Los grupos de sanidad, con un desprecio total a la vida, iban evacuando a los heridos de las trincheras destrozadas.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —surgió un fuerte griterío de nuestras trincheras medio destrozadas—. ¡Viva la República! —gritaban los comunistas—. ¡Viva el Comunismo Libertario! —los cenetistas—. ¡*Gora Euskadi Askatuta!* —los vascos—. Era todo una gran Babel de confusión.

—No perder la cabeza —iba corriendo Edum a lo largo del parapeto—. Esperad a que dé la orden de abrir fuego. Cada bala un enemigo. Comenzamos a fumar en cadena para encender las mechas de las bombas de dinamita.

Me asomé al parapeto. El enemigo trepaba por la colina en masa. Eran marroquíes, se les reconocía fácilmente por los bombachos color pardo y los turbantes atados a la cabeza. Sentí un fuerte escalofrío. Sabíamos que los marroquíes pasaban a todos los prisioneros a cuchillo después de abusarlos sexualmente. Pensé que era mejor morir matando que dejarse caer en sus manos.

—¡Rojos! ¡Rojos! ¡Rendiros, si no vamos a pasaros a cuchillo! —chillaban con estridentes gritos.

—¡Subir, moros de mierda! ¡Maricones! ¡Os vamos a arrancar los cojones! —respondíamos furibundos a sus amenazas y para animarnos nosotros mismos al mismo tiempo.

Los atacantes, dando gritos salvajes, subían como una jauría de lobos hambrientos.

—¡Sube, moro de mierda! ¡Tu sucio cuerpo lo vamos a dar de comer a los puercos! —tronábamos.

—Estos son los mismos que asesinaron a nuestros camaradas en Asturias en 1934, violaron a sus mujeres y a sus hijas —gritaban los socialistas con intensa

pasión.

—¡Fuegooo...! —resonó la voz de Edum.

Nos levantamos sobre los parapetos destruidos y abrimos fuego sobre la compacta masa parda de atacantes.

Enardecidos, empapados de sudor y sucios de tierra, vaciábamos peine tras peine contra la ola de asaltantes. Detrás de los moros, comenzaron a subir los legionarios cantando «¡Vencer o Morir!», la canción de la Legión Extranjera, y gritando «¡Viva la Muerte!» Dejamos los fusiles en tierra. Con los cigarrillos fuimos encendiendo las mechas de dinamita tan rápidamente como podíamos. Las explosiones de la dinamita daban la impresión que la colina se hundía a nuestros pies y nos iba a tragar en sus entrañas. A veinte metros de nuestra posición el verde campo iba tapizándose con los sucios cuerpos de los mercenarios africanos. Los legionarios saltaban sobre sus cadáveres para caer ante la cortina de dinamita. Las bombas de mano de los legionarios caían por todos los lados, dentro y fuera de la trinchera.

A pesar de las grandes pérdidas que sufrían avanzaba e iban cayendo para no levantarse más encima de sus camaradas marroquíes.

—¡A por ellos, camaradas! ¡A por ellos! —y recogiendo el fusil del suelo y envainada la bayoneta saltamos los parapetos al encuentro del enemigo cantando *La Internacional* y el himno de batalla vasco *Eusko Gudariak gara*.

A los gritos de ¡*Gora Euskadi Askatuta!* nos tiramos ciegos de ira sobre el enemigo, disparando a quemarropa nuestras armas automáticas. El enemigo, sorprendido de nuestro furioso contraataque, quedó confuso y paralizado. Nuestro destacamento se tiró sobre la masa de asaltantes gastando el último cartucho que nos quedaba. No se daba cuartel, ni se pedía, y poseídos de una furia diabólica hundíamos nuestras bayonetas en todo lo que se movía.

—¡Volver a las posiciones! ¡Volver a las posiciones!

El enemigo, recuperado de su estupor, abrió fuego de ametralladoras y resueltamente se lanzó al ataque.

—Corre, Carlos —me gritó Garmendia, que había estado a mi lado durante el breve y sangriento contraataque, como una madre guardando a su cachorro.

—¡Ayúdame! Estoy arrastrando a un herido nuestro.

Garmendia se volvió y cogiendo al herido de un brazo y yo del otro, lo arrastramos al herido y lo tiramos en la trinchera. Seguidamente, los dos nos tiramos de cabeza.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Por favor! —nos pedía el herido tirado de bruces con el rostro pegado a la tierra. Le dimos la vuelta, era Salaverría.

—Toma —y Garmendia le echó unas gotas de coñac sobre los labios.

Se vino Edum. Le dio un poco de agua.

—No es nada, Salaverría —tratamos de animarlo. Dos camilleros se lo llevaron monte abajo.

Nos pegamos a los parapetos y volvimos a encender y lanzar las bombas de

dinamita.

—Camaradas, preparaos para abandonar la posición —fueron diciendo los enlaces que habían llegado.

—Esta es la respuesta de los vascos patriotas al general Mola —nos dijo Edum—. Quemará nuestras montañas, destruirá nuestros pueblos, nuestras ciudades, pero nunca nuestra voluntad de ser libres.

—Salud, camaradas —se despidió el sargento al mando de las dos ametralladoras, llevándose la última máquina pesada.

—¿Adónde van? —les preguntó Edum.

—Se nos han acabado las municiones —respondió corriendo por la zanja de comunicaciones para salir al otro lado de la colina seguido por dos soldados.

—Carlos, vete a donde Machín, Lazkano y Etxebeste y diles que se vengán inmediatamente —me ordenó Edum.

En tres minutos nos reuníamos todos los que quedábamos de los grupos. Nuestras pérdidas eran elevadas: más de la mitad de nuestros camaradas.

La calma se había extendido por todo el frente. El enemigo, resguardado a treinta metros de nuestras posiciones, esperaba órdenes para volver al ataque.

Grupos de milicianos iban marchándose con las cartucheras vacías. Los cañones del fuerte se mantenían silenciosos.

—¿Nos quedamos o nos marchamos? —preguntó Edum.

—Si nos quedamos, corremos el peligro de volar con las posiciones. Segundo, no tenemos municiones, y por último, no estamos quedando solos —contestó Iñaki.

—¿Qué piensas tú, García?

—Retirarnos.

—Etxebeste.

—Retirarnos.

—Lazkano.

—Retirarnos. Nos estamos quedando solos. Todos están abandonando las posiciones. Sin municiones qué podemos hacer.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Irún está ardiendo!

Un profundo temor nos estremeció. La artillería enemiga después de la pequeña pausa empezó de nuevo a castigarnos. El Crucero *Almirante Cervera* se unió a las baterías de tierra. La infantería echó a correr los últimos cuarenta metros de distancia.

—Compañeros —nos gritaron algunos grupos de cenetistas que aún no se habían retirado—, vamos a tirar las bombas de dinamita que nos quedan.

Y con rapidez comenzamos a tirar las bombas contra el enemigo que seguía avanzando con la determinación de ocupar nuestras posiciones.

—¡Vámonos! —gritó Edum.

Precipitadamente abandonamos las posiciones y nos tiramos monte abajo sin mirar atrás. Creíamos que de un momento a otro iban a saltar por los aires las trincheras. Los grupos cenetistas nos siguieron. Cruzamos la ciudad incendiada por

nuestras propias fuerzas y medio asfixiados, caímos exhaustos a la salida del pueblo.

Las posiciones que estaban llenas de cargas de dinamita no llegaron a explotar. Un capitán de Guardias de Asalto parece ser que cortó los cables. Este, a su vez, lo mataron en Francia. Los milicianos corrían para pasar a la frontera, otros se tiraban al río tratando de pasar nadando a Francia e irse a incorporarse a los otros frentes de la Península.

La batalla de la frontera estaba perdida. Agotados, deprimidos y desmoralizados, nos pusimos en camino hacia San Sebastián por los montes.

El tren de municiones detenido en la frontera con armas, los franceses lo entregaban a las fuerzas fascistas.

## XXVII

Con la pérdida de Irún, la batalla de Gipuzkoa había acabado. La suerte de la República estaba echada. Pero nosotros no lo sabíamos o no seguiríamos combatiendo y muriendo. ¿Había otro camino? La paz y la estabilidad europea se había roto. La localización de la guerra o la escalada estaban en manos de los políticos españoles. Con las dos intervenciones, la guerra civil española llevaba todos los ingredientes de convertirse en guerra internacional.

Irún se había perdido por falta de armas y municiones y la traición de un Capitán de Guardias de Asalto, que en vez de prender la mecha para volar las posiciones que habían sido abandonadas al enemigo, la había cortado. Su traición la pagó con su vida, al ser asesinado unos días más tarde, en Francia. Y esta traición era un pronóstico de mal agüero. La batalla de Irún se había perdido, al detener las autoridades francesas en Hendaya el tren de armas y municiones que mandaba Cataluña. Y esto también era otro mal presagio. Por último, la caída de Irún demostraba también que la solidaridad internacional de la Segunda y Tercera Internacional era un mito. Y esto también eran vientos de malos presagios para las nacionalidades ibéricas.

Se había perdido Irún porque las otras provincias del Norte, por desconocimiento de la vital importancia de la ciudad fronteriza vasca para la defensa del Norte, o por sus propias dificultades, no habían mandado armas, ni municiones, ni hombres fuera de algunos grupos de mineros vizcaínos.

Se había perdido Irún por las insuperables contradicciones entre las fuerzas políticas y sindicales que se oponían a la rebelión. Y nadie estaba dispuesto a transigir y a abandonar sus propios objetivos políticos. Estos objetivos eran para las fuerzas de la burguesía liberal e intelectual española, para los socialistas del ala reformista y para los comunistas la defensa de la República, la unidad de España y descargar su responsabilidad a la Tercera Internacional, instrumento de la política exterior soviética. En los vascos, aunque habían aceptado la promesa de una Autonomía, la presión de la base combatiente era fuerte para que se impusiera una República Vasca Independiente.

Habíamos aprendido una cosa muy importante con la caída de Irún: la ayuda francesa era un sueño imposible. Los líderes del Frente Popular Francés llorarían ante nuestra tragedia. Eran lágrimas de hipocresía...

De Irún regresamos a nuestro Cuartel General de Azpeitia. Nos desarmaron para equipar a nuevos destacamentos de *gudaris* y foguearlos en la defensa de la cuenca del Oria y mantener abiertas las comunicaciones de Bilbao a San Sebastián y dar tiempo a la evacuación de San Sebastián.

El problema inmediato que se le planteaba a la Comandancia Militar Vasca de Azpeitia era mantener el orden en San Sebastián y retrasar el desbordamiento de las fuerzas rebeldes sobre la cuenca del río Deba, segundo objetivo del mando rebelde,

antes de lanzarse al asalto sobre la ciudad industrial de Bilbao.

Con la caída de Irún, la Junta de Defensa de San Sebastián dirigida por las fuerzas del Frente Popular había dejado de existir.

A las primeras horas de la madrugada del 13 de septiembre, nos hicieron levantar y formar en la explanada del Santuario de Loyola. Estábamos tan acostumbrados a estas brascas llamadas a cualquier hora, que solo preguntábamos qué colina íbamos a atacar o contraatacar. Nuestro destacamento estaba completamente agotado y desmoralizado.

—Parece que siempre somos los mismos —comentó en tono cansado—. ¿Dónde están los vizcaínos?

—Según Luis de Arana y Goiri —le replicó Lazkano—, «los guipuzcoanos luchan en su casa, los vizcaínos en la suya».

—¿Y los alaveses y navarros?

—Por España —dijo Lazkano en tono mordaz.

—¿Sabes, Carlos, adónde vamos? —me preguntó Etxebeste.

—Al *txoko*.

—¿A qué?

—Dicen que a defender la ciudad casa por casa.

—Eso no lo cree ni el Papa —respondió Lazkano.

—Ni nosotros —replicó Etxebeste—. ¿Tú crees, Carlos?

—Sería mayor milagro que el de la Santísima Trinidad. Creo que vamos a echar una mano a nuestros camaradas, que combaten elementos de la CNT que tratan de poner la antorcha.

—Esto sí lo creo —dijo Lazkano—. La propiedad privada para nuestro liderazgo es más importante que la vida propia.

Del interior del Santuario iban emergiendo destacamentos de *gudaris* que iban formando en la explanada.

—¿Adónde irán esos? —preguntó Lazkano.

—A montar controles a la salida de Zarautz y desarmar a todos los que no pertenezcan a las fuerzas del Frente Popular.

Mis camaradas callaron.

Cuando nuestro destacamento llegó a San Sebastián, nuestros camaradas habían conseguido dominar la situación. Habían comenzado a arder varios garajes en el barrio de Gros, pero fueron sofocados por nuestros camaradas.

Nos apeamos en San Bartolomé, cuartel de Milicias Vascas, los autobuses se regresaron antes que rompiese el día. La carretera general de San Sebastián a Bilbao estaba batida por las fuerzas rebeldes a la altura de Lasarte.

La capital de verano estaba desierta. Más del 60 por ciento de la población había sido evacuada a Francia o a la provincia hermana de Bizkaia.

La bahía estaba llena con toda clase de barcos, cargos hasta los mástiles para darse a la mar.

A las doce del mediodía, las victoriosas fuerzas de Mola entraban por la calle Miracruz. Recibimos la orden de retirarnos de la capital. A la carrera subimos al monte Igueldo y pasamos al Mendizorrotz. El enemigo había podido cortar la carretera general y no tardaría en llegar a Orio. Orio era nuestra única salida. Y como nos temíamos, tuvimos que abrirnos paso combatiendo avanzadillas enemigas.

Regresamos a Azpeitia el 17 para evacuar el 18. El 21 abandonamos Deba. La flota republicana hizo su aparición y bombardeó Deba y Mutriku.

Nos movimos en dirección de Mondragón y de ahí nos pasaron a las estribaciones del Elgeta, en donde rechazamos fuerte ataques enemigos que venían de Vitoria a enlazar con las columnas enemigas que habían desbordado la cuenca del Oria y habían llegado a la cuenca del Deba, segundo objetivo del mando rebelde.

En el frente, los abatidos y deshechos destacamentos guipuzcoanos fuimos relevados por batallones vizcaínos y asturianos.

Nos habíamos batido por dos meses sin descanso, sin armas, sin municiones, sin fuertes núcleos de hombres de las otras provincias del Norte. Ahora aparecían batallones más o menos equipados con fusiles, ametralladoras y morteros. Esto no llegaba a comprenderlo. Como tampoco comprendía que hubiésemos abandonado San Sebastián sin lucha alguna. Pero yo no era el único que pensaba así. Mis camaradas, a juzgar por sus rostros, pensaban igual. Unos se callaban. Otros comentaban entre ellos.

Etxebeste, al ir descendiendo de la posición, me comentó:

—Carlos, no comprendo lo que está pasando. Y me gusta cada vez menos. ¿Tú crees que podemos ganar la guerra?

—No —le dije categóricamente—, de la forma que se está desarrollando. A nuestros líderes les falta capacidad y voluntad para llevar la guerra al máximo grado de violencia. Y sobre este particular, Salaverría tenía muchísima razón cuando decía que no había que dejar en pie ningún caserío.

El batallón que nos había relevado, era un batallón de *gudaris*. Ellos nos dieron la noticia de que el Gobierno del doctor Giral había sido reemplazado por Francisco Largo Caballero, el Lenin español, de acuerdo a las fábricas de propaganda y manipulación del Partido Comunista Español. Largo Caballero era el líder de la izquierda socialista y de la UGT.

Si los frentes andaban mal, los líderes políticos andaban peor. Este era el cuarto Gobierno desde que los generales se habían pronunciado contra el Gobierno del Frente Popular. La falta de disciplina en los frentes de combate no era un fenómeno aislado, demostraba con desnuda claridad la indisciplina e irresponsabilidad de los líderes políticos, que empezaban a jugar la ruleta rusa y la occidental, a costa de las nacionalidades dentro del Estado, en los momentos más dramáticos de su historia. Y demostraba la gigantesca pugna política por el Poder entre los diversos partidos políticos y personalidades, y las sindicales obreras, entre contrarrevolución y revolución. Situación difícil y complicada de solucionar por los disparatados

objetivos políticos internos y responsabilidades internacionales de las fuerzas de las fuerzas opuestas al levantamiento. La contrarrevolución dentro de la revolución y un movimiento independentista. El primero estaba dirigido por las dos sindicales obreras y la izquierda del Partido Socialista, el segundo por la burguesía liberal e intelectual, los socialistas reformistas y los comunistas y los líderes del Partido Nacionalista Vasco.

En el orden internacional, los comunistas, se colocaban incondicionalmente al servicio de la Tercera Internacional Comunista, organismo este de la política exterior rusa. Los socialistas del ala reformista, la burguesía liberal e intelectual y los jefes del nacionalismo vasco, se ponían incondicionalmente al servicio de la política de los países democráticos de occidente y de la Segunda Internacional.

## XXVIII

Comenzaba el otoño, cuando nuestro destacamento fue retirado del frente. Con la estación otoñal empezaban las nieblas y las lluvias, las sendas de las montañas se convertirían en barrizales de lodo. Después vendría el invierno. Y todas las cimas de los Pirineos vascos serían cubiertas por la nieve. Bilbao estaba a salvo hasta la primavera. Y con Bilbao, todo el Norte de la Península hasta Oviedo. Los destacamentos guipuzcoanos, a pesar de todos nuestros reveses y nuestra angustia de intuir que habíamos sido traicionados, habíamos dado un respiro al Norte. Pero habíamos perdido Gipuzkoa. Habíamos perdido contacto con nuestras familias. Y esto lo sentíamos profundamente. Nos lamentábamos de no haberla defendido mejor. Nuestro destacamento marchaba silencioso a los dos lados de la carretera, en dirección a la retaguardia.

La estrecha carretera serpenteaba entre las onduladas montañas. De cuando en cuando, nos tropezábamos con un caserío cubierto de enredaderas en la purpúrea falda del monte. A los cuatro lados de los viejos caseríos, había cuidadosos huertos de hortalizas y árboles frutales. Las hojas de los árboles comenzaban a enrojecer antes de desparramarse por el campo y las estrechas carreteras.

Constantemente nos salpicaban camiones cubiertos de lona y autobuses cargados de milicianos y *gudaris* que iban relevando a las cansadas fuerzas guipuzcoanas, desmoralizadas en dos largos meses de continua brega; sin una victoria, siempre retrocediendo, siempre dejando en el camino a un buen camaradas, un pequeño de trozo de tierra guipuzcoana, un algo de nosotros mismos, un algo que nunca jamás volveríamos a recuperar.

Nuestra fe en las democracias occidentales había sufrido un rudo golpe en Irún. En dos meses, habíamos visto salir a la superficie los dos mundos en que el hombre vive y combate; su humanismo, su compasión, su generosidad, su total desprendimiento por una causa justa. Por otro lado, su crueldad, su indiferencia al dolor ajeno, su mezquindad, su egoísmo, su completa irracionalidad, su brutalidad.

Se luchaba en las montañas. Podíamos oír las explosiones de la artillería, el tabletear de las ametralladoras. La mañana era fría, de niebla y *txirimiri*. No habíamos dormido en las últimas cuarenta y ocho horas. Desde que nos habían relevado caminábamos en la fina lluvia sin ropa de agua. Estábamos completamente empapados. La humedad nos penetraba hasta los huesos. Nos decían que venían autobuses a recogernos y llevarnos a nuestro nuevo alojamiento. Pero los autobuses no aparecían por ningún lado. No nos sorprendería nada que se hubieran olvidado de nosotros.

El nuevo Ejército Vasco nacía en la adversidad. Con un futuro incierto y en una situación llena de imponderables. Nuestros nuevos aliados del Frente Popular nos trataban como si fuésemos enemigos suyos. Qué culpa teníamos nosotros que habíamos nacido en Euskadi y nos rebelábamos contra España, que nos trataba como

ciudadanos de segunda clase. Nosotros nos batíamos por nuestra independencia nacional. Y esto era un grave delito dentro del campo de la República. Nosotros veíamos con simpatía que el pueblo español luchase por su libertad con justicia social. Pero nosotros sabíamos que el pueblo español no era el que odiaba a los vascos. Eran sus líderes políticos que no podían aceptar bajo ningún aspecto que los vascos se gobernasen por sí mismos. Ellos siempre pondrían los intereses de Madrid por encima de los intereses vascos. Como tampoco aceptaban los intereses de la clase obrera española.

Este nuevo Ejército no había recibido un fusil de sus nuevos aliados que controlaban las fábricas de armas de Reinosa (Santander) y de Trubia (Asturias).

Pero en estos momentos nuestros pensamientos estaban en encontrar un lugar donde calentarnos, secar nuestras ropas y dormir. Todos habíamos perdido contacto con nuestras familias. Algunas habían evacuado San Sebastián, otras habían decidido quedarse. Acaso jamás las volveríamos a ver. A mi padre esperaba verlo en Bilbao. Entre las fuerzas patrióticas, se iba profundizando un fuerte resentimiento contra las otras provincias del Norte. Barruntábamos que las fuerzas políticas y sindicales del Frente Popular estaban tan seguras de la victoria que buscaban la manera de debilitarnos militarmente. Los cinco mil fusiles que con tanta ansiedad esperábamos habían llegado finalmente. Llegaban tarde para salvar Gipuzkoa. Con estas armas fueron armándose las nuevas fuerzas vascas. Y los batallones de *gudaris* se apresuraban a las zonas de combate cantando el *Eusko Gudariak gara*, el himno de batalla de las fuerzas *abertzales*.

—Finalmente, Carlos, parece que se han dado cuenta de la importancia que tiene el País Vasco —me dijo Edum con cierta ironía en sus palabras, viendo pasar los camiones cargados de milicianos santanderinos y asturianos.

—Debieran de haberse dado cuenta en Irún. La verdad, Edum, no acierto a comprender lo que está pasando.

—Tampoco yo, pero ahora lo que más me interesa es que aparezcan los autobuses que dicen vienen a recogernos.

—Tengo la impresión de que lo de los autobuses es un bulo más. ¿Sabes adónde vamos?

—No tengo idea, Carlos. Me dijeron que el oficial que trae los transportes tiene las órdenes.

—¿Sabes lo que yo haría, Edum? Meternos en el primer caserío que tropecemos y salirnos de la lluvia.

—Si en diez o quince minutos no aparecen los autobuses, eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Los camiones que nos pasaban en la carretera, nos dejaban un sabor amargo. Nos gritaban y nos provocaban por haber abandonado Gipuzkoa. ¡Viva España Roja! ¡Muera el Clero! ¡Viva la Revolución! con los puños cerrados. Nosotros, sin levantar cabeza, seguíamos bajo la lluvia fría y pertinaz. Con los refuerzos que iban para el

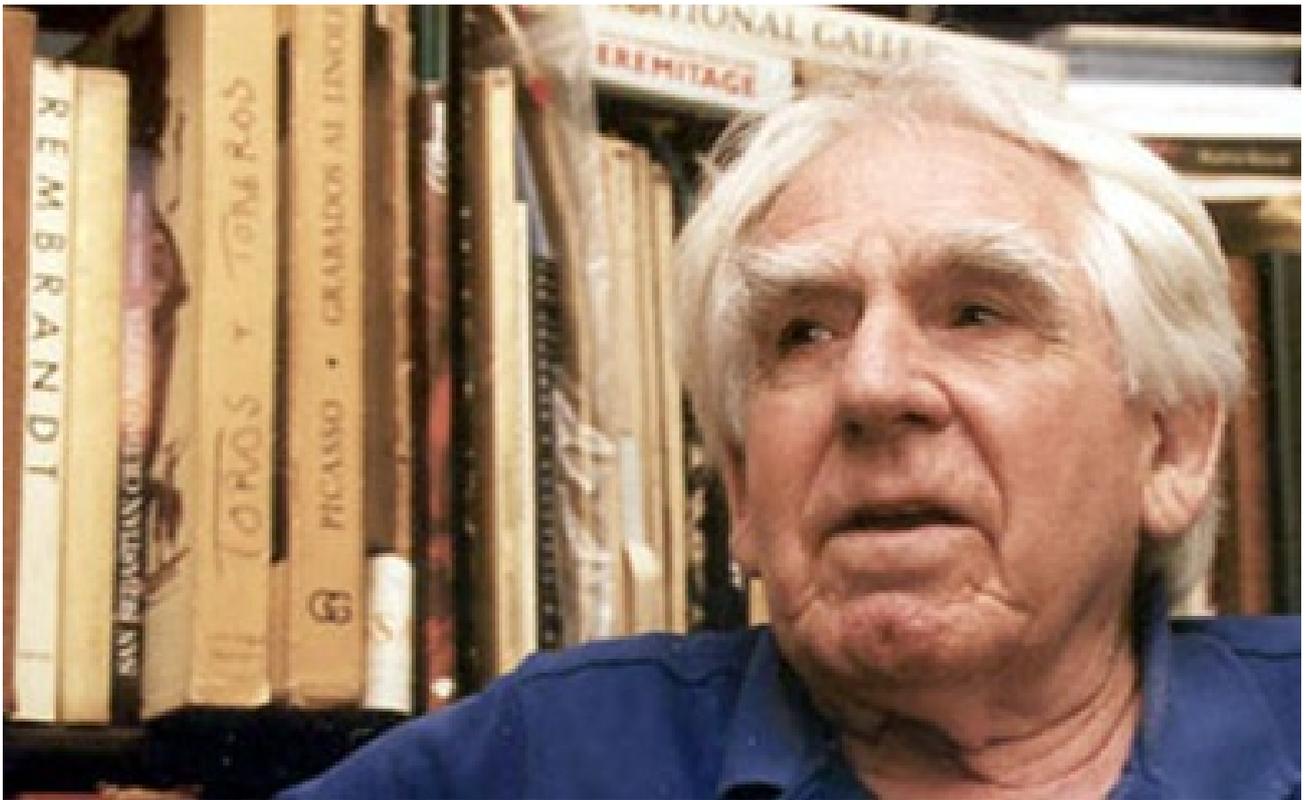
frente, se hubiera podido defender Irún y San Sebastián. Pero ya era tarde...

Quince minutos más tarde, un coche de turismo con un banderín con los colores vascos, se paró. De él bajó un joven de unos 25 años de edad. Era un oficial vasco, el primero que veíamos. Vestía pantalón de pana, botas herradas, un poncho gris. Cosida a la boina negra, dos barras, distintivo de los nuevos oficiales del nuevo Ejército Vasco. Era alto, delgado, de cara alargada. Nos preguntó a qué agrupación pertenecíamos, le respondimos Acción Nacionalista de Gipuzkoa.

—Os he andado buscando por tres horas —nos dijo extendiendo la mano—. A un kilómetro tengo los autobuses para transportaros a la costa.

La noticia corrió rápidamente entre la silenciosa columna que llevaba caminando tres horas bajo la lluvia otoñal.

**New York, Mayo de 1977**



MARIO DE SALEGI OSTOLAZA. San Sebastián 17 de abril de 1918, Nueva York 8 de abril de 2005.

Luchó en la guerra civil con el batallón Eusko Indarra. Hizo toda la campaña del Norte hasta Urkiola donde fue herido. Posteriormente estuvo trabajando con el Gobierno Vasco hasta la rendición de 1937. Fue juzgado en el Dueso e ingresó en el batallón de trabajadores número 12, donde permaneció hasta su puesta en libertad en mayo de 1940. De vuelta a San Sebastián, colaboró en la Resistencia Vasca. Cuando cayó la resistencia, huyó a Cádiz y volvió a embarcar esta vez rumbo a Nueva York (1941). Ya en los Estados Unidos, se enroló en la Marina de Guerra Americana, y fue destinado al Pacífico con la VII Flota. Licenciado en 1945 y ya con la nacionalidad americana, en 1946 regresó a París a fin de incorporarse a la Brigada Vasca y colaborar con el Gobierno Vasco. Decepcionado, marchó a Italia y tras diversos avatares, retornó a los Estados Unidos, donde ejerció el periodismo en Los Ángeles, aunque también colaboró con la prensa de México. Así, colaboró en *Novedades* y *Daily News*. Fue corresponsal de *La Opinión* en Brasil, Guatemala, Costa Rica y Panamá. También colaboró con las editoriales mexicanas Patria y Cesarman.

En 1952 contrajo matrimonio con Miriam Nurnberg. Ambos, junto con Julio Álvarez del Vayo, crearon el Committee for a Democratic Spain, organismo del cual fue secretario y que funcionaba en los locales de su librería American Books. A partir de finales de 1959 trabajó en el *Library Journal* de New York, y fundó además su propia editorial. Fue nombrado «Vasco Universal» por el Gobierno Vasco.

Mario de Salegi es autor de *Morir en Irún* (1980); *Operación Carlomagno. Novela de la resistencia vasca, 1940* (1988); *Expediente vasco. CIA y FBI en Euskal Herria* (2003), en colaboración con Iñaki Egaña y *Verano de 1936 memorias de un gudari* (2005).